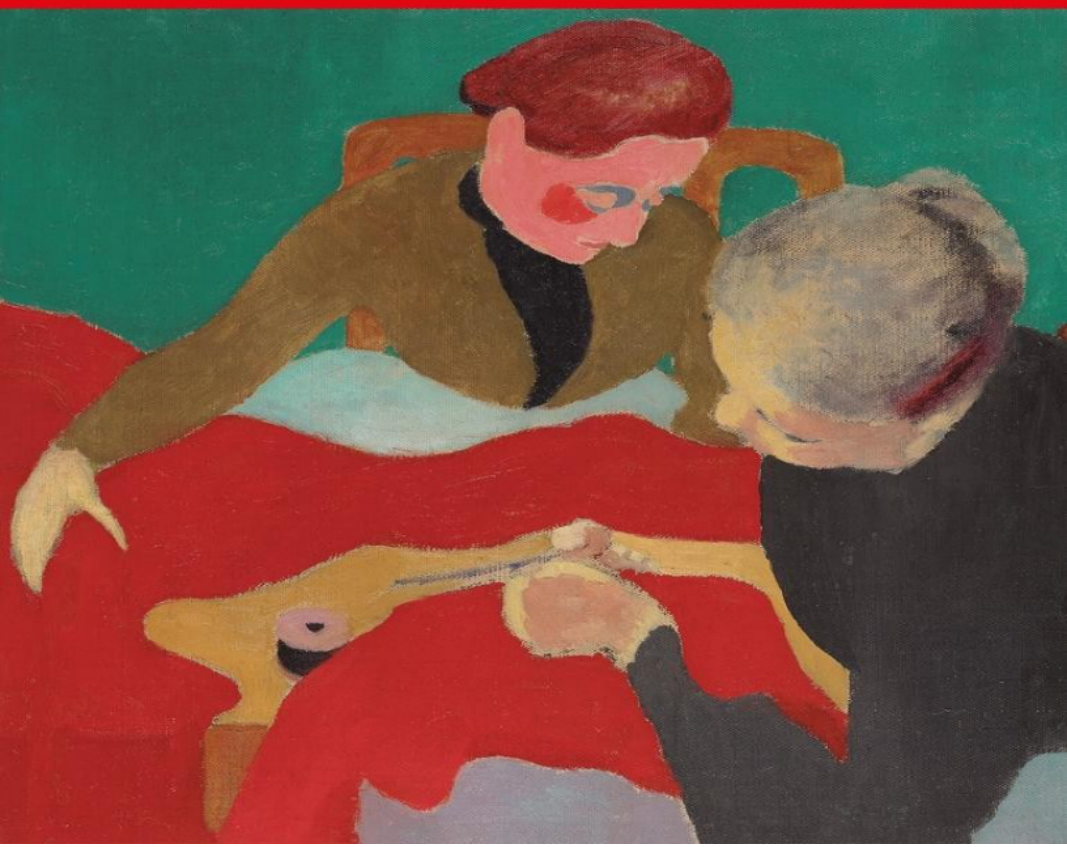
Aldo Palazzeschi

LAS HERMANAS MATERASSI

PERIFÉRICA



LAS HERMANAS MATERASSI

ALDO PALAZZESCHI

TRADUCCIÓN DE EMILIO-GERMÁN MUÑIZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

LARGO RECORRIDO, 173

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2022
TÍTULO ORIGINAL: *Sorelle Materassi*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

La presente publicación ha sido beneficiaria de una de las ayudas a la Edición convocadas por la Consejería de Cultura, Turismo y Deportes de la Junta de Extremadura.

© 2001 Arnoldo Mondadori Editore S.p.A.,
Milano. 2018 Mondadori Libri S.p.A., Milano
© de la traducción, Emilio-Germán Muñiz, 2022
© de esta edición, Editorial Periférica, 2022. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-36-1

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales

SANTA MARIA A COVERCIANO

Para los que no conocen Florencia o la conocen poco, a la escapada y de paso, diré que es una ciudad de enorme encanto y belleza, estrechamente rodeada de colinas de exquisita armonía. No se vaya a creer que este *estrechamente* significa que los pobres habitantes de la ciudad tienen que levantar la nariz para ver el cielo como si se hallara en el fondo de un pozo, todo lo contrario, y aún le añadiría un *dulcemente*, que considero de lo más apropiado, puesto que las colinas descienden de manera gradual, desde las más altas, que reciben el nombre de *montes* y cuya altura anda rondando los mil metros, hasta los leves y singulares montículos, que no sobrepasan los cincuenta o cien metros. También diré que la colina frontera a la ciudad, cerniéndose en picado sobre ella, sólo por un lado y en un breve trecho, da lugar a una verdadera balconada a la que uno se asoma con indescriptible placer. Se llega hasta allí por medio de unas escalinatas:

Per le scalee che si fero ad etade
ch'era sicuro 'l quaderno e la doga.

Por si alguno no hubiera entendido, cabe explicar que este modo original de tratar de falsarios y ladrones a los propios contemporáneos es también costumbre florentina, y nosotros, que no caeremos jamás en la audacia de contradecir al divino maestro, admitimos que lo sean y seguimos adelante. Escalinatas, pues, o calles tan empinadas que su solo nombre basta para que nos hagamos cargo de sus características: costa Scarpuccia, erta Canina, rampe di San Niccolò… La colina de enfrente a la que acabamos de referirnos es la parte del Viale dei Colli que se prolonga hasta el Piazzale Michelangiolo, que muchos habrán oído nombrar, aunque no lo hayan visto, o del que tendrán una idea gracias a las fotografías y a las tarjetas postales.

Así pues, por este motivo entre la ciudad y sus colinas median extensiones llanas más o menos amplias que llegan a separarla de ellas dos o tres kilómetros, algunas veces menos, algunas veces más.

He dicho de *exquisita armonía* porque lo primero que salta a la vista del espectador, por distraído, mediocre o indiferente que sea, es la silueta de las colinas, que si se ha contemplado una vez resulta

difícil de olvidar. Esta armonía tiene su origen en irregularidades tan insólitas que sólo pueden ser obra del azar: sublime significado que intenta poner de relieve el aroma de milagro y de misterio con que pronunciamos esta palabra, queriendo expresar, para ser más claros, que cuando el azar es el arquitecto se quedan admirados todos los arquitectos de la tierra. Son irregularidades imprevistas que nadie sabría corregir, ni aumentar, ni menguar; que no caen jamás en lo triste, ni en lo hórrido, ni en lo romántico, ni en lo sensual, ni en lo nostálgico; que conservan un tono luminoso y claro de señorío y elegancia, de belleza urbana.

Si en un principio los arquitectos terrenales se quedaron admirados ante la maestría demostrada por el referido azar, me apresuraré a añadir que, después de haberla observado bien, no se quedaron con las manos en los bolsillos, sino que sacaron de ese ejercicio tanto aliento y sabiduría para sumar a su audacia, que es obligado afirmar que todo cuanto es fruto del azar multiplicó su belleza por obra de los hombres, ya que es un valor inestimable de estas colinas estar sembradas de villas, de castillos levantados en los parajes más sugestivos, mirando en todas direcciones, de todas las épocas y estilos, que no alteran en ningún momento su armonía, rodeados de parques y jardines que, en lugar de crear una atmósfera de irrealidad, de ensueño o de fábula, logran darnos la ilusión de la realidad más sencilla, de intimidad doméstica, de nobleza segura, de sobriedad y sabiduría, de modestia, por más que las proporciones vuelvan ilusorio el empeño de esconder su poderío, y todo ello gracias a un toque de adustez y de refinamiento. A las grandes villas y a los castillos se unen las villas más pequeñas, los villorrios, las casas, los caseríos, las aldeas y aldehuelas que los altibajos del terreno permiten apreciar en un conjunto que vuelve insaciable al observador a causa de lo inagotable de los descubrimientos y lo llevan de manera natural a la conclusión de que el segundo artífice, porque amó tanto y comprendió tan profundamente al primero, logró apoderarse de su secreto hasta tal punto que ahora todo parece obra suya: del hombre, sí, que está siempre en todo cuanto aparece a nuestra vista, el hombre en su expresión más elevada y más digna.

Siempre que tuve ocasión de acompañar a extranjeros o italianos de otras regiones hasta estas cimas, ninguno era capaz, ante tal variedad de panoramas, sensaciones y estímulos, de decir algo distinto a *¡hermosa!, ¡hermosa!, ¡hermosa!*, palabra que repetían en multitud de tonos. Alguna vez la decían entre dientes, pues se comprendía que quien así se expresaba albergaba otra palabra en su corazón y, al igual que todos los enamorados, incapaces de admitir que una belleza supere la del propio amor, la simple sospecha los hacía turbarse un instante; esa palabra producía en la memoria y en el comprensible

orgullo un coro agradabilísimo, o mejor: una sinfonía discordante y de tan exquisita armonía como las colinas de Florencia.

Existen en estos parajes, como dije hace poco, tramos de llanura que nos acompañan y que nosotros, en nuestros paseos o de visita, a pie, en tranvía o en automóvil, ignoramos o recorremos mirando al frente, hacia arriba, teniendo como fondo nuestra meta, en lo alto el objetivo final, casi incómodos porque el trecho llano es demasiado largo y porque nos separa de aquélla, aunque sea por poco tiempo. Se entiende que esta zona es una parte secundaria y descuidada, si bien no prescindible, sin importancia en el reino de la belleza; olvidada, resignada a soportar pasos que se dirigen a otra parte. Nadie se propone atravesarla como no sea por necesidad: está poblada únicamente de villas y de casas, de aldeas y de aldehuelas de aspecto pacífico y dócil. Habiendo renunciado a imponer sus propios encantos, observa el trasiego con tolerancia y resignación bien educadas, hasta con una pizca de aburrimiento, y muestra de tanto en tanto, al agotársele la paciencia, un gesto de desdén o de rebeldía, superando su aburrimiento con el trabajo y sacando de éste fuerzas para soportarlo.

Hay que decir también, y no por ser más claros, sino para plasmar mejor mediante una imagen la situación referida, que si en esta tierra la colina ocupa el puesto de señora, y casi siempre de verdadera señora, de princesa, la llanura ocupa el de sierva, el de camarera o doncella; y que el más benévolo y cortés de los caminantes tiene para ella esa cordialidad condescendiente que se emplea con la persona que se encarga de abrir la puerta cuando alguien va a visitar a su señora o, en el mejor de los casos, ocupa el puesto de la dama de compañía que mantiene su propio rango con dignidad y compostura sin permitirse emitir juicio, a la par que exterioriza una admiración ingenua y entrecierra apenas los ojos o tuerce un poco la boca ante la enorme cantidad de polvo que se ve obligada a tragar de la mañana a la noche por culpa de su señora, y ante el barrizal que semejante trasiego produce delante de su casa, el cual le salpica de lodo la puerta de arriba abajo; y, finalmente, algunas veces ocupa el puesto de la mendicante que suplica a sus pies.

Daré aquí algunos nombres de estas colinas, susceptibles de demostrar, mejor que las palabras, esta evidencia: *Bellosguardo*, y téngase en cuenta que hay muchas otras desde las cuales el panorama es todavía más hermoso; *Il Gelsomino, Giramonte, Il Poggio Imperiale, Torre del Gallo, San Gersolè, Settignano, Fiesole, Vincigliata* y *Castel di Poggio, Montebeni, Il Poggio delle Tortore, Montiloro, L'Apparita* y *L'Incontro, Monte Asinario, Il giogo, Monte Morello*… Obsérvense, en cambio, los nombres de la llanura: *Rifredi, Le Caldine, Le Panche, Peretola, Legnaia, Soffiano, Petriòlo, Borzzi, Campi, Quarto, Quinto,*

Sesto… Hasta la fantasía más pedestre se esfuma: parecen los nombres castrados de la imaginación.

Todos los honores y los méritos, todas las libertades y muchas licencias son para la señora; a ella se le permiten los caprichos y los volantes, variedad de penachos, abundancia de adornos, por cuya causa se sacrifica al placer de la contemplación toda utilidad material; y sería en vano pedirle, por su altivez y por la naturaleza de su carácter, que se vuelva útil para algo que no sea el puro goce visual que, por otra parte, no es tan poca cosa, lo cual la vuelve orgullosa en sumo grado.

Vegetación tortuosa y tal vez torturada por un íntimo y persistente por qué; vegetación nerviosa, histérica, enjuta, ascética, que mira al cielo con ojos profundos o muestra una desnudez como la de Cristo sobre la cruz. Jamás una crasitud despreocupada, bonachona, jamás una felicidad muscular o epidérmica.

Dominante, contenida, insolente y altiva, ni siquiera se le pasa por la cabeza mirar a la sierva o le lanza una ojeada de soslayo, una mirada de conmiseración cuya única finalidad es desairarla, una mirada de la que solamente surge su indudable e inalcanzable superioridad.

Por su parte, la pobre sierva la mira desde abajo, entrecerrando los ojos, como si no se diera cuenta del trato poco respetuoso, y permanece con la cabeza baja para no hacerse mala sangre observando lo poco sutil, lo vanidosa, lo caprichosa y casquivana que es aquella señora: se reduce a sus propias virtudes mostrándose paciente, laboriosa, sumisa. Es a ella a quien corresponde preparar las largas hileras de coles y alcachofas, las lechugas, los nabos, los pepinos, las berenjenas y los calabacines, los tiernos guisantes, los sabrosos espárragos, todo lo que la otra devora en sus villas habitadas por gente rica, en sus tabernas siempre llenas y de gran reputación; a ella le toca ingeniárselas de la mañana a la noche para que crezcan de buen ver y sabrosas todas estas delicias; y, por si a la tierra no le bastara con inundarse de agua sin tregua, la otra le hace llegar ciertos desechos, que no son precisamente perfumados y de los que se libra con gusto por cuanto para ella meramente son porquería que hace desaparecer con un gesto de disgusto, «¡abajo!», en tanto que la pobrecilla los está esperando como un don de la Providencia por los beneficios que le traen. Así pues, además de bajar la vista por resignación y de cerrar la boca por prudencia, también le toca de vez en vez taparse la nariz para no sentir el hedor: todos los agujeros ha de taparse la desvalida para complacer a la perfumadísima señora. Eso sin contar con lo que ocurre durante las tormentas. Una se retuerce, frunce el ceño, resopla, se rebela, amenaza, impreca, grita, hace mil aspavientos; pero, cuando pasa la tempestad, se repone enseguida, se

reacomoda, luce fresca y despejada, alegre, y, al cabo de media hora, está más hermosa que antes. La otra, en cambio, se distiende, se empapa, se ensancha para recibirla, abre su regazo para acoger todos los desagües, que a duras penas es capaz de absorber, y queda fangosa toda una semana.

Es precisamente en uno de estos pueblecillos de menor importancia que trato de describiros donde ocurren los hechos que voy a relatar aquí.

Santa Maria a Coverciano no es ni tan siquiera un pueblecillo, sino una aldea, y por tal se entiende un núcleo habitado que no constituye por sí mismo una entidad administrativa, pero que permanece unido espiritualmente a una parroquia.

En rigor podría decirse que es un esbozo de pueblo. En un cruce de caminos se forma una especie de plaza asimétrica a la que da un convento franciscano rodeado de muros muy altos. En una esquina, bajo un pequeño techo rústico, puede verse la imagen de san Francisco tallada en mármol y una lápida recordatoria de que en aquel convento se conserva, desde hace siglos, el hábito del santo. A continuación, se levanta una villa que siempre está cerrada, cercada por una tapia circular, muy retirada y totalmente rodeada de plantas enormes, como si fuera una vieja dama en su poltrona, con amplia falda y cofia. Delante, casi dando al camino, se levanta una villita moderna, coquetona, insolentuela, que mira como una nuera petulante y desdeñosa a la suegra austera y gruñona, metiéndole por los ojos las rosas de una verja blanca que sirve más para destacarla que para esconderla. Arrinconada en un flanco de la villa, se alza una iglesita con un pequeño pórtico de un solo arco, que nos invita desde su rincón al idilio de la fe con discreción y dulzura.

Un poco más arriba de la villita, y también frente a ella, hay un bloque de casas que forman un cuadrado semejante al de los conventos —convento laico éste—, cerrado por un largo muro que corre paralelo al camino, interrumpido solamente por un enorme portón de madera cuyo único fin es permanecer cerrado, pues los habitantes se sirven de una puerta diminuta que se abre a un flanco del portón y cuyo destino es permanecer siempre abierta, como si se tratara de un portillo del que se ha extraviado la llave. El fondo de esta edificación es una casa de tres plantas que tiene mucho de colmena, como todas las casas de la gente pobre, y los lados del cuadrado, que unen el fondo con el frente que da al camino, estrechos y largos, constan únicamente de dos plantas. Enseguida salta a la vista que la construcción se levantó en varias etapas, y que el cuerpo sur es bastante más antiguo y de estilo diferente, con una arquitectura más señorial, y no sólo en lo que se refiere a los detalles ornamentales, sino también porque todas sus ventanas dan a los campos, al

mediodía, en dirección a Florencia, en lugar de mirar al patio interior, como las demás; al patio le da la espalda desdeñosamente, dejándole sólo una ventana que ilumina un corredor trasero, ventana que se diría abierta para observar con discreción. Esta parte privilegiada, la primera que encontramos, dispone de una entrada especial desde el camino, una verja blanca siempre entreabierta y muy comida ya por la herrumbre.

La carretera principal que, atravesando por en medio estas construcciones, forma la plaza que hemos descrito conduce desde Florencia a Ponte, a Mensola y a Settignano y recibe el nombre de camino Settignanese; la otra, menos importante, que pasa entre la villa y el convento de los franciscanos, lleva a Maiano, a sus canteras y a sus magníficas villas. Sobresale un castillo auténtico que se llama Poggio Gherardo.

Los lugareños y los que tienen familiaridad con él lo llaman simplemente Santa Maria; las gentes de la ciudad, en cambio, más evolucionadas y menos cercanas, Coverciano, sin más. No se crea por ello que existe una escisión entre masones y clericales, Dios no lo quiera: las diferencias de denominación revelan la indiferencia de unos, así como la intimidad y el amor de otros.

Si bien ésta es la mejor manera posible de describir el emplazamiento de esta aldea, debo agregar que se encuentra entre dos arroyos: el Africo y el Mensola, que descienden, el primero de Fiesole, y el segundo, de Vincigliata. Son arroyuelos en los que la luna y el sol hacen brillar apenas un hilo de plata o de oro nacido entre las hierbas; pero que, cuando estalla la tormenta, se vuelven de pronto rumorosos, amenazadores, turbulentos, se enfurecen y se desbordan con el ímpetu de la juventud para, al cabo de una hora, quedarse en nada, exactamente igual que los niños que, fatigados tras mucho ajetreo, caen dormidos.

No es por casualidad por lo que he nombrado estos dos arroyos y ahora diré por qué. Es un orgullo para estas colinas recordar cuántos personajes importantes de la historia, príncipes y reyes, poetas, científicos, artistas, propios y extranjeros, las habitaron, llegados en busca de reposo o de inspiración, de olvido, de fuerza creadora, de serenidad o de evasión, de refugio del pasado o de vigor para el porvenir, de asilo tanto en la alegría como en el dolor…; pero esta dimensión es tan amplia que el espacio del que disponemos aquí no nos permite ir más allá. Por eso diré solamente que entre estos dos arroyos estaba, al parecer, la casa donde Giovanni Boccaccio vivió su *Decamerón*, o tal vez lo soñó todo y lo escribió allí, no se sabe a ciencia cierta: nadie está en condiciones de afirmar con precisión cuál fue el lugar exacto, razón por la que existen en esta zona un gran número de *casas* de Boccaccio que se mantienen firmes en su

reivindicación, y no se puede decir que ninguna tenga intención de ceder ante la otra, ni ante las refutaciones más innegables, ni por la vaguedad de tal atribución. Hacen bien en no ceder. Les perdonamos esta tenacidad secular e incluso la mala fe: tienen derecho a coronar con ese nombre sus casas o sus villas, del mismo modo en que hoy quiero coronar con él esta historia, que se desarrolla a sus pies, con un saludo reverente de humilde y lejano nieto.

«Todas las estrellas del lado de Oriente habían desaparecido ya, menos una, la que nosotros llamamos Lucifer, que lucía aún en la blanquecina aurora, cuando el mayordomo, que ya estaba en pie, se dirigió al valle de las mujeres con un gran carro para disponer allí todas las cosas según las órdenes y recomendaciones que le había dado su señor. El rey no tardó mucho en levantarse después de la partida, despertado por el estrépito del carro y de las bestias de tiro, y, cuando se hubo levantado, hizo levantarse también a las mujeres y a los niños. Despuntaban apenas los rayos del sol cuando todos se pusieron en camino. Jamás como aquella mañana les había parecido oír cantar tan alegremente a los ruiseñores y a los demás pájaros. Esos cantos los acompañaron a lo largo de todo el trayecto hasta el valle de las mujeres, donde muchos más los recibieron, y a ellos les pareció que se alegraban de su venida. Tras recorrer y admirar de nuevo el valle, se les antojó más hermoso que el día anterior por lo mucho que aquella hora favorecería su belleza. Después de haber desayunado con buen vino y confites, empezaron a cantar para que los pájaros no los aventajaran en el canto, y el valle repetía sus mismas canciones, a las que los pájaros, como si no quisieran que los vencieran, agregaban nuevas y dulces notas. Pero, cuando llegó la hora del almuerzo, siguiendo los deseos del rey, extendieron las mesas a la sombra de los frondosos árboles de gran belleza que bordeaban el pequeño y encantador lago, y todos fueron a sentarse. Mientras comían observaban la evolución de nutridos bancos de peces que nadaban en las aguas del lago, lo cual era motivo no sólo para mirar, sino también para razonar. Mas, cuando el almuerzo tocó a su fin, una vez recogidas las mesas y las viandas, empezaron a cantar aún más alegres que antes. Después, con licencia del rey, quien quiso pudo retirarse a dormir a alguno de los lechos tendidos en diferentes lugares del valle, todos cubiertos y cerrados con sargas francesas y tapices; y quien no quiso aceptó de los otros sus goces acostumbrados según le placiera. Pero, cuando todos se hubieron levantado, como fuera la hora de empezar con los relatos de acuerdo con los deseos del rey, sentados todos cerca del lago, no lejos de donde habían comido, y, tras mandar que extendieran los tapices, el rey ordenó a Emilia que comenzara. Ésta, muy alegre, empezó así su historia con una sonrisa…»

Deambulando por estos parajes y sonriendo con una pizca de

escepticismo por lo que se refiere a la autenticidad de la casa en litigio, concediendo legitimidad a todas por su noble aspiración y por su amor, leyendo sobre una placa de mármol, en Ponte a Mensola, el título «Sociedad Recreativa Giovanni Boccaccio», me dan ganas de entrar, ¿para ver qué? ¡Qué manera de buscar mis ojos con insistencia entre los cipreses y los olivos algo que no se ve! ¿Qué? Como quien busca hierbas milagrosas, todos mis sentidos buscan ávidamente entre los brezos, las retamas y los arrayanes el lugar donde se esconde maese Giovanni, si es que no se perdió la semilla, tu purísima alegría.

LAS HERMANAS MATERASSI

Luego de haber descrito lo mejor que he podido el paisaje circundante, os iré dando cuenta de las cosas que, a primera vista, atraen nuestra curiosidad mientras observamos ese conglomerado de casas que se llama Santa Maria a Coverciano.

Dejando a un lado las mil pequeñas y grandes cosas que lo afectan al pasar o, diríamos mejor, que no lo afectan en absoluto —de cuyo espíritu ya hemos hablado, y que a nosotros nos traen sin cuidado—, hay algo que atrae nuestra atención y que lo incumbe de verdad y muy de cerca, diríamos en el corazón, y no es sino el constante detenerse de automóviles señoriales junto a la cancela siempre entreabierta de la casa a la que ya nos hemos referido y que está destinada a centrar todas nuestras miradas. Son paradas que duran el tiempo de una visita de cortesía y no es raro que se extiendan lo que una visita de confianza, como las que se hacen unas a otras las llamadas *damas de alta alcurnia*. Igual que hoy puede admirarse un poderoso automóvil de lujosa carrocería, en la época de los coches de caballos se podía admirar frente a aquella cancela, pateando con brío e impaciencia, una pareja de caballos morcillos o bayos de airosa estampa, lustrosos y resplandecientes, soberbios en sus hermosos jaeces, mordiendo el freno y mostrando la boca fresca como una flor. No podrá pasar inadvertida a un ojo avezado otra observación referida a las tres clases de personas, muy distintas, que se bajan de unos modernísimos automóviles frente a esa cancela, como ayer lo hacían de las antiguas carrozas.

Unas señoras de edad madura acompañadas de una jovencita, ambas de una elegancia irreprochable acorde con su edad y su figura, y para cuya descripción poética no queda más remedio que recurrir a una imagen floral: la rosa y el capullo. Pero, si a veces la madre ostenta ese estado propio de la rosa abierta, para no salirnos del lenguaje caballeresco y cortés, la hija, habiendo llegado al término de su propia candidez, aparece como una azucena, sabedora de que lo es, por decirlo con palabras castas y suaves.

En la segunda categoría están las damas ancianas, o mejor, las viejas, sin más —viejas más por elección que por la edad—,

impúdicamente feas y arrugadas, que no hacen nada por atenuar o disimular la cruel actuación de la naturaleza ni la acción inexorable del paso del tiempo sobre sus rostros y su persona, sino que, por el contrario, han anticipado la vejez corriendo muy alegres al encuentro de todas sus consecuencias catastróficas, vistiéndose con tanta modestia y sobriedad, llevando tan lejos su indiferencia por las modas en boga, que llegan a resultar ofensivas. Algunas mujeres, más que una renuncia ostentosa, acaban siendo una protesta tajante, un insulto a las demás, a las épocas y a la fascinación de la belleza y de las gracias femeninas, hasta el punto de suscitar en uno la más instintiva fascinación al verlas descender o salir de coches tan brillantes y hermosos, fascinación que sería mucho menor si se las viera trajinar al alba, cargadas con la cesta o el canasto, de la carnicería al puesto de verduras, de la tienda de comestibles a la abacería o, cargando aún más las tintas, si se las viera sacar en un determinado momento el pañuelito de una cartera ajada y mugrienta para llorar una miseria vergonzosa y decente.

Otras veces, si bien es más raro el caso, se ve descender del tranvía y traspasar la cancela a un prelado importante. Esa importancia la transmite la dignidad del porte, mezcla de circunspección y lentitud, y también un destello de seda violácea entre la sotana y el alzacuello. Asimismo, de la nada puede aparecer de repente a toda prisa un cura joven que, aparte del rosado de las mejillas, todavía es todo negro, como el abejorro.

Si os carcome en estos momentos el gusanillo de la curiosidad, está bien que os preguntéis quién puede vivir en una antigua casona de la llanura florentina, de apariencia burguesa y sencilla, que sea capaz de atraer a personajes tan notables y distintos. Enseguida se nos ocurre pensar en las exquisitas artes de la dueña de esa casa, capaz de reunir a gentes tan diversas entre sí tanto por edad como por costumbres, y capaz igualmente de provocar nuestra impaciencia y nuestra admiración.

También se da el caso de que uno de esos automóviles se detiene de golpe en las proximidades de la casa, y la dama o el chófer piden una información, siempre la misma, a un muchacho o a una jovencita que se encuentren en la calle: «¿Las hermanas Materassi? ¿Las conoces? ¿Dónde es? ¿Dónde viven?». No bien se ha pronunciado el apellido, todas las manos se alargan sin el menor asomo de duda para indicar la cancela blanca carcomida por la herrumbre, siempre entreabierta, y sobre cuyas pilastras continúan dos leones de terracota que superan en mansedumbre a todos los animales domésticos y cuyo aspecto es más bien el de dos ancianas que mantienen una conversación en una tarde estival, con las bocas devastadas y entreabiertas a causa del calor sofocante y la respiración dificultosa.

¿Y quién podría atraer a toda esa aristocracia a aquel lugar sino ellos?

Trasponiendo la cancela nos encontramos en una pequeña plazoleta a la que dan las ventanas de la casa baja y oblonga, que en su primera planta muestra cinco ventanas idénticas y con las persianas verdes, tres en el centro y dos más distanciadas; las cuatro de la planta baja lucen rejas de poca fortaleza, pintadas de blanco, que sustituyen a las persianas y que, al igual que las de la cancela, están carcomidas por la herrumbre. En el medio, al término de tres escalones de piedra roídos aquí y allá, se encuentra la puerta francesa, ovalada, provista de una enorme persiana verde que se desliza por dos rieles.

Delante de la casa, sobre un muro bajo, se encuentran dispersas unas cuantas macetas deslucidas, sin orden alguno, y se adivina que forman parte del conjunto descuidadadamente. No revelan la presencia del afecto de la dueña de esa casa, que se hace tan evidente, que les da un rostro y una voz como si fueran personas: muestran más bien el olvido que no se debe a la pobreza, sino a la ausencia de cuidados serios. A lo largo de ocho o diez metros, cercado por la pequeña pared, se extiende una parcela de tierra que ni es jardín ni es pradera, de aspecto desatendido, donde unos viejos tilos no alcanzan con su ramaje poco frondoso a privar de aire ni de luz a la casa, orientada de lleno al mediodía.

Al fondo, sin que medie ninguna otra cosa, se ve la huerta, con sus hileras de álamos escuetos sobre los que parecen abandonarse o rebelarse las vides, aferrarse tenaces o colgar desfallecientes, en unos casos, como si de brazos viriles y rudos se tratara; en otros, con la languidez y la delicadeza de las féminas, de tal manera que cualquiera de esos huertos nos traen al pensamiento el rapto de las Sabinas, que a buen seguro no pensaban todas lo mismo al sentirse apresadas.

No solamente la cancela está siempre entreabierta, incluso por la noche, echando de menos la llave que probablemente se habrá extraviado en época inmemorial, sino también la puerta francesa de la persiana verde, que, desde las primeras horas de la mañana hasta que oscurece, revela un salón a la entrada que cuenta con dos ventanas más que flanquean muy de cerca a la mencionada puerta francesa.

Es necesaria una minuciosa observación de esa sala, que es, podría decirse, el escenario fundamental, la base de nuestra modestísima acción.

Un armario de grandes dimensiones de excelente madera de nogal, adosado a la pared izquierda según se entra, muy alto y ancho aunque sin adorno alguno, podría hacer pensar, como es natural, en una habitación destinada a guardarropa. Por su parte, en la pared frontal, cerca de la ventana, una consola de nogal macizo con espejo de cuerpo entero de marco tallado nos lleva a imaginar un recibidor. A su lado, sobre la misma pared, una cómoda con tapa de mármol blanco

nos trae la imagen de un dormitorio, mientras que un sofá bajo y muy amplio, parecido a una bañera y situado cerca de la pared del fondo, no nos da la impresión de estar en un cuarto de baño, sino en una salita de bienvenida con un ambiente de mucha intimidad y sencillez. Por fin, la mesa cuadrada de madera común, que ocupa el centro, enorme y con las patas torneadas, sobre la que pende del techo una antigua lámpara de petróleo rodeada de candelabros, rematados ya con tres pequeñas bombillas eléctricas, nos produce la ensoñación de una familia patriarcal de doce personas sentadas todas ante las escudillas humeantes. Por encima del sofá hay un segundo espejo con marco dorado y, sobre la cómoda, un óleo que representa una parada en el camino de Jesús, todo blanco y resplandeciente sobre un fondo verde oscuro, estremecedor, que contempla desde lo alto, pensativo y dulce, el panorama de Jerusalén. Debajo de las dos ventanas hay dos mesitas, redonda una y oval la otra.

Ante la singular apariencia de esa sala enciclopédica no resultaría fácil avanzar pronósticos ni conjeturas si no fuera porque algo muy evidente nos viene a revelar de golpe su verdadera esencia. Encima del sofá, al igual que sobre las mesas, la consola y la cómoda, desperdigadas por las poltronas y las sillas bajas que completan el mobiliario, por las cajas, cajitas y cajones, por todos los lugares donde haya posibilidad de dejar algo, siempre se ve lo mismo: telas, muselinas, velos, crespones, tules, cordones, cordoncillos, cintas, sedas, la mayoría blancas o de colores tenues, de colores vivos la menor parte, todo ello en retazos, trozos, piezas enteras, a cuadros y a listas, extendidas o amontonadas. Y, por si no bastaran los abundantes muebles de dimensiones respetables, en el espacio alrededor de la mesa e incluso en la pared que permanece libre, hay bastidores irritados de cara a la pared, o en exposición con gesto altanero, en todas direcciones y de todos los tamaños, y en cada uno de ellos hay tensada una tela blanca de especial consideración; entre todas le dan a la estancia un aire de escenario antes o después del espectáculo, en tanto que a nosotros nos revelan, sin que haya lugar a dudas, la presencia de bordadoras activas y profesionales. Pero, a fin de precisar mejor la cualificación que les he otorgado, y aunque el bordado sea su verdadera especialidad, por la que gozan de una fama muy extendida y de una sólida reputación, diré que las hermanas Materassi son oficialmente costureras de ropa blanca, tal como se lee en el membrete de sus facturas:

HERMANAS MATERASSI
Costureras de ropa blanca - Ajuares de novia

Las hermanas se encuentran cerca de aquella puerta francesa

siempre abierta en la estación cálida o detrás de las ventanas cerradas y al amor de un braserillo para calentarse los pies durante la estación fría, una frente a la otra, inclinadas sobre el telar, alzando la cabeza y acercándose para pedir asentimiento y ponerse de acuerdo, ocupadas desde las primeras horas de la mañana hasta el oscurecer, acercando a los respectivos bastidores dos potentísimas lámparas que encienden apenas se debilita la luz del sol, lámparas que durante el día penden altas como frutos sobre sus cabezas; en pie junto a la inmensa mesa, arrugando la frente sobre el camino seguro de las tijeras, dirigiendo el pensamiento en el momento de cortar, sentadas, con la cabeza baja, a las dos mesitas próximas a las ventanas para diseñar.

En el momento de iniciarse este relato, Teresa y Carolina, las dos hermanas Materassi, estaban juntas desde hacía cincuenta años —se llevaban uno de diferencia—, o mejor, para ser más exactos, estaban a caballo, porque el cincuenta estaba entre las dos.

Teresa, de complexión fuerte y casi alta, era una mujer vigorosa, voluntariosa y, aunque su expresión y sus ademanes a menudo revelaran fatiga, escondían siempre aburrimiento. Sus cabellos, que todavía eran de un negro brillante y lucían peinados con sencillez, siguiendo prácticamente la curva del cráneo, hacían resaltar aquí y allá algunas hebras blancas que se espesaban en las sienes. Los ojos negros, grandes y muy hundidos, estaban circundados por oscuras ojeras que se esfumaban en la piel del rostro, que se había vuelto árida más que marchita y, de aceitunada, había pasado a grisácea, empolvada. Todo en ella ponía de manifiesto el esfuerzo de una existencia difícil y valerosa, además de una feminidad soterrada como una alegría efímera o como un lujo que no podía permitirse, que afloraba sólo en contados y fugaces momentos de descanso y que ya no llegaba por necesidad, sino por un estrictísimo hábito de pensamiento y de trabajo que se había convertido en regla. En esa mujer resaltaba, más que la fuerza física, la fuerza moral que la sostenía.

Al contrario de su hermana, Carolina había conservado intacta su feminidad externa, que, al marchitarse el cuerpo y a causa de la vida de aislamiento, se había ido acentuando, haciéndose más rara, hasta volverse languidez o zalamería. Por más que apenas lo fuera, parecía más joven que su hermana, más delicada, pero sobre todo más flexible, e incluso bajo el peso del trabajo incesante conservaba una elasticidad serpentina y a menudo cedía al deseo de abrazarse a la vida, de palpar alguna parte de su cuerpo, de sentirse, de echarse sobre algo para abandonarse por completo, dándose una frescura ilusoria y precaria. Por eso cada acto o expresión suyos parecían prendidos con alfileres. Especialmente cuando llegaba alguien, se

movía toda, se contorsionaba, y tanto más cuanto más importante era la persona; mientras que su hermana miraba cara a cara al visitante, sin altanería, pero con la seguridad de quien está acostumbrado a escuchar con atención, a comprender con rapidez y a hacerse entender. Carolina hacía como las flores sobre sus tallos cuando por la mañana aparece el sol o cuando se recomponen después de los embates de la tempestad. Esa artificiosa elasticidad corporal hacía que se la considerara frágil, a pesar de que era muy fuerte, parecida a esos arbustos que a causa de su capacidad para replegarse sin límites no hay viento que los pueda desgajar. Tenía el cabello castaño con reflejos dorados, abundante, fino y, además, largo. No lo llevaba peinado de ninguna manera especial: era rebelde e inquieto, y a veces se lo colocaba en su sitio con gestos de una gracia afectada y lánguida. Aunque las hebras plateadas eran más abundantes en su cabeza que en la de su hermana, sólo era posible darse cuenta observándola muy de cerca; aun así, la plata nueva se confundía con el oro viejo. Los ojos, muy claros, que ya no eran celestes sino del color del espliego, aparecían como dos discos empalidecidos, carentes de fuerza de atracción, no expresaban ni el más mínimo deseo, y su mirada sin profundidad, acompañada por la sonrisa de labios carnosos de su dueña, producía la impresión de que ésta se estuviera contemplando en un espejo, refrenando la complacencia de su belleza y su superioridad no por modestia, sino para gozarla por completo. Su rostro era pálido y de aspecto enfermizo a consecuencia de la fatiga. Además de esa feminidad exterior que la diferenciaba de su hermana, también parecía más joven que ella, no obstante tener sólo un año menos que la otra.

El azar y, más que éste, las vicisitudes de la vida —o las de la familia—, para ser más exactos, habían querido que permanecieran indisolublemente unidas y solteras para enfrentarse a la ruina, ante la que primero se erigieron como un muro de contención y después se convirtieron en el sostén de una reconstrucción digna del mayor encomio.

La parte del edificio que habitaban era una antigua casa señorial campesina, no precisamente una villa ni una casa que pudiera decirse de gente pobre, y eso tanto por la amplitud como por la disposición de las habitaciones. A continuación, si bien tenía la entrada por una cancela separada que daba a un camino secundario, se levantaban los cobertizos y los establos del campesino que tenía a su cargo una finca de considerables proporciones y de gran productividad, propiedad asimismo de las dos hermanas. Sobre la parte de la calle principal, en el interior de las paredes conventuales, las dos alas edificadas, a las que nos hemos referido ya, formaban un vasto patio, una de cuyas fronteras era la parte posterior de la casa. En el centro había un pozo.

Las viviendas eran humildes, pero tenían buen aspecto; estaban habitadas por catorce familias de escasos recursos, aunque gente digna y de bien: pequeños comerciantes, empleados de poca monta, obreros de ingresos medios, gentes todas ellas en las que no se observaban ni la indigencia ni el desorden.

No estará de más dedicar algunas líneas a describir esa propiedad sabiamente construida, obra del abuelo paterno de las hermanas de nuestro relato, que en su época había sido administrador de las fincas rústicas de una familia noble. En las posesiones de esta familia, y con los ahorros reunidos gracias a una vida sobria y laboriosa, había comprado en principio la propia casa con sus tierras de labranza, en donde estableció su residencia. El producto de los labrantíos le permitió construir a los lados, en tres etapas, el enorme caserón para arrendar, haciendo de todo ello una posesión agradable y singular.

Sucedió, sin embargo, que el único hijo del rico campesino íntegro y laborioso, el padre de nuestra bordadoras, no siguió las huellas de la sabiduría y el espíritu constructivo paternos, sino que se empeñó en seguir caminos muy dispares; y esto, entiéndase bien, no sólo con el beneplácito o la permisividad de su progenitor, sino incluso, podría decirse, con su íntima y no confesada complacencia. Al haberse criado en un entorno de abundancia y bienestar, que cada vez fueron a más durante su dorada juventud, representaba toda la alegría y el orgullo del antiguo administrador, que había tenido aquel único hijo en la edad madura, hijo único al que había tenido la ambición al mismo tiempo que la debilidad de ver crecer de otra manera, exactamente al revés de como había vivido él, que se había privado hasta la tiranía de todo placer mundano. Lo había hecho como si la virtud no fuera un principio para quien la había ejercitado siempre, y así su hijo creció frívolo, negligente, caprichoso, derrochador, sin voluntad para trabajar. A medida que se iba haciendo hombre, estaba cada vez más ávido de todos los atractivos que podía ofrecerle su época. Casi puede decirse que se había establecido una competencia entre hijo y padre, el primero gastando y el segundo pagando. Y, cuanto más reprobable era la conducta del primero, tanto más parecía embargar al segundo un secreto placer inconfesable. El fin llegó con la muerte del padre, que en los últimos años de su existencia supo comprender la magnitud del error cometido, pero ya era incapaz de poner coto a los desmanes del hijo. Éste murió en la plenitud de su vida, convertido en una ruina tras cinco años de tristes padecimientos debidos a una enfermedad irreversible ocasionada por sus propios desórdenes, y dejó a su mujer, que lo sobrevivió muy poco tiempo, y a cuatro hijas con la propiedad tan gravada por deudas e hipotecas que resultaba poco menos que imposible que la familia pudiera seguir teniendo en ella su morada.

La vida licenciosa y disoluta del padre, así como el dolor callado

de la madre —una criatura bondadosa y sumisa que había llevado una penosa vida de renuncia y humillación hasta quedar inmersa en una tristeza inexorable—, hizo que las niñas crecieran juiciosas y tranquilas, enfrentadas a la dureza de la vida, a sus luchas, cargadas de dolor, laboriosas, carentes de toda aspiración de goce. Era como si no tuvieran otro afán que el de reparar los males paternos moral y materialmente.

Próximo ya el fin, apurando los últimos instantes de la existencia, el hombre, que se había vuelto iracundo por su ruina, sin haber encontrado en el fondo de su alma una palabra de consuelo ni de resignación, cuando se encontraba ya en los dominios de la muerte y se había hecho la oscuridad en sus pupilas, gritó a su mujer al tiempo que la espantaba de su cabecera: «¡Puta, eres tú la que me quitas la luz!». Fue el adiós del marido y del padre.

Desde jovencitas, Teresa y Carolina habían asistido juntas en Florencia al taller de una famosa maestra de lencería fina y habían mostrado desde el primer momento un don para el corte la primera de ellas, y para el diseño y el bordado la segunda. Así las cosas, al poco de haber cumplido los veinte años, se establecieron en su casa para comenzar una nueva vida que les permitió atender las necesidades de su progenitor enfermo y arruinado, al tiempo que detenían al borde del precipicio el destino de la familia. Todavía no habían cumplido los treinta cuando murió su padre, momento en que ellas ya habían entrado con firmeza en la vía de ascenso hacia la posición que las llevaría a convertirse en ejemplo y motivo de asombro para los demás, y a sentir una íntima y legítima satisfacción de sí mismas.

Cuando se quedaron solas, tras algunos años de trabajo sin concederse ni un respiro, ayudadas por los consejos de una persona generosa y desinteresada, pudieron iniciar mediante un primer esfuerzo, el más difícil sin duda, el levantamiento de las hipotecas que pesaban sobre la casa y sus tierras de labranza. Fue una liberación que, tras aquel primer paso, les resultó cada vez más fácil y rápida hasta volver a tomar posesión de todas las propiedades de manera automática.

La costurera propiamente dicha era Teresa, que estaba considerada en aquella época la mejor de la ciudad en su género. Tanto era así que, pese a encontrarse tan a trasmano, todos acudían a ella, que tenía que rechazar trabajo continuamente. No había jovencita de familia noble o rica, hija de industrial o comerciante, que no deseara tener en su ajuar por lo menos algunas piezas salidas de aquellas manos que se habían hecho célebres, y eso si no podían conseguir el ajuar completo. Los ajuares se encargaban, pues, con un año y hasta con dos de antelación, y no se aceptaba trabajo alguno que no viniera con seis meses por delante. Lo más sorprendente de todo era comprobar cómo

las modas llegaban sin dilación a un remoto y modesto rincón campesino, y cómo en el taller de aquella habitación singular dos mujeres, cuyos cuerpos no sugerían ni la más vaga ni remota sospecha de moda y de elegancia, aceptaban las novedades, las criticaban, las valoraban, las recreaban y las corregían con una finísima intuición de la oportunidad y del buen gusto.

Carolina bordaba en blanco ayudando a su hermana en los trabajos más voluminosos y de beneficios más rápidos, habiendo logrado su trabajo una gracia y finura tales, un virtuosismo tan asombroso en su especialidad, como para dejar perplejo al crítico más exigente. No había en el mundo ni un solo punto que le fuera desconocido y que no supiera ejecutar o que, habiéndolo visto una vez, le resultara imposible reproducir, hasta el extremo de que podía reparar encajes, mantillas antiguas y bordados de todas las épocas. Del mismo modo en que su hermana era la voluntad, la mente ordenadora, Carolina era la artista. Al igual que su hermana había demostrado desde los primeros años de su adolescencia aptitudes para el corte y la costura de la ropa blanca, Carolina había sobresalido por su habilidad para la decoración, su fantasía para el diseño, su sensibilidad para el color. La especialidad en que más destacaba era en el bordado en seda y oro: ornamentos sagrados, lábaros, estandartes y banderas. Así se explica la aparición en aquella cancela de sacerdotes y beatas de alcurnia, que descendían de sus automóviles cuando había que hacer una donación a la iglesia, un presente a un obispo o a un cardenal. En esas ocasiones surgían tales prodigios que podrían compararse ventajosamente con los mejores ejemplares expuestos en las vitrinas de museos y galerías, y de los que nuestra bordadora había hecho un minucioso y agudo estudio desde su adolescencia. En las ocasiones en que Carolina tenía que terminar un trabajo, un ornamento sacerdotal, un estandarte, una bandera patria, Teresa dejaba a un lado los camisones y las enaguas, echaba mano también de la seda, el oro y la plata, y ayudaba a su hermana con la sumisión de una aprendiza, de una ejecutante; lo propio hacía Carolina en lo relativo a los modelos y a la hechura con los que debían entonar los adornos cuando ayudaba a su hermana en un ajuar importante.

Ya he dicho que todos los días rechazaban trabajo o lo aceptaban sin límite de tiempo. Nunca habían querido formar una escuela, o mejor todavía, como todos deseaban, trasladarse a Florencia e instalar un gran taller. A excepción de alguna jovencita, por lo regular inquilina suya y a la que habían admitido de favor enseñándole como si fuera de la familia, o de una vieja artesana de confianza a la que hacían venir en los casos, no habían buscado ninguna otra ayuda. En cuanto a lo de trasladarse a Florencia, ni siquiera lo habían pensado, ya que la gente iba a buscarlas allí donde habían nacido, donde

habían vivido siempre. En esto residía el secreto principal de su éxito: todo el trabajo era producto de sus manos expertas, punto por punto, resultaba irreprochable y no tenía altibajos, lo cual representaba para las hermanas una fatiga sin fin.

En épocas pasadas se contaban entre su clientela algunas mantenidas de fama —cuando todavía existía este género de relaciones— muy ostentosas, una especie que he omitido a propósito juzgándola heterogénea, irregular, si bien óptima para nuestras hermanas, puesto que las damas en cuestión hacían enormes derroches en lencería finísima sin reparar en gastos por cuanto sus entradas de dinero eran fáciles y muy abundantes. ¿Seguirán existiendo las mantenidas hoy día? ¿Las *cocottes*? Es una pregunta que nos hacemos porque ya no las vemos. Quizá, quién sabe… Pero, alcanzadas unas condiciones razonables, únicamente utilitarias, ya no destacan como entonces: cambian los tiempos, cambian las costumbres. También puede ser que quienes las mantienen, por el hecho de gastar poco con ellas, no estén tan empeñados en lucirlas. En aquellas proporciones de ostentación representan el fruto de otra época. Se había dado el caso de que en el salón-taller y almacén se encontraron con alguna de ellas la dama, la beata y hasta el sacerdote; éstos, a buscar los atavíos del espíritu; aquélla, los de la frágil carne que, para resaltar su fragilidad, los exigía fragilísimos, transparentes, sin más. En tales circunstancias Teresa había permanecido impasible, dueña y señora, sin perder jamás de vista un aspecto: los intereses de su negocio. En esos casos excepcionales, Carolina estaba ausente en todo momento, como si los demás estuvieran allí con el único fin de admirarla. La dama del encuentro se había mostrado evasiva, altanera, distraída y, sobre todo, miope, con una miopía tan acentuada que ni siquiera se dio cuenta de la presencia de aquella cosa insignificante que era la otra clienta que estaba a su lado. Por el contrario, la beata se había cerrado sobre sí misma de golpe, como hace el erizo al menor ruido, convertida en una bola de espinas, que es lo mismo que decir que desapareció. Y el sacerdote, pensando tal vez que el Señor le tocaría el corazón un día, la había mirado con benevolencia en previsión de esa mudanza.

Algunos encuentros formaban un capítulo aparte en la historia de nuestras hermanas.

Pero el capítulo principal era sin duda alguna un viaje a Roma que en su tiempo fue un acontecimiento capaz de revolucionar a toda la comarca: el pueblo entero de Santa Maria no habló de otra cosa durante muchos meses.

Después de haber realizado una casulla para un cardenal de la Curia, casulla que había causado gran admiración incluso en las antecámaras de Su Santidad, las dos hermanas fueron informadas por intermedio del cardenal arzobispo de Florencia de que el Santo Padre

las recibiría en audiencia privada junto con un reducido número de personas.

Esa noticia causó gran revuelo entre los vecinos. Desde el párroco hasta el último feligrés, todos acudieron a la puerta francesa donde las mujeres continuaban trabajando, con su imaginación totalmente ocupada en el viaje. «¡Las Materassi van a Roma! ¡Las recibe el Papa!» Todos querían saber si era cierto, si iban a ir y cuándo; pero, sobre todo, cómo se iban a vestir, pues todos sabían que para ser admitidos ante la presencia del Papa se necesita una vestimenta especial. Incluso la inconmovible Teresa había perdido por aquellas fechas la calma, que había conquistado y conservado a costa de tantos sacrificios. Carolina sufrió una crisis de llanto y hasta podría decirse que de miedo. Presentía que en el último momento las piernas no la sostendrían e iría a Roma tan sólo para caer desvanecida. Tenía pesadillas, había perdido el sueño, el apetito y hasta las ganas de trabajar. Para sustraerse a tanto desfallecimiento decidieron hacerle un presente al Papa: una magnífica estola en la que trabajaron juntas, sin parar ni un momento, viviendo a todas horas en una conmoción opresiva durante los días que las separaban de la fecha de partida.

Carolina hizo un diseño de belleza austera, clásica diríase, que culminaba en la banda derecha con un Cristo en la cruz y, en la izquierda, con un san Pedro en el acto de consagrar la hostia.

Durante todo un mes las mujeres y las chicas de la vecindad no hablaron de otra cosa que no fuera la estola y la visita. ¿Serían capaces de concluirla aun trabajando todo el día y buena parte de la noche? ¿Cómo quedaría el Cristo? ¿Y la sangre de las heridas? Y casi todo el mundo debió de estar pendiente de lo más difícil: la realización del rostro de san Pedro, con las manos sosteniendo la hostia a la altura del pecho en el instante divino.

Puede decirse con toda razón que aquella estola representó la obra maestra de las hermanas.

A causa de la gran tensión, Carolina adelgazó tres kilos en un mes. Cuando, concluidos el Cristo en un lateral y el santo de enormes ojos claros mirando al cielo en el otro, puso sus manos en la hostia, que por ser un disco totalmente blanco podía hacer pesada la figura del segundo plano, estática y compacta, la propia bordadora adquirió una ligereza incorpórea al pasar los hilos, hasta tal punto que la hostia se fue formando con la suavidad de un vapor que se expande.

Acompañadas por un prelado de Florencia, junto con diez o doce devotos más, en una mañana de junio, con un sol resonante en el cielo de un azul profundo, parejo, temblando como palomas espantadas y bamboleándose sobre un pequeño carruaje que daba tumbos sobre los adoquines de la plaza como si se desplazara por las piedras de un río; vestidas de negro y con un velo sobre la frente, se aproximaban

anonadadas al palacio apostólico y, cuanto más se acercaban, tanto más se sentían engullidas por las fauces imponentes de aquella mole.

Entraron a la vez que otro grupo conducido asimismo por un prelado, y también se les unieron algunos sacerdotes que iban solos. En total no llegaban a cincuenta. Los pasaron a todos al salón de las Bendiciones, donde debían esperar a que se abriera la puerta por la que aparecería el Pontífice y hacia la que miraban todos conteniendo la respiración.

Poco después la puerta se abrió con tanta facilidad que pareciera que fuese de cartón, y un rayo de luz solar se coló por la rendija desde la otra sala. En ese instante apareció Su Santidad, tan leve como Carolina había logrado que fuera la hostia entre los dedos de san Pedro. Se trataba de Pío X, y la fecha, el mes de junio que precedió a la conflagración europea; a los pocos días aquel corazón piadoso dejaría de latir. El santo anciano, con un mechón de cabellos plateados escapándosele del solideo, la cara rosada y sonriente de amor paterno, totalmente vestido de blanco, empezó a pasar por delante de sus visitantes, que se hallaban arrodillados formando un semicírculo, dedicando algunas palabras a cada uno en particular e impartiéndoles la suprema bendición terrenal. Cuando el prelado le dijo que aquéllas eran las dos bordadoras de Florencia autoras de la estola que Su Santidad había recibido como presente, el Pontífice cogió con ternura entre sus manos las de las dos mujeres para mirarlas, diciéndoles: «Excelente, excelente; muy bien». Las pobrecillas, arrodilladas, sólo acertaron a llorar; pero Teresa, habiendo recobrado la capacidad de articular, quebrada por los sollozos, encontró fuerzas mientras el Santo Padre les acariciaba la frente impartiéndoles la bendición apostólica para decir emocionada: «¡Por el alma de nuestro padre! ¡Por el alma de nuestra madre!». El Pontífice, acentuando la sonrisa, asentía con la cabeza porque Teresa, una vez que había roto el hielo, daba muestras de seguir adelante: «¡Para nuestra hermana de Ancona! ¡Para la de Florencia! ¡Para todos los habitantes de nuestro pueblo!». El Pontífice seguía asintiendo para hacer comprender que la bendición los alcanzaba a todos ellos. Carolina, que no había sido capaz de abrir la boca, pero que había oído con gran asombro lo que su hermana se había atrevido a pedir, en cuanto pudo articular una palabra explotó: «¡Niobe!». A esto el Pontífice, sonriendo de una manera más abierta hasta mostrar su boca privada de algunos dientes, le respondió cogiendo entre las manos la cara de Carolina: «Para todos, para todos», y siguió su recorrido.

Cuando da comienzo este relato tenían las hermanas cincuenta años y corría exactamente el año 1918. Llegadas a la cumbre de su vida profesional y de todas sus aspiraciones tanto secretas como

confesadas, y habiendo recobrado años atrás la posesión total de sus bienes, con cuyas rentas podrían vivir desahogadamente, seguían trabajando con la misma fiebre que en las horas aciagas y, no habiéndose planteado nunca una vida diferente, parecía que no hubieran reparado en el milagro que habían obrado sus frágiles dedos y en que reconquistar la serenidad y una posición bien ganada no constituyese su meta. Habían llegado al extremo de acumular dinero sin ni siquiera advertirlo, sin darse cuenta de su valor ni sentir pasión por él, y los ingresos monetarios les llegaban tanto por el lado del trabajo como por el de las rentas, de todo lo cual no gastaban ni un céntimo. Diríase que ahora, atadas a su carro, era el trabajo el que las arrastraba, sin que pudieran soltarse; era algo en lo que nunca habían pensado, como tampoco habían pensado jamás en abandonar aquella forma de vivir, en moderar el ritmo para gozar de un instante de reposo, de bienestar y de alegría, en concederse un descanso, una distracción, en hacer un pequeño viaje, en proseguir un trabajo menos intenso y apremiante: su dureza era su esencia misma, el medio convertido en fin. Si les hubiera cruzado por la mente este pensamiento se habrían sentido frente al vacío, infelices por primera vez, y casi todo habría terminado al lograr el objetivo, se habrían encontrado con un puñado de moscas.

En el salón descrito estaba todo: en el caos de piezas de tela, de sedas, de velos, de encajes, de lienzos y de bastidores, de cajas, de tijeras y de agujas. También estaba en los automóviles señoriales que se detenían ante su puerta, en aquellas visitas de gente rica e importante, en sus recomendaciones y súplicas para que se atendieran sus pedidos. Marchaban a aquel ritmo de una manera continua, acelerando en lugar de moderar, podría decirse. Ésta era su meta, y en ella habían olvidado el mundo y se habían olvidado de ser mujeres. Eran dos jovencitas petrificadas de cuya feminidad sólo el observador experimentado podía identificar las huellas, relámpagos repentinos y vagos que surgían como fuegos fatuos entre las cenizas para volver a ellas tras la pálida y falaz aparición.

Con Teresa y Carolina habitaba una hermana más joven, Giselda, respectivamente catorce y quince años menor que ellas, que había vivido el drama justo al revés. De las cuatro hermanas era la más agraciada e incluso se diría que resultaba hermosa. No había conocido el período oscuro del desorden familiar debido a su corta edad, que la eximió de los sufrimientos correspondientes. Empezó a vivir cuando ya sus hermanas, solas en el mundo, habían iniciado victoriosamente la reconstrucción de la existencia familiar. No había aprendido oficio práctico alguno porque sus hermanas habían preferido no ocuparse de ella en lugar de restar tiempo a sus labores; tampoco solicitaban su ayuda por más que se encontraran agobiadas, ya fuera porque no

quedaban conformes con lo que era capaz de hacer, ya para sentirse ellas mismas omnipotentes. Se sonreían bonachonamente ante su torpeza y sólo le hacían encargos de poca monta, de los de andar de un lado para otro: ir a Florencia para cumplir encargos y hacer compras; visitar a los proveedores y clientes, entregar los trabajos terminados, recabar y transportar las materias primas y recoger los recados, cosas todas ellas que Giselda realizaba a la perfección por su ductilidad, inteligencia y vivacidad. Las dos hermanas nunca habían sentido celos ni de su juventud ni de su aspecto agraciado, por haberla considerado siempre más una hija que una hermana, orgullosas de este sentimiento y de la generosidad que le demostraban. Así fue hasta que un hecho, imprevisto para aquellos dos seres exiliados de la vida y, sin embargo, natural, trocó de golpe los sentimientos amorosos en celos y desconfianza.

Giselda tenía veinte años y se encontraba en la plenitud de su ardor juvenil cuando un buen día comunicó a sus hermanas que se había comprometido y que deseaba casarse. Levantando la cabeza del bastidor, ambas cruzaron unas miradas estupefactas, perplejas y desorientadas, sin haber mirado todavía a su hermana, como si se tratara del anuncio de la cosa más inverosímil y, en definitiva, más desagradable. Se había prometido con un joven de la alta sociedad, según decía ella, rico, buen mozo y elegante, que iría a casa a solicitar oficialmente su mano a la familia. Esa noticia, dicha con cierto aire de triunfo y de provocación por parte de la chica, bastó para que entre las tres mujeres se abriera un abismo de hielo: había sembrado la semilla de una rivalidad que germinaría para mantenerse viva de ahí en adelante. Habiendo descubierto Giselda con su instinto femenino el rencor mal disimulado que animaba a sus hermanas, adoptó el tono seguro y de superioridad que le daba su victoria, en lugar de mostrarse dócil para aquietarlas, de quitar importancia al asunto a los ojos de ellas presentándolo ensombrecido de temores, de incertidumbre, mostrándose débil y pidiendo consejo o protección. Así pues, los sentimientos de una lograron recrudecer los de las otras, y éstas, a su vez, los de aquélla con los suyos; acabaron explotando las discrepancias y la discordia tan pronto como se supo que el tal joven, rico, apuesto, elegante y de la mejor sociedad, era el individuo menos indicado para que pudiera salir adelante un matrimonio y para sentar las bases de una futura familia. Es decir, que se trataba de un sujeto poco recomendable que había dado ya pruebas elocuentes de indignidad, que era disoluto, prepotente, incapaz de hacer algo serio, que había llevado siempre una existencia libertina y carente de escrúpulos y para el cual el matrimonio no podía ser sino una nueva aventura. Todos los informes que recibieron resultaron negativos. Sin embargo, como ya dijimos antes, las relaciones afectivas entre las tres

mujeres se habían agriado sobremanera, y, cuando las hermanas, vencido ya aquel inconfesable antagonismo de mujeres, la aconsejaron con el corazón en la mano teniendo como único objetivo la conveniencia de la más joven, poniendo por delante los sufrimientos y penalidades de los que habían sido testigos y víctimas desde la infancia por haberles deparado la suerte un mal hombre como padre, Giselda tomó los amorosos consejos por simples y evidentes celos, que, con el fin de salir triunfadoras, trataban de encubrir bajo la apariencia de la prevención y de la experiencia a causa del odio que allá, muy en el fondo, sentían las solteronas por la muchacha feliz. Además, ese prometido no estaba en las condiciones del padre de las tres hermanas, que había tenido un padre dispuesto por encima de todo a sostener la vida disoluta de su hijo y aun a su muerte le había dejado un sustancioso capital que liquidar. En el caso que nos ocupa, la familia lo había abandonado a su suerte después de incontables luchas y sufrimientos.

Giselda se casó y, tras cinco años de un matrimonio en el que había sido feliz apenas unos cuantos meses por haberse empezado a cumplir prestamente las profecías, luego de haber soportado, antes de rendirse, todas las humillaciones, penurias y amarguras e incluso el hambre, domeñado el orgullo, atenazada la garganta por el dolor, abrió el corazón a sus hermanas, que paulatinamente fueron deponiendo su resentimiento a medida que recibían sus confidencias. Cuando fue feliz y fuerte, la combatieron; después, cuando volvió desgraciada y vencida, se le rindieron, le entregaron su afecto y la hicieron partícipe de su generosidad.

Al cabo de cinco años de padecimientos y angustias, Giselda volvía en busca de cobijo junto a sus hermanas. Entraba de nuevo y para siempre bajo su techo, mientras que su marido desaparecía incluso de la ciudad sin dejar la menor huella. La mujer que a lo largo de veinte años había representado la despreocupación y la felicidad en aquella casa atormentada y triste era entonces la imagen del dolor. Desde el momento mismo de su llegada, se había vuelto sombría y taciturna; con el cuerpo enjuto y el rostro marchito, ajado, había perdido todo atractivo y también el color; su aspecto encubría, más que la desilusión íntima y el derrumbe moral, su amor transformado en odio por el hombre que la había envilecido y abandonado. Se había vuelto dura, de sus labios sólo brotaba una sonrisa amarga o irónica, y no era capaz de ocultar el rencor por sus hermanas victoriosas, que al fin habían tenido razón y con las que había vuelto a vivir hacía diez años. No llevaba una existencia de dueña, pues todo era de ellas, ni disfrutaba de las ventajas que en otro tiempo le proporcionaban su despreocupación y su alegría. Tampoco vivía como una criada, ya que las hermanas habían vuelto a tratarla bien, con respeto, y, cuando le

pedían alguna cosa, lo hacían de una manera muy educada y cortés, lo cual representaba la mayor humillación para su orgullo pisoteado. Su posición era falsa; su manera de vivir, de moverse y de hablar también era falsa: era un ser que desentonaba, que estaba fuera de lugar, incapaz de rehacer su vida y de procurarse un pedazo de pan.

Por su parte, Teresa y Carolina, en su comportamiento con ella, ahora pobre y vencida, habían olvidado que en otra época la había deseado un joven hermoso y afortunado, como esos que todas las muchachas, en todas las épocas, ven en sueños nocturnos colmados de fantasía, con los ojos abiertos o cerrados (la noticia que no había producido precisamente un gran regocijo íntimo el día que la conocieron), al que ella, cayendo en un gran error, creía haber conquistado y al que pensaba entregarse para toda la vida, queriéndolo a despecho de todo el mundo y en contra de todas las recomendaciones y vaticinios. El desastre acaecido posteriormente había obrado como un bálsamo que mitigaba el encono de su odio, y más influencia aún habían tenido las calamidades que había soportado la infeliz antes de rendirse, hasta que encontró las fuerzas necesarias para abrir su corazón cuando ya desfallecía ante la imposibilidad de soportar tanto dolor. Había llegado a la renuncia y al odio que sus labios apretados y blancos dejaban traslucir.

Tenía a su cargo la administración de las casas de alquiler. Su malhumor y su acrimonia resultaban providenciales para hacerlo sin debilidades, cediendo lo menos posible ante los retrasos en el pago de los reducidos alquileres por parte de los inquilinos de menores posibilidades o con frecuencia golpeados por la desgracia y las enfermedades. También eran eficaces a la hora de desechar las peticiones de trabajos de mantenimiento que los moradores de las casas hacían con demasiada ligereza. Como administradora, trataba incluso con la clientela ilustre, que no siempre es ilustre a la hora de pagar. Bajo su control estaban todas las propiedades agrícolas: ya se sabe que los campesinos necesitan que se los dirija bien y con habilidad para que las ventajas sean recíprocas. Giselda llevaba las cuentas de la leche, de las verduras que se llevaban al mercado de Florencia casi todas las mañanas. En aquella heredad las cosechas —que se reducían a un poco de grano y vino, un vinillo de llanura de poca graduación, por no decir flojo— tenían muchísima menos importancia que el resto de los recursos. La administradora desahogaba su malhumor con toda esa gente que representaba el poderío de las dos hermanas, puesto que no podía hacerlo directamente con ellas, verdaderas destinatarias de su oculto rencor. Cuánto no se habrían reído con gusto las hermanas en la tranquilidad plena y segura humillándola aún más. Aunque no se les notara en absoluto, muy en el fondo, se reían de ella inconscientemente, ya que

ese malhumor redundaba por completo en su interés material. Iba a Florencia para hacer las compras y diligenciar los asuntos necesarios, lo que les permitía no moverse por razón alguna, exactamente como siempre lo había hecho siendo adolescente. Pero con qué ánimo diferente atravesaba ahora la pobrecilla las calles de la ciudad. Para no amargarse hasta la desesperación, tenía que alejar los recuerdos de su juventud, todavía próxima, que se le antojaba muy lejana, como si ya estuviera decrépita. Dentro de la casa se ocupaba de las tareas menos pesadas: acomodaba los dormitorios, el suyo y el de sus hermanas, situados en la planta superior, y mantenía en perfecto orden todo el piso. En la planta baja se encargaba del saloncito de estar adonde se hacía pasar a las damas que venían para las pruebas. Sin embargo, nunca se sentaba a trabajar en la sala de la entrada, ni siquiera ayudaba a dar los últimos toques de doblado o planchado a los trabajos ya terminados: sus hermanas preferían levantarse antes del amanecer o acostarse pasada la medianoche para realizar por sí mismas aquella tarea, que consideraban muy importante y delicada, como si, por decreto divino, a ella se le prohibiera toda intervención en el trabajo. Ellas desdeñaban las posibilidades de Giselda con respecto a su labor, y ésta, por su parte, despreciaba sin demostrarlo aquel trabajo, en el que las veía embrutecidas y del que, a falta de una causa mejor, habían hecho una religión.

Para los quehaceres más pesados estaba Niobe, la vieja sirvienta olvidada en el Vaticano a causa de la confusión y para la que el Papa tuvo una sonrisa y una bendición especiales. Lo de vieja es una manera de hablar, puesto que era de la edad de sus señoras y llevaba a su servicio desde los veinte años, pero ya había renunciado a toda veleidad personal; sus cincuenta años podrían ser sesenta con toda facilidad.

Niobe era buena y jovial, y en su boca, a la que ya faltaban muchos dientes, había siempre una sonrisa. Los pocos cabellos grises que le quedaban los peinaba muy cuidadosamente pegados a la cabeza, con ese estilo que utilizan algunas mujeres muy atareadas al no poder imaginar otro más sencillo. Era baja y rechoncha, casi deforme a causa de la gordura acumulada con los años. Sus redondeces se bamboleaban pesadamente pero sin sufrimientos ni pereza. No había palabra, acción ni malhumor que pudieran ofenderla y, como el asno manso, plegaba sus espaldas, sabedora de que había nacido para cargar, y cargaba sin un quejido, sin una señal de protesta ni de cansancio. Las hermanas, además de tratarla con benevolencia por su miseria física y por su bondad pasiva, incluso sentían por ella un gran afecto.

También Niobe tenía una historia fuera de lo común, de la que la gente conocía sólo una parte, y no porque se tratara de algo insólito,

pues era un drama muy natural, sino porque sus señoras así lo querían, y la mujer, para complacerlas, había aceptado aquella limitación, que ellas utilizaban después como un chantaje afectuoso y familiar que no pasaba de una sonrisita, de un carraspeo o tal vez de una interjección que sólo ella entre los presentes podía entender. Pese a sus miserias, la mujer se sonreía en el fondo más de la ingenuidad de las dos hermanas que de sus propias hazañas, sin que le molestara ni lo más mínimo que la chantajearan así, y siempre dispuesta, si lo hubieran deseado, a contar también el resto.

En su aldea situada en el valle del Arno, a la pobre Niobe, hija de gente muy necesitada, obligada a vivir entre los campesinos trabajando a jornal o de criada para ganarse el pan, la sedujo, como quien dice, un administrador casado y no demasiado joven que la dejó embarazada. Después de que el hecho cayera en el olvido, la enviaron a servir a Florencia. Olvidarlo significa en ese caso haber murmurado hasta la saciedad, hasta el agotamiento de la curiosidad, que en algunos lugares tarda en consumirse por falta de otro tema sustitutivo, habladuría que produce una satisfacción mil veces mayor que si las cosas se hablaran en voz alta, como se hace con aquello que apenas tiene interés o que resulta tedioso. Ésa era la parte que todos conocían y por la que le daban la absolución más completa añadiendo una retahíla de insultos y maldiciones dirigidas al sátiro, al animal, al hombre deshonesto que había abusado de una criatura ignorante e ingenua. En cambio, la otra parte, la que sólo las Materassi conocían en toda la villa, desconocida incluso para Giselda, que se mofaba de las vicisitudes de Niobe más de lo que las dos solteronas pudieran imaginar, esa parte desconocida para la gente, decimos, era que una vez en Florencia, yendo de una casa a otra en su servil odisea, a los veintitrés años de edad el vientre de Niobe, como lo hiciera ocho años atrás en la aldea y por causas rústicas, volvió a alterar las dimensiones que le eran propias, esa otra vez por causas urbanas, o inurbanas si se quiere, y permaneció en esa sombra discreta en la que incluso a nosotros nos gusta dejarlo. Por la dignidad familiar, esa segunda caída tenía que permanecer en secreto, puesto que los aldeanos, caritativos e indulgentes sobremanera con la mocita de quince años, se habrían conducido de manera muy diferente ante ese segundo tropezón, y ya nadie podría concederle un bis a Niobe, conocedora como era de los misterios de la vida y con una edad perfectamente responsable. Y no sólo eso, sino que profundizando es fácil entender gran parte de la responsabilidad atribuida al primer seductor, sobre el que debían seguir recayendo, por más que nadie supiera de quién se trataba, el ostracismo y el peso de los insultos.

La auténtica verdad es la siguiente: la naturaleza había dotado a esa criatura simple, torpe y miserable de una fuerte sensualidad que se

había despertado muy temprano y había permanecido encendida debajo de las cenizas. Derrumbada antes de tiempo por las privaciones y las fatigas propias de una sirvienta, esa presa fácil del macho, en cuya mirada brillaba todavía, inútil, el deseo, desvelaba a los ojos del observador experto que su decaimiento físico, su bondad y un trasfondo de sabiduría natural la habían llevado a la renuncia, aunque no hasta el punto, eso sí, de cerrar los ojos. Con todo, el máximo desahogo y el único de aquella pecadora se traducía en una sonrisa estática que no lograba dominar, y que sólo podían interrumpir un suspiro entrecortado o una exclamación incontenible y siempre igual: «¡Qué morenazo, madre!», exclamaba al divisar a un hombre moreno, joven y fuerte, o al oírlo nombrar. No cabe duda de que los morenos habían sido su fuerte… y también su debilidad.

Ante semejante exclamación, que sus señoras toleraban con alegría, Giselda, arrugando el ceño, lo convertía en hoja de puñal después de haber lanzado a la criada una mirada de ira y de disgusto. Un *morenazo* le había costado a ella demasiadas lágrimas y había pisoteado su orgullo de manera indecible como para oír hablar de ellos con simpatía y admiración. Claro que, con la pobre Niobe, tampoco se habían portado bien los morenos; sin embargo, ella era incapaz de guardarles el menor rencor, y sus ojos vivaces, como un rosa que se levanta entre las ruinas, se tornaban incandescentes ante aquella visión o por efecto del recuerdo.

Teresa sonreía distante, entre púdica y burlona, mientras que Carolina percibía en su interior una especie de extraña languidez por aquella alegría, sensación que la niña vieja trataba de esconder sin saber lo que era, y que le iba bajando poco a poco por la garganta conmoviendo todo su ser. Aunque conseguía disimularla, no lograba la pobrecilla ocultar su curso.

Las dos bordadoras no se apartaban nunca de su arsenal, en torno al cual se movía, a una distancia respetuosa y oportuna, todo lo demás, tal como se mueven las estrellas en torno al sol: la criada y la hermana, las gentes del pueblo que pasaban a saludarlas y con las que sabían guardar las distancias admirablemente respondiendo sin levantar la cabeza del bastidor, corteses y graves como dos reinas desde su trono. Los que se acercaban con un niño en brazos no se atrevían a traspasar el segundo escalón de la puerta o se quedaban sentados allí como a los pies de un altar. En todos los casos al niño sólo se le permitía hacer gestos con las manitas, pues las madres imponían silencio y recogimiento a aquellos movimientos como si estuvieran en la iglesia. No disgustaban en absoluto a las dos hermanas las reuniones que el vecindario, siempre respetuoso, celebraba ante su puerta, trayéndoles informaciones sobre un montón de pequeñas cosas que les proporcionaban satisfacción y alegría sin

distraerlas: noticias sabrosas; primicias; noviazgos a la vista o que tocaban su punto de máximo ardor; vínculos que se anudaban o se aflojaban por sí solos; compromisos cuya conclusión se preveía a causa de haberse tomado un importante anticipo a cuenta del capital y que, en el transcurso de unos pocos meses, resultaba imposible ocultar, murmuraciones que ellas fingían con dignidad no querer atender después de haber recibido una información completa. Las nueras se desahogaban quejándose de las suegras, y éstas no se privaban de lanzar flechas venenosas en dirección a aquéllas. Entre las partes contendientes, las hermanas prontamente asumían el papel de apaciguadoras y, como si no le dieran importancia alguna, ponían de relieve las ausencias o las visitas muy espaciadas; preguntaban si Fulanita o Menganita se encontraban enfermas, si no se sentían bien y a qué se debía que hiciera tanto tiempo que no pasaban por allí. De cuando en cuando, aparecía Niobe por la puerta de la derecha sepultada en la penumbra del fondo del salón: ése era su encuadre habitual. Se quedaba allí a la escucha o bien solicitaba una noticia; confirmaba el relato o añadía por su cuenta un pequeño detalle, sin perder ocasión de sentenciar con aquel tono suyo contemporizador que le era tan familiar: «No te hagas mala sangre. La vida es breve…». En respuesta las dos hermanas levantaban la cabeza al mismo tiempo y se intercambiaban una mirada inteligente: «En su tiempo ella lo había dejado correr incluso demasiado, y bien sabía cómo era la vida». Pero fuera de estos paréntesis jocosos, durante el trabajo, era como si esas mujeres no estuvieran dotadas de sexo y que las cosas que les sucedían a los demás pertenecieran a otra especie de la que se habla o se bromea de manera indiferente, sin interés. Sus juicios y observaciones eran siempre generosos e indulgentes, sin sombra de complicidad, como salidos de labios austeros. Por todo ello la gente las consideraba, con fundamento y sin excepción, mujeres de una virtud legendaria, inverosímil.

Si se daba el caso de que una mujerzuela se encontraba allí hablando y en ese momento se oía el rugido de un motor que se acercaba, la pobre visitante se diluía como la niebla por efecto del sol y, si no le daba tiempo a esfumarse, se pegaba a la pared de la casa apretando fuerte a su niño contra el pecho e inclinándose obsequiosa cuando pasaba la visitante ilustre. Las damas, exultantes, respondían a aquel humilde personaje sonriéndose.

Para descubrir a las mujeres que llevaban dentro era necesario sorprenderlas lejos del trabajo, fuera de aquella sala, lo cual era bastante difícil, ya que, a pesar de su religiosidad, sólo respetaban a medias el descanso dominical.

Los domingos por la mañana, velo a la cabeza y una capa negra

sobre la ropa de andar por casa, al segundo toque de campana salían para la primera misa y, a continuación, reanudaban su trabajo hasta pasada la una de la tarde, cuando Niobe iba a avisarlas para el almuerzo. Finalizada la comida, que tenía una duración desconocida entre semana, se dirigían a su habitación y, encerradas en ella, dedicaban toda la tarde, sin advertirlo, a desempolvar su feminidad.

Empezaban por el cuidado y aseo personal, operación que en la mañana de los demás días descuidaban o realizaban de una manera fugaz. Se cambiaban la ropa interior, de una austeridad monacal, por la que Niobe les dejaba extendida sobre la enorme cama. Aquella ropa se la encargaban a una costurera común sin señalarle modelo alguno ni hacerle precisión de ningún tipo con respecto a la confección y les parecía, de hecho, que estaba bien confeccionada. No sabían lo que era coser una camisa para sí mismas ni jamás se les había ocurrido que pudieran acariciar su cuerpo con las delicadezas de su arte. Ante un pensamiento así, tal vez se habrían hecho la señal de la cruz, lo mismo que si aquello fuera cosa de otro mundo, del mundo del alma, que nada tenía que ver con sus personas.

Oyéndolas hablar al mismo tiempo en algunos momentos de su arreglo personal diríase que fueran dos mujeres diferentes, no aquéllas del salón colmado de telas y de bastidores del piso de abajo. Era como si se hubiera terminado su acuerdo: en lugar del mutuo sometimiento sin reservas, se mostraban discrepantes y poco cordiales, dispuestas a medir sus fuerzas de frente, decididas incluso a verter juicios, a ironizar y aun a ser crueles, si cabe, haciendo valer su propia individualidad la una sobre la otra, de manera que se podría concluir tranquilamente que, una vez alejadas del trabajo, aquellas mujeres ejemplares, excepcionales, fuertes, virtuosas y constructivas, que habían dado un luminoso ejemplo de una fusión perfecta en aras del interés común, seguían el destino de todas las demás hermanas del mundo, en nada condescendientes y sumisas, sino más bien revoltosas, despectivas, resentidas, insolentes, chismosas, lívidas de celos y, a pesar de todo, queriéndose mucho y reconociéndose hermanas.

No sé si sobre este grado de parentesco se habrán hecho tantas apologías como sobre los otros. Espero que no, que no haya sido así, y no por la razón práctica de que haya quedado un resquicio libre para que yo intente una, sino porque, en muchos casos, el escritor se dejó llevar tanto por la corriente que después tuvo que someterse a la ingrata tarea de poner las cosas en su sitio, tal vez exagerando en la otra dirección. En cambio, si el campo está despejado, se respira bien y se trabaja con serenidad.

Finalizado el arreglo personal, que cada una realizaba en su propio rincón de la sala espaciosa y de techo bajo —que había pertenecido ya a sus abuelos y les había sido asignada de muy jóvenes tras la muerte

de los ancianos—, donde se destacaba un lecho matrimonial cuadrado y de enormes proporciones que, sostenido por cuatro columnas de nogal, conservaba un no sé qué casto, y, más que casto, diría yo sacro, se ponían a abrir el armario y la cómoda con un evidente disgusto por tener que encontrarse la una con la otra al efectuar determinadas maniobras, sobre todo en esta última, donde cada una de ellas ocupaba dos cajones. Los de Carolina eran los que estaban más abajo y, sin duda, esa situación de inferioridad era el origen de su malhumor. Si se daba el caso de que alguna se acercaba a dicho mueble y un cajón de la otra se hallaba abierto impidiéndole el paso, lo cerraba bruscamente, casi con rabia, golpeándolo sin miramientos.

¿Eran aquéllas las mismas que en el salón de la primera planta parecían una sola criatura?, ¿las que estaban pendientes una de los labios de la otra?, ¿las que se cedían el paso, ofreciéndose, anticipándose y prestándose mutuos servicios de manera continua, incluso en la búsqueda de una aguja o de un hilo, en alzar del suelo un carrete o un botón?, ¿las que, en fin, se ayudaban celosamente a reparar algún fallo, manteniéndose unidas todo lo que fuera necesario para lograr una victoria común? ¿Cuáles eran sus verdaderos sentimientos?, ¿los que expresaban en el taller o los que brotaban en los otros lugares, durante los raros intervalos en que volvían a ser dos mujeres como las demás?

Del armario y de la cómoda empezaban a sacar y a meter prendas mitológicas: vestidos de muchos años atrás, echarpes, penachos, mantillas, cuellos y capas que habían lucido cuando jovencitas, o que habían pertenecido a su abuela o a su madre medio siglo antes, o que habían formado parte de los respectivos ajuares de novia, o que habían venido a parar allí sabe Dios cómo. Chaquetillas con lentejuelas, boleros de felpa, prendedores y peines cuyo origen ni siquiera recordaban —tal era su distracción y tal su lejanía en el tiempo—, todos ellos objetos que nadie en este mundo osaría llevar y que, en el momento en que las hermanas se los ponían, asumían una importancia decisiva; se engalanaban con ellos como si se tratara de cosas de gran valor o de actualidad, capaces de embelesar a cualquiera, todo lo cual hacía comprender claramente que estaban fuera de la vida y no sólo eso, sino también fuera del tiempo.

Luego de haberse adornado la cintura y el cuello con todo tipo de flecos y bodoques, el pecho con alguna otra antigualla, la cabeza con prendedores y peinetas brillantes, comenzaban a empolvarse la cara, compitiendo, como si lo hicieran por despecho, por ver quién se la blanqueaba más y mejor. Una vez enharinadas como pescadillas para freír, y tras haber hecho delante del espejo mil muecas y piruetas, observando desde todos los ángulos esas figuras suyas con las que se volvían a encontrar después de siete días, se asomaban a la ventana,

una pegada a la otra, codo con codo, bien acomodados los brazos sobre el alféizar.

¿Cuál era el tema de sus conversaciones? Si se tratara de cualquier otro par de hermanas, sería fácil adivinarlo; pero, en cuanto a ellas, ¿quién lo podría decir? Bueno, aunque el lector no lo crea, también en este caso es fácil resolver el enigma: el tema era el amor. La ventana de su habitación era la única que daba al camino, que, como ya sabemos, conduce a poco que se ande a sonrientes y atractivas colinas, como las de Settignano, muy pobladas, y también a la más alejada, como la de Vincigliata, despoblada tanto de casas como de villas y donde se encuentra, alrededor del castillo, un amplio bosque que es su dote, además de la vegetación árida, alpina, que crece en la arenosa tierra y entre las rocas. Todo el entorno se halla abierto al paseante y da cobijo a innumerables anfractuosidades del terreno, especie de canteras abandonadas o todavía en explotación, tan propicias para el amor y sus inagotables intimidades y dulzuras. Así pues, los domingos, por aquel camino pasaba bajo la ventana de las hermanas una larga procesión de parejas y parejitas que dirigían sus pasos hacia los mencionados lugares, inseguras y trémulas, o también seguras y solamente llenas de deseo. No se vaya a creer que todas esas parejas estaban formadas únicamente por personas jóvenes y hermosas, o por lo menos lozanas, desbordantes del incomparable regocijo de los floridos veinte años, tan llenos de alegría que la van entregando y sembrando al pasar sin darse cuenta de ello; pasaban enamorados de todas las clases y edades, algunas veces tan desgarbados y de tal desproporción que sólo sembraban un poco de tolerancia y mucha alegría, pues el amor, de cualquier clase, jamás es triste.

Las dos hermanas se quedaban en aquella ventana hasta que oscurecía y cerraba la noche, remoloneando sin poder apartarse de ella y hablando de un pasado amoroso inexistente que, inspiradas y empujadas por el paso de las parejas, exageraban hasta límites absurdos y que cobraba para ellas un valor tal que las convertía en rivales. Sin embargo, la ausencia de ese pasado no se debía, como podría creerse, a que nadie les hubiera hecho caso ni a que todos los hombres las hubieran rechazado, pues no eran menos atractivas que muchas otras que habían conseguido marido y, por su posición, ambas habrían podido encontrar un buen partido. Lo que las había hecho permanecer solteras era su absoluto desinterés, que también había encauzado su orgullo y su prestigio por otros derroteros. Las únicas culpables eran ellas, y no se trataba de que no las hubiera querido ni siquiera el diablo, como decía Giselda murmurando en voz baja. Había sido culpa de ellas y de su situación tan especial, puesto que no habrían elegido a un pobre; y un señor, por su parte, no se habría fijado en ellas. Sin darse cuenta, se habían quedado a un lado del

camino, nadie se les había acercado a causa de este desequilibrio, por falta de atracción, de respuesta, de atención; y eso porque nadie habría sabido cómo ni por dónde empezar, cómo desviar su interés para atraerlo hacia sí, seguro de no poder llegar a nada con ellas, que no le habrían dado corte, pues no tenían tiempo para ponerse a sentir o habrían alzado los hombros sin inmutarse. No se había concretado nada en ese sentido porque nada debía concretarse y porque se complementaban de tal modo que a nadie se le había pasado por la cabeza casarse con ellas, como si no fueran mujeres.

Lo mejor del caso es que pronunciaban nombres masculinos estimulantes: Guglielmo, Gaetano, Raffaello, Giuseppe…, como si quisieran aventajarse una a otra, establecer un documento y una superioridad inatacables, poner a la otra fuera de combate.

Teresa hablaba siempre del hijo de un abogado que, treinta años atrás, veraneaba en el pueblo y que con el tiempo se había convertido en el mejor abogado de Florencia. También hablaba de otro que, habiendo establecido con mucho éxito una archiconocida industria de enseres domésticos, se había hecho rico y famoso. Y de un tercero que, tras haber emigrado a América, había amasado millones fabricando fideos. Incluso se refería a la posibilidad de haber sido la esposa de uno de ellos, dando detalles y aclarando extremos, precisando por qué causas no se había consumado el matrimonio, como si se hubiera malogrado la víspera de la boda, y siempre concluyendo que había sido ella la verdadera y única responsable de que aquello no hubiera llegado a buen término.

En sus relatos, Carolina parecía obsesionada por la brutalidad del hombre y, cuanto más se iba alejando de ellos, tanto más se agigantaba en su fantasía de virgen aquella imagen, cuyo solo pensamiento la ponía en un estado de ansiedad y turbación tales que parecía que aquello que nunca había ocurrido fuera cosa acaecida el día anterior. Había rechazado al hijo de un médico después de un agotador forcejeo entre ambos una tarde en que él la esperaba. La había abrazado de mala manera y, en un arrebato del deseo, la había arrimado contra un seto. A decir de ella, de milagro había escapado del abrazo de aquel loco; después cayó en el delirio y fue presa de una agitación que le duró toda la noche, magullada, traspasada de espinas como Nuestro Señor. Hablaba del lugar, el día y la hora exactos en que se había producido la atroz agresión y la lucha furiosa. Nada era verdad. Con el paso de tantos domingos, su fantasía había llevado una conversación normal hasta el extremo de convertirla en una violencia hermosa y benéfica, en un acto de bandolero, en el martirio, y siempre con tendencia a aumentar, tal vez del mismo modo en que lo hacían aquellos rotundos éxitos profesionales e industriales de su hermana, que habían tomado proporciones enormes a medida que les había ido

añadiendo detalles, como si se tratara de una obra de arte.

La que escuchaba, sabiendo que aquellas historias no eran ciertas o cuánta exageración había en ellas, permanecía indiferente al relato, fría, evasiva, procurando en lo posible que la otra no se saliera de los límites y comprometiera partes de su propia fantasía y, mientras escuchaba, su boca se arrugaba en una mueca de disgusto, como si la otra estuviera contando cosas indecentes y obscenas.

Así pasaban por sus relatos seres poco menos que imaginarios que ya formaban parte de la familia: hipotéticos veraneantes, personas que apenas habían conocido, poseedoras de formidable ingenio o energía, fuertes y emprendedoras o brutales y salvajes, desaparecidas hacía décadas, personas destinadas a conseguir sonados éxitos o a desembocar en actos brutales. De no alcanzar este fin, no satisfarían sus sentimientos, sus aspiraciones, su ternura.

Hasta que, finalmente, Carolina clausuraba la sesión recordando que cuando, con el beneplácito de todo el mundo, estuvo a punto de casarse con un joven muy apuesto y gentil, un amigo de la casa había corrido junto a su madre para informarla de que el muchacho en cuestión tenía un defecto gravísimo, de esos que el ciudadano de bien tiene la obligación de poner en conocimiento de la familia y, en caso de que eso sea imposible, de la Iglesia. La Iglesia llama a estos defectos *impedimentos canónicos* y publica los matrimonios durante tres domingos seguidos a fin de que cualquier feligrés que conozca alguno en los contrayentes lo diga claramente con el objeto de salvaguardar el sacramento del matrimonio. Un defecto de esos que no se pueden decir, pero la cosa no debía ser al cabo tan triste por cuanto todos los hombres de la vecindad terminaban riéndose, e incluso la mayor parte de las mujeres, es decir, las más viejas y maliciosas. Era un defecto que hacía comenzar el relato con reticencias, lo hacía terminar a carcajadas y a causa del cual el pobrecito no podía tomar mujer. Esto tampoco era verdad. El hombre en cuestión había existido veinticinco años atrás en aquellos contornos, y los vecinos habían murmurado y se habían reído de él sin que se sepa con cuánto fundamento, pero no había tenido ni el menor trato con Carolina, si bien ésta lo había conocido como el resto de la gente; su imaginación la llevaba a convertirse en víctima de aquella situación y a decir que había escapado de puro milagro a una unión fatal.

La hermana la dejaba contarlo y, en lugar de permanecer fría o evasiva, iba entrando poco a poco en el relato, asentía con la cabeza incitando a la otra a describir las situaciones. Sí, en el caso de que su hermana hubiera de tener un hombre, era justamente aquél el que le correspondía; ése sí estaba dispuesta a concedérselo; sí, sí, un hombre que la hubiera maltratado.

La verdad es que ambas conocían a los hombres de oídas pero muy

de oídas. Creo que no era posible hallar otras dos que los conocieran menos.

Pasaban las parejitas arrimándose como si tuvieran frío y, sin embargo, hervían a borbotones; se apretaban como si el calor ya no fuera suficiente en el colmo del éxtasis. Todas lanzaban una mirada fugaz a las dos mujeres, que, prosiguiendo su examen sin vacilaciones, por lo general encontraban a las mujeres feas, antipáticas y mal vestidas. Por el contrario, eran indulgentes con los hombres; estaban dispuestas a reconocer su apostura o su belleza, la donosura de sus andares o tal vez la mera belleza de sus ojos, de sus dientes, de sus cabellos, de su voz, y la anchura de sus espaldas o el traje bien cortado. Lo que siempre les resultaba inexplicable, un auténtico misterio, era que un joven hermoso, o por lo menos simpático o elegante, hubiera podido enamorarse de un bicho raro, de una melindrosa, de un palo con faldas, de una cara rancia, de una boquituerta, de un armatoste, de un rostro desagradable e irritante. «¿Pero cómo será posible que se enamoren de algunas mujeres?», acababan diciendo las dos a coro. Con las mujeres eran despiadadas. Daba igual que fueran hermosas o que tuvieran cierto donaire; siempre les veían un defecto para aplastarlas, para mermarlas, para reducirlas a polvo: tenían que ser por lo menos malas. Y pensar que se veían obligadas a coserles los camisones y la ropa blanca. Y qué bien se los confeccionaban, con qué finura insuperable, con qué exquisitez y buen gusto, olvidando a las personas y apartando a un lado la inquina; con qué gusto se los hubieran cosido contrahechos, apretados para hacerlas sufrir, desproporcionados para afearlas, para que lucieran infladas y ridículas.

—Siempre pasa lo mismo; a una persona hermosa le toca una fea.

—Aquella mata de espino bien que ha sabido escogerlo.

—Con esa facha, seguro que le pone los cuernos.

—Esa mirada tan cándida engaña a Dios y a sus santos.

—¿Te fijaste en la desgarbada esa?

—Está muy deteriorada; parece una devanadera.

—Tiene unos labios que servirían para hacer un estofado.

—¿Te diste cuenta qué manazas?

—Será una fregona cualquiera.

Y en caso de que fuera imposible echarla por tierra, por tratarse de una mujer con cierto encanto, decían:

—Claro, así cualquiera; es todo pintura. Lávale la cara y ya verás lo que queda.

—Quisiera verla por la mañana, cuando se levanta; seguro que es un adefesio.

Desgranaban toda una letanía en contra de las mujeres y dirigían a

los hombres una mirada benévola, siempre veían algo admirable en ellos: no importaba que fuesen guapos o feos.

Y los paseantes, todos sin excepción, contenían una carcajada algunas veces o, con mayor frecuencia, ni la contenían, sino que la dejaban escapar ante aquella visión. No cabe duda de que era difícil no echarse a reír al verlas en la ventana adornadas de tal guisa. Solamente los hombres, atentos a lo suyo, no reparaban en ellas por más que las miraran y, si se sentían obligados a fijarse, el único fruto de su fugaz interés era el epíteto *brujas*. O bien las consideraban dos viejas grullas que pretendían hacerse las graciosas y las jovencitas sin reparar en su respetable edad. A todas luces, no sabían cuánta virtud ni cuántos sudores había tras aquellas horas de modesto esparcimiento, ni tampoco del melancólico y extravagante retorno a la feminidad. Pero ellas permanecían demasiado ensimismadas y pendientes de su propio placer como para darse cuenta, aunque sólo fuera fugazmente, de los juicios desfavorables.

Sólo sus inquilinos las saludaban con premura, iban a obsequiarlas bajo la ventana, se acercaban un momento al salir o al entrar. Ellas respondían desde lo alto no como los demás días, sin levantar siquiera la mirada, sino con reverencias mundanas, como si se tratara de dos damas que, ocupando un palco en el teatro, asistían a una ópera o a una comedia; ambas muy locuaces, bromeando, dicharacheras. El hecho de que las hubieran visto siempre de aquel modo les impedía darse cuenta de lo estrambótico de sus peinados, e incluso decían que las pobrecillas se vestían así porque ni siquiera sabían lo que llevaban puesto ni aquello que deberían ponerse, que para el caso es lo mismo. Alguno había que se acordaba de haberles visto a la madre o a la abuela de las hermanas, muchos años atrás, algunos de los atavíos que ellas vestían ahora.

Lo más curioso de todo es que el muro en el que se abría la ventana a la que ellas estaban asomadas no moría en el tejado, como en el resto de casas de la zona, donde los tejados dan carácter a los pueblos y ciudades, sino que terminaba en la línea horizontal de una pared lisa y blanca, como la de una casita árabe de Trípoli o de Bengasi, algo insólito sin lugar a dudas, sobre la que se asentaban dos pequeñas ánforas de terracota con plantas de pita indestructibles e incapaces de crecer, decrépitas e inmaduras, lo cual, al aumentar su ridiculez, daba un sabor equívoco al cuadro dominical.

Al alba del lunes, de nuevo en su taller, con el delantal blanco y las gafas de gruesos cristales, se habían olvidado por completo de los devaneos y las delicias del domingo. Ya no eran las mismas mujeres: ni un adorno ni un aderezo sobre sus personas, ni siquiera el recuerdo del polvo de arroz que embadurnaba sus caras. Era como si el día anterior hubieran representado una comedia.

Allí estaba toda su vida, a la que se habían entregado por completo olvidándose de la otra, la verdadera, que ya se había convertido para ellas en una comedia en la que nada era real.

¿Quién habría dicho que mujeres con sensibilidad para la moda femenina de alto vuelo —por más que se tratara de una indumentaria de rango inferior, aunque no lo fuera en cuanto a finura y ejecución—, capaces de intuir y comprender los matices de mayor delicadeza y que veían desfilar ante sí a las señoras vestidas con los modelos más exquisitos de su época, pudieran pasar una tarde en aquella ventana que daba a un camino campestre tan pintorescamente ataviadas que parecían dos máscaras, y enfrascadas en conversaciones tan alejadas de la realidad como aquellas que las ocupaban?

Las pobrecillas, sin darse cuenta, se habían alejado también de otra cosa más, si bien ésta enorme. Habiendo nacido y vivido en pleno campo, propietarias de un extenso y fértil dominio reconquistado a muy alto precio, no sentían por la tierra el menor cariño ni interés: la despreciaban. Este mal lo habían heredado en gran parte de su padre que, nacido hijo de un auténtico campesino acomodado y atraído luego por los esplendores de la vida urbana, había desdeñado desde su infancia el origen de su propio bienestar por considerarlo innoble; en cambio, ellas, cuando se hubo extinguido por completo su fortuna, supieron recobrar la sabiduría de su abuelo con una rectitud ejemplar. Quizá debamos, una vez más, cargar esta responsabilidad a su trabajo, que había absorbido todas las demás posibilidades y toda la energía, y había dejado para el resto de la vida sólo sombras y escoria.

Teresa consideraba mal invertido el tiempo dedicado a visitar sus tierras y a administrarlas; y cuando Fellino, el campesino, necesitaba hablarle de los asuntos de la heredad, le respondía muy decidida que se dirigiera a Giselda, porque ella no podía ocuparse de semejantes asuntos, que tenía mucho que hacer. Por su parte, el hombre prefería a buen seguro hablar directamente con la dueña.

En cuanto a Carolina, hay que decir que Fellino ni siquiera le planteaba ciertas cuestiones, pues sabía muy bien que su señora no le habría prestado atención y que le habría dado a entender sin palabras, con un desinterés suicida, que ella pertenecía a un mundo que no era precisamente el de las coles y las zanahorias, y que no había por qué molestarla con aquellas tonterías.

Por otro lado, Giselda tenía un carácter imposible y mostraba sumo desinterés por las cosas que administraba; según los días o las fases de la luna, tomaba las decisiones de repente o rechazaba las sugerencias sin dar lugar a discusión, sin avenirse a razones, posponiéndolo todo sin plazo fijo, sin más, y de esa forma ocasionaba graves daños, ya que hacía recaer sobre el campesino y sobre la hacienda las consecuencias de su malhumor y de su amargura. Aunque el mundo se viniera abajo,

no había hombre capaz de que se desdijera de su decisión, por más que ésta representara el error más craso y evidente.

Hay que referirse también a otro inconveniente. El hecho de que la propiedad estuviera en su mayor parte dedicada al cultivo de hortalizas hacía necesario un abonado frecuente de la tierra. El viejo agricultor había construido en la parte trasera del enorme caserón dos series de pequeños depósitos pensando seguramente, como lo haría cualquiera, que el alquiler abonado por catorce familias, por modesto que fuera, sumaría al final del año una cantidad nada despreciable; pero, al mismo tiempo, se le había ocurrido otra cosa que no a todo el mundo le habría pasado por el pensamiento, a saber: que catorce familias, por regla general prolíficas, podrían pagar otro alquiler sin darse cuenta, el cual correría por ciertos conductos y depósitos ocultos que él había hecho construir avisadamente, los cuales no queremos nombrar por considerarlo una falta de delicadeza, pero de los que podemos decir que se transformaban con celeridad en riqueza efectiva puesta en evidencia por las coles y las zanahorias. Él era un hombre del campo y hablaba con una claridad meridiana de ciertas cosas, sin mostrar nunca desinterés, sin arrugar la nariz ni torcer la boca, como harían más adelante su hijo y después sus nietos. Pero es el caso que Fellino no encontraba el momento oportuno para extender sobre los surcos de las huertas de las inmediaciones de la finca todo aquel bien de Dios porque a las susceptibles dueñas de la heredad se las llevaban todos los diablos cuando él empezaba su tarea, ya que, según le decían, de un momento a otro podían llegar las señoras: las duquesas, las marquesas, las condesas, los canónigos mitrados y las mantenidas. Además, ni siquiera ellas, que no pertenecían a esas esferas, querían sentir el olor. Y ninguna hora resultaba buena, puesto que la primavera y el verano, épocas de sazón y de gran consumo de hortalizas, era también las de máximo apuro para los camisones y la ropa interior, por lo que las hermanas no reparaban en ponerse a trabajar a las tres de la madrugada, hasta el punto de que el desdichado tenía que aprovechar momentos insólitos para llevar a cabo su tarea: las horas de luna o, a la chita callando, la tarde de un domingo mientras sus señoras permanecían asomadas a la ventana que daba al camino, luciendo sin descanso sus infinitas gracias. Ese día, con el hedor pegado en las narices, se irguieron enfurecidas, envenenadas, y pusieron en peligro las lentejuelas y los atavíos. Por supuesto, Fellino ya había hecho lo que tenía que hacer.

El campesino accedía a la casa por una calleja lateral, y, ¡ay!, si algo que le perteneciera pasara por delante de las dueñas o llegara ante ellas, o si alguien de su familia utilizara la entrada de ellas, que, a pesar de ser muy modesta y estar muy mal arreglada, era por la que entraban las grandes señoras. Estaba permitido que las inquilinas

llegaran hasta la presencia de las propietarias, como si se tratara de una necesidad coral, como si fueran comparsas; con todo, estaban abiertamente limitadas y, cuando se acercaba una dama, sonreían bonachonamente en señal de excusa y salían disparadas; las campesinas tenían prohibido acercarse al trono, cual si fueran criaturas de una especie inferior.

Las hermanas odiaban los olores del campo, esquivaban desdeñosamente las aves de corral, no querían saber nada de las gallinas, a las que encontraban, de una manera pueril, inmensamente estúpidas, bobas y antipáticas; tenían un terror irracional a los bueyes, observaban con desprecio o compasión un caballo de tiro y consideraban el asno un animal indigno, indecente.

Cuando llegaba la época de la vendimia, hacia finales de septiembre, el primer día hacían una aparición a media tarde entre los vendimiadores. El casero invitaba al acontecimiento a los inquilinos y a otros amigos del vecindario, y todos se les acercaban corriendo y rivalizaban en saludarlas con afecto, en obsequiarlas. Casi no se apartaban del sendero, y en él permanecían con dificultad, sobre todo Carolina, y, si se decidían a dar algunos pasos sobre los terrones, parecían a punto de caer a cada instante y los presentes tenían que acompañarlas y sostenerlas para que no se fueran al suelo. Echaban algunos racimos en el fondo de un cesto, como si se tratara de un rito de carácter plebeyo al que se dignaban rebajarse, e inmediatamente después, no siendo capaces de aguantar en pie ni de sostener el capazo —que algún adulador se ofrecía siempre a llevarles—, soltaban amarras con evidente felicidad y se dirigían hacia su reino sin dejar de sacudirse repetidamente los vestidos y los zapatos para sacarse la tierra, quitándose de encima la suciedad, cualquier cosa desagradable que se les hubiera posado —mostrando a las claras que no querían mezclarse con determinadas labores incómodas y poco limpias—, para terminar refugiándose en el seno protector de Niobe, que las esperaba con los brazos abiertos tras la penosa expedición.

Tampoco aceptaban la invitación a la merienda ni a la tradicional velada de las vendimias, en la que los campesinos, después de haber comido y bebido en abundancia, se abandonan a una alegría sana y sencilla, entreverada de bromas salaces y palabras de grueso calibre. Evitaban el compromiso con la excusa de tener que levantarse muy temprano a la mañana siguiente. Se preocupaban sobremanera por demostrar que formaban un mundo aparte que nada tenía que ver con el de los paisanos, como si hubieran salido de la costilla de un rey.

Carolina, verdaderamente incapaz de caminar sobre los terrones, acababa cayendo, por lo que se producía a su alrededor un desconcierto cuajado de risas y ayudas. Si avistaba desde el sendero una pavía madura o un higo espléndido que estuvieran al alcance de

la mano, los cogía y, antes de arrancarlos, los apretaba durante algunos segundos como si, en lugar de palparlos, los quisiera exprimir, y con ello revelaba, más que el deseo de comprobar si la fruta estaba madura, la curiosa turbación que le producía aquel contacto, el cual le gustaba prolongar entrecerrando los ojos y abandonándose a una agitación y a un fluido que recorrían toda su persona partiendo de la fruta, hasta que, volviendo en sí del fugaz abandono, se decidía a arrancarla para comerla o, lo que era más común, para, una vez arrancada, tirarla con una sonrisa de repulsión.

Del mismo modo en que al principio hemos hablado, como era justo, de la fuerza, la virtud y las fatigas de estas mujeres, ocupándonos de ciertos aspectos que consideramos necesarios para que el lector tuviera testimonios cumplidos de su carácter, conviene ahora dar conocimiento de esas pausas breves, de esas horas de tregua tan curiosas y raras, y, al mismo tiempo, dar cuenta y razón de sus debilidades, que no empañan la virtud, antes bien, otorgan humanidad a las criaturas, que sin ellas no resultan simpáticas ni verídicas, sino antipáticas, artificiosas, monótonas y falsas.

Abandonaban su trabajo un solo día al año, y no por imperativo alguno, sino atendiendo a su gozo íntimo. Ese día era el de la festividad de San Francisco y para celebrarla se trasladaban a la feria de Fiesole.

Sentían una ternura especial por el santo de los pobres, y estaba tan presente en su pensamiento que lo consideraban vivo entre ellas y lo amaban libres de esa turbación instintiva, y con frecuencia terror, que infunden los santos. Era el santo del corazón, y le hablaban como a un amigo o a un hermano, pues se lo imaginaban a su lado más bien que en la lejanía de un altar. Cuando Carolina, tras haber exprimido al máximo su ingenio para plasmar con seda la imagen de todos los santos —conteniendo casi la respiración por lo elevado de su tarea—, se puso a reproducir al pobre de Asís, permaneció confiada y sonriente al ver cómo de la aguja iba saliendo poco a poco sobre una tela privada de oro y plata, y se conmovió hasta el punto de echarse a llorar para inmediatamente ponerse a reír satisfecha de sí misma. Durante un largo rato había hablado, cantado y jugado, llorado y reído con él teniéndolo en su regazo como a un niño.

A la una, como en las tardes de los domingos, dejaban de trabajar, comían apresuradamente unos bocados, con un atropello todavía juvenil, y se vestían con menos esmero que cuando se preparaban para asomarse a la ventana, ahorrándose perifollos pero mostrando cierta exuberancia y, sobre todo, poniéndose algunas prendas que nada tenían que ver con la moda de ese momento. Congregada ya la comitiva, que se establecía por anticipado eligiendo a los inquilinos

que eran de su agrado, estaban libres y querían caminar, las animosas hermanas encabezaban un grupo de veinte o veinticinco personas, entre las que se contaban muchos niños, y emprendían la subida hacia la romería, en lo alto, como si las persiguieran o como si se dirigieran a una conquista; se exponían a un peligro real al ser tamaña su torpeza para los caminos o para andar entre la gente.

Cuando llegaban, se quedaban extasiadas, atolondradas, perdidas durante dos horas en medio de la muchedumbre clamorosa y bullanguera; entre el barroquismo de las *brigidini* y de la artesanía de paja, entre los dijes, las baratijas, las largas filas de pollos asados sobre la tierra desnuda, el estrépito de las trompetas y de las campanillas de barro, incapaces de pronunciar una sola palabra, o lo que es igual, de responder si les preguntaban algo; no hacían otra cosa que mirarlo todo con ojos maravillados, se dejaban aturdir por la confusión y el rumor. No había otras dos horas en el año en que su personalidad se anulara hasta ese punto, ni siquiera durante la misa. Así pues, ofuscadas por el bullicio, excitadas por el alboroto, no emprendían el viaje de regreso hasta el oscurecer. A medida que se alejaban de Fiesole, iban recuperando el brío de la caminata, apagado por los esplendores de la fiesta. Iba la comitiva por el camino de Maiano, pasaba por delante de los muros y verjas de gran número de villas, bajo la claridad de una hoz de luna o bañadas por los últimos reflejos sangrientos de una hermosa puesta de sol otoñal, gritando y cantando sin parar, aumentando su estrépito conforme se aproximaban a la casa, echando fuera la algazara absorbida en Fiesole durante dos horas de silencio.

Renqueantes por el cansancio, con los pies maltratados, acosadas por los amigos y por los niños que, perdido todo respeto, las tironeaban de los brazos, las zarandeaban, las obligaban a correr o a detenerse, y a veces a entrechocarse entre gritos y risas, como si jugaran al pilla pilla, gozaban de aquel momento de despreocupación, de aquel abandono que las hacía iguales a los demás. Los oráculos se habían vuelto juguetones, tocaban sus flautines de caña y las campanas que después regalarían a los que se habían quedado en casa. Haciendo un esfuerzo final irrumpían en Santa Maria con gran alboroto, triunfantes, en tropel, ebrios, en tanto que todo el vecindario corría a su encuentro.

Carolina siempre perdía algo por el camino, aunque no fuera más que un tacón, o volvía con los zapatos hechos trizas, desabrochados, destrozados. Se le soltaba un corchete o se le rompía el elástico, y poco faltaba para que se le cayera la falda, por lo que tenía que aguantarla con las manos; se le deshacía una lazada de los calzones o de otra prenda íntima, y a punto estaba de perderlo todo si no echaba mano de ello.

Se tiraban medio muertas sobre el sofá. Por ser sus piernas las menos acostumbradas a caminar que imaginarse pueda, la fuerza que las había sostenido hasta allí las abandonaba de golpe una vez que llegaban y daba paso a un colapso pasajero. Niobe, que conocía bien a sus pollitos, las esperaba en la cancela, preparada para cualquier emergencia.

Una vez desplomadas en el sofá, una contra otra, como si fueran cadáveres arrastrados por una crecida, tendidos en un campo de batalla o encontrados bajo las ruinas después de un terremoto, Niobe se arrodillaba a sus pies para sacarles los zapatos, desabrocharles los cuellos y aflojarles la cintura metiéndoles las manos debajo de las faldas para que las tuvieran siempre calientes. Empezaba a masajearlas, a darles palmaditas, a frotarles las muñecas y las sienes utilizando aceite y alcanfor hasta que exhalaban unos débiles suspiros, entreabriendo poco a poco los ojos, sintiéndose volver en sí; suspiros que se hacían lamentos a medida que se iban recobrando, mientras aceptaban un sorbo de agua en la que Niobe había puesto algunas gotas de esencia de azahar. Después intentaban moverse poco a poco, «¡Ay! ¡Ay!», bamboleándose sin control, descoyuntadas, arrastrando los pies como bestias heridas de muerte.

Todavía añadiré, para que nuestra introspección sea exhaustiva, un último detalle que no sé hasta qué punto puede tener para el lector un significado atrayente igual que lo tiene para mí.

Esas mujeres que habían hecho del trabajo una disciplina férrea, la única razón de vivir y, osaría decir, una religión, lo abandonaban únicamente a partir del mediodía del domingo para obedecer a un mandamiento divino; a veces durante una hora, y sin entusiasmo, para asistir a la celebración de la vendimia en su propia heredad; medio día, una sola vez al año y de manera espontánea, para desplazarse a una romería tradicional, muy famosa por aquellos contornos, por ser Fiesole la reina de la comarca, una fiesta a la que seguramente desde niñas las habían llevado sus padres o tal vez su abuelo. Todas ellas eran pausas tranquilas, que decidía el calendario, que no perturbaban el trabajo ni en lo más mínimo y que se preveían, se daban por descontadas y se llevaban a cabo con solemnidad ritual. Además, había una situación del todo natural, insignificante, en la que plantaban el trabajo por breves momentos, diez o quince minutos a lo sumo, pero lo hacían como si respondieran a una orden, a un reclamo exterior, ignoto, fulminante, al que es imposible sustraerse, y con una decisión que nos sorprende, no exenta de descortesía y de insolencia, o por lo menos carente del amor religioso al trabajo por el que las conocemos. Esto nos da de ellas la visión de un sacerdote que, repentinamente enloquecido, tira a la calle los objetos que son el símbolo de su propia fe. Las hermanas plantaban los bastidores ante

los que las hemos conocido como ante su altar, del mismo modo en que se planta a una persona que nos ha molestado lo indecible o a la que ya no se ama.

Debo decir que a las colinas de Settignano y Vincigliata no sólo van los enamorados a emboscarse y los ingleses a decir «*Oh, yes*!», sino que también las utilizan los regimientos militares con asiento en Florencia para sus marchas de adiestramiento e instrucción. Van en grupos sin levantar mucho ruido, batallones o compañías, con tambores y algunas trompetas, y con cierta frecuencia regimientos enteros, con banda y coronel rodeado de su Estado Mayor al frente.

Al primer aviso lejano de las trompetas o en cuanto percibían con su fino oído el rumor de los pasos, el clamor de las voces que se acercaban y, por lo general, las primeras notas de las canciones —pues en el campo los soldados cantan siempre, o bien himnos patrióticos, o bien canciones nostálgicas o sentimentales, como si el derroche de una segunda energía les aminorara la fatiga; en realidad, cantan porque tienen veinte años y el pecho rebosante de una fuerza que por algún lado tiene que salir y, en lugar de un gasto doble de energía, podrían hacerlo triple—, las dos hermanas se ponían en pie prontamente y, sin excepción, corrían a la cancela sacudiéndose de encima los hilos y los retales, irguiendo la cabeza con vitalidad, arreglándose el guardapolvo, y así sucesivamente hasta que empezaban a desfilar frente a ellas las tropas.

Carolina dejaba de lado el bastidor y corría al espejo, donde realizaba, palpitante de impaciencia, una teoría de movimientos adecuados para hacer su cuerpo cada vez más elástico y sutil debajo del guardapolvo.

Hay que reconocer que la infantería las encontraba con una gran resistencia, y por más que no fueran indiferentes, miraban al enemigo cara a cara con desenvoltura. Todos aquellos hombres que caminaban con cierta torpeza enfundados en sus uniformes de marcha, marcando el paso bajo el peso de la mochila o desmadejados a paso ligero, las dejaban dueñas de sí y de sus miradas, y se diría que habían elegido la confusión de manera desdeñosa. No se apreciaba en ellas turbación alguna, salvo que pasara algún tenientillo apuesto, ágil y bien vestido.

La situación se hacía más compleja si se trataba de una sección del cuerpo de ingenieros, formada por jóvenes de condición civil, generalmente de la ciudad, lo cual se echaba de ver en su modo de marchar, de mirar, de sonreír, de cantar; en el tipo de canciones que entonaban; en la gracia de un gesto; en la forma de decir galanterías a las mujeres; de dar a entender un beso, o en sus inteligentes ojos, que enjuiciaban con desenvoltura burguesa.

De todos modos, el espectáculo más curioso lo constituía el paso de un regimiento de caballería o de artillería: la elegancia y la destreza

de los hombres a caballo; la solidez de los que iban sentados sobre los carros o conduciéndolos; los cañones, el traqueteo que producían, el ruido ensordecedor; también, la amplitud torácica de los artilleros, sus anchas espaldas y la evidente tranquilidad que irradiaba su aspecto, tranquilidad que les daba su dominio sobre aquellos artefactos de exterminio. Eran muchachones seguros, viriles, bien plantados, de movimientos lentos, parcos de gestos, que ejercían sobre las espectadoras una extraña atracción, incluso aquellos que se veía que eran de origen campesino.

En medio de semejante atronamiento, Teresa clavaba los ojos en los oficiales de alta graduación, para medir, en calidad de mujer y de soltera, la fuerza de sus propios recursos. Observaba extasiada al coronel o, cuando menos, a un capitán en la plenitud de su madurez, pero con tal lozanía viril como para deslumbrarla con una mirada. Aquella solidez y seguridad, aquel aire de mando y de salud la atraían con violencia. Espíritu sólido ella misma, el solo pensamiento de sentir al lado otra fuerza, no para abandonarse complaciente ni pasiva, sino para fundirse con la suya, para comprenderse y estimarse mutuamente con una solidaridad que llegara hasta la ternura, la obligaba a cogerse de un barrote de hierro de la verja o a apoyarse en la pared de la casa.

Carolina, por el contrario, más sensible y delicada, no podía tolerar la visión de aquellos hombrotes sanguíneos que, con aspecto desprejuiciado y brutal, mostraban, presionando la grupa del caballo, unos muslos enormes, macizos como columnas, y un aire de autoridad y de dominio, pero sobre todo de saciedad, que le hacían sentir escalofríos de terror bajo la piel. Sus ojos náufragos se aferraban a su tabla de salvación: los ojos azules, un poco velados por la melancolía, de cualquier tenientillo, o tal vez los negros y ardientes de un sargento más altanero, que imploraban a su paso dulzura y ponían en evidencia el deseo de ofrecer la propia sin límite alguno, sintiéndose ellos mismos un vaso colmado de ella a punto de desbordarse. Puesto que a las hermanas se unían las mujeres y las chicas del caserón, los soldados lanzaban al pasar miradas juguetonas y hambrientas que provocaban los gritos y las carcajadas de las chicas, mientras que las esposas maduras y satisfechas los contemplaban con calma, y las más viejas, con alegría. Ellos les dedicaban piropos, chistes, palabras ardientes o gruesas, saludos, o les tiraban besos riendo, dejando entrever como un relámpago la blancura de los dientes, y provocaban el alboroto en el campo femenino, lleno de risas y alborozo; y todo eso, con tanta generosidad y abundancia, tan propias de la juventud, que bien podría creerse que había para todas de aquel bien divino, incluso para las feas y para las viejas.

Detrás de las rejas de la cerca estaba Niobe, que no salía al camino y cuyos ojos centelleaban enormes, al haber recobrado el ardor juvenil

en las ruinas de su cuerpo. Ella no tenía preferencias ni en cuanto al cuerpo ni en cuanto a la graduación, ni se atrevía a mirarlos a todos a la cara. Le gustaban todos sin reservas, desde el coronel al asistente, y tampoco podía contener algunas apreciaciones personales que le hervían allá muy en el fondo: «¡Qué ojos! ¡Qué hombrazos! ¡Qué piernas! ¡Qué espaldas! ¡Qué morenazos, madre!».

Giselda no salía a contemplar el desfile de la tropa y, si por casualidad se encontraba haciendo la limpieza en la habitación de sus hermanas, salía de allí batiendo la puerta para no escuchar siquiera el rumor o cerraba la ventana con tanta furia que los vidrios rotos caían sobre el camino. «¡Caras de bestia!», exclamaba entre dientes. Y ellos, incitados al juego de que quien más se retrae da más que quien se entrega pacíficamente, se enardecían y proferían gritos y hacían alusiones. «¡Delincuentes! ¡Deberíais ir todos a la cárcel!» Sin darse cuenta de que su actitud hostil despertaba admiración en sus hermanas, para sus adentros las insultaba duramente: «¡Viejas grullas! ¡Necias!». Por causa de un hombre que se había portado mal con ella, le había declarado la guerra al género masculino. Carecía de la serena bondad de Niobe, con la que los hombres, considerados de manera individual y en cada momento, se habían portado de un modo que dejaba bastante que desear. Claro que, si los recordaba a todos juntos, le parecía que habían actuado de un modo inmejorable. La vieja sirvienta se enternecía, se sentía rejuvenecer y la embargaba el deseo de prodigar sus encantos. En el fondo, lo único que lamentaba era que no se hubieran comportado peor, que hubieran terminado demasiado pronto su mala conducta y no poder empezar de nuevo. Conservaba intacto su amor por los hombres, un deseo estéril que seguía infundiendo en sus ojos, siempre jóvenes, mucha alegría y relámpagos de felicidad al verlos pasar.

Cuando Teresa y Carolina regresaban al interior de la casa acompañadas de Niobe, la miraban cruzándose una sonrisa llena de malicia por lo que sabía todo el mundo, por lo que sabían ellas solamente y, sobre todo, por lo que sabía la propia Niobe, que precisamente no era la parte menos significativa. Ella, que conocía bien a aquella especie, observaba el paso de los militares como si se tratara de una clase de gente misteriosa y terrible.

«¡REMO! ¡REMO!»

Así transcurrían los días de las buenas hermanas en la apacible villa, si es que se la puede llamar de este modo, y en la antañona casa, convertida, gracias a sus virtudes, en refugio tranquilo de sólidas bases, hasta que un hecho nuevo vino a alterar el ritmo y a desviar el curso de esa andadura sin sobresaltos.

Dijimos al principio del relato que eran cuatro hermanas, de las cuales, hasta el momento, sólo hemos conocido a tres. Veamos qué fue de la otra, Augusta, tercera en lo que se refiere a edad, cuya historia no es ni demasiado larga ni demasiado alegre.

A pesar de tener un nombre auspicioso, su existencia fue humilde e insulsa. Había crecido y se había hecho mujer en momentos de adversidad. Tenía seis años menos que Teresa y cinco menos que Carolina, y, al nacer, no se había encontrado con un lecho de rosas como sus hermanas, sino que los signos de la tempestad ya apuntaban en el cielo oscurecido de la familia. Menos inteligente que ellas, sin ambiciones ni espíritu emprendedor, sin la belleza ni la vivacidad de Giselda, nacida después, había pasado inadvertida, pues desde su adolescencia había arrastrado la existencia gris de una obrera en una fábrica de zapatos, donde trabajaba de cosedora. Nunca alimentó aspiraciones con respecto a su vida ni ilusiones sobre su persona. Se casó con un ferroviario, un pobre diablo, romano de nacimiento, con el que se estableció poco tiempo después en Ancona. Y, si al principio había pasado casi inadvertida en el seno de su familia debido a la mansedumbre de su carácter, una vez que estuvo lejos, casi la olvidaron. Se da por descontado que quien nada pide es porque nada necesita. Además, sus hermanas sabían que en Ancona estaba bien, que llevaba una existencia decente alternando las tareas domésticas con su antiguo trabajo de cosedora.

Dos veces al año, coincidiendo con Pascua y Navidad, se intercambiaban correspondencia, cartas con algunas frases genéricas y casi siempre las mismas, como suelen hacer quienes no entablan una comunicación epistolar frecuente, frases en las que el afecto y la expansión confiada quedan sometidos a la tiranía que la dificultad para escribir supone para aquellos que no están familiarizados con

este ejercicio. A menos que se haga uso de la retórica barata, utilizando con profusión lugares comunes y frases hechas rebosantes de énfasis o que destilan una generosa resignación, pero que, por más que se adecúen a las situaciones más variadas, no expresan los verdaderos sentimientos del que escribe. Desde luego, la pobre Augusta estaba muy lejos de experimentar la fascinación de las palabras, y sus cartas se pueden resumir fácilmente así:

> *Queridas hermanas*:
>
> *Os escribo para deciros que no tengo nada nuevo que deciros, pero tanto yo como los míos estamos bien y os saludamos, deseando que tengáis unas buenas Pascuas y que también vosotras estéis bien con la ayuda de Dios.*

En determinados casos no falta nunca Dios: es un recurso que cumple en la frase la misma función que la estaca con la vid y se trae a colación, sobre todo, en las dificultades, aun cuando éstas sean intrascendentes, como, por ejemplo, llenar con algunas palabras una hoja de papel.

Las hermanas, por su parte, respondían de manera muy breve, con cartas de una página y media, y si llegaban a dos era gracias a la utilización de términos de escaso contenido y escritos con una caligrafía muy agrandada hacia el final.

Empezaban disculpándose por el prolongado silencio, insistiendo en su firme voluntad de escribir con mayor frecuencia y extensión, voluntad que continuamente burlaba su agobiadora labor, y haciendo recaer sobre el bendito trabajo todas las culpas por la brevedad de lo escrito y por el tiempo transcurrido entre una y otra carta. Sin embargo, eso era cierto sólo en parte, puesto que preferían coser siete camisas antes que sudar una para llenar aquellas dos paginitas. Por supuesto que siempre se intercambiaban invitaciones o se prometían visitas, que no se realizaban nunca, aduciendo aquélla no poder dejar solos a los suyos y escudándose éstas en el trabajo. No obstante, lo que más las desanimaba era la duración del viaje, que les parecía excesiva, y de la cual conocían un dato desalentador: para ir a Ancona, era preciso trasbordar en Faenza. ¿Dónde estaba, pues, esa Ancona para que fuera necesario hacer trasbordo, cosa que no ocurría para viajar a Roma? Al pronunciar *Ancona* utilizaban un tono tan remoto y sombrío que parecía multiplicarse por cien la distancia, el tono que habrían empleado para decir que era necesario atravesar el océano para ir a América. Después de eso, la palabra *Ancona* se revestía con la fuerza fantástica de Nueva York, Pekín o Calcuta: «¡A Ancona!». Un suspiro final acompañaba el nombre: «¡Pobre Augusta! ¡Adónde había ido a parar! Así se entendía que nunca hiciera una pequeña visita a Santa

Maria».

Sólo en una ocasión se produjo un intercambio vivaz de cartas, y eso ocurrió tres años después de haberse casado Augusta, con motivo del nacimiento de un hijo. Augusta anunció primeramente su embarazo a las hermanas y, en cuanto hubo dado a luz, el nacimiento del bebé. En aquella ocasión las hermanas le respondieron mostrándose muy afectuosas al tiempo que le enviaban un paquete de ropa para el recién nacido: se trataba de gorritos y mantillas elegidas o confeccionadas por ellas mismas, y de un refinamiento señorial. Cuando se agotó el acontecimiento, las costumbres epistolares recobraron su ritmo hueco y solemne, mientras que Augusta ni siquiera sabía, por haber dejado la casa paterna al comienzo de la fatigosa y afortunada ascensión de sus hermanas, en qué situación económica se encontraban ni cómo habían podido recuperar la totalidad del antiguo patrimonio familiar, pues ellas se escudaban siempre en que no era apropiado hablar de intereses en las cartas. En el fondo, consideraban que era una medida prudente no alardear demasiado de prosperidad y riqueza ante los parientes pobres. Por su parte, Augusta se habría guardado muy bien de hacer preguntas que pudieran considerarse indiscretas. Su independencia y reserva con respecto a sus hermanas era tal que les había anunciado su compromiso pocos meses antes del casamiento, de suerte que éstas sólo tuvieron tiempo de coserle un camisón para la noche de bodas. También el matrimonio fue humilde e insulso, y las dejó indiferentes, como si se tratara de un hecho irrelevante: no dio lugar a los naturales celos que habría de suscitar al cabo de unos años el casamiento de Giselda.

Sin embargo, esa hermana que voluntariamente había significado tan poco en sus vidas iba a ocupar un lugar destacado —por una de esas grandiosas fatalidades que, de manera inesperada, se ciernen sobre nosotros— al quedarse viuda y en la pobreza, si bien su viudedad terminó apenas un año después del fallecimiento de su marido con su propia muerte, víctima de una enfermedad fulminante que acabó con ella en pocos días.

Cuando recibieron la noticia de la gravedad de su estado, Teresa y Carolina —que hacía tiempo se habían interesado por ella con gran generosidad, invitándola a que se estableciera en Florencia con la intención de ayudarla a rehacer su vida, pues la pobrecita se había empleado de nuevo en una fábrica de calzado— decidieron partir para estar junto a su hermana con el tiempo justo para verla morir.

Ante la aparición de sus hermanas, a las que no veía desde su boda, dieciocho años atrás, el rostro de la moribunda se iluminó. Parecía querer decirles algo, pero no tenía ánimos suficientes. Humilde y tímida durante su vida, seguía siéndolo a la hora de la

muerte; pero, desbordado su corazón por el sufrimiento y sintiendo vacilar la razón, con la vista nublada por las lágrimas y un sollozo atenazándole la garganta, cogió las manos de sus hermanas y, diciendo «¡Remo! ¡Remo!», se las apretó como se aprieta una mano querida en el último adiós.

Dejaba un hijo de catorce años al que, o bien enviarían a Roma con la familia del marido, numerosa y desordenada, con la que casi no tenía relación, o bien lo internarían en un orfanato. Sentía dejarlo en una situación difícil y moría con amargura.

Tras escuchar el sí tranquilizador con que ambas hermanas respondieron, embargadas por una profunda piedad, la pobre moribunda recobró la serenidad y volvió hacia un lado la cabeza como si fuera a dormir.

Anonadadas por la grandeza de la muerte, tras haber llegado a una comunión con su hermana que no habían alcanzado nunca durante su vida, las dos mujeres se repitieron a sí mismas, con más fuerza, el sí que habían pronunciado de una manera tan espontánea. Cuesta olvidar las palabras de los moribundos y las promesas que se hacen en el último trance.

Desorientadas en la casa fría y vacía, pobrísima, casi desnuda de muebles, desolada, las miradas de las dos hermanas se encontraron. Alternativamente o a la vez miraban y volvían a mirar a Remo, que permanecía en pie entre ambas, sin un solo gesto, ni desesperado ni tímido, como si le faltara la voluntad, observándolas con sus grandes ojos negros, impregnados de una luz matizada por la calma, moviéndose pausadamente, deteniéndose en los objetos de su atención, sin curiosidad ni sorpresa, como a la espera o en suspenso, con una limpidez y una serenidad perturbadoras. Una mirada inquieta y ardiente no habría tenido los mismos efectos.

Pareciera que el muchacho supiese, por pura intuición, precozmente, cuánta influencia ejercían sus ojos sobre las personas estableciendo su dominio sin el menor esfuerzo, con una sencillez totalmente natural. De ese modo se le hacía fácil, por el malestar que ellas sentían y por el atractivo que él ejercía, conocer los sentimientos y propósitos de las dos mujeres al tiempo que ocultaba perfectamente los suyos. Aquellos hermosísimos ojos estaban enmarcados por unas pestañas largas y fuertes que, al unirse, se entrelazaban formando una especie de minúsculo seto. Los coronaban unas cejas de seda, brillantes, espesas y muy negras, de línea alta y noble, elegante, que realzaban la belleza y profundidad de los ojos.

Cumplidos ya sus deberes piadosos con la hermana, Teresa y Carolina emprendieron el viaje de regreso a Florencia.

Desde el instante en que, junto al lecho de aquella pobre criatura,

habían pronunciado el generoso sí —tras el cual pareció que ella se hubiera entregado confiada a los brazos del Señor—, las dos hermanas fueron presa de una turbación desconocida que iba en aumento mientras observaban a su taciturno sobrino. No había para ello una razón evidente, se diría más bien que aquella mente joven irradiaba tanta sabiduría como para sugerir que, por el momento, lo único que se podía hacer era callar y esperar, lo cual aumentaba de manera considerable la inquietud de ambas.

Habrían preferido verlo llorar y desesperarse para consolarlo y para adoptar ellas mismas una actitud decidida, fácil o normal, acorde con su espíritu y carácter, ya que, en ciertos casos, se considera fácil lo más difícil, y normal, lo menos normal. Para tratar de explicarse aquella serenidad y compostura imprevistas, les daban las interpretaciones más variadas, atribuyéndoles, de una manera muy instintiva, sus propios sentimientos.

¿Se escondía detrás de aquella actitud su verdadero sentir? Podría ser. La achacaban a una timidez natural, por más que el aspecto del joven no la evidenciara. ¿O acaso era el freno, tan propio de su género, que se imponía para no abandonarse a una desesperación sin límites delante de personas a las que nunca había visto? También era posible, pero ellas habrían soportado de buena gana cualquier exceso en ese sentido con tal de moverse en un terreno familiar.

En ciertos momentos, mientras se abría paso en ellas un malestar íntimo, parecía que el muchacho las miraba con curiosidad, juzgándolas cómicas y conteniendo la risa más por falta de ganas de reírse que por efecto de una educación refinada y urbana. Incluso habrían querido provocar aquella risa intuida, verlo reír, sí, reír a carcajadas, sin pudor; habrían reído con él sin sospechar ni remotamente que lo hacían de sí mismas, ya que jamás se había abierto camino en sus cabezas la idea de que sus respetables personas pudieran provocar hilaridad. En el fondo, otorgaban el mismo valor a la desesperación que a la alegría: lo que no querían era permanecer indecisas.

Una vez que se encontraron en el tren, sofocadas por las carreras, distraídas por un paisaje que no veían aun cuando experimentaban su influencia de manera inconsciente; a medida que se alejaban de la zona del dolor cuya pesadumbre advertían cada vez menos, recobraban en parte la seguridad y el aspecto que les eran propios, sus gracias de solteronas en vacaciones. A ratos, cuando miraban al muchacho, se preguntaban —casi perdida la memoria de lo sucedido — cómo había ido a parar junto a ellas, qué hacía allí; pero, al mismo tiempo, apremiaba el recuerdo del acontecimiento reciente, que la mirada del muchacho, tranquila y penetrante, no hacía sino aumentar.

Acostumbrado a la seriedad de su madre, despojada de toda

frivolidad y coquetería femeninas, a las ropas negras que vestía desde hacía un año, con una pesada carga de angustia y preocupaciones, a su andar grave y algo lento, a la gris mansedumbre y a su aspecto de mujer resignada a la pobreza y a todos los reveses, a la monotonía y a la dureza de una existencia carente de toda comodidad y placer, acostumbrado a todo eso, el muchacho observaba a las dos mujeres sin dejar traslucir sus pensamientos y sin tratar en ningún momento de granjearse su simpatía con palabras y actos hipócritas o de una manera solapada. No obstante, sin que él se diera cuenta, su presencia y su mirada agitaban y ponía contentas a las dos hermanas, las incitaban a ser más femeninas, en ese estilo extravagante de quien no tiene costumbre de serlo, como lo eran los domingos asomadas a la ventana del camino a Settignano. Entretanto, deseaban decirle mil cosas tranquilizadoras para reanimarlo: decirle de golpe que lo querrían mucho, que con ellas iba a estar tan bien como con su madre. «¡Ay! ¡Ay! ¡Pobre Augusta!» Leyéndose el pensamiento, las dos hermanas exclamaban al unísono para sus adentros: «Exactamente igual de bien que con ella». Evitarían un *mejor* que el muchacho expresaría con un pestañeo tan breve como eficaz, sin tener que pronunciarse él tampoco y sin que se viera obligado a un reconocimiento que sería poco delicado. Habrían querido informarlo de que la casa que le ofrecían era un palacio en comparación con el tugurio de donde él había salido, una casa señorial cómoda y decente, bien amueblada, donde no faltaba nada. Contaban con una sirvienta que hacía la limpieza y preparaba el desayuno, el almuerzo y la cena, aparte de lavar la ropa, y a la que él podría mandar si necesitaba algo. Estaban trastornadas por una necesidad acuciante de dar, de proveer a aquel sobrino caído del cielo que sembraba tanta confusión en su ánimo agostado. Por supuesto que en Santa Maria encontraría compañeros de su edad para jugar, hijos de buena gente, honrada pero de muy poca categoría en comparación con él… Se quedaron con ganas de decirle que eran ricas, eso es, ricas, que no gastaban ni un céntimo de sus rentas, que les habrían permitido vivir cómodamente, y no sólo eso, sino que, además, acumulaban gran parte de lo que obtenían de su trabajo… Pero era mejor callarse todas esas noticias para no disminuir la sorpresa de la llegada y, en consecuencia, se limitaban a sonreír entre pícaras y sibilinas, lo cual, unido al desconcierto interior, dejaba en sus rostros una huella de escasa seriedad y de tener pocas luces. Aparentemente, el muchacho adoptaba ante eso la misma actitud que frente al inasible paisaje, aunque tal vez con mayor intensidad, sobre todo con respecto a Carolina, que iba sentada a su lado y que muy a menudo resoplaba a causa del calor, en los primeros días de diciembre, y se agitaba toda ella por la excitación que la poseía.

El mozalbete la observaba y de vez en vez contemplaba absorto el paisaje por la ventanilla aunque sin perder la compostura. No mostraba esa avidez infantil desbordante e incontenible: actuaba como si todo lo hubiera visto cien veces, aunque era su primer viaje, y lo observaba con la tranquila complacencia que trasluce el ojo acostumbrado del viajero.

Por su parte, las dos mujeres no miraban hacia afuera: se miraban una a la otra o examinaban ambas al sobrino de manera intencionada. Tampoco eran viajeras consumadas, pues a sus respetables cincuenta años ése era el segundo viaje que realizaban. Los viajes representaban para ellas pruebas inauditas, casi inhumanas, y eran causa de la total perturbación de su ser: ni uno solo de sus órganos funcionaba regularmente y vivían como en una especie de delirio febril. Tanto daba que fueran a Roma para arrodillarse a los pies del Santo Padre —después de haberle regalado una estola y de haber bordado una casulla para un cardenal— como que corrieran para ver morir a una hermana valiente y buena, y retornaran a los pocos días con un muchacho de catorce años que era de lo más sorprendente. ¿Habrían podido imaginarse sólo ocho días antes que estarían con él en ese tren? Qué sorpresas nos depara el azar, aun cuando más seguros estamos de que nada va a ocurrir en nuestras vidas. Los pensamientos estaban en desorden, y de cuando en cuando los labios dejaban escapar un escueto «¡Ay! ¡Ay! ¡Pobre Augusta!» que paulatinamente se iba quedando en un «¡Ay! ¡Ay!» que recordaba a esas personas que responden a los rezos del rosario por costumbre inveterada, repitiendo por iniciativa propia las fórmulas invariables, tan lánguidas que se desvanecen apenas pronunciadas o directamente se malogran, fórmulas que se comprenden a la perfección aunque no se articulen.

Del viaje a Roma, de los tres días que habían permanecido en la ciudad, les quedaba únicamente un recuerdo de columnas: columnas en medio de columnas, columnas en hilera, columnas arriba, columnas abajo, columnas caídas, columnas sobre columnas; medias columnas, porciones de columnas; columnas apuntaladas que se venían abajo descoyuntadas, achacosas, enfermizas, descuartizadas como las mujeres que se introducen en los baúles. Se habían perdido en un bosque de columnas al fondo del cual se les había aparecido —llenando de paz su corazón tras el vago sufrimiento que les había deparado un sueño agitado— la figura blanca y suave del Pontífice bendecidor que descendía del azul sin posar los pies, envuelto en la luz que venía de otra sala inundada por el sol y cubierta de tapices, cuadros, dorados esplendorosos: con un gesto paternal, una expresión dulce al bendecir a los fieles y una voz un poco afónica y lejana no por debilidad física, sino por una bondad que no era ya de este mundo. Cuando las llevaron a ver las ruinas de la Roma imperial y el

sacerdote que las acompañaba les dijo que en el Coliseo se recreaban los antiguos romanos y romanas de todas las clases, viendo luchar a los gladiadores hasta matarse y contra las fieras hasta matarlas o acabar destrozados por ellas; cuando les mencionó que de ese mismo modo se trataba a los cristianos condenados a muerte, las dos hermanas huyeron horrorizadas para recuperarse del aturdimiento de aquellos días y sin dejar de hacer la señal de la cruz, y no hubo forma de hacerlas entrar: se quedaron fuera, de espaldas al monumento, rezongando entre dientes cosas ininteligibles. Tampoco quisieron ver nada más de aquella Roma antigua, que quedó reducida a una imagen de ferocidad abominable. Siempre que les venía al recuerdo el Coliseo, se santiguaban pidiendo al Señor que sostuviera firme en su asiento al santo anciano a fin de que no resurgieran de entre aquellas ruinas costumbres tan crueles.

Sin embargo, las pobrecillas recordaban del viaje a Ancona el hecho de haber penetrado en las entrañas de la tierra —la vía férrea que va de Florencia a Faenza atraviesa cuarenta y ocho túneles— por un corredor totalmente oscuro que las condujo a una habitación donde se encontraron con la muerte en todo su dramatismo y desolación. La aparición del Adriático, que entrevieron una tarde lluviosa de fines de noviembre, fue una revelación oscura, con la voz lúgubre del mar que oían por primera vez y semejante al sonido de una inmensa plancha de metal gris movida por una mano desconocida, una cortina fúnebre como para infundir terror.

Al cabo de unos días, efectuaban su regreso. Fue una mañana húmeda en la que alternaban la lluvia con algunos atisbos de sol en la luz del día, un rojo desvaído entre las nubes, pero el estado de ánimo que las embargaba no les concedía la tranquilidad necesaria para contemplar y gozar el paisaje.

La parada en Faenza, con el trasbordo a otro tren, resolvió de manera considerable esa situación.

Cuando estuvieron acomodadas en el tren que las llevaría a Florencia, luego de las fatigas del trasbordo, exhalaron a la vez un hondo suspiro que les hizo sentir de nuevo la presencia de los pulmones en sus pechos oprimidos: habían corrido por la estación como si estuvieran bajo el fuego de una ametralladora o como si las persiguiera el enemigo. Teresa se sentó junto a la ventanilla y frente a ella se instaló Remo, al lado de Carolina, que le cedió el mejor asiento. Comoquiera que se aproximaba el mediodía y en vista de que empezaban a pasar a toda prisa por los andenes hombres vendiendo cestas de comida —las prisas infundían la ilusión de un almuerzo caliente y a punto, que no había que dejar enfriar—, Teresa pensó que el muchacho podría tener hambre y que ése era el momento justo para comprar provisiones. Luego de un intercambio de miradas sin proferir

una sola palabra, las hermanas coincidieron en que no tenían hambre: «Por mí…, nada», parecían decirse. Incluso dos cestas podrían ser demasiado para los tres. Teresa concluyó la consulta de ritual que no pasó inadvertida al sobrino y, queriendo darle una impresión de abundancia, le compró a un hombre tres cestas, no sin montar en cólera a causa del precio: «¡Hijos de… buena madre!». En ese momento no pudo contenerse, pero exhibió el gesto resignado y suficiente de quien sabe por experiencia que, en algunos casos, hay que dejarse desplumar. Con aquel mismo dinero Niobe habría preparado un almuerzo para doce personas.

Empezando a advertir a esa hora cierto reclamo cercano al corazón, Remo se mostró enseguida de acuerdo con el pensamiento de Teresa y, observando lo que hacía sin intervenir en ningún momento, le sonrió a Carolina, que, con un gesto muy evidente de aprobación, le preguntaba si no tenía ya apetito. Al sonreír, entreabrió fugazmente los labios mostrando una boca de una suavidad que la belleza de sus trazos purificaba. A partir de una línea que iba de la nariz al mentón, sus labios, divididos arriba por un surco casi imperceptible, se engrosaban ostensiblemente concediendo mayor espacio a la superficie roja, que, al entreabrirse, apenas dejaba adivinar la dentadura, de una perfección y blancura fascinantes. Las comisuras de la boca se fruncieron ligeramente, movimiento apenas perceptible que iluminó su cara. La mirada del muchacho, guardando una perfecta armonía con su sonrisa, lograba un gran efecto con medios que al observador le pasaban inadvertidos. Hacía suponer que había estudiado durante mucho tiempo ese fenómeno para obtener el máximo aprovechamiento de su fisonomía con el mínimo esfuerzo. Pero, a decir verdad, todavía no había en él artificio alguno: era la naturaleza la que había estudiado bien ese efecto. Así pues, las dos sonrisas —de complacencia una y de agradecimiento la otra— se convirtieron para las dos mujeres en una merced con la que se sintieron lisonjeadas y cautivadas.

A pesar de sus catorce años, Remo estaba tan desarrollado y de una manera tan armoniosa que aparentaba fácilmente dieciséis; y esto no sólo obedecía a su físico, sino también a la expresión de su rostro y a la compostura, que no parecía momentánea ni fruto de la turbación. En absoluto se daba en él esa fuerza desordenada que impele a los muchachos a actuar y moverse sin armonía, de una manera impulsiva, según el ímpetu de la sangre más que de acuerdo con los dictados de la razón todavía informe. En cada uno de sus actos se traslucía una contención innata, y su conducta era la del joven que, sintiendo una incipiente hombría, sabe refrenarse mientras se encuentra en medio de los adultos, dando tal vez rienda suelta a sus ímpetus después, con los de su propia edad, sin ninguna clase de reservas.

Carolina no pudo cohibirse ante aquella sonrisa reiterada y, quizá tratando de justificarse a sí misma la fuerza de su impulso, o para aflojar un nudo de sensaciones que le apretaba el corazón, abrazó al muchacho besándolo en la boca. Y él, en lugar de devolverle el beso, abandonó su boca a la de la mujer, sin mostrar intención de apartarla, sino más bien dispuesto a entregarla generosamente. Fue ella la que se apartó desconcertada, sintiendo una turbación desconocida por aquel contacto dilatado, y se quedó mirando la boca del sobrino, que permanecía impasible, imperturbable, como si la demostración de ternura que había recibido hubiera sido para él un acto mecánico, sin el menor atisbo de profundidad, y que no había dejado ni la más mínima huella.

Sin embargo, a Carolina, a quien le había dado un vahído, se le subieron los colores a la cara. Sacó su pañuelito, se dio aire, se enjugó la frente y los ojos, y, revolviéndose en su asiento, siguió dándose aire exhalando un par de exclamaciones «¡Ay! ¡Ay!», que no se sabe si todavía querían decir «¡Pobre Augusta!». Ante lo imprevisto de la situación, la otra hermana apartó la vista de las cestas que estaba comprando y se volvió inquieta hacia los viajeros que ocupaban los ángulos opuestos del compartimento. Se trataba de dos hombrones de esos bien alimentados que se ven viajar por toda la Romaña con buenas capas a la espalda, cara de tener el corazón alegre y la panza más contenta aún. Pronto se advierte que son hombres de negocios vinculados a la agricultura, mercaderes de vino, de cereales o de ganado. Nada más verlos, Carolina, que estaba roja, se puso blanca, como si a la vaga sensación de vergüenza la sustituyera una sensación de miedo, pero sin saber de qué.

La compra de las cestillas de comida llenó ese vacío.

En cuanto Remo se hizo cargo de la suya, comenzó a hurgar en su contenido con frescura de adolescente. Tras realizar un rapidísimo inventario, se dedicó a consumir los alimentos con una avidez que no se calmó hasta que empezó a dar bocados, con mucho garbo pero con decisión, a una manzana sin pelar que sacó de la cesta. Entretanto, las dos mujeres estaban en los primeros sondeos de sus respectivas cestas. Miraban y remiraban en su interior poniendo cara de pocos amigos a cada una de las cosas que cogían: acercaban los alimentos a la nariz de golpe, se los llevaban con desgana a la boca y los apartaban al primer contacto. Sirviéndose de espejo una a la otra, hacían muecas y sus bocas aparecían sucesivamente cerradas y apretadas —redondas— o cerradas y estiradas —horizontales—, resistiéndose a ingerir: todo un concierto. Y, para posibilitar la salida del disgusto, única cosa que podía entrar, volvían hacia afuera el labio inferior, como lo tiene el mascarón de una fuente a fin de que pueda salir el agua.

Un poco lo hacían por no mostrarse ávidas, sino difíciles y

melindrosas, además de que, en realidad, no tenían apetito; pero, sobre todo, porque no estaban acostumbradas a comer fuera de casa, y por ese motivo desconfiaban instintivamente de todo lo que no hubiera salido de las manos de Niobe. Así pues, no bien hubo terminado su ración, Remo empezó a observar y echar cuenta sobre el panorama que tenía a la vista, lanzando miradas reveladoras a las dos canastillas que las mujeres sostenían en sus regazos. Parecía un lactante que de un momento a otro puede hacer un regalito que todavía no le es posible anunciar.

Apercibiéndose de esas miradas, comenzaron a ofrecerle algunas cosillas hasta que finalmente se libraron de las cestas ofreciéndoselas completas. Fue un ofrecimiento que provocó en todos una alegría espontánea. En el que hacía la donación, por poder librarse de lo ofrecido, y en el joven, por la satisfacción que representaba comer también la ración de sus tías. Éstas se percataron con gran complacencia de que la cara del sobrino, que conservaba su línea tanto al reír como al mirar, guardaba la compostura en el acto más difícil de comer, cosa que hacía con un apetito de primera categoría y sin preocuparse por los modales necesarios para hacerlo con urbanidad. La avidez se manifestaba en aquel rostro con una fuerza refinada y fresca que no degeneraba en zafiedad, sino que revelaba, por el contrario, una seguridad rara en un muchacho de su edad. Lo mismo ocurría con la morbidez de sus labios, que purificaba la belleza de la forma.

Carolina observó que los cabellos del sobrino, muy negros, brillantes y con amplias y regulares ondas marcadas, estaban bien peinados y seguían con gracia y sencillez la línea de la cabeza; que su traje no desmerecía la prestancia y las proporciones de su cuerpo fuerte y elegante pese a ser de una tela de baja calidad y estar toscamente cortado.

Todas esas observaciones y reflexiones estaban hechas con el pensamiento puesto en Florencia, en Santa Maria, en Niobe, y se alternaban con las que suscitaba todavía, en forma de suspiros, Ancona, que se quedaba atrás con gran celeridad: «¡Ay! ¡Ay!». Los «pobre Augusta» eran cada vez más un breve gemido imperceptible. Era el caso de quienes respondían al rosario aun después de haberse adormecido definitivamente, que emitían a partir de ese momento ciertos sonidos que solamente el hábito más empedernido puede arrancar al sueño: «¡Ay! ¡Ay! ¡Pobre Augusta!». Para compensarla de haber sido pobre, buena y desgraciada, como quien no conoce de la vida más alegrías que los renunciamientos y el deber: «¡Ay! ¡Ay! ¡Pobre Augusta!». Santa criatura, siempre desgraciada, hasta el fin. Los suspiros concluían con un «¡Santa Maria!» mirando al sobrino y conteniéndose a propósito para no añadir aquellas palabras que

causaban en ellas una enorme desazón.

Remo sonreía al oír pronunciar ese nombre entreabriendo sus labios rojos y sus ojos lanzaban haces de luz sin calor, o, para ser más exactos, que abrasaban a los demás, pero no a él. Sonreía enarcando levemente una ceja o retrayendo apenas una comisura de la boca, como si tuviera la impresión de ir a parar a un convento de monjes: «Ya vas a ver en Santa Maria…», le repetían las hermanas sin poderse reprimir: «Ya verás Giselda, Niobe». Esos nombres femeninos no hacían sino confirmar sus impresiones juveniles: «¡Ya vas a ver cuánta fruta hay en la huerta durante el verano!». Ni más ni menos que en los huertos de los frailes.

Las miraba alternativamente mostrando la mejor actitud para comprender lo que le anunciaban: «¡Cuánta fruta en la huerta!». La palabra *fruta* le iluminaba la cara haciéndolo sonreír.

Mientras atravesaban un túnel que no tenía trazas de terminar, Carolina, poseída una vez más por la ternura, lo abrazó, lo besó, lo apretó; en primer lugar, porque no podía resistirse, pero, además, por saber que se repetiría aquella sensación misteriosa que la había turbado al abrazar al sobrino en la estación de Faenza. Por eso repitió la misma operación, aunque poniendo mayor énfasis. Como dije en la ocasión anterior, el muchacho abandonó los labios casi sin articularlos, sin besar, de tal modo que, de no haberla protegido la oscuridad del túnel, Carolina se habría apartado todavía con mayor presteza.

Con la repetición de aquel acto, Teresa miró atónita a su hermana y, presa del enojo, pataleó, sin perder tampoco de vista a los dos hombres que tenía al lado y que, inmersos en su conversación, estaban muy lejos de ocuparse de las tías y del sobrino.

Ambos se dirigían a Florencia a vender cerdos.

Cuando llegaron a Santa Maria, con gran satisfacción de las tías, que tenían tantas y tantas cosas que enseñarle, Remo se dedicaba únicamente a observar. Era parco en palabras, lo cual no complacía demasiado a las dos mujeres, que habrían deseado una mayor expansión por parte del muchacho. Les habría gustado oír exclamaciones de alegría y de legítimo orgullo al ver cosas que a buen seguro no le resultaban desagradables y que, en cierto modo, empezaban a pertenecerle. Pero la timidez y, sobre todo, el dolor le impedían mostrarse, dar rienda suelta a sus sentimientos, a su entusiasmo juvenil. Sus tías echaban toda la culpa a la timidez y al dolor, que poco a poco irían desapareciendo y amortiguándose por efecto del paso del tiempo y de la mutación de las cosas. Las dos hermanas trataban por todos los medios, si bien respetando aquellos afectos sagrados, de apresurar su desaparición en la medida de lo

posible.

Remo hablaba poco y observaba mucho mientras a su alrededor se agotaban ya los relatos del famoso viaje, de los cuarenta y ocho túneles: «¡Cuatro horas bajo tierra!», en todo momento, con un desasosiego en el estómago que es fácil comprender por el miedo a no volver a ver la luz del Señor. El trasbordo en Faenza, siempre con el temor de equivocarse de tren y de ir a parar Dios sabe dónde. En cada uno de ellos habían preguntado aterrorizadas: «¿Es éste el tren para Florencia? ¿Es éste, seguro? ¿Es el que va a Florencia?». Así hasta que sonó la corneta del conductor del tren y el convoy se puso en marcha antes de volver a entrar en aquellos infernales túneles. La llegada a Ancona; la noche húmeda y fría, el mar totalmente negro con ese rumor que ponía la carne de gallina: la catástrofe. Cuatro años después se repetían, con distintas variantes, en Santa Maria los pormenores del viaje a Roma: la visita al Santo Padre; aquella viciosa Mesalina y las vestales, que se divertían viendo cómo las fieras destrozaban a los cristianos. «Para todos, para todos» había sido la frase que lo resumía. En el nuevo viaje se había estampado en la mente y en el corazón otra palabra —caprichos del destino— repetida: «¡Remo! ¡Remo!». La caricia suave del santo anciano, el desesperado estrechamiento de las manos por parte de la hermana moribunda. Procurando guardar el buen nombre de la familia, atenuaban las condiciones de miseria en las que habían encontrado a su hermana: «Vivía en una casita…, en una linda casita…». Pero sabían muy bien cómo era realmente aquella casa tan bonita; le achacaban la tristeza a la región, casi salvaje, y a la muerte. Eso era lo que les decían a Giselda, a Niobe, a los campesinos, a sí mismas, a todos los vecinos que se acercaban interesándose por la pobre Augusta. Tanto los ancianos como los coetáneos de la muerta recordaban muy bien su persona, su carácter. Evocaban su figura exaltando su bondad, una bondad auténtica, efectiva, sin dobleces ni reservas, que después de la muerte alcanzaba límites insospechados. Hablaban de su resignación ante la adversidad, de la melancolía que asomaba a su rostro, como si hubiera llevado grabada en la frente, desde su nacimiento, la amarga sentencia. Los jóvenes, los muy jóvenes, que no la recordaban o que no la habían conocido, los niños, experimentaban la sensación de que se hablaba de una figura celestial, de una santa, de una mártir. Y no faltaban suspiros, recuerdos, invocaciones mirando al cielo con las manos en actitud de rezo. Siempre ocurre lo mismo: incluso aquellas gentes de las que a nadie se le pasó por la imaginación ocuparse mientras estaban vivas merecen en la hora de la muerte un momento de atención y, aunque ni siquiera los perros se hubieran molestado en saludarlas con un movimiento del rabo, todos se descubren la cabeza con respeto cuando las ven pasar en posición horizontal. Sin embargo,

no queremos adentrarnos por el momento en arenas movedizas. Corrían todos para saber, para ver a Remo, el hijo de la santa, de la mártir, y lo que quedaba en la tierra de tanta virtud celestial, de tanta bondad divina.

Por deber de hospitalidad, por obligación con la difunta y por las óptimas relaciones que los unían a las hermanas, todos se sentían notablemente atraídos por el joven, de ahí la ligera desorientación y la distancia que guardaban al no responder Remo de una manera cariñosa a aquel calor, a los salones y a las efusiones de simpatía y de afecto. Observaba con perfecta tranquilidad, sin moverse ni un milímetro, el movimiento espontáneo de todas las mujeres y jovencitas del pueblo cuyo objetivo era él, y ellas, enfriadas por su contención, acababan por observarlo pasmadas, extasiadas, con las palabras colgando a flor de labios, desviando acto seguido su torrente hacia las tías por la obra de caridad que hacían, y por la cual las recompensaría el Señor eternamente, así en la tierra como en el cielo, pero especialmente en las alturas, por abrir su casa al huérfano, que, por desarrollado que estuviera y pese a ser un adolescente, necesitaba todavía muchos cuidados, una buena guía sobre todo y un amor vigilante. Era preciso tener en cuenta que estaba en esa edad en la que son necesarios la vigilancia y el afecto de las personas queridas. Todos se alegraban porque allí el muchacho lo había encontrado todo, todo como en la familia más afectuosa, y se regocijaban con las benefactoras, pues no podían hacerlo con el beneficiado tanto como habrían querido al no responder éste de manera satisfactoria al acto de dar y recibir. Alguno había que, entre malicioso y adulador, murmuraba que, para las dos hermanas, la obra de caridad era tan grande como exiguo era el sacrificio, y añadía, guiñando un ojo, que una boca más en casa de las Materassi era igual que arrancarle un pelo a un gato. Otro, por su parte, exclamaba en tono misterioso y solemne: «No hay dos sin tres, no hay dos sin tres», queriendo decir que todas las desgracias iban a dar allí, a amontonarse sobre aquellas espaldas. «¡Qué mujeres! ¡Qué mujeres!» Durante años habían dado sustento a su padre pobre y enfermo, así como a su hermana y a su madre, y habían recuperado los bienes de la familia; la hermana casada en último lugar había vuelto a la casa apenas cinco años después: «Siempre allí todos a comer, todos a costa de ellas. ¡No hay dos sin tres! ¡No hay dos sin tres!». Y, para colmo, la única persona que nunca había querido ser una carga para las dos hermanas moría aún joven y dejaba como herencia un muchacho que había que terminar de criar: «No hay dos sin tres. Es el destino. ¡No hay dos sin tres!». En todos los casos habían salido adelante esas mujeres extraordinarias: «¡Qué mujeres!». Habían hecho frente a todas las adversidades, habían superado todas las desgracias, habían dado de comer a todas las bocas:

«¡Qué mujeres!».

Remo apenas hablaba y, cuanto más arreciaba el charloteo a su alrededor, menos hablaba y más miraba. Observaba atentamente y lo escuchaba todo sin perder un solo momento la compostura ni la tranquilidad; antes bien, demostraba una dosis mayor de ésta siempre que hubiera razón para perderla. Permanecía imperturbable, sin mezclarse en cuentos, en chismes ni en las habladurías de toda la villa; sin concesiones de ningún tipo, lo cual era producto de una madurez ya desarrollada: ni se mezclaba ni se apartaba; observaba silenciosamente guardándose sus sentimientos con una gracia natural. Los visitantes, no sabiendo qué carta jugar, aducían su deseo de no violentar la timidez y reserva del muchacho, de no querer turbar el dolor que, a su juicio, lo embargaba, que colmaba su espíritu: «Los grandes dolores son mudos», dijo alguien sabiamente y otro concluyó con voz apocalíptica: «Sólo hay uno mayor que el del hijo por la madre: el de la madre por el hijo». Él sabía guardar tan bien las formas que ni siquiera había indicios de que recurriera a determinados contactos habituales y rápidos a los que recurren los hombres desde jovencitos, en señal de exorcismo con la sensación de provocar catástrofes o de poner en juego su propia existencia; al igual que el resto de su persona, sus manos sabían frenarse. Todos acabaron por observarlo y escrutarlo preguntándose con insistencia qué clase de animal era o si realmente se parecía a su madre: «¡Ay! ¡Ay! ¡Pobre Augusta!». Pero ¿en qué? Después de haber pasado revista a todas y cada una de las partes de su cuerpo, todos, salvo quienes son capaces de encontrar parecidos entre el toro y la oruga, llegaron a la conclusión de que se parecía a su madre solamente en el carácter, justamente en el carácter reservado, introvertido, tranquilo, tímido… Y pareciera que el muchacho estaba allí a propósito para dar fe de la hipotética afinidad, ya que no había chismorreo, por insulso o intrigante que fuera, capaz de apartarlo de su actitud ejemplar y demostrando el efecto que le causan los vientos a una torre.

Las tías, en cambio, lo observaban desde el punto de vista de quien probablemente se encontraba perdido en un ambiente nuevo, entre gente desconocida; de quien estaba avergonzado, sufría, no se sentía bien o le daba miedo expresarse; y, creyendo adivinar sus pensamientos a través de la mirada, le daban información tras información. Quién era ésta o aquél, de quién era hija, hijo, suegra, nuera, nieto o madre; cuántos hijos tenía, cuál era su oficio, todo ello para que se sintiera seguro e introducirlo en sus dominios e intimidades.

Remo observaba los objetos con el mismo interés que a las personas. Miraba las puertas, las ventanas, las plantas, que en apariencia no tenían atractivo alguno, como quien hace cuentas o

toma medidas.

Únicamente los bastidores de las tías provocaban su curiosidad infantil y se reía abiertamente de ellos; eran cosas que, si bien le parecían peregrinas, al mismo tiempo lo agradaban. Miraba como a dos animales raros a las dos mujeres del tren, tan diferentes con sus mandilones blancos y sus lentes de gruesos vidrios, inclinadas hacia los bastidores de la mañana a la tarde, embebidas en hacer camisones y ropa interior para las señoras, así como combinaciones y enagüillas. Su curiosidad, que sólo en apariencia era infantil, escondía una mucho más profunda, aunque indeterminada todavía, en el ánimo del adolescente. Cuando se encontraba a solas con sus tías y con Niobe en aquella sala, miraba a su alrededor entre distraído y satisfecho como aquel que, habiendo caído del cielo y recobrados el conocimiento y las fuerzas, se da cuenta de que ha tenido la suerte de hacerlo entre aquellas vestimentas casi misteriosas, casi secretas, de las que rebosaba la sala. Tenía la sensación de haber caído sobre blando y se complacía íntimamente de ello.

El interés con que escrutaba los objetos que se extendían sobre las mesas o con que seguía su confección distraía un poco de su disciplina a las dos mujeres —que formaban un sólo cuerpo con sus aparatos grotescos—, las hacía reír y, por primera vez, sustraía su atención vigilante del trabajo. Se plantaba detrás de ellas para examinar el diseño, para adivinar el bordado, y ellas, al sentir sobre su cuello o su cara el aliento fresco y perfumado de fruta propio de los adolescentes, se sentían invadidas por un bienestar desconocido e inesperado que les producía una ebriedad pasajera, un leve vértigo.

Un día Remo tuvo un gesto revelador tan evidente que lo puso al descubierto más que todas las palabras: cogió de encima de la mesa un par de bragas rosas, terminadas y listas para planchar, y, sujetándolas en alto con una mano, parecía querer mostrarlas a la luz. Fue tanto el placer que causó eso a las mujeres que dejaron de trabajar agarrándose el vientre porque ya no podían de la risa. Vista con ojos nuevos y en aquellas manos, la prenda resultaba nueva incluso para ellas, como si estuvieran viendo por primera vez las cosas que hacía más de treinta años venían creando y de las que se encontraban continuamente rodeadas. Carolina, cubierta de hilos, dejó el bastidor en el suelo y trató de atrapar a Remo para quitarle las bragas, pero el muchacho, cuando la tía estaba a punto de pillarlo, se le escabulló ágilmente y fue a plantarse en otro rincón de la sala con la prenda en alto, haciéndola correr después alrededor de la mesa hasta que, cansado del juego, se la entregó. Asaltada por una repentina ternura, Carolina le echó los brazos al cuello y lo besó como en el tren, apartándose enseguida de forma desordenada. Remo no respondía con un beso rápido y fresco, ni distraídamente ni de pasada: se dejaba

besar tal como hacen los niños, que, sin ni siquiera sospecharlo, prodigan aún más su frescura y su candor, y entregaba la boca sin la menor intención de retirarla, como si hubiera dado a besar un objeto y no una parte de sí. Esa sensación desconocida y extraña era la que impulsaba a Carolina a abrazarlo y la que la hacía replegarse bastante más turbada que si el muchacho le hubiera devuelto el beso.

Al ver que se repetía la situación del tren, Teresa, que había dejado de reír, empezó a patalear, contrariada e impaciente, como si todavía estuvieran presentes los vendedores de cerdos. No sabía cómo explicarse la alteración que producía en su espíritu la visión de tales demostraciones de cariño, corteses e inocentes, que representan una costumbre habitual en cualquier madre, una expresión perenne del afecto materno y filial. ¿Acaso no tenía derecho a besar a su sobrino, al que todavía podía considerarse un niño, una tía cincuentona que debía asumir las funciones de madre?

Con tanto barullo Niobe fue a ver qué pasaba.

Remo también miraba con curiosidad a Niobe, pero a ésta ya le sonreía abiertamente cuando no estaban presentes las tías y, de no ser porque sus ojos nunca expresaban obscenidad alguna, se habría dicho que le lanzaba miradas de inteligencia, a las que la mujer, incapaz de contenerse, respondía con las suyas, en las que la vulgaridad desaparecía para dar paso a la bondad y al calor. Por su simplicidad, era incapaz de disimular sus sentimientos y la alegría que le causaba la presencia del nuevo señor. Y Remo, con ese instinto tan desarrollado de los niños que los hace correr hacia donde detectan simpatía, no bien entró en la casa cogió al vuelo el ofrecimiento que le llegaba de aquel lugar. Niobe había sido su primera conquista. La mujer había cobrado nuevos ánimos tras su aparición, y esos pantalones llovidos del cielo por un milagro entre tantas faldas hacían que le pareciera todavía más hermoso vivir y no podía creer lo que veían sus ojos, tanta era su felicidad. Dejando a un lado a sus señoras, a las que había elevado a la dignidad masculina a causa de su prodigiosa actividad, solía considerar a la mujer una mercancía despreciable y reservaba el respeto y la estima únicamente para el varón. Por eso había ofrecido a Remo, y sin demora, su amistad, ansiosa de servirlo y de serle útil.

Lo único que le producía desconfianza al muchacho y que miraba con recelo y seriedad era la presencia de Giselda.

Giselda, por cuanto representaba en aquella casa el descontento y la contrariedad, se había abstenido de hacer manifestaciones demasiado tiernas, y no sólo eso, sino que, al ver el cariz que tomaban las cosas, había insinuado algunos consejos atinados. Decía que, con vistas a encarrilar al joven, era necesario actuar con firmeza, mostrar una conducta menos complaciente e indulgente, si querían hacer de él

un hombre de bien y de provecho, y no un delincuente como había tantos por el mundo; insistía en que determinadas solicitudes exageradas y ciertas zalamerías resultaban inútiles y perjudiciales.

Mientras fingían escucharla, las dos hermanas asentían con evasivas a sus recomendaciones: «Sí…, ya…, cierto…, es natural», decían intercambiándose miraditas muy elocuentes. «Con firmeza tendríamos que haber actuado contigo cuando diste plenos motivos para ello, y no con el sobrino, que no da ninguno. Al parecer, el hombre de provecho y de bien no estaba en tus planes cuando optaste justamente por el extremo contrario, en contra de todos los buenos consejos, que no se podían equivocar, y de las informaciones, que tampoco se equivocaron. Y, por lo que respecta a los delincuentes, ya puedes ir entonando el *mea culpa*, porque te tocó conocer a un famoso campeón.» Haberse marchado, petulante y feliz, con aquel joven venturoso, buen mozo y bien vestido, había dejado contracciones crónicas en la vesícula biliar. Y resulta muy comprensible que, al esbozarse una resistencia de tal magnitud por parte de Giselda, Teresa y Carolina se prodigaran aún más con el muchacho, que consideraba seriamente a esa tercera tía como algo que no lograba contar ni medir.

Niobe pensaba que Giselda era una suerte de anfibio, algo a mitad de camino entre la sirvienta y la señora. Como bien se sabe, nadie mejor que los empleados domésticos para despreciar y poner fuera de lugar a los falsos señores, a los señores a medias, a los que no son ni chicha ni limonada; y no sólo eso, sino que respaldaba a sus verdaderas señoras, precediéndolas con gran despliegue de demostraciones de todo tipo, haciendo cuanto podía para sugerir y exhibir su afecto y deferencia por el joven, que la miraba, cuando no lo veían las tías, con su sonrisa más luminosa, como si entre ambos se hubiera sellado un pacto indisoluble.

Eran numerosas las innovaciones introducidas por las tías con la llegada del sobrino. Ya no se almorzaba en la cocina, como antes, sino en el comedor, como los domingos, con un hermoso mantel y la mejor vajilla, y, en lugar de comer atropelladamente para terminar cuanto antes, se hacía con complacencia burguesa, hablando de esto y de aquello, y no solamente de camisas y ropa interior, sino discutiendo a propósito de la comida y de las habilidades de Niobe, que, como quien no quiere la cosa, al preparar el menú para el día siguiente, hacía entrar en él todos los ingredientes que había detectado que complacían a Remo. Las tías, que se daban cuenta perfectamente, la dejaban a su aire haciéndose las tontas. Un día que le preguntaron en la mesa si le gustaban los filetes, él respondió con un «¡toma!» tan eficaz, que hizo derretirse de satisfacción a las mujeres. Se repitió entonces la escena de cuando no era posible quitarle las bragas de las manos. Esa respuesta viril le recordó a Teresa el gorrito blanco y rosa

que le habían hecho para cuando naciera, y Carolina, a quien la rememoración había cogido en pie, hizo con su servilleta una especie de turbante sobre la cabeza de Remo, que primero permaneció quieto como una muñeca mientras ella se lo colocaba y que después se dejó admirar. La mujer, asaltada por la ternura de los grandes momentos, le dio un beso, al que él respondió de la manera que ya sabemos. Teresa reía por la escena del turbante, pero también pataleaba por lo del beso, que tanto la irritaba, sin que supiera por qué, del mismo modo en que sin saber por qué turbaba a su hermana. ¿Sería acaso porque Remo, con su figura y su porte serio, tenía ya un aspecto demasiado viril como para tratarlo al modo de un niño, o sería por una sospechosa pelusilla incipiente que apuntaba en su labio superior?

Giselda, que no había abierto la boca durante el almuerzo ni había reído durante la escena cómica final, comió el último bocado, se levantó y abandonó el comedor sin decir ni una sola palabra. Niobe, que se había acercado a la puerta para gozar todo lo posible de la alegría de sus señoras, en cuanto Giselda hubo traspasado el umbral y después de haberse apartado para dejarle paso, le hizo por la espalda algunas muecas que hicieron reír a carcajadas a los comensales que permanecían sentados.

Su primera preocupación era alimentar a su huésped hasta la saciedad, temiendo siempre que no hubiera sido suficiente. En este punto encontraron muy pronto una respuesta y una expansión sin reservas, pues en este campo él estaba dispuesto a superar todas las pruebas. Después pensaron en establecer los distintos niveles de relación con la vecindad. Todos debían tratarlo como perteneciente a una clase superior a la de ellos, y los otros muchachos, tanto los del campesino como los de los inquilinos, tenían que tratarlo de usted; todos, sin excepción, debían tratarlo de usted. Esa distancia que ellas no habían podido mantener, pues el vecindario, después de un preámbulo respetuoso, de un saludo deferente, según avanzaba la conversación las trataba con familiaridad, llamándolas Teresa y Carolina, sin más, las Materassi, sin poner delante tratamiento alguno, y jamás «las señoritas», como les habría gustado en lo más íntimo de su corazón: «Las señoritas Materassi». Pero la gente de los pueblos y las aldeas se fija poco en las formas, ya se sabe, y no toma muy en cuenta eso de los tratamientos, también porque la confianza se desarrolla con presteza en la intimidad de la vida. Ellas querían que se respetara esa distancia con el nuevo miembro de la familia.

También sobre este asunto dio Giselda su parecer, pues juzgaba absurdo mantener determinadas diferencias formales entre la gente simple, entre niños; eran tonterías que después se venían abajo por sí solas. Eran cosas que harían reír a las gallinas, a lo que, tirando la servilleta encima de la mesa, Teresa respondió autoritariamente que

las gallinas eran muy dueñas de reírse, pero que ella en su casa hacía lo que le parecía conveniente. Mirando a su hermana con el ceño fruncido, repitió dos veces el *mi*. Carolina se limitó a apoyar su respuesta con un sí para dar a entender que ambas pensaban lo mismo. Niobe, haciendo el gesto de estirarle el pescuezo a un pollo, trataba de decir que ella sabía muy bien cómo se les quita del cuerpo a las gallinas las ganas de reír. Al mismo tiempo sacudía y movía la cabeza para que Remo pudiera comprender que aquella mujer se levantaba mal muy a menudo, con el morro torcido, como dice la gente de pueblo en Florencia; que no había que hacerle caso porque en la casa contaba tanto como la carta del dos en la brisca. El almuerzo, que por la presencia del sobrino se había trasladado al comedor, terminaba muy a menudo con esas discusiones un poco ásperas.

Ante tantas disputas y desacuerdos que lo concernían muy de cerca, Remo irradiaba una serenidad celestial y fingía no entender en absoluto hasta qué punto tenían que ver con él esas riñas domésticas; y, sin tardar en comprender lo ventajosa que resultaba para él la irreductible oposición de Giselda, empezó a mirar a la tercera tía con el aire de quien, totalmente tranquilo y complacido, susurra una cancioncilla que le viene a los labios tras una buena comida, y se mofaba de ella con mucha ligereza para aumentar al máximo su enemistad y evitar la funesta situación de que se aplacara en cualquier momento.

Le asignaron el dormitorio que, habiendo pertenecido a sus abuelos, ninguna de las hermanas había querido ocupar tras su muerte, dormitorio que se conservaba intacto en una atmósfera detenida. La ventana que tenía daba a los campos, y la habitación estaba exactamente situada encima de la cocina, que, al igual que todas las de la planta baja, estaba provista de una reja blanca comida por la herrumbre.

El agrado del muchacho fue notorio. Era la habitación más hermosa y grande del primer piso. El mobiliario era de maderas nobles que el buen administrador había mandado construir con motivo de la boda de su hijo. Tampoco se había cambiado el enorme lecho con baldaquino de damasco celeste que sostenían unas columnas de hierro rematadas con cuatro piñas doradas. Remo se sentía feliz al estirarse en aquella cama en la que cómodamente habrían dormido tres personas. Por la mañana, sus primeras miradas, así como las últimas de la noche antes de dormirse, vagaban despaciosamente por ese baldaquino y por ese dorado. El extraño lecho suscitaba en su espíritu de niño un estado de ensoñación fabuloso hasta que se despertaba y les preparaba el terreno a los sueños, que tenían una realidad vívida en la medida que también eran fabulosos.

Entre las revelaciones concernientes al carácter del joven, que las cuatro mujeres espiaban con ánimo diferente pero con idéntica intensidad, la primera que desató su fantasía fue su sed insaciable de agua. No le bastaba con la jarra que Niobe le tenía siempre llena en la habitación ni con un cazo suplementario, y el lavamanos le resultaba demasiado pequeño para poder lavarse a sus anchas. De ese modo, una vez que se levantaba aparecía en la cocina, sacaba un barreño al campo y, con el torso desnudo y sobre la tierra desnuda, parecía no terminar nunca de lavarse y refregarse los brazos, el cuello, el pecho, los hombros, y eso en pleno invierno. Lo mismo hacía cuando entraba acalorado en la casa. Niobe fue la primera en admirar semejante hábito y, como aquello le producía agrado y no quiso guardar para sí todo el disfrute, les contó a sus señoras hasta el menor detalle de cómo se desarrollaba todas las mañanas el cuidado personal y la higiene de su sobrino. Las hermanas se quedaron complacidas, atónitas y al mismo tiempo preocupadas, ya que el agua no había sido una necesidad imperiosa en aquella casa como no fuera para beber. ¿Y si cogía un resfriado o, lo que era peor, angina de pecho? Niobe supo tranquilizarlas en este aspecto aduciendo que, si ésa era su costumbre, tal ejercicio explicaba la arrogancia de su cuerpo, el aspecto vigoroso y de felicidad que se reflejaba en su cara mientras se secaba con rapidez y firmeza hasta enrojecerse la piel, y no sólo no podía ser la causa de mal alguno, sino que servía para preservarlo de cualquier dolencia y templarlo para hacer frente a todos los vientos y tempestades. Hasta que un día, cuando empezaban a dulcificarse los rigores invernales, el muchacho le preguntó a boca de jarro a la mujer: «¿Pero se puede saber dónde está el río?». Sospechando de tal pregunta, le contestó que allí no había río y le devolvió la pregunta: «¿Y qué quiere ir a hacer al río en esta estación?». «Ya lo sé, ya lo sé —respondió Remo—; en primavera, cuando se vaya el frío —y añadió —: No quiere decirlo.» Comprendió que había hablado demasiado. Y, mientras se secaba a torso desnudo, oteaba el horizonte buscando el agua como el zahorí con su deseo infalible. Es de suponer que, corriendo por los campos arriba y abajo de la villa, había dado con los torrentes Africo y Mensola, por los que sólo corre el agua en el momento del temporal y de los que al cabo de media hora no queda ni rastro, como quien dice, y a lo largo de sus pequeños cauces únicamente hay charcos diminutos que a duras penas sirven a las ranas para bañarse.

Algo más chocó a nuestras mujeres, que tomaban contacto con la adolescencia por primera vez. Al cabo de algunas mañanas, Remo dejó de servirse de la escalera para descender a la planta baja al darse cuenta de que la ventana era el camino más corto y apropiado. En su salto pasó por delante de la que estaba enrejada y tras la cual Niobe

intentaba hervir la leche. Cuando la mujer vislumbró aquella sombra que bajaba de lo alto para desaparecer enseguida, y sin que le diera tiempo de ver lo que era, gritó con el último aliento que tenía en el pecho: «¡Virgen Santísima!». Ni que decir tiene que la leche se derramó sobre el fuego. ¿Era un ladrón? ¿Un fantasma? ¿Una aparición premonitoria? ¿El diablo, que venía a por ella? Al reparar en la presencia de Remo, imperturbable, en la puerta, exclamó cuando tuvo aliento: «¡Hijo de una gran…! Menudo susto me he llevado…, y se me ha derramado toda la leche por el fuego». Y siguió cuando hubo recobrado por completo el habla: «¿Y si te hubieras clavado esos hierros?». Remo sonreía; él no era hombre de quedarse ensartado en las rejas, no había más que verlo. Ella misma lo comprendió así y le pareció que era un ejercicio admirable. A la mañana siguiente, Niobe esperaba de un momento a otro, con una actitud de complacencia, la aparición que vendría de arriba mientras preparaba el café con leche, pero permaneció expectante sin descuidar la leche y se mostró comedida al revelar a sus señoras lo que veía. Sin poder resistir más, les contó el asunto cuando le pareció que había llegado el momento propicio. Teresa traslució su preocupación pensando en el daño que podría haberse hecho el muchacho al caer, y a Carolina le produjo escalofríos la sola mención de aquellos malditos hierros que el muchacho podía acabar clavándose. Pero leyeron en los ojos de Niobe todo lo que la mujer sabía y apreciaron en sus palabras que el ejercicio se realizaba con una enorme seguridad y destreza. «Las rejas no se le hincan…, no se cae…, no se hiere…; quédense tranquilas, no se desesperen…», repetía arrastrando las palabras. La conclusión fue que a ellas también les gustaría mucho verlo.

A la mañana siguiente, con la complicidad de Niobe, se encerraron en la habitación de debajo de las escaleras, que servía de alacena y despensa por su contigüidad a la cocina, y que tenía un pequeño ventanuco protegido con dos barrotes y vecino a la ventana grande. Allí esperaron trepidantes y llenas de curiosidad. Pero, por ser Remo muy hábil de suyo en eso de las sorpresas, aquella mañana bajó oficialmente por las escaleras, lento y arreglado, aseado y totalmente vestido, y, al no encontrar a sus tías en su lugar de trabajo, como los demás días, entró en la cocina y, deteniéndose ante la puerta de la despensa donde estaban escondidas las dos mujeres, empezó a preguntar a Niobe: «¿Dónde están las tías? ¿Cómo no están trabajando ya? ¿Aún no se han levantado?». Sabía perfectamente que a esa hora siempre estaban en su taller. Pero no se apartaba de la puerta y seguía mirando a Niobe, que ya no podía más de la risa. No bien hubo salido el chico al campo, la muchacha las hizo salir de la alacena y las dos se marcharon corriendo hacia sus bastidores como dos gatas escaldadas.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que también ellas pudieran

admirar la agilidad de su sobrino en aquel descenso, ahogando un grito para no asustarlo, sin necesidad de esconderse. Entonces Remo, para honrarlas por su presencia, en cuanto hubo puesto los pies en tierra, volvió a subir rápidamente a su habitación, mostrando que no sólo sabía bajar, sino también subir, y, una vez arriba, volvió a bajar en un abrir y cerrar de ojos. Las mujeres lo miraban conteniendo el aliento. Pero todo eso se convirtió en algo normal y pasó a ser tema de conversación en la mesa. Remo sonreía a sus tías mientras las miraba alternativamente y les aseguraba que escalar aquella casa era una empresa elemental, de principiante. Les explicó cómo se podía salir y subir por cualquier lado sin dificultad alguna, ante lo cual las pobrecillas empezaron a mirar hacia arriba y hacia abajo desconcertadas, sin saber por dónde aparecería o desaparecería el sobrino. «Bien, bien —cortó Giselda con voz grave—; te haremos seguir la carrera de bombero.» Al oír eso el muchacho no se reveló ni ofendido ni sorprendido, sino que estuvo de acuerdo y dijo que se trataba de una profesión que le agradaba plenamente. Teresa lanzó a su hermana una mirada aviesa y cortante, destructora, sin pronunciar una sola palabra: «Ésta no abre la boca si no es para decir estupideces o maldades». Carolina la miró estirándose tanto en su asiento que casi duplicaba su estatura: «Sí…, bombero… ¡Pobre desgraciada, ya vas a ver qué bombero! ¡Échale un galgo a ese bombero!».

Si bien no habían ideado unos planes precisos, es de suponer que ya acariciaban aspiraciones muy elevadas para su sobrino. Paulatinamente, Remo empezó a ausentarse, a pasar muchas horas seguidas fuera de casa. Nadie sabía adónde iba, ni con quién, ni dónde había estado, ni de dónde venía. Sus respuestas eran tan tranquilas como confusas, nada concluyentes, evasivas. Sabía explotar hábilmente el hecho de ser nuevo en la comarca con vistas a dar determinados datos e indicaciones, a partir de los cuales no resultaba fácil reconstruir dónde y cómo había pasado las horas. Describía los parajes y las personas de una manera tan contradictoria que entre las mujeres surgían vivas disputas en su deseo de informarlo para que evitara los lugares peligrosos y las compañías indignas de él y de su nueva familia. A veces parecía que se iba a resolver el enigma, y entonces añadía una noticia, un detalle que lo devolvía todo a las tinieblas: el misterio se volvía impenetrable. A la hora de las comidas se lo veía aparecer como por encanto, con una puntualidad digna de elogio. Sin embargo, en lo que se refería a las explicaciones, la situación era siempre la misma.

Las tías presintieron que ése no era un buen comienzo, y en su interior empezó a tomar cuerpo la responsabilidad que tenían con respecto al huérfano, el deber de ocuparse de él en serio. ¿Pero qué podían hacer con un trabajo que las asediaba y que no les concedía

tregua alguna?

Las diferencias surgidas con Giselda por la palmaria poca simpatía que sentía por el muchacho desde su llegada les impedía solicitarle que se encargara de su cuidado, cuando justamente ella era la única que habría tenido tiempo para hacerlo. Así pues, todo acabó sobre las espaldas de Niobe, que vivía ocupadísima de la mañana a la noche y que, además, digámoslo claramente, no era la institutriz más aconsejable, tanto a causa de su gran ignorancia como de su infinita bondad y, sobre todo, debido a la evidente simpatía que tenía por el joven, sin tapujos ni restricciones, algo de lo que él era muy consciente. Como era de esperar, la mujer tardó poco en iniciar el jueguecito de encubrir los defectos y las ausencias, y en todo momento recurría a decir que se encontraba con los hijos del casero y que estaba a salvo, que se portaba bien o que estaba en el patio jugando con los niños de los inquilinos, todo eso sin tener ella la más vaga idea de dónde se hallaba y sin sentir preocupación alguna. Súmese a eso la perturbación y la novedad que significaba para la familia la llegada de Remo, que había caído como una bomba entre las cuatro mujeres, las cuales muy a menudo se quedaban cortadas o desconcertadas por su parquedad en el hablar o por su mirada interrogante, en la que, a pesar de ser tan sugestiva y atrayente, no resultaba fácil leer.

El muchacho había llegado en los primeros días del mes de diciembre, y en un primer momento nadie había podido pensar en su situación con sentido práctico, ya que todos estaban sumergidos en el trastorno que había producido aquel suceso trágico e inesperado. Después habían venido las fiestas navideñas a posponer cualquier iniciativa. A todo eso, el año escolar ya promediaba… También fue necesario hacer venir de Ancona todos los certificados pertinentes, y así se pasó el resto del curso. Por aquellos certificados se supo que ni siquiera había recibido la enseñanza elemental, de la que apenas había cursado hasta el tercer año. Allí terminaban todos sus títulos y toda su instrucción. Para descargarlo de esa responsabilidad, llegaron a la conclusión de que determinadas cosas pasaban únicamente en Ancona. Y esa vez pronunciaron el nombre de la ciudad con un acento de condena sin reservas: fue como un disparo de revólver. Cuando le preguntaron cómo había pasado el tiempo en aquella tremenda ciudad, respondió con simpleza y dignidad varonil: «Con el mecánico».

«Con el mecánico…» Las dos hermanas no hacían más que darle vueltas entre los labios a esas palabras, que, como es fácil de comprender, no estaban dispuestas a tragar, sino a escupir con decencia cuando nadie las viese.

«Con el mecánico…» Estas palabras siempre ponían al descubierto una situación, traían al recuerdo el oscuro viaje, iluminaban cada vez mejor el cuadro de la miseria de Ancona, y la escena de la muerte se

hacía cada vez más trágica e imponente: «¡Remo! ¡Remo!».

«Bien, bien», concluyeron agotando el tema y corriendo un velo discreto, como lo habían hecho sobre otros detalles que venían del mismo lado. «El mecánico…, en el taller…; bien, bien.» No hablaron más de ello, pero cabe suponer que también aquel calificativo pertenecía a un pasado del joven en el que era mejor no profundizar. «¿Un cerrajero?», dijeron al unísono cuando se encontraron solas en su habitación, indecisas y pensativas. «¿Un cerrajero?», repetía Carolina dejando caer la palabra en el vacío, y Teresa añadía, lanzándola por tierra y aplastándola con el pie para siempre como si se tratara de un animal venenoso: «¿Y qué?».

Durante algunos días se registró en la casa un ir y venir misterioso, excepcional. Conversaciones secretas, discusiones interrumpidas bruscamente, reticencias, intercambio de billetes y recados, embajadas confiadas a Giselda por medio de cartas escritas y bien mantenidas en secreto, y finalmente un anuncio oficial: el domingo siguiente Santa Maria recibiría una visita muy importante que nada tenía que ver con las que solían venir a encargar camisas y ropa interior, visita para la que incluso se puso orden en la sala de trabajo y en la mesa, se arregló y se limpió el salón de recibir, que quedó listo con el aire y el brillo propios de una iglesia antes del oficio, y en cuya atmósfera se apreciaba un ligero olor al aceite con el que se había mandado pulir el pavimento, lo cual aumentaba su aspecto, más místico que solemne. Finalmente, se había preparado, con todo cuidado y sin ninguna clase de economías, un refrigerio.

¿Quién debía llegar alrededor de las tres de aquella límpida tarde de domingo de finales de marzo, tibia ya y trepidante, con flores de almendro, de manzano, de peral, suaves y cándidas como la nieve sobre las ramas, que se extendían cual velo por toda la llanura y las colinas; con aquellas otras rosadas de los melocotoneros, que ya se insinuaban puntiagudas anunciando los primeros calores; y con anémonas violáceas que nadaban aquí y allá en los campos, algunas de ellas rojas o blancas entre el trigo adolescente?

Incluso el almuerzo concluyó enseguida, pues había comenzado media hora o casi tres cuartos de hora antes de lo habitual. Con una rapidez insólita se levantaron los manteles, Giselda puso orden en la sala mientras en la cocina se oía el entrechocar de los platos dentro del barreño: Niobe se había puesto a fregar ruidosamente cuando todavía seguía masticando. Todo adquiría el aire de una espera religiosa como la del día de cuaresma, cuando se aguarda la llegada del agua bendita.

Remo dominaba aquel formidable despliegue aportando una pizca de misterio a la solemnidad del entorno, conservando su imperturbable calma y respondiendo sin curiosidad aparente a las

miradas demasiado expresivas, fingiendo no darse cuenta de ciertas palabras que las tías decían a medias, frases cortadas a tiempo, sibilinas, de las que se desprendía que todos esos preparativos excepcionales se hacían exclusivamente para él.

Apenas hubieron masticado el último bocado, las hermanas corrieron a encerrarse en su habitación, como todos los domingos, pero aquel día lo hicieron con un ritmo diferente y con otras preocupaciones. Una vez más repitieron al sobrino que debía ponerse el traje azul y estar listo antes de las tres.

No habían querido, con toda razón, que el muchacho se vistiera de negro por la muerte de su madre, pues el luto era una frágil institución de la moral burguesa que lo basa todo en las formas y las apariencias, sino que a un joven de Ponte a Mensola que había sido oficial de un buen sastre florentino le mandaron coser dos trajes, uno gris de franela y otro azul de buena lana, ambos con pantalón corto y unos calcetines de lana que atraían las miradas a aquellas piernas ágiles y derechas, de hechura señorial, que tomaban en sus movimientos la gracia de un cervatillo. Lucía corbata negra de seda y, en el brazo izquierdo, un brazalete para imponer respeto debido a su situación, brazalete que parecía más una advertencia para los otros que para sí mismo: era un freno que no permitía traspasar los muros de aquel recinto sentimental en el que se custodiaba su aflicción.

Remo fue el primero en descender, o más bien diremos que casi sin haber terminado de subir ya bajaba, hermoso, elegante, con los cabellos bien peinados y muy brillantes, sin exteriorizar iniciativa alguna, sin voluntad, meciéndose apenas en pie sobre el tercer escalón de la puerta como una barca atada a la orilla.

Incluso la pobre Niobe hizo milagros aquel día, pues poco después de las dos ya estaba la cocina dispuesta para pasar revista. Tras meterse en su cuartucho frontero a la cocina, salió de él esplendorosa, sin que un cabello le cayera por la nuca ni por las orejas, y con un hermoso guardapolvo blanco a rayas que conservaba escrupulosamente las marcas de haber estado doblado, y que representaba para la sirvienta el uniforme de gala.

Se acercó con la escoba en la mano hasta donde estaba Remo y se dispuso a dar una última barrida por encima a los escalones de la puerta, al caminito que iba hasta la cancela, llegando incluso a hacerlo delante de ésta. A medida que se alejaba el barrido era más superficial, como si la escoba se le transformara en un abanico entre las manos. Daba los últimos toques a aquella excepcional expectación cuando la estridencia del tranvía al dar la vuelta en una curva todavía lejana la hizo correr a guardar la escoba en la cocina, al tiempo que gritaba a sus señoras que ya se acercaba, sin dejar en ningún momento de acomodarse cuidadosamente el delantal como si fuera un mantel

que se extiende sobre la mesa y, ajustándose con delicadeza el talle como un pájaro las plumas, volvió a la puerta.

Por más que las tías hicieron cuanto estuvo a su alcance, todavía no habían bajado las escaleras pocos minutos antes de las tres. La duración de aquellos arreglos dominicales y del cuidado de sus personas era la compensación lógica de todas las prisas con que andaban los demás días, así como el lujo que se derivaba de tanta fiebre era la reacción natural. Cuando los chirridos del tranvía se anunciaron en la curva más próxima a la casa, descendieron a toda prisa entre el frufrú de sus ropas, esplendorosas, chispeantes, empolvadas y extravagantes a más no poder, lo cual demostró que no habían interrumpido apresuradamente su arreglo, que a buen seguro ya habían concluido un poco antes, sino la contemplación de sí mismas, de la que no era fácil sustraerlas.

Remo, que ya estaba acostumbrado a determinadas transformaciones y vestimentas con motivo de las solemnidades, no las miraba con el interés de cuando venía en compañía de las dos en el tren, camino de Florencia. Pero ese día tenían tanto que admirar que lo único que les faltaba era tiempo, pues el tranvía se insinuaba con su estridencia cada vez más cerca hasta que se detuvo en seco a pocos pasos de la verja, donde Niobe no hacía más que gritar con gran aspaviento: «¡La directora! ¡La directora!».

Teresa y Carolina, con toda su quincallería, salieron de la casa al encuentro de la invitada.

Descendió primero una muchachita con cara de níspero, sonrosada y redondeada; no llevaba sombrero y lucía una trenza negra muy hermosa que formaba un rodete a la altura de la nuca, peinado característico de las estudiantes. A primera vista la joven aparentaba quince años por su figura y su carita; pero un examen más minucioso obligaba a elevar bastante más el cálculo: para ser exactos, tenía veintinueve. Pronto se advertía que se trataba de una criadita, compuesta y emperifollada, tal vez aguda, probablemente melindrosa, que, una vez hubo saltado a tierra desde el estribo, se dispuso a recibir a su señora abriendo de par en par los brazos con suprema dedicación. También Teresa abrió los brazos, y Carolina, e incluso Niobe, que estaba en última fila, hizo también intención de abrirlos. Únicamente Remo permaneció con los brazos caídos, pero preparado para inclinarse respetuosamente ante la monumental aparición. El tranvía pareció encogerse y después inclinarse, como una gallina cuando pone el huevo, para dar a luz un bulto negro que llamaba la atención.

—¡Teresa!

—¡Beatriz!

—¡Carolina!

Tan pronto como la señora pisó tierra, plaf, pareció que todo

vacilaba, y el vagón, alzándose algunos centímetros sobre sus ruedas, retomó, ligero y rápido, su interminable chirriar.

—¡Qué bien estáis!

—¡Tú también!

—¡Tú también!

—¡Cuántos años!

—Es cierto.

—¡Qué encuentro!

Después de haberse mirado y remirado, reencontrado y reconocido, el grupo de mujeres traspasó la verja por la cancela blanca comida por la herrumbre, siempre a medio abrir, incluso cuando tenía que pasar la directora.

Deteniéndose cada dos pasos, y deteniendo, por tanto, a toda la comitiva, a la que rodeaba como una clueca o, diremos mejor, como un pavo, o todavía mejor, como los dos alternativamente, la directora miraba a su alrededor, hacia abajo, hacia arriba, a lo lejos, para tomar posesión de aquellos lugares y diríase también que del aire mismo, respirando hondamente a grandes bocanadas que llegaban hasta muy abajo, donde apretaba con una mano como si presionara un botón; después se volvía hacia las amigas, las abrazaba, las llamaba *hijitas*, primero *hijitas* y después *hijitas mías*.

Mandaron a Tonina, la sirvienta, a la huerta en compañía de Niobe. Enseguida le gustó esa idea a la directora, que repuso desde lo alto del tercer escalón: «Sí sí, puedes ir; ve, querida; ve…».

Entraron en la casa.

Como se dará cuenta el lector, aquellos síes no eran unos síes cualesquiera, sino que estaban bien sopesados y descendían desde su altura acompañados por sonrisas en consonancia con las palabras, que mandaban a la carga con bayoneta los dientes claramente amarillentos, larguísimos, en los que las caries formaban muescas y agujeritos, pequeñas manchas oscuras.

Entraron en el salón.

La directora miraba la habitación y parecía quererla respirar con aquel aire y aquella luz de iglesia perfumados de aceite que habían preparado para ella.

Tenía dos o tres años más que las hermanas, pero su corpulencia y, especialmente, su imponente andar y su desparpajo hacían de las dos pobrecitas que caminaban a su lado, sobre todo de Carolina, dos muchachitas tímidas, a lo que contribuía la actitud afectuosa y deferente de éstas.

La sentaron en el sofá a la derecha de Teresa, mientras que en los dos sillones que lo flanqueaban tomaron asiento Carolina, del lado de su hermana y totalmente protegida de la invitada, y Remo, del lado de

la directora, que, si bien no le había dirigido todavía la palabra por tratarse del personaje de mayor importancia, había lanzado, fugazmente y de través, sonrisas y miradas que querían comunicar muchas cosas —que el interés por él llegaría a su debido tiempo— y de las que se desprendían ya atisbos de indulgencia que traspasaban pomposamente la autoridad, como rosas que se abren paso entre un seto de espinos.

Se aflojó un poco la capa en el cuello —capa por completo negra como una toga casi talar, desde la que los brazos, surgiendo de improviso, podían desplegar una actividad vasta e imponente— y quedó a la vista un cordoncito negro del que pendían los lentes con cerco de metal blanco, apoyados a la altura del seno en dos botones de la chaqueta que lucía bajo la capa. Iniciando la conversación, se echó hacia atrás incluso el tocado, una especie de sombrero alto y redondo, totalmente negro, con adornos, plumas y velo, del que no se podría decir que estuviera a la moda ni tampoco fuera de ella, al igual que los que llevaban puestos las Materassi, sino únicamente que estaba permitido. Si tomó la solución de echarlo hacia atrás no cabe duda de que fue para dar mayor realce a aquella cara grande y roma, provista de una nariz descomunal que formaba una parábola, con la piel reseca que empezaba a volverse corchosa y que al microscopio a buen seguro mostraría determinados paisajes de montañas y de colinas semejantes a los de la Luna. Lo más curioso era que esa mujer, que se llamaba Beatriz, tenía un enorme parecido con Dante y no mostraba ni la más mínima afinidad con su amante espiritual.

—¿Te acuerdas?

—¿Te acuerdas tú?

Resultó que la verdadera amiga era Teresa, aunque en el fondo lo eran ambas. La directora se había sentido siempre más atraída por las confidencias, siempre relativas, por el tono más fuerte y decidido de Teresa, a quien al lado de aquella mole se la veía como una ternerita al lado de un buey. Carolina no hacía más que asentir: respondiendo a todo «bien», a todo «sí», acabó por parecerse a las palomas que sólo arrullan, y ya se puede comprender que era la directora quien tenía que decirlo todo. Lo cierto es que en eso de hacer la pregunta y dar la respuesta no había mujer que la superara: era un primor, hasta modulaba la voz de una manera especial para hacer creer que quien respondía era el interlocutor.

—¡Cuántos años sin vernos!

—¿Quién lo iba a decir?

—Es cierto.

—En cuanto recibí tu carta me dije: «Voy; voy aunque sea sola. Tengo ganas de ir. Aprovecharé un domingo después de almorzar». Qué queréis, hijitas mías, también yo estoy encerrada como vosotras;

incluso los domingos por la mañana tengo que ir a la Dirección, pues no se puede dejar sin abrir la correspondencia, hay que despacharla. Tengo tanto que hacer que sólo me quedan libres estas pocas horas de la tarde.

Como es fácil comprender, al equiparar su propio encierro con el de las hermanas, sólo estaba haciendo una concesión que no pasaba inadvertida, puesto que la suya, como directora de escuela de grado elemental, era una prisión ilustre en comparación con la de las pobres modistas de camisas y ropa interior.

Era hija de un empleado de correos y había pasado su infancia y su primera juventud, hasta los veintitrés años, en el Borghetto, situado entre Ponte a Mensola y Santa Maria. Allí había empezado su carrera de maestra. Después la familia se trasladó a Florencia.

Evocaron la vida de aquella época: la familia Materassi, la familia Squilloni, que era la de la directora. Algunas excursiones colina arriba que hicieron juntas, algunas tardes que pasaron indistintamente en una u otra casa, y una famosa piñata con Carolina, que se había quitado la venda sin dar ni un solo golpe, sin querer dar un solo paso con ella puesta a causa del miedo. En cambio, Teresa había dado los necesarios, pero se había desviado por completo y, creyendo que rompería la cazuela, había dado un descomunal golpe en el aire.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Finalmente, le había tocado el turno a la futura directora, que en calidad de anfitriona debía ser la última en intentar el golpe. Con andares decididos, se había dirigido hacia el recipiente hasta quedar debajo de éste, en el punto exacto, como si no tuviera los ojos vendados, y, agarrando con firmeza el palo, atizó tal golpe al cacharro que llovieron en tromba todos los caramelos y chocolatinas, y todo eso sin que a ella le cayera encima un solo trozo de la cacerola.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Rememoraron a las figuras familiares: los padres, los abuelos, todos los Materassi, todos los Squilloni. Todos ellos muertos.

—¡Ah!

—¡Oh!

—Bueno.

Y, después de las alegrías —pocas—, recordaron los dolores —muchos—, las desventuras —muchísimas— y omitieron los desastres.

—Bueno, bueno…

—Y…

—Pero…

Se hizo mención a la casa: «¿La quieres ver de nuevo?». Con la cabeza baja, pero sin perder ni un movimiento, la directora no respondía nada. «¿La quieres ver? Vamos por el campo, sin que nos vea nadie.»

Con el busto erguido y la cabeza todavía baja, rendida, desfalleciente, la directora dejó escapar un rosario de noes: «No…, no; no…, no…; no… no». Lo hizo en tal cantidad que pareciera que le caían cubriéndole todo el vestido, de donde los sacudía con un gesto maquinal de la mano como queriendo sacudirse una migaja, un hilo o una mota de polvo.

No quería volver a verla, no, pero su oposición no estaba motivada por la indiferencia, como se comprendía fácilmente.

—No… Pasé por allí hace dos años. Estaba en Settignano para los exámenes, pues formaba parte del tribunal.

—¿Y por qué no te detuviste aquí?

—No estaba sola: me acompañaba el inspector.

Durante todo este tiempo, Remo no había abierto la boca, guardando una compostura y una gracia ejemplares. En medio de todos los suspiros, las sonrisas, las carcajadas, las evocaciones, sólo se había dado cuenta de que los dientes de la directora hacían quedar en muy buen lugar a los de sus tías; había reparado en que, cuando al unísono dejaban de reír para pasar de un tema alegre a un estado de melancolía, se les quedaban a las tres los dientes fuera, como si se hubieran olvidado de meterlos en la boca, hasta el punto de no saberse, por la seriedad de sus caras, si acaso los habían dejado fuera para morder.

¡Qué va! ¡Qué va!

Ese curioso jovencito, que se había dado cuenta sin tardanza de haber caído bien entre las camisas y la ropa interior, había comprendido ya otra cosa importante, esencial: que aquellos caballos viejos, a pesar de que mostraban los dientes o los dejaban fuera por olvido, no estaban allí para morder; por eso, tanto si comían el pienso como si abrían de par en par la boca para relinchar, él permanecía impasible. Tampoco le preocupaba que su número creciera cada vez más, antes al contrario, verlo crecer le ponía contentísimo.

Pasaron revista a la vida sentimental. «Qué quieres, nosotras…, ya entiendes…» Y una con la voz y la otra con los ojos, dijeron al mismo tiempo las dos hermanas: «Sólo hemos conocido el trabajo…, y aquí estamos».

Llegado el momento de tener que afirmarlo ante una tercera persona, el conjunto fuerte y bravío de los Alfredos, los Gaetanos, los Raffaeles y los Guglielmos, con todas sus virtudes inestimables y sus

absurdos defectos, desaparecía como una pandilla de bellacos ante el olor de la pólvora. «Ya lo sé…, ya lo sé…» La directora había oído hablar de sus habilidades, de sus éxitos, sabía de su merecida fortuna: «Magnífico, muy bien; ya sé que sois extraordinarias». Pero no tanto como ella.

—¿Sabéis con quién hablé mucho de vosotras hace ya bastante tiempo? ¿Os acordáis de Bettina Risaliti, ahora Tirinnanzi? Venía mucho a nuestra casa los domingos, en verano… Tiene hijos crecidos ya. Todos han sido alumnos míos, tres hombres y una mujer, que se casará ahora, en mayo. Cuando hablamos del ajuar, se mencionó vuestro nombre; pero dijeron que estabais por encima de sus posibilidades, que erais inalcanzables.

—¡Ja! ¡Ja!

Las Materassi no se acordaban de Bettina Risaliti ni tampoco sabían que ahora se apellidaba Tirinnanzi por ser la esposa de un salchichero casi famoso. No obstante, al hacerse mención y reconocimiento de su categoría, bajaron la cabeza con modestia. Llegaron a la conclusión de que el trabajo las había alejado de todo y hasta les había hecho olvidar muchas cosas. Eran modistas, bordadoras, nada más, y así tenían que morir.

«Ahora…» Sin embargo, ese *ahora* no resultaba definitivo, habida cuenta del tono con que lo pronunciaban. Para quienes aprecian los tonos y los difuminados del lenguaje, había quedado en el fondo un puntito de luz que incluso podía llegar a agrandarse; pero, aun reconociéndolo, no querían admitir la realidad; es decir, que terminarían realmente así, que las posibilidades de cambiar las tenían en la mano. Aun así, las habían rechazado por completo; ese *ahora* guardaba relación con su voluntad porque se habían exiliado de la vida voluntariamente, y ese punto quedaría tal como estaba.

En cambio, la historia de la directora encerraba un profundo drama: un joven maestro, compañero suyo, la había abandonado unos días antes de la boda. Desapareció y la dejó con el ajuar listo y los papeles preparados. Nunca llegó a saberse el verdadero motivo del abandono inesperado de aquel felón. Y, como las hermanas conocían muy bien este drama, que había tenido lugar treinta años atrás, poco antes del traslado a Florencia, ella tenía muy poco que añadir.

—Te acuerdas de aquello, ¿no? —dijo la directora rebajando el tono autosuficiente de su voz y moviendo la cabeza mientras miraba a Teresa en un instante de abandono cuyas riendas tenía muy firmes en su mano para volver a pasar, en un abrir y cerrar de ojos, a su posición dominante. Pero no: una vez que se internaba en terrenos mórbidos y resbaladizos, a la buena señora le gustaba resbalar a fondo.

—¡Y tanto que lo recuerdo! —respondió Teresa.

—¡Dios mío! —añadió Carolina.

—Está en Roma y llegó a jefe de estudios.

He aquí la explicación de la providencial aunque trágica fuga. ¡Un director y una directora! ¿Se puede concebir eso? ¿Se imagina el lector a dos Napoleones viviendo juntos? Es una cosa loca, monstruosa e inhumana que no da ni ganas de reír. Sería un despropósito descomunal.

—¿Lo volviste a ver en alguna ocasión? —aventuró Teresa al tiempo que le venía a la memoria la figura del huido.

—Sí, una vez, en Florencia, hace ya cinco años. Pasó algunos días en la ciudad a causa de la muerte de su madre. Me lo encontré por la calle. Está muy cambiado, casi irreconocible, tiene el pelo totalmente blanco. La sangre fue la que me hizo reconocerlo: se me subió repentinamente a la cabeza, pero enseguida se me bajó a los pies. En ese momento, todo su ser se derrumbó, si bien, de una manera inesperada, se recuperó. Aun así, pasé a su lado con la cabeza bien alta. —Irguió la cabeza exactamente igual que lo hacía Napoleón cuando las cosas se tornaban difíciles.

—Por lo demás…, qué quieres…

Estas reticencias de Teresa sugerían vagamente la posibilidad de una reparación, por tardía que fuera. «¡Pero tiene mujer! —aulló la directora volviendo a su papel y truncando toda posibilidad de que Teresa siguiera adelante—. Tiene mujer —soltó abriendo la boca y los ojos de modo que sus palabras se convirtieron en innumerables círculos, que, agrandandósele desde la cara, alcanzaban y engullían a su interlocutora—. Ocho hijos, ocho, ocho. ¿Comprendéis?»

Desde los cuatro costados de la estancia se confirmó ese número: ¡ocho! ¡ocho! ¡ocho! ¡ocho!

De haber estado allí, Niobe habría exclamado: «¡Salud!». Y, si por respeto a la directora, se hubiera visto obligada al silencio, igualmente habría dicho «¡salud!» con la cabeza, con los hombros, con los brazos, con las manos, con un pie, sin que se lo pudiera impedir dirección alguna. La gente sencilla no necesita de la boca para hablar, y a ella la complacían mucho aquellos que se dan a la reproducción sin escatimar: «Ocho hijos».

Teresa y Carolina observaban a su amiga perdidas y espantadas, y se miraban entre sí sin saber qué más decir: «Ocho hijos».

Todo el derroche visceral que le había ahorrado aquel bruto con su ignominiosa huida, se le había desplazado al cerebro y se había transformado en autoridad. He aquí otra explicación más que resulta útil.

Con ese intermedio de violines y el final vehemente de las cuerdas, llegaron al presente, al viaje a Ancona, los cuarenta y ocho túneles:

«¡Ay! ¡Ay! ¡Pobre Augusta!». La directora no se acordaba de Augusta, que, a buen seguro, era todavía una niña cuando aquélla tenía amistad con sus hermanas. No la recordaba, pero tampoco se atrevía a decirlo. Hablaron de la muerte de la pobrecilla y del regreso con el sobrino hasta que finalmente todas las miradas y las sonrisas de las tres mujeres se fijaron en él. Bajaron el tono de voz al tener que confesar que aquel muchacho de catorce años, tan aventajado físicamente, no sólo no poseía el título de enseñanza básica, sino que apenas había llegado a frecuentar el tercer grado. En ese punto la directora superó todas las alturas: la suya propia, que era vertiginosa, y la del caso que se le refería, que resultaba bastante embarazoso. Dejó que hablaran las hermanas en voz baja, avergonzadas, con torpeza, mientras ella se ajustaba su imponente sombrero asintiendo con ampulosidad, como si tanta vergüenza y temor estuvieran más que justificados y le fueran cosa debida. Seguidamente, girándose ceñuda hacia el culpable, comenzó a esbozar sonrisas que encerraban todos los misterios impenetrables, todos los secretos y la fascinación de la autoridad, sonrisas en las que el muchacho podía leer todos los juicios, todos los comentarios, todos los reproches e incluso todas las promesas. Por último, inició una serie escalonada de carcajadas ejecutadas de una manera magistral —amplias, recortadas; amplias que se recortaban; recortadas que se iban ampliando, en catarata, repetidas—, al tiempo que se golpeaba las rodillas con el puño y echaba más hacia atrás el trofeo de la autoridad, hasta el punto de que las hermanas se quedaron perplejas.

La directora quiso saber el nombre del muchacho. «Remo; bien, me gusta. Muy bien. Mejor Remo que Rómulo, que, si bien es fundador de Roma, también mató a su hermano. Para fundar Roma no tenía que haber matado a nadie; habría sido mejor. ¿No os parece?», concluyó la directora.

Las hermanas decían «sí sí» y seguían escuchando. Se conocía que la historia no era su fuerte y, en lo que se refiere a Remo, ya sabemos muy bien hasta dónde llegaban sus posibilidades teóricas. En eso la directora, como el campeón que, bajando a la arena seguro de sus fuerzas y de su valor, empieza a agitar con naturalidad sus miembros, con los que realizará el prodigio ante la multitud asombrada, dijo: «¡Ah, caballerete! ¿No te da vergüenza a tus catorce años cumplidos, un hombre hecho y derecho, no haber terminado todavía el ciclo elemental? Y, además, ¿te atreves a estar en mi presencia?».

La directora reía y reía, no dejaba de reír. Lo más asombroso es que Remo permanecía impertérrito ante aquel fuego cerrado de artillería, con los labios apenas entreabiertos, igual que a su llegada a Santa Maria cuando, al mirar a su alrededor, no veía otra cosa que camisas y bragas. El muchacho inteligente que era había comprendido

entonces el artículo; ahora comprendía el género.

La directora agotaba sus carcajadas en volutas serpentinas, pero su significado era muy diferente de lo que podían suponer las amigas. Lo que a ellas las abochornaba y atemorizaba, a ella sólo la hacía reír y, por si fuera poco, reír de gusto, ya que se trataba de algo simplemente administrativo: darle el certificado elemental a Remo representaba para ella tanto como para un elefante comerse un terrón de azúcar.

En octubre del año anterior se lo había proporcionado a un joven de veintinueve años, y a otros de veinticuatro, veintiséis, veinte y dieciocho. Era algo que acontecía a diario: incluso algunos años atrás se lo había dado a un señor de sesenta y tres. «Sesenta y tres», repitió para que oyera bien el número y no se sintieran violentas. Un señor meticuloso y purista no quería tomar al anciano como portero si no le presentaba ese documento. En el examen escrito el pobrecillo tuvo que hacer, junto con los demás alumnos, una composición sobre el tema «Pedrito asiste a una escena conmovedora mientras pasea con su mamá», y se las arregló incluso demasiado bien. Pero, en lo referente al examen oral, la directora tenía un plan preconcebido, que custodiaba celosamente, a la altura de sus excelsas cualidades, y del que se encontraba muy orgullosa. Cuando el licenciado, caminando un poco atravesado porque padecía de gota, se dirigía al tribunal de examen, los componentes de éste se miraron estupefactos sin saber qué preguntarle ni por dónde empezar. «Historia, historia», sugirió la directora con la frescura del agua que brota de un manantial. «Historia», repitió como si estuviera en el tribunal. Resultó un éxito clamoroso. El buen hombre había corrido detrás de la carroza en que iba Canapone cuando abandonó Florencia, el 27 de abril de 1859. Estaba entre los jóvenes que gritaban «¡Que se vaya! ¡Fuera! ¡Tiene que marcharse!», así a lo largo de toda la via Bolognese, a lo que Canapone respondía: «¿Es que no veis lo que estoy haciendo? ¿Qué os parece? Ya está: me voy, me voy. ¡Ahora os quedaréis contentos!». Los manifestantes lo perseguían bailando y saltando detrás de la carroza: «¡Fuera! ¡Fuera!». Mientras tanto, las mujeres reaccionarias lo saludaban llorando desde las ventanas: «¡Pobre Leopoldo! ¡Pobre abuelito! ¡Hasta pronto! ¡Hasta pronto! ¡Hasta pronto!». «¡Hasta pronto! ¡Hasta pronto!», respondía el Gran Duque, pero mirando a su alrededor fruncía la boca: «Será, pero no me lo creo… Puede ser, pero no me veréis de nuevo». Cuando acto seguido afirmó que había conocido a Víctor Manuel y estrechado la mano de Garibaldi, el tribunal se puso en pie y le concedió un sobresaliente *cum laude*.

Ahí la directora se calló y se puso a mirar hacia el fondo, más allá de él…, pero no hacia el fondo de la habitación, ya que su mirada traspasaba todos los muros. En realidad, cuando miraba más allá metiendo los dientes —aunque no del todo, pues su boca no podía

contenerlos todos— y entrecerrando los ojos, ya no era la directora de una escuela elemental, pero no se sabía bien dónde empezaba y terminaba su dirección. Entonces, tamborileando con los dedos sobre las piernas, hizo una cuenta:

—Abril, mayo, junio… Sobra tiempo —y dijo un nombre—: Calliope, Calliope Bonciani… ¿Os acordáis de Calliope?

Las pobrecillas no se acordaban de ella ni por asomo, pero dijeron «sí sí» simulando acordarse vagamente. «Solía venir mucho a Borgheto en compañía de su madre. Está jubilada desde hace algunos años, y su madre vive todavía. Noventa y dos años —deletreó la directora, que utilizaba los números en la conversación como si se tratara de elementos de un valor excepcional—, noventa y dos», repitió alzando la voz.

Lástima que Niobe se encontrara en la huerta en compañía de Tonina, porque nadie le habría impedido que respondiera a ese número con un «¡hija de perra!». El hecho de que la vida fuera tan hermosa le impedía contener un grito de complacencia y de solidaridad para con aquellos que la aprovechan hasta el último trago.

Calliope era otra flor; eso sí, la más hermosa del manojo. La causa por la que se había quedado soltera la honraba muchísimo. En la epidemia de cólera que asoló Nápoles en 1884, había perdido a su prometido, muerto durante el período de servicio militar. Por haberse prodigado generosamente en la triste epidemia, había sucumbido víctima del deber de caridad. Después de aquello, la hermosa y joven Calliope no quiso saber nada de entregar su corazón a otro hombre y, al igual que muchos otros seres románticos del siglo pasado, guardó fidelidad a su prometido más allá de la muerte. Encima de la cómoda de su habitación se veía un hermoso retrato del joven a caballo luciendo el uniforme de los *bersaglieri*, tocado con un sombrero adornado con unas espléndidas plumas que le llegaban hasta los hombros. Delante siempre había flores y una lamparilla encendida.

«¡Noventa y dos! —la directora repitió una vez más los años de la madre de Calliope—. ¡Si la vierais caminar! Es un molinillo de viento, un granito de pimienta. Están en buena situación, pero comprenderéis que nunca viene mal ganar algún dinerito extra. ¡Qué gran maestra! Siempre con los varones y en los grados superiores, en quinto, igual que yo, el mismo grado que daba yo.»

A pesar de no haber llegado a directora, Calliope merecía toda su estimación. Añadió que las verdaderas maestras se hacen ver entre los varones y en los grados superiores: ¡en el quinto!, como ella y Calliope. Carolina aventuró temblorosa: «¿Son mejores los varones que las mujeres?».

La directora asintió sin rodeos con la mirada. Era del parecer de Niobe. A despecho de que a ella los hombres le habían dejado una

deuda por pagar, siempre eran mejores que las mujeres. Dijo que siempre se sabe lo que los varones quieren, y, cuando hacen una travesura, se adivina cómo y por qué la hicieron. Son vivaces, ruidosos, turbulentos, a menudo auténticos demonios, pero son francos, es fácil leer en ellos; se pueden adivinar sus sentimientos y, con un poco de habilidad, se hace de ellos lo que se quiere. Las mujeres, en cambio, son más tranquilas, respetuosas, modosas, obedientes, pero suelen ser un poquito reservadas. Siempre guardan algo que, a la primera de cambio, no vacilan en soltar. Es imposible saber a ciencia cierta lo que encierran las mujeres. Cuando a uno le parece que ya las tiene consigo, se da cuenta, finalmente, de que no las tiene en absoluto.

Pobres mujeres; ninguna de vosotras hará nunca apología de vuestro género.

«Entonces, abril, mayo, junio… Dos horas todas las mañanas… —y, volviéndose hacia Remo con la cabeza levantada y alzando una mano, dijo—: Pero hay que estudiar; hay que recuperar el tiempo perdido; poner remedio a los entuertos, mi querido señor», concluyó severa.

Resuelto el problema con tanta facilidad, Teresa y Carolina, aliviadas del peso que las oprimía desde unos días atrás, se levantaron a la vez de repente y corrieron a la mesa, en la penumbra, donde aguardaba el refrigerio. Primero le sirvieron una naranjada a la directora, que, mientras las hermanas se fueron hacia la mesa, sacó los lentes de la bolsa y se los puso; quería ver bien lo que había venido a degustar. Se trataba de un vino de misa de 1907 (corría el año 1919) que acompañaba unos riquísimos bizcochitos y tartaletas.

La directora se sintió muy agradecida por el honor que le hacían y aceptó de manera generosa y con toda clase de sonrisas el vino de misa y los dulces. Una vez que comprobó de qué se trataba, guardó rápidamente los lentes en su bolsa y se entregó a comer y beber sin mirar siquiera. Cuando llegó el momento de decir basta, empezó a disculparse haciendo grandes aspavientos con los brazos, echando la cabeza hacia atrás: «No no; es imposible.» En ese momento intervino Remo para vencer la negativa y las dudas. Levantándose para echar mano de un vasito de vino de la mesa, y sin mostrar timidez alguna, se lo presentó a la directora, que se echó hacia atrás en el sillón, lo que hizo que se le irguieran sobre la cabeza todas las plumas al mismo tiempo, lo mismo que un gallo que tuviera delante un rival; desorbitó los ojos y abrió la boca de oreja a oreja mostrando los dientes para devorar al audaz. Pero él le había perdido ya el miedo a aquellas mordeduras: conocía el carácter de los caballos viejos y obraba en consecuencia. «¡Ah! ¿Te atreves a ofrecerle un bizcocho a la directora, que ya le ha dicho varias veces a las tías que no quiere nada más?

¿Tan osado eres?» En esa situación parecía escupir los dientes; no los podía contener con la alegría al querer pasar del gesto ofendido de boca abierta de par en par para devorar al ofensor a esbozar una sonrisa: cedía, sonreía y acababa comiendo el bizcocho. Sí sí: de él aceptaba otro bizcochito; en cambio, de las amigas, no. De ellas nada, pero de él lo aceptaba y se lo tragaba. El juego se repitió varias veces, siempre después de ofensivas cada vez mayores y de capitulaciones cada vez más clamorosas. Incluso aceptaba otro sorbito de vino por más que las amigas le habían dicho que le haría daño. Claro que éstas, en lugar de ponerse celosas, se mostraban radiantes por el éxito de su sobrino. Otro sorbito por el futuro licenciado elemental y otro bizcochito. El joven atraía las miradas de la directora. Y Remo, al ofrecérselo, no parecía ni azorado ni suplicante: ¡a buena hora! Se lo presentaba con la seguridad de un hecho consumado, por más que supiera que debía esperar y ser impermeable a la escena de un enésimo estupor en cuyo fondo se encontraba la aceptación.

La aparición de Niobe, acompañada de Tonina, en la puerta del salón, interrumpió una de esas escenas. Incluso a Niobe se le iluminó la cara con aquella alegría: no había duda de que todo iba por el mejor camino; la directora no había ido inútilmente a Santa Maria. Entretanto, Tonina repetía con gran confusión y fervor: «Señora, señora, mire. ¡Si viera todo lo que hay!».

Tanto sus brazos como los de Niobe soportaban una carga de flores, frutas, lechuga, escarola, achicoria, todas ellas hortalizas del gusto de la directora (como si existiera algo que no le gustara; además, Tonina llevaba también algunas cosillas que le gustaban a ella particularmente): semillas y plantas para el jardinillo de la directora; ramas, sí, ramas, porque incluso las ramas le encantaban y las tenía en su habitación sobre la cómoda, mientras que las flores las dejaba para el salón comedor. Niobe, muy astuta, había sondeado a Tonina y la había cubierto materialmente de cuanto pudiera resultarle agradable a su augusta señora.

Se sobreentendía que todo aquello no era sino una pequeña muestra, un anticipo, pues la directora recibiría en su casa cosas semejantes, hasta mucho mejores. Durante toda la primavera y el verano no le faltaría con qué tener dulce y fresca la boca.

La directora extrajo los lentes de la bolsa por segunda vez y se los encaballó en la mitad de la monumental nariz, puesto que deseaba ver lo que se llevaba al tiempo que ponía en marcha las alabanzas a tanta maravilla y las protestas, que daban lugar a que Tonina repitiera: «Yo no quería; se empeñó en dármelo».

Toda la comitiva descendió hasta la sala de trabajo, que estaba casi irreconocible de tan ordenada, con las telas cuidadosamente apiladas sobre las mesas, y los telares, de cara a la pared.

La directora quiso ver algunas cosas.

«Todo el mundo sabe que tenéis las manos de oro. En las jarras de Montelupo está escrito que sois magníficas…»

Teresa le enseñó algunas camisas, bragas y combinaciones que formaban parte del ajuar de una condesita a punto de casarse el próximo mes de abril. Asimismo, las de una bellísima baronesa que ya no era tan joven.

La directora, que se había quedado estupefacta admirando el ajuar de la condesita a causa de lo exquisito del trabajo, cuando tuvo ante sí las prendas de la baronesa, no fue capaz de contenerse por más tiempo y explotó al verificar las insospechadas dimensiones de aquellas camisas y bragas. ¿Era aquélla la ropa interior que llevaban las mujeres?

Teresa, tímida y sumisa hasta ese momento, sonreía sin responder delante de sus obras, sin aceptar ni siquiera discusión alguna. En esos momentos la directora era ella, y así, con un aire de suficiencia cortés e indulgente, dejaba que la otra expresara sus quejas y se tomaba la revancha sobradamente.

Ahí intervino Carolina con toda su ingenuidad:

—Y tienden a ser más diminutas; cada vez se hacen más cortas y sucintas; ya sabes, con los vestidos de hoy en día, es preciso reducir la ropa interior a lo mínimo. Casi hay que hacerla desaparecer.

—¡Ah! ¿De modo que más cortas? Bien. ¿Es ésta la lencería de las mujeres modernas? ¡Bien! ¡Magnífico! Indecentes. Ridículas y obscenas —grajeó con una carcajada satánica, mientras observaba que las bragas de la baronesa eran mucho más anchas que largas.

Era obligado que debajo del hábito casi talar que vestía ella hubiera calzones de cura, de los de hacía treinta años, los que formaban parte del ajuar que se había quedado intacto a causa del fatal abandono y que, sin duda, le llegaban al tobillo, donde terminaban en puños bordados. En ese punto quiso salvar a las amigas de tanto desorden culpando a las mujeres modernas y a los locos que creaban las modas. «Vosotras no tenéis la culpa, pobrecillas, ya lo sé; ninguna culpa. Hacéis bien confeccionando así las prendas: tenéis que hacerlo, es vuestra profesión, es comprensible. Pero, si yo fuera uno de esos maridos y mi mujer se me presentara con semejantes atavíos, cogería un palo…», y con la mano hizo ademán de zurrar cumplidamente.

No era adivina la directora, ya que en tales circunstancias tal vez no fuera el palo el que interviniera. Tampoco demostraba tener buena memoria, pues en aquel momento olvidaba que se había quedado en tierra a pesar de los calzones largos.

Teresa guiñó un ojo a Carolina a fin de cortar la conversación y

ella corrió hacia el armario, sacó un alba ya diseñada cuyo bordado había empezado y, ante la prenda, la amiga se deshizo en alabanzas. Después le enseñó un mantón negro en el que estaba bordando algunos motivos chinos originales, una obra que iba haciendo poco a poco; pues, aunque estaba bien pagada, no compensaba la enorme fatiga que requería. La directora tuvo curiosidad por saber del rendimiento económico de todo aquello.

—¿Cuánto te pagan un trabajo así?

—Pedí tres mil liras y no protestaron.

—¿Y cuánto tiempo te lleva terminarlo?

—Trabajando seguido, puede ser que dos meses; pero, tal como lo voy haciendo yo…, por lo menos un año.

Ya en la entrada, dispuesta a bajar la primera escalera, se volvió hacia Remo alzando una mano en señal de advertencia: «Si te tropiezas con una mujer que lleve la camisa y las bragas así de cortas, échala a la calle o utiliza un palo con ella.» Remo se sonrió; pobre mujer. Aquel día fue su último error.

Aquella tarde excepcional vino a coronarla una decisión extraordinaria. Comoquiera que Remo debía empezar cuanto antes las lecciones con la señorita Calliope, se decidió que había que comprarle una bicicleta para que pudiera desplazarse con rapidez y para lo que fuera necesario. Decidieron trasladarse a Florencia los tres juntos a la mañana siguiente. El asunto sorprendió a todo el pueblo, como si se tratara de unos centinelas enloquecidos que abandonaban su puesto. Remo, por su parte, había asegurado entender de bicicletas y saber cuál era la mejor marca.

Y ahí sucedió un hecho curioso. Remo conocía la ciudad a la perfección, pero se suponía que no había estado allí jamás porque a nadie se le había ocurrido llevarlo a conocerla. Por eso tenía que hacer un esfuerzo enorme para que sus tías no lo advirtieran. Ellas lo conducían adonde les parecía más acertado, y él sabía perfectamente dónde se encontraba la bicicleta que le gustaba; hasta que al final logró hacerlas comprender justo lo que quería y sin que se dieran cuenta de nada.

A continuación, hicieron un alto en el Bottegone para tomar chocolate con bollos. Remo llevaba con una mano su hermosa bicicleta, a la que faltaba todavía el permiso de circulación, contemplándola en todo momento con la complacencia de un amante. Cuando sus tías se subieron en el tranvía de Settignano él se montó en su bicicleta, sin importarle que no tuviera licencia, y corrió a la par del tranvía, le pasó delante, lo dejó adelantarse y lo alcanzó, todo ello con una alegría enorme y mal disimulada por parte de las tías, que lo observaban correr veloz entre la gente, felices por viajar con aquella gentil escolta. En cuanto el vehículo se detenía, el muchacho se movía

a su alrededor a la espera de que continuara la marcha o se paraba apoyando una mano en el vidrio de alguna ventana, como la de Carolina, la cual retrocedía ante aquel contacto quimérico por no poder reprimir su complacencia y, para despistar, le decía a su hermana que temblaba de miedo pensando en una multa. Sin embargo, los ojos de Remo sabían hacer frente incluso a las bicicletas sin matricular.

Sin darse cuenta, Teresa había ido cogiendo poco a poco el vicio, la manía incontenible, de presentar a su sobrino a la gente, sobre todo a la clientela ilustre, granjeándose los aplausos y los parabienes de todo el mundo, ya por la obra ejemplar que había hecho, ya por la buena presencia de Remo. A decir verdad, tenía un aire elegante con su traje gris de franela, bien peinado y repulido, sin perder la compostura ni siquiera cuando alborotaba, en todo momento sabía mantenerse en su lugar, y se lo podía presentar con seguridad y satisfacción. Contaba la desgracia que le había sobrevenido al pobrecillo y cargaba sobre sí la culpa de que no vistiera de luto por su madre. Las señoras respondían con toda clase de cumplidos, que iban dirigidos tanto a las generosas tías como al prometedor muchacho, y las devotas las ensalzaban por su buena acción, merced a la cual el Señor las recompensaría en la otra vida, si bien al muchacho ni siquiera le dirigían una mirada.

Cuando el sobrino la observaba fijamente, Teresa se sentía impelida a apartar los ojos como si escapara de una pregunta; Carolina, en cambio, asaltada por un impulso al que era imposible sustraerse, acababa abrazándolo y besándolo con fuerza, lo cual la perturbaba sin que ella pudiera comprender por qué: la cabeza le daba vueltas, la sangre se le helaba y le hervía en las venas, alternativamente. Hay que señalar que la soltera cincuentona besaba a un hombre por primera vez, aunque fuera un adolescente. Hasta entonces sólo había besado a niños muy pequeños, de cinco años a lo sumo o poco más, y sus besos expresaban toda la inocencia y la gentileza de su condición de virgen. Se habría horrorizado si alguien le hubiera mostrado los orígenes remotos y confusos de su turbación.

Teresa no escondía la irritación que le causaba aquel acto repetido, y que consideraba inexplicablemente excesivo. Pero pareciera que Remo hacía todo lo posible para encontrarse a solas con ella en la oscuridad de las escaleras. Se emboscaba en la penumbra cuando ella tenía que pasar y la seguía a distancia, hasta que en una ocasión, en aquella oscuridad él le hizo notar la presencia de sus ojos y ella lo cogió, lo estrechó, lo besó largamente y con fuerza. El muchacho le entregó la boca como si no se tratara de una parte de sí mismo. Ella, sin embargo, corrió a encerrarse en su habitación, turbadísima

después del beso, y desde entonces no permitió que nunca más renaciera un deseo de aquella clase, que debería haber quedado oculto. También se preguntó si no debía hablar en confesión de aquel acto, pero no lo hizo ni volvió a irritarse cuando Carolina, cediendo a los impulsos del corazón, besaba al sobrino delante de todo el mundo. Sin embargo, Remo, que no olvidaba ni el lugar ni la hora, provocaba con una habilidad sorprendente encuentros a solas con Teresa y en lo más oscuro de las escaleras, lo cual constituía para ella un reproche al tiempo que un acto de amor.

De ese modo pasaron el invierno y la primavera en casa de sus tías.

Mientras tanto, llegaban a los oídos de Niobe algunas quejas por parte de los vecinos. Salió a la luz otra virtud de Remo: manejaba los puños con una fuerza y una destreza superiores. Pero lo que hacía más insólito el fenómeno es que, mientras el adversario se salía de sus casillas presa de la ira y del furor, él no sólo guardaba la calma o permanecía indiferente adoptando una pose responsable, sino que sonreía como si al otro le hubiera hecho una caricia o le hubiera ofrecido confites para comer. Cuanto mejor asestaba el golpe, con mayor tranquilidad sonreía, algo que aumentaba la furia del adversario y al mismo tiempo la de sus padres, que comenzaban a darse cuenta y a preocuparse.

Las madres, las abuelas, las hermanas, las tías de los niños del caserón, antes de quejarse a las señoras de la casa, a quienes estaban sometidas, hablaban del asunto con Niobe, cruzando por el lado del campo hasta la cocina para que las hermanas no se percataran:

—Tiene un ojo que no lo puede abrir.

—Uno de los brazos lo tiene inmovilizado.

—Se le ha hinchado un lado de la cara.

—Está lleno de magulladuras.

—Se le mueve un diente.

—Le dio tal somanta que el pobrecito, que tuvo pleuritis hace dos años, se puso a toser.

Así pues, el hijo de Augusta o, mejor, el señorito —para hablar con propiedad, como querían que se lo tratara; pero la gente decía «el señorito» con mal tono, a modo de burla, con ironía, con rabia, y había alguno que añadía, «el duquesito, el heredero»— se los merendaba a todos.

Hasta que un día Remo apareció en la mesa, donde solía presentarse con toda puntualidad y bien arreglado a la hora de las comidas, con un cardenal en un ojo, amplio, oscuro y profundo; se trataba del elocuente testimonio de una pelea a lo grande. No obstante, lo llevaba con tanta desenvoltura y tanto garbo que parecía que no tuviera nada y había que preguntarle.

PALLE

«¡Palle! ¡Palle! ¡Palle! Oye, Palle. Ven, Palle.»

En Santa Maria y sus alrededores era frecuente oír, con mucha insistencia y cierta vaguedad, ese nombre, que no se correspondía con un personaje importante ni demasiado locuaz, ni siquiera con uno que ocupara un puesto tan elevado como para atraer la atención. Lo mejor del caso es que la figura en cuestión respondía a tal interés sin prisa alguna y con mucha vaguedad, y la mayor parte de las veces no sólo no se dignaba responder, sino que ni siquiera se daba la vuelta, y había que correr detrás de él para poderle hablar.

«¡Vete al diablo, Palle! ¡Maldito Palle!»

Palle es uno de esos motes o sobrenombres de los que echa mano la gente —la de la ciudad en ocasiones y la del campo indistintamente — para dar color y pintoresquismo a las personas, así como para comprender su carácter con mayor facilidad que con el nombre del registro civil, y todo ello con el beneplácito del interesado, que se guarda muy mucho de tomárselo a mal, puesto que él mismo no sabe en qué momento se lo colgaron ni quién fue el responsable; es más: en su opinión, no hay motivo para ponérselo. El nombre verdadero, del que todos saben cuándo y quién se lo asignó, es ese que se queda mal adherido como la etiqueta descolorida, estropeada y a punto de desprenderse de un frasco o de una botella, que no quiere quedarse allí y que, de cuando en cuando, es necesario pegar con un poco de saliva. Al sobrenombre, en cambio, es la propia persona quien, en un momento determinado que no podría precisarse, le da origen; brota de ella como la flor de la planta, tiene sus raíces en el fondo de su ser y, por más que, como en el caso de nuestro amigo, no signifique nada, siempre significa mucho más que el nombre de pila y ya nunca se librará de él. Lo mismo da que rebaje a la persona, que la ponga demasiado al descubierto —lo cual es frecuente— o que ponga de relieve defectos físicos o debilidades: en ningún caso puede tomarse a mal. Se trata de una costumbre que no revela una falta de piedad por parte del pueblo, sino una mayor valentía frente a la vida y una dosis menor de hipocresía, todo lo cual le otorga a la realidad una carta de ciudadanía más razonable.

Palle era un joven tirando a bajo, pequeño se podría decir, pero con un tórax tan ancho y prominente, tan macizo que imponía de veras. Sus manos eran toscas; sus piernas, cortas y ligeramente arqueadas, aunque no hacia adentro en forma de, que es signo de debilidad, sino hacia afuera, como las llamadas *hercúleas*, unas piernas robustas a las que sus andares, descuidados y tambaleantes, conferían pese a todo una mayor firmeza.

A menos que tuviera que utilizar las manos, las llevaba metidas en los bolsillos. Se tocaba con una gorrita de visera encasquetada hasta media frente y, muy de tarde en tarde, ocurría algo capaz de hacérsela quitar. No se ponía un sombrero por nada del mundo, en su cabeza le habría parecido algo digno de risa, lo mismo que ponerse una chaqueta. Se habría reído con ganas de presentarse el caso. Bajo la visera aparecían dos ojillos claros, clarísimos, astutos y bondadosos. Totalmente cubiertos por el gorrito estaban sus cabellos rubios y abundantes, carentes de brillo, resecos, que revelaban tanto un cuidado apresurado como un olvido frecuente. Su cara pálida, de apariencia impúber a pesar de sus veintidós años, lucía con frecuencia algunas tenues y ralas briznas de oro que enmarcaban una sonrisa bondadosa y astuta a la vez, como sus ojillos. Pero lo que más resaltaba de su figura era la fuerza física y la tranquilidad que se desprendían de su tambaleo, el cual, al enmascarar su energía y su ardor, le prestaba un aspecto indolente. Si alguien lo hubiera llamado por el nombre de Belisario, que era el suyo, con toda seguridad no se habría dado por enterado o habría sido necesario insistir más de una vez para hacérselo recordar.

«¡Palle! ¡Palle! Oye, Palle. Ven, Palle.» Estas frases y este nombre se oían sobre todo en los aledaños de la casa de las Materassi al tiempo que una cabeza se asomaba a una puerta o a una ventana, o alguien lo perseguía dos o tres pasos más allá de la verja, por la calle. Se pronunciaban con una solicitud tal que podría pensarse que el llamado o requerido acudiría a la carrera, pero eso ni siquiera se le pasaba por la cabeza: ni corría ni respondía a las llamadas, sino que se detenía torciendo la cabeza para escuchar, con el aire de querer desentenderse y de estar ya en conocimiento de lo que se le estaba diciendo o de lo que se le quería decir, oponiendo su propia solidez a las furias y a todo el nerviosismo de las mujeres.

Cuando, ocho años atrás, el adolescente Remo, que llevaba apenas unos meses en Santa Maria, volvió un día a casa con un ojo amoratado y escondiendo otros tantos moretones que se había guardado muy bien de mostrar para evitar que las tías abrieran una investigación a fondo, nadie supo jamás que el estropicio había sido obra de las manos cortas y toscas de Palle, que también tenía entonces catorce años. Tampoco la madre de Palle supo nunca el origen de las

magulladuras verdirrojas y violáceas con las que volvió a casa su hijo una buena tarde, preocupado solamente de esconderlas todo lo posible, pues no vaya a creer el lector que él había vuelto incólume y tan fresco después de la pelea. Como si existiera entre ambos adolescentes un pacto solemne, sellado por la fuerza de su respectivo carácter, cada uno de ellos ocultó el origen y las consecuencias de un encuentro pugilístico formidable del que nadie había sido testigo.

Como ya hemos dicho, el advenedizo Remo, al encontrarse con las hostilidades y las desconfianzas que es natural albergar por quien no se resigna a que lo sometan, sino que, por el contrario, se quiere imponer, había tenido algo que decirles —de uno en uno, por motivos fútiles— a todos los de su edad, les había sacudido a todos, y éstos no habían tenido más remedio que aguantarse. La bomba estaba a punto de estallar. Niobe ya no era capaz de manejar el descontento que producían las actuaciones del muchacho, asunto del que las tías no sabían absolutamente nada, pues Remo asumía frente a ellas la actitud aplomada y desenvuelta de un adulto bien educado. Añádase a esto que habrían reaccionado como víboras si alguien se hubiera presentado ante ellas a hacer algún reclamo o a hablar mal del sobrino.

Sin embargo, Palle seguía los pasos del forastero, buscaba la ocasión de hacerle sentir el sabor que tenían los puños en Santa Maria, pues tenía la sensación de que en los suyos estaban la justicia y el honor del pueblo, y tan pronto como se presentó el momento no lo dejó escapar: el ágil y elegante Remo y el bajito fortachón se encaminaron el uno hacia el otro con violencia, y por primera vez Remo no solamente dio, sino que también recibió. Comoquiera que la táctica de ambos fue callar, sin que se hubieran puesto de acuerdo en ello, en su ánimo nació al mismo tiempo el deseo de volverse a ver al día siguiente. Así pues, se buscaron el uno al otro. En el primer instante permanecieron sombríos y amenazadores, sin decir palabra, como si, de un momento a otro, pudiera recomenzar el altercado. Pero se trataba de la oscuridad de una nube cargada pronta a romper y, cuando se disipó, todavía quedaban en el cielo los tonos sombríos y los ruidos sordos que subsisten después del temporal, hasta que una franca sonrisa de simpatía semejante a un arco iris brotó de ambas partes. Los gallardos campeones ya se querían bien. Del enfrentamiento habían nacido una estima y un afecto mutuos, y de éstos, un entendimiento y una amistad que borraban toda rivalidad, todo rencor.

Desde aquel día se buscaron siempre sin reclamar la compañía de los demás, sino, por el contrario, evitándola a propósito, bastándose por sí solos y demostrándolo sin reservas.

Conviene decir que las tías no parecían muy contentas por

semejante preferencia; antes bien, todo lo contrario. Palle no era inquilino de las hermanas y pertenecía a la clase de los indigentes. Vivía con su madre en las inmediaciones, en una casa muy pobre. Contaban solamente con una habitación en la planta baja y un cuchitril adosado que hacía las veces de cocina; les permitían vivir allí casi por caridad. La madre era viuda de un carretero que había muerto de neumonía y trabajaba de lavandera en el Instituto Humberto I, donde se educaba a los niños retardados, deficientes, subnormales y disminuidos, y donde, además del exiguo salario, también le daban de comer a mediodía. Cuando volvía a casa por la tarde se ponía a hacer la sopa para ella y para su hijo, y dejaba una parte de lo que cocinaba para el día siguiente, con el fin de que el chico la tomara mientras ella estaba trabajando. Del instituto traía pan viejo, mendrugos que le servían para la sopa, restos de comida que le regalaban las monjas, fruta un poco pasada, despojos de verdura.

Enjuta como era, sus andares cadenciosos dejaban entrever los tendones de todo su cuerpo y le daban el aspecto de un viejo caballo de tiro al que la fatiga parece haber reducido sus miembros a un estado leñoso.

Palle amaba a su madre con devoción. Si ella le hubiera pedido la vida, no habría dudado ni un instante, ni siquiera le habría preguntado el porqué, y mucho menos se lo habría preguntado a sí mismo; aunque lo hubiera zurrado delante de todo el mundo, él no habría intentado librarse ni habría puesto un sólo gesto de rebeldía. Escuchaba con estupor y reverencia de asceta las pocas palabras que salían de aquellos labios de mujer tosca e ignorante.

La madre no dirigía a su hijo ni una sola exhortación, ni un reproche, ni un consejo. Jamás lo reprendía; en alguna medida, debido al buen comportamiento de él y, en parte, debido a la bondad de ella. Por más que no se sintiera inclinada a la ternura, a hacerle una caricia, a darle un beso, a decirle algo agradable, a dedicarle una mirada dulce, a pesar de todo ello lo amaba con esa fuerza cuya mejor expresión es el silencio. Sin juzgarlo, presentía que era perfecto, incapaz de maldades y de injusticias, de trampas y de mentiras, y se mostraría ferozmente dispuesta a defenderlo si lo ofendieran.

Con las manos en los bolsillos, moviendo la cabeza, Palle iba con frecuencia a buscarla por la tarde cuando salía de trabajar. La esperaba apoyado en el muro que rodeaba el instituto, frente a la puerta de salida. Si la madre cargaba con un paquete, Palle se lo cogía y, sin intercambiar ni un saludo ni una palabra, caminaba a su lado mirando hacia el suelo y balanceando el cuerpo al estilo de quien va buscando algo. La madre echaba la cabeza hacia adelante y arrastraba las piernas como un caballo viejo y cansado. Ya en casa, ella encendía el fuego mientras Palle se quedaba sentado al lado de la pequeña mesa

que se apoyaba en la pared. Con la gorra calada en la cabeza, no se perdía ni un solo movimiento de la mujer: se levantaba para alcanzarle algún objeto sin que ella se lo pidiera, y no porque eso lo congraciara más o menos. Intercambiaban monosílabos más que palabras, o palabras aisladas, hasta que en el momento indicado él ponía sobre la mesa las dos tazas, las dos cucharas y un par de vasos, sacaba el pan de la panera, se acercaba a la fuente pública a llenar de agua la botella. A continuación, se sentaban el uno frente al otro y se ponían a comer al mismo tiempo. En verano Palle salía a dar una vuelta mientras la madre acomodaba un poco la casa, y en invierno se iban pronto a la cama. Se desvestían al lado de dos camitas blancas entre las que apenas restaba el espacio justo para poder hacerlas; aquellos dos desgraciados se desnudaban a los lados, junto a la pared, disfrutando por adelantado el sueño profundo de los justos, y realizaban el acto de acostarse con esa simplicidad y ese candor del que sólo son capaces los ángeles o las bestias.

Durante el día, Palle deambulaba por los alrededores sin arrimarse a nadie, sin pararse con los demás niños. Observaba cómo jugaban sin sentir envidia y sin mezclarse en su algarabía, pues la pobreza había anticipado en él la madurez y resultaba un hombre precoz entre aquellos de su misma edad que vivían en buenas condiciones económicas y, por lo tanto, podían permitirse el lujo de seguir siendo niños durante un largo tiempo. Como un leproso que escapa del cercado, se lo veía aparecer por la calle principal, en la esquina que formaba con ella el callejón que conducía a su casa, y del mismo modo en que aparecía también desaparecía sin que nadie tuviera tiempo de advertirlo. Andaba mal vestido, por lo general con ropa usada y ajada, con chaquetas demasiado grandes o sucintas para su cuerpo, mal ajustadas. En los pies calzaba grandes zapatos llenos de barro con la suela perforada por mil agujeros. De vez en vez entraba en su casa, sin hora fija, abría la despensa, cortaba una rebanada de pan, le echaba encima algunas gotas de aceite y de vinagre, y lo salpicaba con una pizca de sal o, si no, echaba mano de un trozo de atún, de una sardina, de una rodaja de mortadela, o daba cuenta de un poco de sopa que había quedado del día anterior en una cazuela. Después iba a beber en la fuente del camino a Settignano. Así había crecido. No había podido estudiar. Con enorme fatiga, y con mayor indulgencia, había conseguido que le dieran el graduado escolar. De todos modos, no sabía escribir y, ante un texto en un folio, en el que su atención sólo se fijaba algunos minutos, sus ojos y su boca dejaban traslucir la dificultad que sentía y la confusión que lo embargaba frente a semejante caos de palabras. Si no había podido aprender nada no había sido por mala voluntad ni porque fuera atravesado, sino por su innata rusticidad, por imposibilidad natural, como consecuencia de

ser hijo de dos analfabetos, de personas que casi no sabían hablar. La madre no lo había reprendido ni forzado a estudiar ni una sola vez, resignada como estaba a su propio destino sin ninguna clase de amargura. Por eso se había encogido de hombros: porque sabía que el día de mañana su hijo no tendría más remedio que hacer tareas manuales como las hacía ella, como lo había hecho el padre, y, al no saber leer ni escribir ella tampoco, veía extraño que su hijo hubiera podido aprender esas cosas tan difíciles y complicadas… Por eso no se encontraba mal estando solo ni sufría porque los de su edad, que aspiraban a formas de vida burguesa, lo dejaran de lado.

Todos los días del año Palle caminaba hacia Ponte a Mensola y se detenía delante de la puerta del mecánico, que le había prometido meterlo a trabajar con él tan pronto como le fuera posible. Se quedaba allí parado y desde debajo de la visera miraba al hombre a los ojos sin decir palabra, del mismo modo en que mira el perro agazapado a su amo para confirmarle su afecto, su devoción, para recordarle la promesa y asegurarse de que no se ha olvidado. Estaba a la espera de un gesto, como el perro, de un gesto que habría significado: «Ven, quítate la chaqueta, ponte a trabajar conmigo». Mientras el mecánico trabajaba, Palle se quedaba a su lado justificando su presencia con una sonrisa deslumbrante, haciendo de ella su salvoconducto.

Estaba encantado con los vehículos, con todos los vehículos, desde el auto más hermoso a la más desvencijada bicicleta. Daba vueltas a su alrededor, se inclinaba para mirarlos, se paraba delante de ellos con las manos en los bolsillos, embelesado durante horas. Era como si deseara desvelar su secreto, conquistar su confianza, su amor. Algunas veces el mecánico le encargaba algunos trabajos fatigosos, lo mandaba transportar piezas, llevarlas a su casa o sujetárselas durante el trabajo. Por todo eso lo recompensaba con algunas monedas o con alguna palabra que reforzaba su esperanza.

Mira que buscarse un amigo como ese desgraciado vagabundo, ese tipo bruto y torpe, vestido como un zarrapastroso… Aquello era un mal trago que las Materassi no querían pasar. Y pensar que, sin ir más lejos, había entre los hijos de los inquilinos dos jovencitos de la misma edad que su sobrino, hijos de un empleado de Hacienda, el hijo de un maestro de obras, todos ellos estudiantes aplicados, destinados a ser hombres de bien y a tener una posición desahogada, que iban camino de superar ventajosamente el estado actual de sus familias. A todos ellos Remo no había hecho más que largarles algunos castañazos de manera generosa. Y eso no era todo: en una villita alquilada, muy modesta, camino de Salviatino, vivía un conde veneciano que hacía muchos años que se había establecido en Florencia, y de cuyas finanzas se podía decir que habían sido heridas de muerte, pero no así su dignidad y cortesía innatas, que las conservaba en grado sumo. Las

Materassi lo conocían muy bien; el conde era de los que las trataba de *señoritas*, y no como hacía la gente vulgar, que las llamaban Teresa y Carolina o directamente las Materassi. Él siempre decía «las señoritas Materassi». Cuando hablaba con ellas tenía siempre a flor de labios un «mande usted, servidor de usted, les estoy muy agradecido, mis respetos, para servirlas, mil gracias, su fiel servidor». A causa de su situación privilegiada, Remo habría podido hacerse amigo de los hijos del conde, que eran casi de su edad. Y todavía más: el conde tenía también una hija de doce años, muy graciosa ella, y quién sabe…, quién sabe si algún día, por el hecho de sacar un poco a flote aquella corona en apuros, no le habría venido bien la solidez de que ellas disfrutaban —las casas, la finca, los billetes de banco que mandaban depositar de tanto en tanto en la caja de ahorros—, para llegar incluso a vincularse con el conde y, en consecuencia, convertirse en medio condesas… Al llegar a ese punto Carolina sentía la necesidad de añadir: «¡Qué ajuar habría de tener esa novia!». Y Teresa, de pie, levantaba una mano y, como si quisiera lanzar una amenaza al universo en lugar de una afirmación, concluía con un duro ademán: «Ni siquiera el de la reina».

Irse a meter con aquel bruto ignorante, cuya madre era incapaz de sostener una conversación como Dios manda, que saludaba con un gruñido más que con una palabra. ¡Qué «mil gracias» ni qué «mis respetos»! Era un andrajoso que siempre estaba solo porque nadie quería su compañía. Cuando las tías le preguntaban el porqué de esa amistad, Remo respondía convencido: «Palle es un buen muchacho, me gusta», y al interesado le decía: «Ven, Palle; vamos, Palle, vente». Palle se guardaba muy bien de responder, y el otro ni siquiera miraba después de haber pronunciado su nombre, pues sabía con certeza que el chico iría a su lado. Le era imposible hacer nada sin Palle. Y rara vez le confiaba sus proyectos; ninguno de los dos tenía necesidad de discutir: lo importante era hacer. Eso a menos que la idea surgiera de repente y la dijera en voz alta cuando se encontraban juntos; pero de ordinario eran parcos en palabras y se decían las indispensables para llevar adelante sus empresas juveniles. Además, ciertas iniciativas nacían sobre la marcha y enseguida las comprendían y las aceptaban.

Sería cosa de pensar que una afinidad natural muy desarrollada en ambos los había acercado y los mantenía juntos; que la frecuentación de dos espíritus afines había ido ciñendo poco a poco los lazos y cimentando progresivamente la unión. Sin anticipar demasiado el relato, solamente diré que no hubo nada de esto.

Éste era Palle, convertido en amigo y compañero inseparable de Remo, de quien ocho años atrás conocimos solamente una huella misteriosa y oscura en torno a un ojo del propio Remo. Para llegar a Remo, para saber de él, para husmear en su vida cuanto fuera posible,

con el encarnizamiento propio de los lugares donde la vida transcurre lánguidamente, para todo esto todos gritaban: «¡Palle! ¡Palle!».

TERESA Y CAROLINA OBSERVAN; GISELDA CANTA; NIOBE VA A VENDIMIAR

Fueron muchas las etapas por las que pasaron las tías durante esos ocho años en relación con su sobrino. En un primer momento creyeron que la buena fortuna del joven sólo estaría vinculada a unos estudios sesudos, regulares y de larga duración, a los que él se habría dedicado con voluntad inflexible aprovechando alegremente los medios que su familia de adopción ponía a su alcance. Diríase que las buenas hermanas, cuya atención estaba exclusivamente dedicada al trabajo, se distrajeron por primera vez algún tiempo para echar sus cuentas en lugar de las de los clientes, miraron hacia atrás para comprobar atónitas que sus recursos eran de tal importancia que les brindaban un sinnúmero de posibilidades. No se trataba de vivir de una manera más humana reduciendo el ritmo de trabajo, concediéndose algunas horas de reposo y de tranquilidad, de esparcimiento, un respiro, una distracción, no: se trataba más bien de hacer de aquel muchacho caído del cielo un ciudadano útil y de bien, lo cual, además de representar una aspiración muy íntima y de proporcionarles un bienestar desconocido, habría merecido el aplauso de todos. A esas alegrías terrenales se sumarían las celestiales, las bendiciones que su buena hermana derramaría sobre ellas como pétalos de rosa. Y, como a nadie pasaba inadvertida la gran inclinación que desde el primer momento había manifestado el muchacho hacia la mecánica, inclinación que él mismo confesaba abiertamente, decidieron de común acuerdo hacer de él un ingeniero, un ingeniero mecánico, un constructor de máquinas, tal vez de barcos. Tales ideas obedecían a que tenían del mar una noción un tanto fantástica y simple; harían de su sobrino un hombre que en el futuro se desempeñaría como jefe de una oficina, de una obra en construcción, que tendría a su cargo a miles de obreros, que inventaría una nueva máquina o por lo menos perfeccionaría las existentes, que sería millonario, que, con toda probabilidad, llegaría a ser diputado, senador, ministro. Las modestas artesanas y propietarias de la llanura florentina soñaban con un ascenso insospechable, y su

sobrino debía elevarse desde aquel lugar para iluminar al mundo.

Teresa le daba forma a esos sueños en tanto que Carolina los embellecía con pequeños detalles, los bordaba contorneándolos tal como hacía con los cuellos de las camisas y con los ribetes de las bragas que su hermana le pasaba ya cortadas. De cuando en cuando se sentía asaltada por vértigos repentinos, por aturdimientos que la exaltaban. Las hermanas no levantaban la vista del trabajo, no aminoraban la marcha a menos que fuera para recrearse en el panorama de las aspiraciones que estaban brotando en su interior.

Pero Remo —¡qué desgracia!— tenía puestos todos sus sentidos en la mecánica que practicaba con Palle en una habitación trasera de la casa que le habían sacado con grandes dificultades al campesino, y donde ambos habían instalado simultáneamente un garaje, un taller y una pequeña fábrica. Habían cerrado la entrada con una persiana metálica y allí podían admirarse los aparatos y las piezas más dispares cuidadosamente ordenados, un motor fuera borda en el que trabajaban desde hacía tiempo con misterioso silencio. ¿Quién les había enseñado todos aquellos conocimientos de mecánica, por más que fuesen rudimentarios? Nadie. La ciencia se les revelaba todos los días por sí sola y a instancias de su gran pasión: la ciencia se respira, está en el aire.

Al disiparse, no sin una enorme pena, la esperanza de verlo convertido en constructor, en ingeniero, en inventor de máquinas, las hermanas descendieron a otros planos más accesibles como, por ejemplo, mandarlo a una escuela industrial, de la que Remo saldría transformado en aparejador, en un profesional menos versado en los aspectos científicos, pero con una práctica bastante mayor, un profesional que alcanzaría los niveles más altos tomando un atajo, sustrayéndose a la pesadez de unos estudios muy prolongados y sesudos por los cuales no parecía tener inclinación, pues en esa época la práctica contribuía al éxito en un porcentaje muy superior a los demás elementos. Teresa aseguraba que los grandes hombres no habían seguido estudios regulares y que de las universidades salían únicamente gente mediocre y empollones. Además, saltaba a la vista que, tanto en Italia como en América, muchos hombres que a duras penas sabían escribir su firma habían amasado inmensas fortunas. También Carolina era de la misma idea; decía que Remo tenía toda la traza de ser un hombre práctico y de acción; no tenía aspecto de estudioso; era del tipo de hombres que saben crear un mundo de la nada, sin más ayuda que la de su propia voluntad y su valor. Eso le producía vértigos y vahídos más fuertes que los habituales.

Claro que poco a poco el camino real de la escuela de industria se fue reduciendo hasta convertirse en un callejón, en un callejón sin salida, en un punto muerto en el que el sobrino y las tías se

encontraron sin poder moverse.

No hubo más remedio que salir de allí y rebajar las miras hasta un punto más razonable.

En un futuro no lejano, Remo se convertiría en dueño de toda la heredad y de las casas, que daban una buena renta. Además, contaría con una generosa suma de dinero con la que podría ampliar la propiedad: sabían que no sería difícil adquirir nuevas tierras colindantes, que, sabiéndolas adineradas, ya les habían ofrecido; podría contar con una nueva propiedad, con lo que pasarían a tener dos, si bien ellas se habían guardado muy bien de hacer adquisiciones de más terrenos por el hecho de no tener tiempo para ocuparse de ellos y, sobre todo, porque eso no las atraía ni lo más mínimo. Ambas se dolían ahora de eso y veían en el joven a un futuro agricultor, como lo había sido su abuelo, un simple campesino —cosa que no decían ni siquiera en voz baja, ya que la gente la gritaría a los cuatro vientos— que de la nada había llegado a reunir una pequeña fortuna a partir de la cual se podía amasar una gran fortuna. Un agricultor independiente, que no estuviera sometido a nadie, poseedor de modernas instalaciones desconocidas hasta ese momento en aquella zona. Cuando hablaban con las clientas ricas, les preguntaban, con mucho respeto y falso temor, a qué se dedicaba su prometido, el afortunado que ellas procuraban conquistar por todos los medios, o al que intentaban retener poniendo en juego toda su fascinación: siempre se trataba de hombres nobles y, con frecuencia, obtenían la respuesta de que era un terrateniente que tenía propiedades en esa o en aquella provincia, que se ocupaba de sus tierras, que poseía instalaciones y plantaciones agrícolas en las que se dedicaba a la cría de animales. Iniciar en Santa Maria cultivos desconocidos, poner en funcionamiento granjas con fábricas de mantequilla y queso, cultivar productos tempranos en invernaderos…, todo ello era un nuevo sueño en el que la fantasía divagaba hasta ver al sobrino siendo propietario de toda aquella fértil llanura; el sueño se detenía donde los caminos empezaban a subir, pues tenían por las colinas un odio y un rencor atávicos, inextinguibles: «La colina es un montón de piedras. Eso decía el abuelo, que entendía de tierras todo lo que hay que entender».

Sin levantar la cabeza de sus respectivos bastidores meditaban al unísono, y su pensamiento y su ensoñación eran un canto. Se arrepentían de haber sido tan poco amantes de la tierra, de haber mantenido siempre a una distancia respetuosa al buen Fellino, con sus malos olores y su ganado no menos maloliente, y, durante un segundo, se olvidaban de la mínima importancia que tenían para ellas una vaca y su ternero, de lo poco que valía un pobre asno y de que no querían ni ver las gallinas delante de su puerta, para lo cual habían dado las órdenes oportunas. En ese momento, si una gallina se hubiera

aventurado en la casa por desgracia, no la habrían echado fuera, sino que le habrían tirado algunas migajas de pan.

Enviaron a Remo a la escuela de Agronomía, esa vez con toda clase de recomendaciones de peso y con el interés de figuras oficiales.

Cada otoño había un proyecto nuevo, unos planes pensados minuciosamente, iniciados con magníficos auspicios, que, sin embargo, se quedaban en nada al aproximarse el verano. La culpa de los fracasos caía, en primer lugar, sobre el sobrino, al que se le achacaba pocas ganas de estudiar; después, sobre los profesores, que no sabían enseñar, y, por último, sobre las escuelas, que no estaban bien organizadas.

Era imposible que no saliera adelante un muchacho que en solamente tres meses de preparación había logrado su certificado de enseñanza primaria por unanimidad del tribunal, con todos los honores, al que habían felicitado tanto los profesores como la directora, acontecimiento que había culminado con un almuerzo casi histórico, al que habían asistido no sólo la directora y Calliope Bonciani, sino también la madre de ésta, de noventa y dos años, la señora Cherubina, que en su juventud había sido modista, que llegó a Santa Maria vestida de color pulga, con la mantilla de encaje prendida a la altura del cuello con un hermoso broche de coral engastado en oro, regalo de bodas, en el que había grabada una escena del diluvio universal. Sobre la cabeza, totalmente blanca, con un moño recogido con tres horquillas negras, como si alguien se hubiera olvidado de encalarlas, llevaba un tocado negro semejante a un limpiaplumas. De hecho, se podría decir que la anciana había llevado a Santa Maria dos limpiaplumas, uno sobre la cabeza y otro sobre los hombros. Así era aquel molinillo, aquella peonza, aquel granito de pimienta, aquel chisporroteo de la señora Cherubina, que ese día idílico y memorable había comido por tres, con su nariz y su barbilla puntiaguda, que tan pronto reñían como hacían el amor, honrando el manjar que Niobe había preparado con un arte magistral y había servido Tonina, que de manzana se había transformado en una cereza por sus mejillas coloradas a causa del trajín de la sala y del calor de la cocina. La señora Cherubina había contado anécdotas y chistes durante toda la comida, hasta el extremo de que había tenido callada a la directora, cuya elocuencia casi se había esfumado aquel día, apagada, cubierta por un rosado velo, como si la mujer se concediera una hora de tregua pacífica y dulce, con la cara iluminada en todo momento por una sonrisa inextinguible, lo mismo que el gigante que, después de haber aterrorizado al hombre, al león o al toro, se tumba en la hierba para entregarse candorosamente al juego con los insectos y las mariposas. En aquella hora solemne Niobe se había limitado a observar, a divertirse respetuosamente con los comensales, haciendo la

observación de que Dios le había dado a la señora Cherubina un estómago admirable, a lo que la vigorosa viejecita respondió que, durante toda su juventud, había padecido del estómago, y que los médicos no se explicaban cómo había salido adelante. «¡Hija de perra! Si el Señor no le hubiera enviado la enfermedad del estómago, habría sido un espectáculo», pensó Niobe, pero no lo dijo. Lo hizo a su manera, con tanto colorido que podemos afirmarlo sin temor a equivocarnos.

Cada nuevo sueño lo iluminaba todo con una luz diferente, todo volvía a sonreír, hasta que se producía la nueva catástrofe.

En medio de tantas ilusiones, el fenómeno que resulta más interesante es que Remo seguía teniendo un comportamiento irreprochable: no sólo no se mostraba remiso a los cambios de rumbo, sino que acogía el nuevo camino, no vamos a decir que con entusiasmo, porque no coincidía con su carácter, pero sí con una prontitud ejemplar, con una premura fría que sus tías juzgaban decisión voluntariosa y digna, profunda y firme, que no necesitaba de exclamaciones ni de melindres. Así pues, en cada ocasión estaban seguras, con gran alivio, de haber encontrado el cabo de la madeja, el camino apropiado, lo cual nos permite comprender que él estuviera dispuesto a repetir el juego hasta el infinito. Cuando el nuevo proyecto se derrumbaba también como un castillo de naipes, Remo se tornaba evasivo, misterioso, impenetrable; miraba a lo lejos, como quien escruta con insistencia el futuro para llegar a un resultado excepcional. Esto mantenía levantado el ánimo de las dos mujeres, que observaban una enorme voluntad y penetración en sus ojos y confiaban en que no podía mentir. También las invadía la tranquilidad y la seguridad de quien desde el principio encuentra en sí mismo todo lo que busca afanosamente. Se sentían desorientadas en sus aspiraciones y su búsqueda.

Las escuelas agrarias, industriales y científicas se habían quedado en hermosos paseos en compañía de Palle por las calles de Florencia o por los caminos campestres, por los pueblecitos vecinos, por el Arno, por el Cascine, en toda suerte de juegos o lugares donde se estudiaban las máquinas y se disfrutaban los beneficiosos efectos de las plantas, las sombras refrescantes y las frutas sabrosas, sin necesidad de asistir a clase y, sobre todo, los lugares en los que se aprendía a vivir. A pesar de que la escuela estaba relegada al último rincón de su pensamiento, no bien le preguntaban qué estudiaba, a todos les contestaba solícitamente, asumiendo una dignidad juvenil muy edificante: «Estudio Ingeniería, soy estudiante de Ingeniería; asisto a una escuela industrial; voy a la escuela agraria, al instituto de Agronomía; estudio Agronomía». Todo esto lo decía como si estuviera camino de convertirse en el jefe de todos los ingenieros, de todos los industriales,

de todos los agrónomos.

Uno tras otro, cada uno de los sueños, planes y proyectos se habían esfumado poniendo pies en polvorosa con la misma naturalidad y alegría de los títeres en los espectáculos humorísticos tras recibir un disparo certero ante las risas del público.

Desorientadas, puestas en entredicho, incapaces de pensar nuevas salidas, las tías sufrieron crisis de nervios muy agudas, perdieron la calma; gritaron, lloraron, le hicieron escenas al sobrino, lo cubrieron de insultos, de ofensas, lo amenazaron con desinteresarse de él, con mandarlo a un taller a hacer un trabajo humilde, de mozo, como su padre, o de carretero, como el padre de su digno amigo Palle. No tenían obligaciones con él, y todo lo que hacían era producto de su bondad: no era un deber.

En medio de esas tormentas, Remo apenas esbozaba una sonrisa, pero lo hacía de un modo tan pacífico y, sobre todo, lo hacía tan bien que a las dos mujeres les parecía leer en ella que tanto la amenaza de abandono como el desinterés por su persona no le producían ni el más ínfimo temor, y que sería capaz de marcharse por iniciativa propia sin proferir una palabra de disculpa ni un solo reproche, con lo cual lo habrían perdido de vista. Y hasta ese punto no podían llegar.

Pocos hombres son capaces de sonreír tan bien. Una sonrisa hermosa puede esconder o dejar entrever muchas cosas, aunque no sea más que la gracia y la ilusión que se desprenden de una boca bien perfilada y de buen color. Lo más importante de todo era que no querían ver por allí a ese maldito de Palle.

En cuanto se enfrentaban a la idea de perder al sobrino, se echaban sobre Palle: por lo menos, éste tenía que pagárselas, tenía que largarse de allí. Era mejor que lo dejara ir por su camino; ellas no estaban dispuestas a mantener a dos zánganos de semejante calibre… El lirón ese, que era capaz de sentarse a la mesa con la gorra puesta si no se le advertía de que se la quitara. Conviene aclarar que, poco a poco, gracias a las artes invencibles de Remo, Palle se había instalado en la casa a comer y beber, sobre todo al mediodía, cuando su madre estaba ausente, y, si era el caso, también a dormir. Su madre, que no se preocupaba en absoluto ni se quejaba de que no estuviera con ella, vivía feliz sabiendo que su hijo había dado con gente digna y buena, gente que lo quería bien, pues él merecía ese afecto. A la hora del almuerzo, después de las airadas escenas, en tanto que Palle se quedaba en la verja incapaz de dar un paso adelante, dispuesto a marcharse a su casa para comer un pedazo de pan, Remo decía riendo: «¡Eh, Palle! Vamos, Palle, que es hora de comer». Entonces eran las tías, con su complicada arquitectura, los títeres humorísticos que caían patas arriba después de un disparo atinado.

Agotada incluso la furia tras el agotamiento de la imaginación,

maniatadas, vencidas, las hermanas quedaron en una actitud de espera, mirándose la una a la otra indecisas como diciendo «Vamos a ver qué pasa». Una vez recobrada en parte la calma, y con idéntica actitud, contemplaron al sobrino dejando de lado las viejas miras y, en consecuencia, también el rencor. «Ya veremos», se decían mirándolo y mirándose sin abrir la boca. Y Remo, que nunca se había echado atrás en las experiencias anteriores, tomando la nueva iniciativa como si fuera un nuevo camino abierto, parecía convencido, satisfecho, seguro de sí mismo. Una vez más se prestaba al juego como si la última decisión fuera siempre la mejor, con la prontitud de su impasibilidad habitual y, ofreciendo el espectáculo más agradable, parecía responder a sus tías con un «ya vais a ver».

La resolución de esperar a ver qué pasa, que a primera vista pareciera tan fácil, no lo es, en cambio, cuando se piensa que, de hecho, sólo se tomó tras muchas otras, después de que la mente, cansada de buscar, se sintió vacía, descargada, y puede decirse que no fue una resolución, sino la incapacidad de seguir fantaseando con respecto al joven, la incapacidad de provocar los acontecimientos mediante mil arquitecturas complicadas o quimeras que sólo sirven para alterar la tranquilidad del reposo nocturno y la necesaria durante el día para poder dedicarse al trabajo.

Una vez concluida a viva voz y abiertamente la etapa de hacer que se produjeran los acontecimientos, sin resultado práctico alguno, éstos se presentaron solos con la mayor de las desenvolturas. Es lo que sucede siempre. En nuestra vida cotidiana, a menudo somos víctimas de determinados deslumbramientos, ya sea en calidad de actores o de espectadores: son ilusiones de los sentidos, sobre todo de la vista, y, cuanto más seguros estamos de gobernar nosotros el barco, más conscientes somos en ese momento —un momento terrible— de que el barco nos lleva, y nos lleva adonde quiere. Es entonces cuando nos afanamos por todos los medios en seguir abrigando la ilusión primera y en demostrarlo a quien nos ve. No sin razón pensará el lector que la situación es de lo más extravagante, puesto que, por más que nosotros seamos capaces de conservar la ilusión, no ocurre lo mismo con quienes nos están mirando desde la orilla, los cuales, al reparar en que el barco va por sus propios medios, se ríen a mandíbula batiente de todos nuestros gritos y aspavientos. ¡A buena hora! Respondiendo sólo a la atracción del estrépito, que únicamente es capaz de esconder el movimiento real del barco, se muestran absolutamente seguros de que somos nosotros quienes lo gobernamos, y nada más. Y, uniendo a nuestro sorprendente estrépito el suyo, cien veces mayor, lanzan el desafío a quien pretenda comprobar la situación real. Sólo cuando el barco se detiene, y cuando quien va sobre él no se percata de ello a causa de su irracional gesticulación, y por eso sigue gesticulando

impertérrito, sólo entonces se dan cuenta todos, finalmente, de que el barco avanzaba por sus propios medios: «¡Ah! ¡Oh! ¡Eh!».

Debido a este curiosísimo fenómeno no hubo nada que ver, desde que las mujeres se entusiasmaron con mil sueños, proyectos y fantasías, sino el derrumbamiento de los sueños y de las fantasías obstruidos por la impaciencia y oscurecidos por el estupor ante sus propios ojos. Sus esfuerzos resultaron estériles, y el estupor lo producía el hecho de que no recibían respuesta alguna, de modo que únicamente cuando se pusieron en jarras empezaron a ver muchas cosas.

Muchas son, en efecto, las cosas que un joven como el de nuestro relato puede hacer ver a mujeres de esta clase.

Por lo que se refiere a Palle, solamente conocíamos de él una huella misteriosa y oscura en torno a un ojo de Remo, mientras que a éste lo habíamos contemplado bien dispuesto a convertirse en un joven apuesto, ágil, fuerte y muy remiso a dejarse avasallar. Sin embargo, nadie se habría imaginado hasta qué punto podrían llegar la belleza extraordinaria de ese joven y su instintiva elegancia.

Los rasgos que ya conocíamos de él habían madurado conformando una armonía de colores y proporciones que raramente se encuentran en un ser viviente.

Era alto sin que diera impresión de largura; sus miembros se movían con una gracia viril que no caía ni en el refinamiento ni en la grosería; todos los músculos de su cuerpo eran robustos, sin que por ello se destacaran al entrar en acción.

Pero lo que más perplejo dejaba al observador era la belleza clásica de su rostro, coronado por una cabellera morena, ondulada y lustrosa, un rostro pronunciadamente ovalado y aristocrático, espiritual, en el que se prolongaba indefinidamente la impronta de su adolescencia, y en cuya piel asomaba la alegre frescura de la juventud sin traslucir el vigor de su sangre: lo único sanguíneo en él era la boca, roja, cuyos labios, aunque carnosos y carnales —el labio superior vuelto hacia arriba avanzaba sensiblemente sobre el inferior—, no parecían estar hechos de carne a causa de su perfecto modelado.

Sólo en la escultura griega y en la del Renacimiento es posible encontrar ejemplares así: Leonardo, Miguel Ángel, Donatello o Verrocchio se habrían quedado admirados. Por tanto, no es sorprendente que las jovencitas se lo quedaran mirando.

Los ojos de Remo eran grandes, puros, con el blanco sin mácula; sobre ellos, las cejas marcadas y brillantes; solamente la belleza los hacía parecer dulces, pues les impedía asumir una expresión de indiferencia. Al contemplarlos, se sentía que, si bien no respondían con calidez, aceptaban el calor de la simpatía sin retribuirlo, sin pronunciarse, todo lo contrario: de manera interrogativa. Diríase que

no expresaba jamás un exceso de vitalidad para no alterar la armonía de su persona. Sus ojos nunca miraban con ansia aunque se fijaran en alguien y, cuanta más luz irradiaban, tanto más ávidamente se fijaba la gente en ellos.

Todos esos aspectos, florecidos y madurados ante su vista, parecían verlos las tías por primera vez con gran satisfacción, después de haber abandonado las antiguas extravagancias de la agricultura, de la mecánica, de la industria, que habían terminado como trastos viejos en el desván de la memoria.

De cuando en cuando, mientras atendían a su trabajo, pensaban las dos en lo mismo y, levantando la cabeza por un instante, comprendían su mutua reflexión, que giraba en torno a ese hecho extraordinario, de ensueño, de aquel muchacho que había llegado a su casa de una manera impensada y que se había convertido, con una rapidez desconcertante, en un joven muy apuesto, fuerte y elegante que atraía las miradas de todo el mundo. Sentían pudor de exteriorizar lo que pensaban, hasta que una de las dos decía: «¿A qué hora vuelve Remo?». «A la una», respondía la hermana. Era una pregunta inútil, pero era imposible abrir la boca sin hablar de él, y la razón práctica era una pequeña excusa inocente: sabían muy bien a qué hora volvería.

Remo hablaba poco, desmenuzando o pasando por alto las palabras, a golpes, con monosílabos. Jamás alzaba la voz y prefería utilizar el refinamiento de las abreviaturas: en lugar de llamar a las tías por sus nombres completos, solía hacerlo con una graciosa voz de falsete, *tí Te, tí Ca* y otras variantes con sabrosísimas entonaciones. A Niobe la llamaba Niní, Bebé e incluso Ni a secas. Ella, como los perros, no se sabe hasta qué punto podía comprender determinadas originalidades, pero se tenía por segura su respuesta.

Si a sus señoras les gustaba con toda el alma que las llamaran *tí Té, tí Ca*, con aquella voz, la criada se derretía cuando se oía llamar Niní o Bebé, e incluso Ni, sin más. Sus nombres de pila, que siempre habían oído pronunciar de la misma manera, al sonar tan metamorfoseados en boca de Remo, se convertían en una delicia desconocida y tenían la fuerza suficiente como para hacerlas sentirse otras, tres mujeres diferentes.

El sobrino jamás se abandonaba a las carcajadas, nunca iba más allá de la sonrisa, si bien se puede decir que ni siquiera llegaba a ella, puesto que le brotaba con un mínimo movimiento de los labios que dejaba entrever el prodigio de una dentadura perfecta. En ese momento se iluminaba por entero su cara como si no hiciera otra cosa que sonreír.

Tampoco al observarlo podían sorprender ni una sombra de sus pensamientos (las tías tenían con qué alimentar sus indagaciones por

un tiempo), y eso sin el menor atisbo de oscuridad ni de tristeza, con una pureza elemental y, si acaso, con una contenida y modosa complacencia íntima, además del levísimo tono burlesco de aquel que, conociendo a los demás, sabe de maravilla el valor de sus propios recursos. Acontece que tanto los hombres como las mujeres se sienten más atraídos por un trato un poco informal, e incluso bastante informal, que por uno serio y respetuoso.

Tras aquella ancha frente, ¿estaba ausente el pensamiento o se velaba para no turbar la armonía y la frescura del rostro? En todos sus actos se hallaban presentes ese calor externo y esa frialdad interior, como si el espíritu se encontrara aislado sin que él hiciera nada por sacarlo de tal aislamiento, pues allí se encontraba seguro. Era una frialdad que lo dejaba a uno en suspenso después de haberlo atraído, que lo enfriaba después de haberlo encendido.

Hay que añadir que, a la belleza y gallardía físicas de Remo, se sumaba una elegancia señorial en el vestir, hasta tal punto que, desde su llegada, sus tías se sintieron inclinadas a vestirlo bien, siendo esto lo natural; también se habían acostumbrado a pagar las cuentas del sastre y del camisero sin reparar demasiado en gastos. Sin embargo, desde el momento en que habían decidido permanecer a la expectativa, el asunto había adquirido mayores proporciones, como es fácil comprender, y las cuentas también se habían engrosado de manera consecuente, hasta el extremo de que algunas veces habrían preferido no verlas, pero ya era imposible cerrar los ojos. Sabía llevar la ropa y arreglarse el cabello de una manera soberbia, lo mismo que anudarse la corbata. Sabía elegir las telas combinando los colores; por eso su vestimenta reflejaba siempre una armonía irreprochable como resultado más de un instinto que de un estudio previo, una armonía que brotaba de una gracia natural y levemente descuidada. Además, era rapidísimo a la hora de elegir: no era dado a revolver ni se andaba con las idas y venidas propias de las mujeres, y eso que habría podido pasarse así horas y horas de no haber tenido otra cosa que hacer. También era rápido para hacerse las pruebas en el sastre: tan pronto como tenía las prendas puestas, se movía con ademanes tendentes a poseerlas con toda su persona y, haciéndose seguir paso a paso, se ponía firme, se ponía de puntillas con las piernas entreabiertas, metía las manos en los bolsillos de las chaquetas y pantalones, echaba una ojeada general al conjunto y sugería algún arreglo; entonces se lo quitaba con los modos de quien tiene importantes asuntos que atender, y se daba por entendido que el traje estaba bien.

Era rápido en todos sus actos, pero su presteza resultaba inverosímil cuando se desnudaba. Era imposible seguir la lógica de los movimientos que realizaba: se lo veía vestido y, en un abrir y cerrar de ojos, ya estaba desnudo. Era una habilidad extraordinaria que él

ejercitaba y de la que, con una coquetería inconsciente, hacía alarde entre los jóvenes con los que alternaba en las asociaciones deportivas o en los gimnasios; en su casa sólo una persona había podido sorprender y admirar esta habilidad: Niobe.

Tanto si había regresado a las dos de la madrugada —su hora habitual— como a las tres, a las cuatro o a las cinco —lo cual ocurría algunas veces—, Remo se levantaba a las nueve, nunca más tarde. No necesitaba de un reposo prolongado para restaurar sus fuerzas ni tampoco descansaba a la hora de la siesta. Niobe le subía a la habitación dos jarras de agua fresca y, poco después, el desayuno, que tomaba en pijama o, de vez en cuando, empujado por la avidez de comida, envuelto todavía en la toalla con la que estaba terminando de secarse, mientras se sacaba el cigarrillo de la boca. Además del café con leche y los panecillos con manteca, le traían fruta de la mejor calidad, que él agradecía con alegría infantil.

Tenía la costumbre de dormir con la ventana abierta de par en par haciendo abstracción de la estación del año. En muchas ocasiones, al entrar por la mañana, Niobe se había encontrado con la habitación inundada a causa de un temporal, con agua helada dentro de la bacía o con nieve en el suelo. Y a Remo, siempre desnudo sobre las sábanas. En cuanto Niobe salía, tras haber dejado las dos jarras de agua, el muchacho saltaba de la cama, se metía en la tina de zinc, que durante el día permanecía arrimada a la pared, y con una esponja de buen tamaño comenzaba a bañarse echándose agua fría en el cuerpo una y otra vez y enjabonándose ligeramente. Se secaba restregándose y masajeándose por todas partes al tiempo que hacía una serie de movimientos y ejercicios. El baño y los ejercicios podían repetirse una hora después en el Club de Remo, en el Rari Nantes o en algún otro lugar de los que frecuentaba. Se calzaba las chancletas de paja, encendía un cigarrillo y, mientras se masajeaba y se frotaba, iba de aquí para allá dando saltos y haciendo diferentes acrobacias por toda la habitación.

Entonces aparecía Niobe por segunda vez con el café con leche y la fruta, y poco después, por tercera vez, con una bacía de agua caliente para que se afeitara.

Se daba la circunstancia de que, sin que Remo hubiera dado señales de percibir a la mujer, en el ir y venir de esos tres servicios, Niobe había tenido la ocasión, poco a poco y por casualidad, de pillarlo por sorpresa en todas las fases de la actividad matutina ya descrita, que se realizaba en una hora escasa, de modo que estaba en condiciones de poder reconstruir en su imaginación todos los detalles sin el menor esfuerzo. En ese trajín —unas veces regresando demasiado pronto; otras tardando más de la cuenta en salir, y otras tantas a través de la rendija de la puerta, que no había podido cerrar

por tener las manos ocupadas—, se había puesto al tanto de todo. Sin embargo, Remo se había cuidado muy bien de darse por enterado de aquello, que no le pasaba inadvertido. No podía habérsele pasado por alto un crujido, el paso mal disimulado de la corpulenta mujer o la tardanza a la hora de cerrar la puerta.

Esa era la parte que las señoras no podían ver a causa de su posición superior y que, en cambio, sí podía ver la sirvienta por su posición inferior.

Claro que algunas veces Niobe, incapaz de contener la alegría que le causaba semejante servicio, había dejado escapar en presencia de las dos mujeres algunas exclamaciones, una imagen, una comparación, una palabra casual que le salía del alma, dispuesta como estaba a alabar la fuerza y la belleza física del joven. Todo ello hacía reír maliciosamente a las tías, que, en gran medida, consideraban tales comentarios producto de su fantasía más que resultados de su propia curiosidad, fantasías de una mujer que tenía un pasado muy criticable, pues, delante de ellas, el sobrino había mantenido en todo momento un comportamiento de una corrección ejemplar y, si algunas veces, por necesidad, tras descender a la planta baja en pijama, había permanecido así en presencia de las dos hermanas, se había comportado con una prudencia natural, como si estuviera vestido para salir. Así las cosas, por más que miraran y miraran, a las pobrecillas todavía les quedaba mucho por ver.

Y lo mejor del caso es que las hermanas habían encargado a Giselda que cuidara personalmente de la ropa de Remo, por cuanto se trataba de prendas caras que requerían una atención inteligente. La pobre desgraciada se había sentido presa muchas veces del deseo furibundo de destrozarlas con sus manos, especialmente los pantalones. Desde que había comenzado a odiar al género masculino, no podía tolerar la vista de esa prenda, su contacto la hacía delirar. Por eso, al verse obligada a andar con ellos, solía estrujarlos, tironearlos y maltratarlos con el objeto de que se rompieran, y eso hasta el punto de que tenía que volver a plancharlos a conciencia y acababa recibiendo el aplauso incondicional de sus hermanas por su desmedido cuidado. En muchas ocasiones, y en cumplimiento de su tarea, Giselda tenía que pasar por delante de la puerta o entrar en la habitación donde Remo se cambiaba todas las tardes para ir a Florencia o de regreso de la ciudad, y en esas ocasiones el muchacho se había quedado desnudo delante de ella, tal como había venido al mundo, impasible, sin el menor atisbo de respeto ni de pudor, conservando la misma indiferencia que habría mostrado frente a otro hombre en las mismas condiciones, o más aún, ostentando su desnudez de manera provocativa, ofensiva, vulgar. Airada, la mujer le volvía la espalda, sin haber podido sustraerse a semejante visión, y

salía escupiendo hiel: «¡Cerdo inmundo! ¡Indecente! ¡Mal bicho!». Y lo realmente peregrino era que no podía quejarse a nadie proclamando la verdad, no podía intercambiar la justa indignación por la ofensa, puesto que Niobe, sabedora de que estaba en falta por el trajín que hemos visto que se traía, y sin tener seguridad alguna de que Remo no se hubiera dado cuenta, estaba metida hasta el cuello, ¡y de qué modo! El hecho representaría una acusación en su contra, de modo que después no tendría más remedio que entrar y salir de la habitación a su debido tiempo, cerrar la puerta en su momento —de no hacerlo seguro que lo haría él, en caso de que se produjera tal desagradable reprimenda—, o la obligarían a entrar y salir únicamente cuando debía, algo que no le hacía mucha gracia a la vieja, que no deseaba sino la prolongación del estado actual de las cosas. Por una parte, Giselda habría encontrado una actitud adversa, pues Niobe habría salido en defensa del joven, proclamando con toda razón su inocencia y su pudor. Por otra parte, sus hermanas, con las que, incluso en pijama, había observado un comportamiento circunspecto y ejemplar propio de una virgen…, se le habrían echado encima como dos fieras. Pobre Giselda: no le quedaba más remedio que callar, callar en cualquier caso. Todavía queda algo más gracioso que añadir: no se sabe por qué extraño motivo, la conducta virginal del sobrino, que podía servir de ejemplo a los pupilos de un internado, había surtido un efecto totalmente contrario en sus asimismo virginales tías, quienes habían perdido un poco de la austeridad y la reserva que habían sido en todo momento la norma inflexible de su vida. Sucedió en una ocasión que, al llamar Giselda o Niobe a la puerta de su habitación mientras las dos se encontraban encerradas dentro, se las había oído responder con estridentes gritos:

—¡No se puede! ¡No se puede entrar! ¡No entréis! ¡Estoy desnuda!

—¡Estoy en camisa! ¡Estoy en paños menores!

Reaccionaban como si alguien tratara de entrar para violentarlas o para atravesarlas con un puñal. Y lo cierto era que no estaban desnudas, o lo estaban sólo parcialmente, de manera que se podían presentar ante cualquiera; incluso estaban totalmente vestidas, reordenando sus respectivos cajones de la cómoda, y la persona que intentaba entrar era o bien Giselda o bien Niobe. Y, si en verdad estaban desnudas, y las horrorizaba que pudieran verlas, tan pronto como se encerraban, sentían la necesidad de decirlo a gritos: «¡Estamos desnudas! ¡Estamos en camisa! ¡Estamos en paños menores!». Pero ¿por qué?

Estaban muy lejos aquellos días en que las hermanas soñaban con el porvenir de su sobrino mientras trabajaban codo con codo; el muchacho se había convertido en una realidad presente y urgente. Por

más que él tuviera una rara habilidad para hacer que su peso pasara inadvertido, éste se notaba igual. Sin embargo, su presencia y el aspecto sereno de todo él resolvían con extremada simplicidad situaciones irresolubles. Por otra parte, se valía de su persona de manera negativa, sabiendo en qué momento exacto desaparecer y también reaparecer en el momento justo. En eso se parecía a Napoleón el Grande, que tras sus victorias se hacía esperar, cuando la gente no podía aguantar más y pateaba en el suelo por sus ganas de verlo, dando así tiempo a que se levantaran arcos nuevos y de mayor tamaño para honrar sus triunfos, y haciendo que el deseo por él llegara al paroxismo. Cuando perdía una batalla, volvía a París como una exhalación, pero allí nadie tenía necesidad de verlo; por eso llegaba escondido en una carroza oscura, destartalada, y habría ido a lomos de un asno o a horcajadas en una escoba con tal de llegar. Remo no tenía necesidad de hablar, ni de disculparse, ni de defenderse; era habitual en él que hablara muy poco con las mujeres, con lo cual las mantenía en un estado de ansiedad y de indecisión al que él oponía su celestial serenidad. Además, siempre exteriorizaba —entre los que luchan por su existencia de la mañana a la noche— el convencimiento de que la vida es fácil, riéndose al mismo tiempo de la inutilidad de las fatigas que pasan los afanosos.

Ese muchacho nacido en Ancona de dos obreros totalmente desamparados, romano el padre y florentina la madre, a merced del temporal ya desde niño, que no había querido plegarse al estudio como si presintiera la inutilidad de semejante esfuerzo, no sólo poseía inteligencia física, sino también un excepcional sentido de la vida, pues sabía por instinto lo dura y difícil que ésta era. Sin embargo, comenzó a afirmar lo contrario basándose en un nuevo principio infalible y convenciéndose a sí mismo a medida que iba convenciendo a los demás de tal afirmación. De esa manera le había resultado fácil obtener muchas cosas, derribando con golpes precisos todos los obstáculos que se interponían en su camino y demostrándolo abiertamente. Cuando tenía dieciocho años había pedido a sus tías, sin insistencia alguna, que le compraran una motocicleta carísima, a lo cual ellas se habían negado rotundamente desde el primer momento. Con todo, eso no fue obstáculo para que se comprara el vehículo, pues al día siguiente oyeron delante de la verja el rugido atronador de la moto y el fragor de sus pistones. Por más que indagaron, jamás lograron saber de dónde había sacado el dinero para comprarla. Así pues, a las primeras esperas angustiosas, porque Remo tardaba en llegar a casa por las noches, siguieron las muy angustiosas por lo que pudiera traer consigo de vuelta.

Ese misterio que aleteaba en torno a aquella figura de belleza serena desconcertaba a las dos mujeres.

Las primeras esperas, que marcaron el alejamiento progresivo del joven de su nido en las horas nocturnas, fueron penosas e interminables.

Al principio habían sido las escapadas clandestinas, que producían ansiedad por temor a una desgracia.

En la ventana, a la que hacía ya mucho tiempo que habían dejado de asomarse los domingos por la tarde para hacerse admirar y contemplar la procesión de enamorados que caminaban hacia las colinas, las dos hermanas habían permanecido hasta las primeras luces del alba, acompañadas por Niobe, que, de cuando en cuando, se asomaba a la puerta de la habitación para preguntar «¿Viene ya?» y luego se dedicaba a tranquilizarlas haciéndoles ver la prudencia y el valor del joven, pues era imposible que sufriera desgracia alguna: sabía bien lo que hacía y era capaz de salir adelante en cualquier situación. Sin duda alguna, el retraso se debía a que, sin reparar en el tiempo, se habría entretenido con sus amigos para hablar de coches, de carreras, de concursos, de equipos, temas en los que a los jóvenes se les pasa el día y la noche, y otra vez el día, sin que se den cuenta de ello y que hacen que no sólo no tengan sueño, sino tampoco hambre. Terminaba invitándolas a acostarse y a tratar de dormir porque tenían necesidad de descansar, ya que, de lo contrario, corrían el riesgo de caer enfermas. Ellas ni siquiera respondían; querían vivir hasta el fondo su sufrimiento, hasta el final. Pensaban en tragedias, en aventuras complicadísimas, cuyo trasfondo eran siempre el amor y la muerte. ¿Adónde habría ido y con quién? ¿Quién lo habría visto? Seguro que con Palle, siempre con Palle, se habría ido con Palle, «con ese maldito Palle, con ese pedazo de bruto». El muchacho era la causa de todo, se convertía en el responsable: «Maldito sea Palle». Niobe corría a casa de la madre de éste para despertarla y saber si el chico había ido a dormir. Pero se daba el viaje en balde. Cuando Remo no estaba, era inútil buscar a Palle, no fallaba nunca. La madre de éste no se preocupaba por el asunto ni lo más mínimo; por el contrario, se mostraba confiada y tranquila, sin que le inquietara saber dónde andaba, pues tal era la fe que tenía en su hijo y en la suerte que éste tenía. Por eso no podía admitir ni desgracias ni errores, ni tampoco se le ocurría formular dudas; si estaba fuera de casa era porque así debía ser, estaba bien, no importaba la hora, no pensaba en que el Señor quisiera castigarlo provocándole una desgracia: eso era imposible. Toda su fe la tenía puesta en Dios y en su hijo. Aquellas inquietudes le parecían manías y tonterías cuyo único objetivo era que la sirvienta anduviera de un lado al otro husmeando, frivolidades de gente rica, lujos que ella no podía permitirse. Cuando hablaba de su hijo era como si se cerniera sobre su persona una inmunidad sobrenatural. Estaba bien dondequiera que estuviese, adondequiera que fuese: así

tenía que ser y era imposible que le ocurriera nada malo. Si un día cualquiera se lo hubieran llevado muerto a causa de una fatalidad, lo habría cogido en los brazos igual que María a Jesús, sin verter ni una lágrima, sin proferir un solo grito de rebeldía, petrificada por el dolor y pronunciando mientras miraba hacia el cielo: «Señor, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo».

Niobe volvía a casa moviendo la cabeza porque, si bien con diferente ánimo, era de la misma opinión que la mujer. En cambio, a las Materassi se las llevaban los demonios al escuchar el relato de Niobe y al ver la fe ciega de la lavandera, y decían que aquella mujer era una insensata, una cretina, una atontada, una demente, una mentecata, una piedra incapaz de sentir nada por nadie, a lo que agregaban que, a fuerza de lavar la ropa de los tontos, se había quedado más tonta que ellos. «¿Cómo se puede vivir tranquilo teniendo a los hijos sueltos por el mundo por la noche? ¡Qué gente tan feliz! Ya quisiéramos tener su carácter.»

La noción que ambas hermanas tenían del mundo y de la noche es una cuestión en la que no conviene entretenerse, ya que alargaría demasiado nuestro discurso.

Cuando volvía, Remo no tenía más remedio que pasar por delante de ellas. Estaban rígidas, inclinadas sobre la labor a pesar de las altas horas de la madrugada, dejando entrever su pena con un silencio glacial; fingían no preocuparse de su presencia, por más que estuvieran pendientes de él con todo su ser. También podía ocurrir que, alzando la cabeza con severidad, la giraran hacia el joven para mostrarle sus ojos enrojecidos por el trabajo nocturno y por el llanto, sin abrir la boca. Se habían quedado detrás de las persianas, que dejaban pasar la luz de las celosías, única prueba de que estaban ahí, e incluso habían bajado juntas y de cualquier manera, medio desnudas, desgreñadas, para improvisar una escena terrible mientras se abalanzaban hacia él gritando y llorando. Lo habían cubierto de improperios, de insultos y de amenazas para hacerle pagar su sufrimiento. Habían probado todos los tonos, tocado todas las cuerdas para llegar a su corazón: habían probado todas las posibilidades.

Diríase que el joven no creía ni lo más mínimo en aquellos desconsuelos, motivo por el que se tomaba la escena, a despecho de cómo se desarrollara, como un hecho natural, inevitable, como un ejercicio al que debía prestarse con resignación. Encendía un cigarrillo y lo fumaba dando a entender que toda su atención, todos sus pensamientos se centraban en él, en sus espirales opalinas, que subían hacia el techo de una manera grácil y trazaban en el aire sugestivas imágenes. Miraba en derredor con gesto paciente, con naturalidad y con el decoro de quien espera que otro realice una función corporal inaplazable. Dejaba que se disipara la ira sin mostrar el menor interés,

sin decir media palabra que pudiera disminuir el furor o fingiendo que no veía la luz que se filtraba de la habitación a través de las celosías. Y, cuanto más agotadora había sido la escena, tanto más quedaba él, en apariencia, en deuda con las dos mujeres.

Agotada la furia, se abrían paso las preguntas: «¿Has comido?». Sí, Remo siempre había comido. Esa respuesta contrariaba visiblemente a las tías. Habrían preferido ver a la pobre Niobe levantarse a aquella hora para poner la mesa, encender el fuego y calentar la sopa o cocer un par de huevos. Después de la escena trágica, habría quedado bien semejante trajín a aquellas horas, ese incomodo para darle de comer. Una cena cuyo primer plato habría sido la tragedia y que habría finalizado con una mal disimulada ternura para cuando llegara la fruta. Las contrariaba mucho la falta de esta segunda parte; era algo que las tenía expectantes, llenas de curiosidad. Les habría gustado ser todavía más víctimas. ¿Qué era lo que hacía, por dónde andaba, dónde comía cuando se quedaba por ahí tantas horas?

Al desorden en el ánimo de las tías oponía el sobrino un orden perfecto en el propio.

Ya había comido y tenía ganas de meterse en la cama porque era hora de dormir. Nunca estaba ebrio, pues sólo bebía agua y, durante las comidas, un vasito de vino, pero no siempre; resultaba muy hermoso verlo apurar un vaso de agua por la limpidez y frescura del líquido que ingería. Como se quedaban despiertas a la espera de ver qué sucedía, las tías incluso habían podido admirar esa sana costumbre. Se encontraba totalmente sereno y en posesión de toda su lucidez mental. Canturreaba, encendía un segundo cigarrillo y saludaba a ambas con el falsete habitual, «Tí Te, tí Ca», como si fuera mediodía en lugar de las dos o las tres de la madrugada.

Una vez encerradas en su habitación, las mujeres seguían hablando del asunto en voz baja, susurrando, y hasta admitían a Niobe en el debate, si bien la cortaban, la dejaban con la palabra en la boca y le mandaban callar porque hablaba demasiado fuerte. Ésta hacía cuanto estaba de su mano para tratar de recomponer la paz.

Cuando se hizo habitual que llegara de madrugada y las tías ya no esperaban al sobrino ni en la ventana ni trabajando —cuando ya ni siquiera osaban hacerle el menor reproche—, sucedía muchas veces que hacia las dos de la madrugada se despertaban sobresaltadas por el ruido de uno o varios coches que se detenían frente a su verja con gran estrépito. De ellos descendían hasta ocho o diez mozalbetes a los que Remo hacía pasar al sacrosanto lugar de las camisas y de las bragas. Despertaban a Niobe, que, arreglándose la falda y acomodándose el cabello, se presentaba allí jadeante mientras asumía la actitud heroica de quien llega para enfrentarse a un serio desafío, y no era para menos, pues se trataba de sentarlos a la mesa y de darles

de comer. En cuanto adivinaban en su cara la promesa de que la empresa saldría adelante con éxito, empezaban a abrazarla, pasándosela de uno a otro, tomándola en brazos y alzándola en señal de triunfo. La pobrecilla hacía esfuerzos por soltarse al tiempo que gritaba: «¡Dejadme! ¡Dejadme marchar! ¡Si queréis comer, dejadme! Hijos de perra, si no me soltáis os dejo en ayunas». Este argumento resultaba tan persuasivo que al instante la dejaban libre con un clamoroso aplauso. Extendía a toda prisa un mantel, ponía un plato para cada uno de aquellos energúmenos, los cubiertos, un vaso. Alguno, más solícito que los demás, daba muestras de amabilidad ayudándola a poner la mesa, y ella reía, pues sentía que tenía el corazón más generoso de la casa. La impetuosidad y el afecto de aquellos veinteañeros la henchían de felicidad y habría hecho por ellos muchas otras cosas; su algarabía la exaltaba al mismo tiempo que la obligaba a dejarse llevar y a hacer la vista gorda.

Nadie se preguntaba si en aquella casa era lícito montar tanto escándalo a semejantes horas. Nadie mostraba intención de hablar más bajo ni pedía silencio a los demás; parecían estar de acuerdo en hacer el mayor ruido posible. Si alguno por casualidad, generalmente alguien ajeno a aquel círculo, preguntaba a Remo si con ese comportamiento no molestaban, despertaban o impedían dormir a alguien, éste le respondía: «¡Qué va! Al contrario; haced lo que os parezca. Gritad todo lo que queráis. Mis tías tienen el sueño pesado; no se despertarán ni a cañonazos. No os preocupéis: podéis desgañitaros».

Palle iba a despertar al campesino para que le diera, en nombre de las señoras, dos roscas de pan y huevos, en caso de que en la casa no hubiera suficiente, y cuando volvía con los panes bajo el brazo lo llevaban a hombros por todo el salón, lo dejaban encima de la mesa e improvisaban un discurso acompañado de una ovación, invitándolo a responder y aplaudiéndolo como si ya hubiera hablado. En cuanto podía, saltaba al suelo, rápido como una liebre, y corría hacia la cocina para llenar las aceiteras. Cuando reaparecía con una en cada mano y las colocaba en la mesa, lo acogían entre vítores que llegaban a oírse desde Florencia. Remo rebuscaba en la despensa por si había alguna cosita que pudiera servir para ir haciendo boca mientras esperaban: algún trozo de tortilla o unas albóndigas del día anterior. Entre tanto, entraba Niobe con una fuente inmensa llena de jamón y salami. Se armaba la de Troya. Y, mientras el grupo se abalanzaba sobre aquel maná y disminuía el rumor de las voces por encontrarse ocupadas las bocas, desde la cocina se abría paso el ruido del fogón. Niobe encendía la lumbre y preparaba una tortilla con todos los huevos que había podido reunir. No bien habían dado cuenta entre todos, y en un tiempo brevísimo, del jamón y del salami, y a medida

que se iba alzando el tono de las voces al volver a estar desocupadas las bocas, empezaban a levantarse de la mesa para correr a la cocina, donde la tortilla tomaba un hermoso color dorado. La pobre sirvienta tenía que resistirse todavía un poco para concluir su misión: «¡Bendita juventud!». Todos regresaban al salón anunciando la llegada del nuevo manjar. Los muy villanos habrían comido piedras a aquella hora de la madrugada. Devoraban como lobos, y era del todo imposible servirlos adecuadamente, pues tanta era su impaciencia como su furor. Se robaban la comida del plato unos a otros, y en su lucha la tiraban al suelo. El salón acababa hecho una pocilga. No quedaban en la casa ni un solo huevo ni una miga de pan, ni siquiera el menor resto de algo comestible.

Remo les decía siempre a sus amigos y a los que le preguntaban dónde vivía: «En Santa Maria tenéis vuestra casa, venid a verme. Amaestro papagayos y domestico monos. Venid a Santa Maria, venid a ver mis papagayos y mis monos». Y poco a poco había ido presentando a sus amigos a las tías, pues todos ellos, en motocicleta o en coche, lo habían visitado. No es tarea fácil hablar de lo mucho que las tías agradecían determinadas visitas. Los amigos de Remo eran todos muchachos apuestos y fuertes, desenvueltos, audaces, deportistas, bien vestidos y con buenos medios para vivir; pareciera que los hubiera elegido con el fin de descollar entre todos, puesto que ninguno podía competir con él. Todos tenían un defecto, una tara, una falta que los colocaba irremediablemente por debajo del sobrino, y que las hermanas ponían de relieve y sacaban a relucir en sus conversaciones. Delante de las tías de su amigo, los jóvenes se comportaban con mucha vivacidad, pero también con mucho garbo y con una educación que rozaba la galantería. La ajada cara de Teresa, terrosa, empolvada y contraída por la fatiga, reprimía una luminosidad que le hacía temblar levemente los labios; y Carolina, que no podía sostener por mucho tiempo la mirada de los muy pícaros, se retorcía en la silla intentando guardar la compostura. Claro que sus movimientos no tenían nada que ver con los de Niobe, que sólo forcejeaba cuando sentía que aquellos diablos, que se la disputaban entre sí de una manera alegre y afectuosa, la atrapaban, la manoseaban, la estrechaban. En cambio, a Carolina, que era más sensible, le bastaba una mirada para revolverse.

Palle hacía de recadero y de camarero. Bajaba a buscar otra botella a la cantina, iba y venía de la cocina al salón, del salón a la despensa. De vez en cuando se sentaba para comer algo en compañía de los huéspedes, que le hacían mil bromas y burlas en las que, en el fondo, se traslucía un sentimiento de amistad y de igualdad con un muchacho física y socialmente inferior a ellos. Él era muy capaz de meterse en la huerta y, en la oscuridad, coger lechugas frescas, húmedas por el rocío

nocturno, que los jóvenes agradecían como si fueran la mayor de las delicias.

¿Y qué sucedía en la primera planta de la casa a esas horas sagradas reservadas al reposo y al silencio?

Nada más oír el fragor de los coches, ambas hermanas saltaban de la cama sin encender la luz, abrían las ventanas con todo cuidado y se ponían a espiar tras las celosías; a continuación, luego de haberse puesto una bata y calzado unas zapatillas en los pies desnudos, envueltas en un chal si hacía frío, salían muy despacio de aquella habitación siempre a oscuras, una detrás de la otra y cogidas de la mano; después de atravesar todo el corredor, conteniendo la respiración para no hacer ruido, llegaban al último rellano de la escalera, donde permanecían, con el corazón palpitante como el de un pájaro, asomadas a la barandilla para no perder ni el menor detalle de aquella escena que reconstruían por las voces y por los rumores con la ayuda de su vívida imaginación.

—¡Escucha, es!

—¡Vasco!

—¡También está Sergio!

—¡Franco!

—¡Bruno!

—Alfredo; también está Alfredo.

—¡Renzo!

—¡Gastone!

—¡Jim!

Los reconocían a todos por la voz.

—¿Quién será ése?

—No sé…; no me suena.

La voz de Remo las hacía enmudecer.

—Están yendo a la cocina.

—Han abrazado a Niobe.

—¡Escucha, escucha!

—¡La están cogiendo en brazos!

—Escucha cómo protesta para que la dejen tranquila.

—Ahora está trayendo el fiambre.

—¡Qué barahúnda están armando!

—Ya empiezan a comer.

—Ahí llega la tortilla.

—Escucha; Palle. También está Palle.

—¿Acaso creías que no estaba?

Se quedaban en el último rellano de la escalera hasta el final. Ninguno de aquellos jóvenes se habría arriesgado a subir. Todo el

griterío se circunscribía a la cocina y al comedor, y ocasionalmente al cuarto de Niobe, donde se veía intacto el lecho que la mujer había abandonado para ponerse a las órdenes de la pandilla.

Es conveniente decir que justo encima del comedor donde los jóvenes saciaban su apetito y desfogaban su alegría estaba la habitación de Giselda, que, tras despertarse sobresaltada con su llegada, se retorcía de rabia por que se tolerara una cosa semejante: «¡Qué indecencia! ¡Qué horror!». Encendía la luz, miraba el reloj. «¡Las dos, las dos de la madrugada! ¡A estas horas este barullo! Está prohibido por la ley. ¿Por qué hay que soportar una grosería así?» Pero se guardaba mucho de salir a protestar o de dar la menor señal de vida. Y, si bien no sabía lo que estaba ocurriendo, imaginaba la cara de las hermanas o de la sirvienta; su experimentado olfato le aconsejaba no levantarse, no salir, no moverse, no intervenir en ninguna circunstancia, y la aconsejaba bien. «¡Estas locas permiten semejante jarana!» Al pasar a la sala grande, los jóvenes bajaban la voz. Los instrumentos de trabajo que las dos mujeres habían dejado por la habitación les imponían respeto y comedimiento, y ellos los observaban sin gritar y sin reír. En una ocasión se habían quedado sorprendidos ante la visión de un hermoso bordado en seda y oro que apareció al levantar el paño blanco que lo cubría. Lo habían alzado temerosamente, con apenas dos dedos, y, observando con curiosidad infantil el trabajo que resguardaba, hablaron en susurros. Sus cabezas formaban un racimo para tratar de ver por encima de los que estaban delante. Con la máxima delicadeza lo habían tapado otra vez, como si fuera un niño que está durmiendo. Pero en otra ocasión Remo había sacado de un cajón una camisa y un par de bragas de color rosa o azul, delicadísimas, que sostenía en alto, desplegadas, mientras explicaba que pertenecían a una jovencita de dieciocho años, muy hermosa, que dentro de pocos días iba a contraer matrimonio. Entonces se vino abajo todo el respeto por el lugar y por el trabajo, y se produjo una nueva explosión de júbilo semejante a la del comedor. Ante las bragas que Remo sostenía extendidas, Sergio se había arrodillado y las había querido besar con devoción. Seguidamente uno a uno todos imitaron el mismo gesto arrodillándose ante la prenda íntima y haciendo ademán de besarla, mientras Remo la sostenía en la misma posición con un gesto inspirado. «Pero ¿qué hacen ahora? ¿Se puede saber qué hacen ahora?» Los gritos parecían traspasar las paredes: dicterios, epítetos e invocaciones varias acompañaban el rito.

—¡Han cogido un par de bragas! —decía Carolina al percatarse de la escena—. Son las de la condesita Del Piatta.

—Ha sido Remo quien las ha sacado para enseñarlas.

—¡Qué desgracia!

Después de guardar la sucinta ropa íntima de la condesita, sacaron

la de una marquesa cuya humanidad era muy diferente. Se desencadenó una tormenta de gritos y silbidos, de protestas. «Son las bragas de la marquesa Stroppa Guioni», decía Carolina, colmada de felicidad al pensar en sus medidas.

También Teresa se desternillaba de risa.

Niobe, entre todos los muchachos, escupía hasta el último diente de tanto reír.

Giselda mordía las sábanas, pues no podía hacer otra cosa. «Pero es que no se puede permitir un escándalo semejante a estas horas. ¿No hay nadie que vaya a dar el aviso a la prefectura? —Encendía de nuevo la luz, miraba el reloj—. Las cuatro. Es una locura que no tiene nombre. Es para liarse a tiros.»

Finalmente, antes de retirarse a su dormitorio a descansar, Remo despedía a sus amigos, que partían como una tromba y despertaban al resto del vecindario. Niobe, por su parte, dejando como estaba aquel campo de batalla que la ocuparía por lo menos durante un par de horas, subía a darles las novedades a sus señoras antes de meterse en su cuartucho. Las hermanas la escuchaban extasiadas, alucinadas, pestañeando al oír cada uno de los nombres de los congregados —Corrado, Franco, Bruno, Massimo, Renzo, Gastone, Alfredo, Sergio, Jim…—, nombres que brotaban, con el encanto de las flores, de aquellos labios marchitos; también se repetía constantemente: «Remo, Remo, Remo…». Las dos hermanas volvían a adormecerse en un estado de ebriedad que las sumergía en un sueño voluptuoso, en un dulce duermevela, como si sobre sus cuerpos sintieran que unas manos remotas las acariciaban, las tocaban, las palpaban, o como si percibieran un lejano rumor que las arrullaba suavemente.

Giselda, de tan rabiosa y excitada como estaba, no era capaz de reemprender el sueño y daba vueltas en la cama, mordía las sábanas, rechinaba los dientes: «Ni dormir se puede en esta casa infame».

Hay que reconocer con legítimo orgullo que en esta tierra todos son sensibles a la belleza. Ante un joven apuesto y fuerte, con un rostro excepcionalmente armonioso, que sabe llevar la ropa con elegancia y desenvoltura, tanto el camisero como el sastre se sienten inclinados de manera natural a darle a crédito y a esperar lo indecible por el pago de las prendas. El sastre de Remo, pues, le ponía condiciones muy especiales, aceptaba retrasos y le hacía jugosos descuentos en las facturas. Remo representaba un reclamo que no había que descuidar: se había convertido en el centro de una constelación difícil de definir por su esplendor, constituida por jóvenes que a decir verdad no eran un ejemplo de laboriosidad ni se apuraban para llegar a serlo a corto plazo. Es preciso decir, por el contrario, que todos ellos carecían de una profesión real, que pertenecían a familias

de bien pero demasiado mediocres o modestas para sus aspiraciones, para su deseo de vivir de una manera que no se correspondía con sus recursos. Así pues, aunque todos ellos habrían sido incapaces de cometer acciones reprobables, estaban siempre dispuestos a aprovechar las ocasiones favorables que pudieran presentarse e incluso beneficiarse de las que, con mucha gracia, provocaban. Además, estaban siempre listos para no dejarlas pasar tan pronto como se les presentaban, por más que fueran de naturaleza criticable. Practicaban diferentes modalidades deportivas, en las que algunos eran unos verdaderos campeones, pero les apasionaban todos los deportes en general, por lo que podríamos decir que eran deportistas. Adoraban los automóviles y todos ellos tenían uno, ya fuera feo o bonito. Aparte de eso, se declaraban comisionistas de automóviles, representantes, intermediarios, alquiladores de vehículos. Probablemente les venía bien el nombre de *comisionistas de autos* en la medida en que les permitía ejercer por cuenta propia en el ramo automotor.

El sastre sabía a ciencia cierta que, en cuanto Remo se alejara de su negocio, lo seguirían un buen número de jóvenes, mientras que, si lo trataba bien, mantendría la atracción de manera permanente, pues no son únicamente las mujeres las que se dejan atraer por la elegancia, por la fascinación del lujo y de las modas: es menester pensar que también existe feminidad en el hombre en un grado digno de tenerse en cuenta, por más que se reduzca estrictamente a las pautas que le marca su género. Adondequiera que fuese, el joven sin duda provocaba la admiración y la simpatía de todos, incluso porque, como ya veremos, su trato con los hombres era muy diferente del que les daba a las mujeres, en general, y aun entre ellas establecía jerarquías que no podían escapársele a un observador experto.

En Santa Maria sólo una persona había sabido resistirse: Giselda. Desde su misma llegada, había mirado al huésped con desconfianza y había estado en desacuerdo con sus hermanas hasta que, humillada y abatida por no encontrar eco a sus palabras, había terminado por callar, guardando un inmenso resentimiento mientras esperaba a que llegara el momento de resarcirse del silencio y las ofensas. La causa profunda de todo ello hay que buscarla en que, de una vez por todas, se había sentido atraída por los encantos de la belleza y la juventud, y desde entonces se le había aposentado en el corazón una amargura inextinguible. Por haber sufrido mucho a causa de ese mal era inmune a su contagio.

Por su parte, Remo había considerado a esa tercera tía de un modo muy diferente a las otras dos. Ella lo había rechazado enseguida; él, en cambio, había continuado observándola con el objeto de ver si existía un camino para llegar hasta ella, para hacer desaparecer su hostilidad,

cuyas causas desconocía. En cuanto se dio cuenta de que no había por qué temerla, y no sólo eso, sino que su rechazo le proporcionaba frutos óptimos al provocar que las otras dos hermanas adoptaran una postura excesivamente contraria, entonces intentó por todos los medios atraer su abierta enemistad, tratándola con ironía, llamándola *madama* o fingiendo interés y preocupación por su estado de salud —«¿Acaso dormiste mal esta noche? Tienes muy mala cara, estás un poco lívida; tal vez una purga ligera te sentaría bien»—, desafiándola abiertamente, despreciándola y ofendiéndola una y otra vez. Pero ella, que conocía el juego, se retraía todo lo posible de provocarlo venciendo a duras penas sus propios impulsos, pasando por todo y guardándoselo todo. Algunas veces encontraba eco en el vecindario, entre los menos vinculados al poder de las tías y los que no se dejaban fascinar por el sobrino. La altanería con la que habían impuesto el *usted* con el que todos debían dirigirse a Remo les había resultado indigesta a muchos; los puñetazos que él repartía con tanta destreza y en cantidad tan notable, junto con el consiguiente desinterés que mostraba por todos, excepto por Palle, habían levantado ampollas aquí y allí, y debajo de la ceniza se enmascaraban las ascuas del odio. Claro que, en presencia de las señoras, las voces rebeldes se hacían serviles, lo mismo que frente al muchacho todos se quedaban pasmados contemplando los magníficos zapatos que calzaba, y que Giselda había lustrado, se embelesaban ante su camisa, su traje y su corbata perfectamente anudada. El resentimiento y la hostilidad se volvían adulación, susurros en bocas abiertas que no se cansaban de admirar.

Además, Giselda sentía repugnancia, por su espíritu altanero y noble, a desahogar las penas que sufría dentro de la familia, y solamente había recurrido a ello cuando sintió que la amargura y la soledad le atenazaban la garganta. En casa no abría la boca para nada; a sus hermanas les complacía sobremanera llevarle la contraria, hacer gala de su alegría en hacer todo al revés de como a ella le parecía bien, hacer todo cuanto la mortificara, provocar su hostilidad sin retaceos, ponerla en una situación insoluble, extrema, imposible. Sin conmoverse un ápice, Giselda hacía esfuerzos sobrehumanos para no traslucir nada, para no dar a conocer su pensamiento encerrándose en sí misma y así no exponerse a una derrota ni convertirse en fuente de demasiadas alegrías.

Lo que más les agradaba a las dos hermanas era la actitud de superioridad y de desprecio que Remo tenía con ella; nada les producía mayor placer que los escarnios que recibía de él directamente, ya que les ahorraba a ellas la fatiga de ofenderla. Incluso Niobe, a pesar de su natural generoso y dulce, sentía un enorme placer al observar cómo trataba Remo al anfibio, a la

sirvienta, a quien ella tenía en cierto modo que servir y que pretendía hacerse la orgullosa despreciando a un joven como no se había visto, ni llegaría a verse, por aquellos contornos y que era la admiración de todo el mundo. Ante el gesto duro de Giselda, Niobe pestañeaba mirando a Remo a espaldas de ésta, contraponía a su cara crispada la suya propia —siempre serena— y le guiñaba un ojo haciendo referencia a la cara larga. Remo respondía con un suspiro dirigido a la vieja fiel, que sabía que estaba de su lado en cualquier circunstancia, un suspiro irónico dirigido a la fortaleza inexpugnable aunque bien combatida, a su valerosa resistencia tan dañina e inútil para ella como providencial para él.

En esa situación, Giselda, cuya voz se le había vuelto una facultad inútil para su desempeño diario, empezó a cantar en el primer piso de la casa mientras realizaba las tareas domésticas o cuando se encerraba en su habitación. Lo hacía con frecuencia y con fuerza, desplegando la voz, y cantaba más y mejor cuanto más azotaba el temporal en la planta baja. Cantaba de todo: canciones y coplas, aires populares y, sobre todo, melodías de óperas antiguas muy conocidas; en definitiva, entonaba todo lo que sabía y le venía a las mientes en el momento, de suerte que a la borrasca de la planta baja se sumaba este lirismo de la primera planta.

Es preciso reconocer que no se le daba mal y, por más que era una aficionada, no tenía mala voz, sabía modularla con garbo y entonaba muy bien; su práctica mejoraba día a día, y la gente que pasaba por delante de la casa levantaba la cabeza al oírla.

Es imposible describir cuánto les caía a contrapelo a las hermanas esa maldita práctica del canto, hasta qué punto les sentaba como una patada en el hígado, pues ella sabía olfatear en el aire el momento más propicio, que —como bien cabe suponer— era el menos oportuno para ellas, que siempre estaban al acecho para ver si sorprendían en aquellas canciones una ofensa abierta a sus personas, una indirecta, un doble sentido, una alusión que de algún modo tuviera que ver con ellas —alguna burla encubierta, un golpe a su poder, a su autoridad—, para imponerle silencio. Nada. Nada en absoluto. En todo momento Giselda sabía esquivar cualquier confrontación con una finísima habilidad, y era imposible cogerla en un fallo, hacerla caer. Resulta asombroso comprobar cómo era capaz de sortear tantos peligros a la vez: sabía caminar entre las llamas evitando quemarse la orla del vestido.

Se suscitaban pequeñas y grandes discusiones por las cuentas que había que pagar, o se producían escenas violentas por el monto y la sorpresa que suscitaba una factura. Se ponía de relieve la carga que significaba Palle para la casa; pues, al no despegarse ni un momento de su amigo, siempre aparecía a la hora de la comida y devoraba con

un apetito de primera categoría. Además, cuando andaban de un lado para otro, las tías sabían bien que Remo gastaba por dos. Metida en su casa, la madre de Palle repetía llena de fe: «Señor, hágase tu voluntad siempre y en todo lugar». Tenía razón en no dudarlo; no era para menos: podía darle gracias al Señor, podía dejarlo hacer, pues lo que hacía estaba bien hecho… Desde el primer piso se elevaba la voz:

Noi siamo zingarelle
venute da lontano;
d'ognuno sulla mano
leggiamo l'avvenir.

Cuando al principio Remo hizo amistad con Palle, las tías quedaron muy contrariadas por esa preferencia. Entre tantos jóvenes, ir justamente a elegir al más infeliz, al más desheredado por el destino, al más bruto, torpe y mal vestido; a un chico que en su casa ni siquiera podía contar con los cuidados mínimos indispensables que requiere un adolescente, que iba camino de convertirse en un obrero de los más humildes…, y ellas, que tan altas miras tenían con respecto al porvenir de su sobrino. Pero la cordialidad profunda y tranquila con que Remo trataba a su compañero —«Ven, Palle; escucha, Palle; vamos, Palle»—, la calidez de su voz al dirigirse a él —calidez que no tenía para nadie más— y la devoción con que el compañero lo seguía a todas partes las dejaron perplejas y suscitaron sus reproches. Más adelante enfocaron el asunto con la vanidad que ya las había invadido, callaron admiradas y empezaron a ver en Palle solamente la sombra de su sobrino. Remo había elegido un guardaespaldas, un secuaz, un servidor, lo cual no hacía sino confirmar una vez más su habilidad y su fuerza. Finalmente, tampoco el hecho de que lo sentara a la mesa, esa sombra que, a la hora del almuerzo, se corporeizaba de la manera más consistente, dejó de resultarles una contrariedad, un hecho que, por lo demás, se había convertido en una costumbre. Remo había empezado diciendo: «Ven, Palle; vamos a comer; come conmigo hoy». Éste, tras la incertidumbre de los primeros días, aceptaba sin esperar a que se lo repitieran; y las mujeres, al ver lo contentos que se ponían por estar juntos, acabaron por cogerle gusto a aquel nada despreciable aumento de la familia, a aquella irrupción que había transformado sus comidas, antes apresuradas y frugales, en una hora de esparcimiento. Pero, cuando se ponían con Niobe a hacer las cuentas de la casa que, sin saber cómo, se habían triplicado, lo cual las dejaba desconcertadas, estupefactas, pensativas, sin palabras, desde el primer piso se expandía este cantar:

Se quel guerriero

io fossi se il mio sogno
si avverasse!… Un esercito di prodi
da me guidato…

Entretanto, la madre de Palle repetía extasiada: «Señor, hágase tu voluntad en todo lugar y siempre».

Como ya he señalado, entre ambos jóvenes cabría suponer la existencia de afinidades naturales muy desarrolladas que los habrían acercado el uno al otro y los mantendrían unidos, pero una suposición de esta índole, tan común y fácil, no sirve en nuestro caso. Las afinidades suelen provocar amistades superficiales y frágiles alimentadas por una solidaridad de intereses, algunas veces aparentes o inciertos, que ocultan tanto rivalidades profundas como celos, y que conducen fácilmente a la desilusión y a las sorpresas. Aquí habría que decir que una rivalidad agotada en un acto de violencia les había permitido conocerse, y que las diferencias naturales los habían unido y los vinculaban indisolublemente en un lance único: el riesgo, el vivir para arriesgarse. Eso se hallaba bien definido y era consciente en uno; en el otro era instintivo, informe.

Remo era de una extraordinaria belleza física y tenía un porte señorial; Palle tenía un físico insignificante e irremisiblemente popular, algo que lo hacía parecer tímido al lado de su compañero, cuya audacia era evidente y era más osado, altivo y seguro de sí mismo. A Remo no le desagradaba la tosquedad del otro; por el contrario, le gustaba, no hacía nada para reducirla ni atenuarla; deseaba que el otro fuera él mismo todo lo posible. Por su parte, Palle no sentía envidia del traje de su amigo, le gustaba vérselo puesto a él, pues así tenía que ser, y no habría hecho nada por tener otro igual. Se daba en Remo el temperamento de quien manda, mientras que Palle tenía el espíritu de quien obedece: toda la osadía de Remo tenía que pasar por la criba del cálculo, debía dirigirse a su propio fin; la mente de Palle rechazaba todo cálculo, su arrojo era desinteresado y se entregaba a cada empresa sin preguntarse por lo que daba ni por lo que iba a obtener; tenía la necesidad de dar, pero para ello necesitaba una regla, alguien que la formulara, un líder al que seguir. Eran como el soldado raso y el oficial: se regían por el principio de que uno mandaba y el otro obedecía, y, en consonancia con esto, la diferencia entre sus respectivas tareas solamente tenía un valor práctico: eran dos corazones que latían al unísono por la misma fe en la nobleza del espíritu. Claro que para esta batalla que es la vida, en la que los combatientes son egoístas, y con frecuencia de forma ciega y feroz, Remo estaba armado hasta los dientes para combatir, mientras que su compañero se encontraba inerme. Estando solo, lo habrían aplastado sin remisión, convertido en un siervo, en un esclavo, en un animal de

tiro como su padre y su madre. Aquel espíritu puro necesitaba uno experto para vencer, y al experto le hacía muy bien sentir a su lado esa pureza que redoblaba su atrevimiento. En el fondo, Remo solamente amaba a Palle; el que pasaba por ser su asistente era lo mejor de sí mismo.

Los dos adolescentes se encontraban frente al mundo con sus largas carreteras llanas por las que pasan los dueños de hermosos coches, los afortunados que tienen tanto dinero para gastar y que pueden cambiar de vehículo a placer o capricho, los que asisten a todos los certámenes automovilísticos, a quienes una misma pasión, a pesar de su elevado rango, hermana con los más humildes y, como la divinidad, los hace sentirse unidos. Se encontraban frente al mundo con sus vuelos prodigiosos, cuya grandeza borra de la mente el pensamiento de la muerte; con sus carreras vertiginosas, con su borrachera de velocidad. Respiraban la atmósfera febril que generaban las carreras, el deseo de ser intrépidos, de correr cada vez más: la voluntad, la fuerza, la destreza, todo estaba al servicio de conducir a toda prisa.

Palle no mostraba iniciativa alguna. Remo sentía la necesidad de tener a alguien que lo siguiera en las suyas para cuya realización aguzaba el ingenio; le hacía falta alguien que le diera la razón sin discutir. El mayor goce de ambos era dormir juntos. Palle se ponía contento cuando Remo le decía: «Quédate a dormir, quédate conmigo». Sin moverse y un poco encogido en el inmenso lecho bajo el enorme baldaquino de damasco celeste, Palle miraba burlonamente con sus ojillos sin poder contener la risa, mientras se preguntaba adónde había ido a parar y qué podían representar aquellos objetos tan extravagantes. Se adormecía con la sonrisa en los labios pensando que a la mañana siguiente la primera palabra de su amigo le anunciaría un nuevo proyecto: qué iban a hacer, dónde iban a ir; pensaba en el placer de oírselo decir de repente, apenas abiertos los ojos, sin tener que esperar…, sin que hiciera falta ir a preguntárselo. Por lo que se refiere a Remo, le complacía sentir a su lado, hasta que abría los ojos, a su compañero de fatigas.

Ambos eran callados, hablaban poco con los demás y no gustaban de las habladurías; por el contrario, les molestaban. Uno se libraba de ellas con su comedimiento, que generaba frialdad; el otro, retrayéndose puerilmente, respondiendo con manotazos en la espalda y codazos a quienes le llamaban, «¡Palle! ¡Palle!», con la intención de meter la nariz en sus asuntos, especialmente en los de Remo.

Se entendían mediante gestos, con monosílabos, con miradas y empleando palabras de una jerga que les era propia; ambos se encontraban bien entre los hombres para hablar de temas comunes, para informarse, para dar noticias, para contar esto y lo otro, para debatir. Remo pesaba con la balanza del oro el tiempo que dedicaba a

las mujeres; las miraba con frialdad e indiferencia, como una posición que había que conquistar en el menor tiempo posible. Palle se sentía incómodo entre las mujeres, como si sus faldas fueran de brea; no veía el momento de deshacerse de ellas y de salir corriendo. Las representantes del sexo femenino lo hacían reír y le infundían temor; era tan hombre que casi no sabía hablar con una mujer.

Ninguno de los dos era un sentimental ni había florecido en ellos la sensualidad.

El amor que Palle profesaba a su madre era ascético: no era un amor de este mundo, se lo podría calificar de *devoción*, y no requería de palabras; a su amigo lo amaba como si fuera una parte integrante de sí mismo, tal como amaba la vida. El acto sexual era para Palle una cosa físicamente muy simple, pero tan elevada en lo espiritual que no podía comprender cómo los demás lo consideraban con tanta desenvoltura. Si se veía obligado a hablar de ello, giraba la cara para reírse, del mismo modo en que en la mesa se escondía un poco detrás del brazo para comer; la relación sexual solamente lo atraía por seguir el ejemplo de los demás o, mejor dicho, por seguir la corriente, sin echarse atrás por hombría, pero conservando en todo momento y lugar una reticencia instintiva unida a su pudor viril. Creía que era algo que no debía hacerse con tanta ligereza y no lograba superar su impresión desfavorable al respecto, a menos que se diera entre dos seres unidos por un vínculo indisoluble y entre los que se hubiera desvelado el secreto natural. El día que se sintiera interesado por una joven la haría su esposa y se convertiría tanto en un marido fiel como en un buen padre.

Entre los amigos de Remo, desprejuiciados, vividores, todos ellos de apariencia burguesa, Palle, con su gorra encasquetada, las manos en los bolsillos y su caminar rápido, ocupaba el puesto del perro: estaba siempre presente y era como si no estuviera, siempre a mano cuando hacía falta y pasando inadvertido aun estando con todos. No ocupaba más lugar que un chucho y estaba contento de ocupar su puesto con diligencia. De vez en vez, lo mismo que el perro, centraba la atención del grupo; todos le tenían afecto y ternura, que llegaban hasta el pescozón cariñoso, hasta el abrazo y la necesidad de mimarlo. Exactamente igual que un perro. A todos ofrecía sus espaldas anchas y macizas, así como su sonrisa, bondadosa y pícara a la vez.

Las diferencias con su compañero eran enormes en este aspecto. Tampoco Remo estaba dominado por la sensualidad; antes bien, la dominaba perfectamente, pero enseguida había comprendido el valor que tenían las mujeres en la vida, cuánto ascendiente podía lograr sobre ellas y lo que representaban en nuestra sociedad. En todos los casos, conservaba su frialdad, su circunspección enigmática y la sonrisa apenas insinuada del patrón.

Algunos pescozones le llegaban a Palle incluso por parte de Remo cuando había que zanjar una cuestión sobre la que no se podía discutir a causa de su complejidad.

Para verlos actuar al unísono y cada uno según su personalidad, había que observarlos ante un automóvil, atareados con él, metidos en sus vísceras con el objeto de repararle el motor, de descubrirle el desperfecto o el fallo, de devolverle el movimiento; y, si tenemos en cuenta que siempre se traían entre manos coches agonizantes, destrozados, su pericia se veía sometida a pruebas inverosímiles. Eran capaces de reanimar con una precaria vida a cualquier cadáver. El cuerpo de Palle dejaba de ser humano: se convertía en esfera, en rueda, en arco, en horquilla, en eje, en zapata, en taladro, en leva o en tapón…; y en todo momento él sabía adecuarlo a las necesidades. El de Remo permanecía siempre inmutable: era en todo momento un cuerpo humano magnífico que se revelaba, se plegaba, se desplegaba, se desataba, y que reflejaba un alma en cada uno de sus movimientos. El hombre también reinaba en el coche. Palle era su amoroso y devoto servidor, y seguía siéndolo cuando se montaba en él o cuando lo ponía a andar; su presencia en el coche era necesaria. En cambio, para Remo el auto no estaba completo hasta la llegada de su conductor y parecía llamarlo, esperarlo, como una dama melancólica y solitaria espera a su amante. Apenas se subía al vehículo, éste se le entregaba formando un todo con él, quedando enteramente en sus manos, y Remo se convertía en su señor.

Para examinar sus diferencias y su unión, también era necesario observarlos en una carrera de automóviles, en pista o en carretera, en el aire o en el agua. Habían afrontado incomodidades, peligros y todo tipo de incógnitas con el fin de asistir a esas competiciones dondequiera que se celebraran; se habían desplazado hasta los lugares por todos los medios, incluidos los más absurdos, con coches completamente desahuciados. En ellos se daba la fe que une los corazones. Delante de un auto de carreras a toda máquina los ojos de Remo se entrecerraban hasta unir las pestañas, hasta producir una sombra entre los párpados, como si estuviera enfocando un catalejo, si bien el resto de su cuerpo no mostraba aquella agudísima tensión. Los ojos de Palle se hacían cada vez más pequeños, diminutos, y acababan siendo dos puntos, dos flechas, mientras él se curvaba gradualmente, metiéndose en sí mismo. Este sentido combativo de la vida los poseía por completo, era un vivir al día y proporcionaba a los dos jóvenes una posibilidad de heroísmo cotidiana, física, normal; claro que desgraciadamente no estaba a la altura de sus aspiraciones. En el futuro serían capaces de realizar hazañas de gran audacia ateniéndose únicamente a la ejecución, a la belleza de la acción, sin que se les pasara por la cabeza la sombra del sacrificio o del interés.

Si a la belleza son sensibles los amigos y los conocidos, los familiares y los vecinos, e incluso quienes dan al fiado sus mercancías, también habrán de serlo otra clase de personas.

Es difícil saber por qué Remo, siempre evasivo y desinteresado con toda la gente de los alrededores, vigilaba y se ocupaba desde hacía algún tiempo de la clientela de las tías. Fingiendo encontrarse allí por casualidad, mostrándose indiferente o distraído, observaba los diversos tipos de mujer que venían a hacer encargos. Con todo el respeto y la deferencia que las hermanas mostraban siempre con sus clientes, no perdían ocasión de darles a conocer quién era el joven que se encontraba en la puerta o al lado de la verja, maniobrando un automóvil delante de la casa o atravesando con tanta desenvoltura la habitación al entrar o al salir. Bastaba con una mirada para que se creyeran con derecho a hablar; mirada que las modistas preferirían no haber sorprendido, pues en esos momentos su interés se volcaba más en la clienta en cuestión que en los temas que tenían que ver con las camisas y las bragas.

—Es nuestro sobrino.

—El hijo de una hermana que murió en Ancona cuando aún era muy joven.

—Es huérfano de padre y madre.

—Tiene veintidós años.

—Hace ocho años que vive con nosotras.

Si Remo se encontraba presente, por más que no tomaba eso por una presentación formal, dirigía a la señora y a la joven que la acompañaba una sonrisa que era a la vez respetuosa e insolente, como si se tratara de una obligación con la que se cumple apresuradamente ante la imposibilidad de eximirse de ella. Mientras tanto, y con gran rapidez, observaba los tipos y, si valía la pena, permanecía junto a la verja, pero no para verlas salir y marcharse en automóvil, sino todo lo contrario, pues ni siquiera se volvía: lo hacía para darles la oportunidad de que lo vieran. Además, tenía buen cuidado de dirigirles un saludo, aunque fuera frío y distraído, aprovechando que no lo veían las tías —con ello daba a entender que el homenaje precedente iba dedicado a ellas, y no a las damas—; igualmente interrumpía una conversación con Palle para saludar. Era insuperable en ese arte: sin necesidad siquiera de mirarlas furtivamente, se daba cuenta exacta del interés que suscitaba a las mujeres, quienes, creyéndolo con el pensamiento en otra parte, se detenían a observarlo por no haber podido hacerlo bien delante de sus tías, y no resultaba fácil saber quién lo escrutaba con mayor intensidad, si la hija o la madre. La primera, en vísperas de la boda, realizaba tal vez alguna comparación melancólica, conformándose con admirar, pues no existe

esposa fiel (no quiero añadir cifras a este adjetivo porque no conozco las estadísticas) que, al menos con la mirada, no haya traicionado a su cónyuge multitud de veces.

Cuando iban sacerdotes, las tías hacían la presentación oficial, y Remo, con premura, estrechaba la mano que adelantaba el sacerdote, amigo más que cliente. Hablaban de cosas aleatorias. Remo sonreía abiertamente, se volvía locuaz, mientras las tías se miraban una a otra preguntándose de dónde saldría tanta elocuencia y bonhomía. Con los curas utilizaba una táctica especial que no tenía nada que ver con la empleada con el resto de la gente, táctica con la que estaba seguro de granjearse su simpatía: fingía entregarse, aparentaba ser un muchachote irreflexivo, bonachón, de tal manera que, si bien las mujeres tenían que correr detrás de él sin alcanzarlo, los sacerdotes se marchaban con la impresión opuesta: seguros de haberlo cogido al vuelo y metido en el saco, cuando en realidad no habían conseguido nada. Se despedían expresando a las tías su complacencia: «Un joven magnífico, simpático, lleno de vivacidad. Ya pueden estar contentas de tenerlo con ustedes». Las mujeres no eran capaces de responder. La cara de Teresa, dulcificada su dureza de trabajadora, se ponía como la cera que se moldea al calor, mientras que Carolina no hacía sino afianzarse en su silla del miedo que tenía a caerse. Solamente cuando aparecían las beatas, Remo salía sin siquiera darse la vuelta. Ellas, por su parte, pasaban rígidas recordando a un signo de la cruz trazado en el aire por el encuentro de dos fuerzas antagónicas. Eran las tías las que sabían vengarse de esa clase de mujeres: las hacían volver cincuenta veces para preguntar si todavía no estaba terminado el famoso mantel o la bendita alba, a lo que respondían despectivamente: «No; no hemos podido hacerlo».

Desde hacía algún tiempo se había hecho clienta asidua de las bordadoras una insólita señora que vivía en una villa de Settignano; era una condesa rusa huida milagrosamente de la revolución de Lenin, sobre la cual corrían muchos rumores y fantasías. Al marido, político del antiguo régimen, lo habían asesinado en la revolución, y la condesa, al haber perdido su nacionalidad, las había adoptado todas al convertirse en hija de la Sociedad de Naciones. Se había salvado de la matanza por haber partido casualmente hacia París en el momento de estallar la revuelta. Por aquella época poseía una casa en la Ciudad de la Luz, donde pasaba gran parte del año. Al parecer también había podido salvar sus riquezas, o por lo menos una buena parte de ellas, o, mejor dicho, las riquezas, que tenían piernas propias, la habían precedido en su huida, cosa que enseguida se percibía, puesto que tenía coches hermosos, una villa, criados y una vida lujosa y disipada. Más que rodearse de damas de alta alcurnia y caballeros, como se podría imaginar por su rango, atraía a su casa exclusivamente a gente

joven, a la juventud masculina y deportista. Jamás se la veía al lado de una mujer. Y, si bien se había escapado materialmente de un ciclón infernal, otro ciclón de las mismas características y, como el otro, inexorable, se había desatado en su espíritu: la señora intelectual se había aficionado al deporte. Los partidos de fútbol, los combates de boxeo, los saltos, las carreras de todo tipo, habían ocupado el lugar de los pensamientos profundos, de las indagaciones humanas, de los arrebatos líricos o de las líricas armonías, de las discusiones sesudas, brillantes o ponderadas. Decía tener treinta y nueve años con toda frescura, pero era fácil advertir que la condesa habría querido detenerse en el umbral de la cuarta puerta, pero no a la manera del mendigo quejumbroso y suplicante, o tal vez sospechoso, reservado; tampoco al modo del niño que se encapricha, grita y hace ruido sin saber por qué, y al que es imposible hacer entrar en razón una vez que se obstina. El lugar que le correspondía a la condesa estaba cumplidamente más allá de la quinta puerta.

Las Materassi confeccionaban para ella una prenda especial de una tela finísima que la condesa llamaba *combinación flor de lis*, y que había adoptado al establecerse en Florencia como homenaje a la divisa floral de la ciudad que la acogía. Se trataba de una camisa con bragas, que formaba una sola pieza y cubría el cuerpo desde la parte alta de los muslos, cáliz perfumado del que tomaba el nombre, hasta la altura de los senos.

De los saludos entre Remo y la condesa surgió una conversación propiamente dicha cuyo tema eran los automóviles. Se encontraban todos los días por el camino de Settignano. Remo conocía la reputación de la dama, que lo miraba con insistencia, sin lograr despertar su interés, pues Remo sólo tenía ojos para sus coches, muy diferentes de los que él se veía obligado a conducir por la misma carretera. Varias veces se lo había encontrado en medio del camino con el vehículo averiado y tratando de ponerlo en movimiento. La condesa reía y reía sin miramientos. Y Remo, en lugar de amedrentarse por aquella burla, se desternillaba con ella de su propia escasez de recursos, por más que presumiera de intermediario de automóviles y de representante. No obstante, se tomaba la situación con buen ánimo al tiempo que en su interior iba madurando una decisión: un joven como él necesitaba indispensablemente un buen coche. Se había terminado la época de los cacharros de dos o tres mil liras, que solamente su heroísmo y el de Palle eran capaces de poner en marcha; tener un coche respetable se le hacía tan necesario como el pan. Eso era lo que pensaba Remo mientras se reía con la condesa. Pero cuando ella, bien vestida y acicalada, le propuso acompañarla a Settignano para conocer su villa, rehusó con la misma espontaneidad, aduciendo que tenía que llegar a Florencia. La alegría de la dama se

quedó un instante en suspenso, pero a continuación siguió carcajeándose como si nada hubiera pasado; no era mujer que se dejara dominar por la contrariedad. Por eso continuó riendo mientras arrancaba el automóvil y saludaba a Remo de un modo en que no se sabía si su intención era llevarse algo de él o dejarle algo de sí misma. Tanto daba que fuera una cosa como la otra, Remo no se mostró solícito ni en tomar lo que se le ofrecía ni en ofrecer lo que, entre risas, se le solicitaba.

Al cabo de dos días la condesa estaba en Santa Maria para encargar nuevas variantes de las combinaciones *flor de lis*; quería que las Materassi le confeccionaran una docena.

Remo la esperaba.

Reemprendieron la conversación, pero esa vez discurrió por temas más exaltados. Cuando la condesa se marchó, Remo aceptó la invitación de acompañarla en su coche hasta Florencia.

Dos días después, una nueva visita. La condesa acudía allí a diario, y volvía una y otra vez, como puede comprenderse, porque no lograba reunirse con él en otros sitios, establecer un nuevo encuentro. Si quería ver a Remo tenía que ir a buscarlo allí, el único lugar donde él se dejaba pescar. Y, cuando al salir se ofrecía para llevarlo a Florencia, él aprovechaba la invitación con mucha soltura y subía al coche; cuando, por el contrario, la condesa lo invitaba sutilmente a visitar su villa, él declinaba con prontitud y decisión, lo cual molestaba cada vez más a la dama: no podía acercarse porque tenía cosas que hacer, le era indispensable estar en la ciudad porque lo esperaban, iba con retraso y debía apurarse, tenía que llamar a Palle para que pusiera a funcionar el molinillo de café, la locomotora, como le decía entre risas a la condesa, o, si su coche estaba listo, salía a toda velocidad después de haber acompañado a la dama hasta el suyo.

Durante el tiempo que ella se detenía con él, tiempo que era cada vez mayor, paseaban de arriba abajo, delante de la verja de la casa, como dos centinelas, hablando de deportes, exclusivamente de deportes, que era el único tema que se podía tratar con Remo, y el único también sobre el que ahora quería charlar la dama, que se había aficionado exageradamente al deporte después de haber desertado, sin el menor pesar, del terreno del espíritu. Podía uno encontrarse en su villa con los campeones más célebres del momento, de quienes era amiga: primeras figuras de la lucha, de la esgrima, del boxeo, del fútbol, de la natación, de la vela, de la zambullida, del salto, del waterpolo, del baloncesto, ciclistas y corredores, aviadores y automovilistas. Ella también hacía algunos de esos deportes: era una remera de gran clase y una nadadora de mucha resistencia; practicaba esgrima, contaba con una piscina en su casa y todas las mañanas, antes del baño, hacía ejercicios de anillas y de barra. Pero ésa no era

la única razón por la que los agudos vecinos de Settignano llamaban a su villa el *polideportivo*. No se perdía una carrera, ni un partido, ni un torneo, y no había lugar o intemperie capaces de detenerla o atemorizarla. Durante el desarrollo de las competiciones se entusiasmaba hasta el punto de llegar a pelearse con alguna mujer. Como buena romana adoptiva, tenía la costumbre de lanzar la gorra al vencedor cuando finalizaba un combate. Las personas maliciosas o mal pensadas decían que, pese a llevar todas las boinas cosido en su interior el nombre y la dirección de la condesa, no todas volvían al poder de su dueña. Y, del mismo modo en que en París su casa la habían frecuentado los pintores, los escultores, los músicos, los literatos y los filósofos de mayor fama, cuyos debates había presidido durante muchos años, habiendo asimismo apartado sus tormentos intelectuales y gozado de su intimidad y amistad, y después del cambio del que hemos hablado más arriba, que la había lanzado al extremo opuesto, a la acción que resuelve todos los problemas, los rechazaba en bloque llamando *emmerdants* a los artistas y a todos los de su clase. También reservaba para los profesores y filósofos, de moral desequilibrada y dudas llenas de pesimismo, la denominación de *vieux cocus*. No existe mejor filosofía que la que se ejerce con las piernas y con los brazos al aire libre, conservando la mente intacta, mientras que las otras filosofías provienen de la tumefacción de los miembros. «*Je suis grecque*», decía arrebatada, la condesa, mientras dejaba de lado el bagaje de su nacionalidad ginebrina. «*Je suis grecque*», repetía al tiempo que añadía que los italianos son los herederos naturales de Grecia, y que la juventud italiana era la mejor del mundo, muy equilibrada, «*dans sa chaleur*», para terminar afirmando que había encontrado en la Toscana una materia prima «*formidable*». Había encontrado al hombre, ni más ni menos. No cabe la menor duda de que el pobre Diógenes debía de estar contemplándola desde el más allá con envidia y con un poco de rabia por lo mucho que él lo había buscado, incluso con una lámpara, y, a buen seguro, mientras se mordía los labios, estaría diciendo: «Mira tú quién lo fue a encontrar».

Todas esas conversaciones las tenían cuando paseaban enfrente de la casa dando un sinfín de vueltas que tendían a aumentar en cada visita.

En un principio, las Materassi alzaban la cabeza maquinalmente sin mirarse cada vez que los dos pasaban por delante de la puerta; después terminaron por no darse ni la vuelta, permaneciendo inclinadas sobre el trabajo cualquiera que fuese el tono de la conversación, alto o bajo, y cualesquiera que fuesen los arrebatos y las carcajadas resonantes de la dama. Sin embargo, cuesta trabajo creer que se hubieran habituado a un ejercicio semejante o que lo sufrieran

con resignación pacífica: en realidad, aquello les roía las entrañas y les envenenaba la sangre, cada vez estaban más furiosas con aquella señora, a causa de su manera de hacer las cosas y de su proceder, así como con su voz insolente y su ridícula apariencia. Aquellas visitas, en las que ya se revelaba sin ningún pudor la verdadera intención que ocultaba con la excusa de las camisas, las enfurecían. A ratos se sentían como atrapadas en un bloque de hielo durante esas conversaciones; a ratos, cociéndose dentro de un horno, friéndose en una sartén. ¡Si por lo menos Giselda se hiciera oír desde el primer piso! ¡Qué va! Sólo cantaba cuando debería estar callada; nunca hacía nada que agradara a las hermanas. Ahora que su voz habría sido como una intervención celeste cantando una coplita apropiada para la ocasión, la infernal criatura permanecía muda como un pez. Pero, aunque las hermanas no levantaran la cabeza, desataban su furia e intervenían cuando ya no podían más, pues de otro modo habrían reventado. Cuando la condesa afirmaba, con mucha ligereza, que tenía treinta y nueve años, Teresa exclamaba: «¡Y los que anduvo a gatas!», mientras Carolina remachaba: «¡Descarada! Y veinte más también», y se ponían a coronar sus afirmaciones como si estuvieran contestando a su letanía: «Qué rica, la remadora». Y si decía que le gustaba nadar: «¡Ahógate!». Cuando hablaba de sus prácticas de esgrima:

—¡Ojalá acabes ensartada como un tordo!

—Me gustaría verla saltar.

—Hará el salto del oso.

—No; seguro que el de la mona.

—Si por lo menos se rompiera el pescuezo…

—Con qué gusto la empalaría.

—¡A la hoguera con ella!

—Sí, pero antes habría que engrasarla bien.

También la tomaban con Lenin que, después de haber matado sabe Dios a cuánta gente buena y valerosa, había dejado escapar a semejante pieza.

A esas alturas la condesa ya no se ocupaba de ellas en absoluto; su comportamiento era el mismo que si estuviera en un café; ni siquiera les dirigía la mirada y se marchaba sin dignarse saludarlas.

Hablaron con Remo del asunto. Había que terminar con aquellas visitas. Por el buen nombre de la familia, aquella mujer tenía que dejar de aparecer por allí sin demora. Remo les respondió con toda sencillez que él no tenía nada que ver con determinadas visitas, y que, si la condesa permanecía allí mucho tiempo, no era cosa suya despacharla, ya que no era el dueño de la casa y, además, no podía tratar con malos modales a quien sólo demostraba gentileza.

Entonces las tías tomaron una resolución heroica: dejaron de lado

todos los demás encargos y se pusieron a trabajar incluso de noche para terminar las combinaciones *flor de lis* en el menor tiempo posible con el fin de librarse de aquella importuna clienta.

En una semana quedaron listas las doce combinaciones, que, acompañadas de su factura, se enviaron de inmediato a la condesa por medio de Giselda. Si bien la vez anterior le habían cobrado sesenta liras por cada una, precio que habían establecido de común acuerdo, esa vez se las facturaron a setenta y cinco con la mala intención de provocar una discusión para ningunearla.

A la mañana siguiente se paró delante de la puerta el automóvil de la condesa. Acto seguido se bajó el conductor con un paquete y un sobre: la factura y el importe correspondiente para saldarla. La condesa pagaba sin poner reparo alguno al aumento del precio. En el paquete había tela para la confección de otras doce camisas, cuya realización no era urgente; la condesa pasaría en otra ocasión para elegir modelos y tipos de bordados.

Las Materassi se quedaron estupefactas, pasmadas, con el dinero y la tela en la mano, sin saber qué hacer. Teresa firmó el conforme de la factura, preocupada, como si estuviera firmando algo muy importante, y, cuando las dos hermanas se quedaron solas, se miraron: «¿Qué hacemos? ¿Qué se debe hacer en un caso así?».

Esa misma tarde, después de la cena, no bien hubo salido Giselda del comedor, Remo se dispuso a tratar un asunto importante con sus tías. Había cumplido ya veintidós años, por lo que ya era hora de pensar en una ocupación concreta, en un empleo, y él tenía a la vista posibilidades que consideraba oportuno no dejar escapar. Se trataba de la representación para la zona de Florencia de un nuevo automóvil destinado a tener un gran éxito en un futuro próximo. Eso sí, para entrar en relaciones con el fabricante, así como para hacerse valer, necesitaba él también un automóvil, cuyo valor era de treinta y cinco mil liras. Su porvenir dependía de que diera ese paso.

—¿Treinta y cinco mil liras?

—Pagaderas a plazos.

Las hermanas jamás habían oído pronunciar con tanta sencillez una cifra semejante. En su vida los números habían marcado etapas fatigosas y largas, igual que ascensiones a montañas inaccesibles cuyas cimas habían alcanzado a costa de sacrificarse sobremanera. Hasta ese día los aportes de dinero no habían ido más allá de dos mil o tres mil liras para saldar una factura, para hacer frente a esta o aquella necesidad, a los gastos cotidianos. Pero esa suma las espantó; ni siquiera tuvieron fuerzas para negarse, para protestar, para rebelarse ante una petición más desproporcionada a su mentalidad que a sus posibilidades. Bajaron la cabeza para articular un no doloroso, sin voz, como si hubieran recibido un golpe mortal. «Da igual —dijo Remo con

tranquilidad, resignado—; lo comprendo, lo comprendo; tenéis razón, lo sé.»

Acto seguido se volvió hacia Palle y le pidió que prepara el coche porque estaría fuera dos días y, además, cosa insólita, partiría solo. Entretanto, subió a su habitación para hacer una maleta. Cuando el coche estuvo listo delante de la casa y Remo lo abordó con la maleta en la mano, las tías se quedaron asombradas al verlo salir no en dirección a Florencia, como era habitual, sino en la dirección opuesta, por la carretera de Settignano.

Ni siquiera tuvieron fuerzas para expresar sus temores y pronunciar palabra. Pasaron dos días de cerrado silencio en el que ahogaron todas las interrogaciones. Al segundo día apareció Remo en Santa Maria a bordo de un magnífico automóvil.

Fue un retorno triste. El esplendor del vehículo, lejos de producir alegría, provocaba en la casa angustia y dolor. Por una parte, un mutismo preñado de indiferencia; por la otra, uno preñado de reproches y de amenazas.

A los dos días de ese tormento, de esos silencios que iban haciéndose el uno cada vez más pesado, más plúmbeo, y el otro cada vez más aéreo, fue el sobrino quien rompió el hielo con su habitual naturalidad y con una sonrisa en los labios casi dulce, si bien de una dulzura a la que no convenía que se acostumbrara demasiado el paladar de las tías. «¿Se puede saber, de una vez por todas, qué queréis de mí?» Como no se esperaban una salida semejante, las mujeres se miraron aterradas, desorientadas frente a su interlocutor, que, al no tener respuesta alguna, repitió tranquilamente, marcando bien las sílabas: «¿Qué queréis de mí?»

Las hermanas volvieron a cruzar un par de miradas más y a continuación lo miraron a él cuando les pareció que habían encontrado la punta del ovillo de las palabras.

—Ver las cosas claras —dijo Teresa, recuperada ya y con un tono firme.

—¿Cuáles?

—¿De dónde ha salido ese automóvil?

Remo mostró su intención de armarse de toda la paciencia del mundo y de una buena dosis de sumisión, de modo que habló tratando de convencer:

—Ya os dije que necesito este automóvil: me resulta indispensable, tengo que abrirme camino, debo labrarme una posición. No puedo continuar así por más tiempo. Espero conseguir la representación de este auto o de otro cualquiera para la zona de Florencia. Además…, bueno…, aunque no la consiguiera, el automóvil igualmente prestaría un gran servicio. Un buen auto es como un buen traje: tiene un valor

que vosotras tendríais que conocer mejor que los demás y, sin embargo, demostráis poca comprensión. El mundo es así, y yo tengo la esperanza de alcanzar mi meta.

—¿Y cómo lo pagaste? —Teresa hacía estas preguntas sabiéndose ya la respuesta, y Carolina clavaba su mirada en Remo ávida y chispeante, convencida ya de sus afirmaciones.

—Puesto que me habéis negado vuestra ayuda, es algo que no os interesa. —En eso Teresa alzó la voz para ocultarle al sobrino que se había cambiado a su bando:

—Nos interesa, sí, señor. Nos interesa, vaya si nos interesa, nos interesa muchísimo. Dado que formas parte de la familia, tenemos el derecho y el deber de saber determinadas cosas de ti —en este punto elevó todavía más la voz—. Ésta es una casa sin misterios, siempre ha sido así. Nosotras somos un libro abierto, y no hay razón alguna para que esto cambie. —Y todavía más alto—: Nuestra vida ha estado siempre a la vista de todos. Son nuestras maneras y siempre lo serán.

Remo, que había intuido el punto exacto en el que su tía se había puesto de su lado, le concedía toda clase de desfogues oratorios plegándose melancólico bajo un peso que ponía mucha pena sobre su cabeza, tan hermosa y brillante, con un pelo tan ondulado y bien peinado, y que sabía conservar indefinidamente las huellas de la adolescencia. «Bueno…, tengo que pagarlo a plazos. El primero debo hacerlo efectivo mañana.» Hizo ademán de marcharse y aparentó no darse cuenta del suspiro de alivio que dio su tía.

—Quiere decirse que el auto no está pagado.

—De momento, no.

—¿Y tú vas a tener el dinero mañana?

—Sin falta.

—¿Y de dónde lo vas a sacar?

—Ya os dije que eso no es cosa vuestra.

—Te repito que nos incumbe mucho, pues no podemos permitir que tenga un origen ilícito. ¿Quién te da el dinero? ¿La rusa de Settignano? ¿Es ella la que paga el automóvil?

Remo no respondía y daba la impresión de estar diciendo para sus adentros: «No es ésa… ni mucho menos». Sin embargo, dejaba que las tías creyeran todo lo contrario.

—A título de préstamo, entre amigos se puede aceptar de cualquiera.

—Pero no de ésa; de ésa, no, no… —Pensar en aquella mujer hacía que Teresa perdiera los estribos, como cuando paseaba de arriba abajo frente a la casa, bromeando y riendo con el joven—. De ésa, no, ¿entiendes? No se coge el dinero de ciertas mujeres. Sabemos muy bien lo que significa vuestra amistad. ¿Y cómo vas a hacer para

devolvérselo?

—Se lo devolveré tan pronto como pueda.

—¿Y de cuánto es la primera letra?

—De doce mil liras —soltó con toda claridad.

Al igual que cuando supo la noticia de que el auto aún no estaba pagado, Teresa se encrespó con esta cifra. «Hasta luego. Se me hace tarde, ya voy con retraso, tengo que irme», prosiguió el sobrino. Remo salió con paso rápido de la sala y minutos más tarde bajó de su habitación.

—Esta noche no vendré a cenar a casa; hasta luego —repitió atravesando el salón como una flecha.

—¡Oye! —Ante la llamada de Teresa, se detuvo en la puerta con la actitud de quien no tiene tiempo de escuchar—. Escucha… Si es verdad que necesitas el auto para labrarte una posición, para abrirte camino en la vida… —Teresa decía todo esto sin darse cuenta de qué camino podía abrirse el sobrino por medio de aquel automóvil, que se los abría todos para pasear sin mayores inconvenientes y a gran velocidad—. Hemos decidido pagártelo. Teniendo en cuenta que, de haber querido estudiar, habríamos gastado en ti lo necesario, ahora te vamos a comprar el automóvil, pero tenemos que hacer un pacto: debes prometernos que no te vas a relacionar más con esa mujer. Un joven de tu edad no debe tener relaciones con mujeres de esa clase. Además, nosotras no queremos saber nada de ella, ni de sus telas, ni de sus camisas, ni de sus combinaciones: que las encargue donde mejor le parezca, a quien quiera, en el infierno. Le devolveremos todo: no queremos servirla, no la queremos ver más…

Habríase dicho que Teresa estaba más obsesionada con la imagen de aquella horrenda mujer que con el precio del auto. Y Remo, que comprendía algunas cosas incluso antes de que salieran a la luz, pues suya era la legítima paternidad de tales cosas, simuló enredarse con la madeja, mientras que su conducta era decidida y recta. Pareció perderse en una fatalidad muy intrincada, para concluir a la manera de quien caza al vuelo una inspiración súbita: «Está bien… Yo mismo puedo devolverle la tela. Será una prueba convincente para todos».

Los ojos de Teresa chispearon de felicidad ante aquella sublime idea, y Carolina respiró tan hondo y con tanta brusquedad que pareció que se había partido en dos.

En ese momento Palle se detuvo frente a la verja con el nuevo y reluciente automóvil: «Dadme eso». Colocó debajo del brazo el paquete de la tela todavía sin desenvolver, y se puso en marcha. Luego se detuvo en la puerta y volvió al centro de la sala. «Vamos a hacer un pacto —las mujeres se echaron a temblar a la vez por el temor que les causaba ese pacto tan lejano en su imaginación—. Dentro de media

hora estaré de regreso, así que tratad de estar listas porque nos vamos de paseo. Esta tarde la pasaremos los tres juntos en Florencia, e iremos a cenar.» Y, como se quedaron mirándolo sin moverse, estupefactas, como soldados a los que se les ordena desertar, Remo dejó el paquete a un lado y, cogiéndolas por la cintura, las obligó a levantarse quitándoles el trabajo de las manos y poniéndolo lejos de su alcance. «Vamos, vamos…, arriba, pronto. En media hora estaré de vuelta. Tenéis que estar preparadas, que no os tenga que esperar.»

Niobe, desde la puerta, con las manos apoyadas en las caderas, se reía con ganas haciendo temblar con sus carcajadas los dos rollos de carne que le rodeaban la cintura y que daban la impresión, como si fueran dos inmensos labios hinchados, de estar riéndose a la par que ella. «¡Muy bien! ¡Como debe ser! ¡Así se hace!», decía ante el gesto decidido del sobrino, semejante a la chispa que hace estallar la revolución que da al traste con el orden establecido y caduco que se creía eterno, infalible. «¡Así se hace! ¡Como debe ser! ¡Muy bien!»

Las pobrecillas optaron por correr escaleras arriba como si las persiguieran, y Remo, después de coger el paquete con la tela, se dirigió al coche.

La condesa se hizo rogar un poco y dio órdenes al mayordomo de que hiciera pasar al visitante a un saloncito de espera. Remo se negó diciendo que tenía mucha prisa. Se quedó en pie a la entrada, con el paquete de tela bajo el brazo, adoptando la pose de un vendedor.

Cuando la condesa apareció, se quedó asombrada de encontrarlo allí de aquel modo y con el paquete bajo el brazo.

—Tenía intención de acercarme hoy mismo para hablar con sus tías.

—Perdóneme, condesa, y perdone también a mis tías, que son mujeres…, ¿cómo diría yo?…, raras, un poco extravagantes… Pero se fueron haciendo así, pobres, y a su edad es imposible cambiar. Están fuera del mundo. Sólo han conocido el trabajo, y esto las ha convertido en unas lunáticas, unas caprichosas, unas estrambóticas. Ven fantasmas…, se pierden en fantasías… y fácilmente confunden una cosa con otra. Pero la culpa no es de ellas, hay que perdonarlas. Son unos seres estupendos igualmente. Aquí tiene usted su tela; me piden que le diga que ya no se sienten con fuerzas para realizar este tipo de ropa interior, que resulta muy complicada y que requiere mucha atención…

Remo hablaba con alegría y con tono irónico —con una ironía que hacía recaer por completo sobre las tías— ocultando la insolencia que había en su comportamiento y en sus palabras. La condesa, que comprendía el verdadero significado de éstas, había dejado de reír poco a poco escondiendo muy hábilmente su contrariedad.

—No tiene importancia, no tiene importancia. No hay por qué

disculparse. Deje usted la tela allí encima. Buscaré otro lugar donde me la cosan. Da igual…

Sin embargo, no renunciaba a ver el asunto con claridad y, en lugar de desairar al joven, trataba de entretenerlo; pero, como él manifestaba tener mucha prisa, lo acompañó por la vereda hasta la verja de la villa.

—¡Oh! ¡Qué hermoso automóvil! ¿Es nuevo?

—Novísimo.

—¡Por fin! Estupendo, buena idea… ¿Hace mucho que lo has comprado?

—Hace dos días —respondió Remo inclinándose un poco como si quisiera agradecer a la condesa (¿el qué?).

—¡Vaya! ¡Vaya! Tiene usted las miras altas. Muy bien, muy bien. Hace usted muy bien, lleva razón… —Le hablaba en tono de camaradería, con seguridad—. ¡Muy bien! Estupendo. Tiene usted mucha razón…

—¿Por qué tenerlas bajas cuando se puede tenerlas altas?

—Eso es, eso es.

—En este mundo hay mujeres que desearían obtener mucho por poco… o por nada… —La condesa lo miraba con aire interrogante—. Y existen otras, por el contrario, que lo dan todo por poco… o por nada.

—¿Las ha encontrado usted?

—Y… quién sabe… Tal vez.

—Magnífico, de verdad; me alegro de todo corazón.

La condesa lo había entendido todo, o eso fingía riendo de manera estentórea. Reían juntos como buenos camaradas. Por lo demás, si él lo podía obtener todo a cambio de nada, la condesa daba a entender, con su buen humor, que ella también encontraba mercancía óptima a un precio más conveniente. Reían juntos. Eran como dos hombres que hablan de sus cosas y de sus intereses, que marchan viento en popa.

—Pero incluso las que no dan nada acaban por dar algo indirectamente —concluyó Remo en un tono de cortés agradecimiento.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

La condesa se rio entonces con más fuerza, y Remo, interrumpiendo sus carcajadas, se inclinó para despedirse.

Después de haber compartido risas con la condesa, la cara de Remo, que tan admirablemente conservaba las huellas de la adolescencia, se había tornado sombría y muda, como la del niño que aprende las duras realidades de la vida. Por la carretera, después de un prolongado silencio y de una profunda inspiración, se dijo a sí

mismo esta frase, volviéndose hacia Palle: «Así es, querido Palle: todo el dinero está en manos de los viejos». No dijo nada más; ni siquiera añadió si él sabía cómo había que hacer para que pasara a las de los jóvenes. Palle lo miró y soltó una carcajada, como si su amigo hubiera dicho que dos y dos son cuatro, algo que había sabido siempre, y eso que no sabía nada.

Cuando, al poco, Giselda vio salir a sus hermanas en el coche, relucientes y emperifolladas, sentadas como dos esfinges empenachadas y rodeadas por un cortejo de gente extasiada en actitud de adoración, no tuvo fuerzas para cantar. Habría querido hacerlo, pero no lo logró: el nudo que se le había hecho en la garganta se lo impedía. Aun así, tendría que haber dado gracias al cielo por haberle dejado un hueco para poder respirar. Niobe, la única capaz de mantener la boca cerrada en medio de aquella gente entusiasmada, acompañaba a sus señoras con la mirada y con los brazos tendidos: «Ahora, sí. Ahora sí que andan bien las cosas. Menos mal. Sólo se vive una vez. ¡Disfrutad un poco vosotras también, pobres desgraciadas!».

El flamante automóvil había llevado muchos cambios a Santa Maria. En su ascensión, Remo había dado con él un salto muy notable. Por fin estaba en el lugar que le correspondía, en un marco digno, en el que también estaba Palle, que cuidaba el auto, lo maniobraba y daba vueltas ociosamente a su alrededor, sin preocupación alguna, como si fuera un empleado ya retirado. Con este coche no había temores ni sorpresas, ni había que sudar sangre para que corriera: ora se veía en él al amante en éxtasis ante el objeto de su amor, ora al custodio del templo preparado para alejar a golpes de látigo cualquier contacto profanador. Las tías conocieron el mundo, los teatros, los cafés, las tabernas. Por lo menos una vez a la semana, Remo las llevaba a divertirse, las obligaba a salir; de tan infladas, estaban a punto de explotar.

Teresa se atrevía ya a sentarse a una mesa de restaurante, a leer el menú y a pedir. En cambio, a Carolina le temblaban las piernas y le decía muy bajito a su hermana: «Encárgate tú, encárgate tú; haz tú el pedido. Sí sí, está bien. A mí eso me va bien». Fuera de ese tema básico no eran capaces de pronunciar ni una sola sílaba. Sin embargo, no podían contener una exclamación, siempre la misma:

—¿No es aquélla una buena pícara? ¿Y aquellas dos un par de bribonas? —Y Remo les respondía invariablemente:

—¡Qué val ¿Qué estáis diciendo? Os lo parece a vosotras. Son dos señoritas. Son dos señoras. Es una señora de bien.

—Sin embargo…

Se quedaban cortadas. No parecían muy convencidas. Y poco después volvían al ataque:

—De ésa no hay ninguna duda, ¿eh? No nos vas a decir que ésa no. A ésa se le ve a la legua.

—De ningún modo. Ni por asomo —constestaba Remo.

—Sin embargo, no podrás negarnos que ésa sí.

—Tampoco. Es amiga de ese joven que está a su lado.

—¿Amiga? ¿Qué quiere decir eso?

—Viven juntos.

—¡Ah! Es una pelandusca.

—¿Y esa otra?

—Es bailarina. Baila en el Imperial.

Se miraban espantadas, se apoyaban entre sí para guardar la serenidad y soportar la idea de que también a ellas las tomaran por dos mujerzuelas, por dos bailarinas retiradas.

En lugar de esconderlas, de llevarlas a sitios apartados o modestos, Remo las invitaba a los lugares más concurridos y brillantes, los mismos que él frecuentaba y donde había muchos que lo conocían y, como no sabían quiénes eran las mujeres que lo acompañaban, le dirigían saludos riéndose o abrían los ojos de par en par —«¿Pero con quién está, se puede saber? ¿Quiénes son esas brujas? ¿De dónde han salido? ¿Dónde las habrá pescado?»— y no dejaban de mirarlas como bichos raros. «Está con las tías. Son sus tías. Ha traído a comer a sus tías. Está en casa de ellas, vive con ellas…» Pero son muy pocos los hombres que tienen sensibilidad para apreciar lo grotesco en las mujeres o sencillamente le conceden a ese aspecto una atención fugaz, reservándola por entero para las mujeres hermosas. El propio Remo daba la información cuando se lo preguntaban: «Son mis monas amaestradas. De tarde en tarde las saco para que se aireen un poco. Saco a los papagayos para que vean algo. Necesito dinero: quiero poner un circo». Y, aunque sabía muy bien cómo debían vestirse las mujeres, y le gustaban las más elegantes, las más jóvenes y hermosas, no les daba a las tías ni el menor consejo, no intentaba cambiar ni un solo detalle de sus atuendos con el fin de que aparecieran un poco menos ridículas; podría pensarse, por el contrario, que, cuanto más ridículas, más lo complacían. Las dejaba ser ellas mismas sin reserva alguna, procuraba que estuviesen contentas y las llevaba a Viareggio y a Montecatini durante el verano.

Las recluidas vieron el mundo, la vida, observaron en qué lugares y cómo se movían las mujeres que llevaban bajo los vestidos el fruto de sus fatigas, de su amor, aquellas a quienes ellas habían servido con ciega fidelidad durante cuarenta años. Quedaron deslumbradas y espantadas de todo lo que vieron; se sintieron atraídas y desalentadas. Al volver a Santa Maria y ponerse de nuevo al trabajo, miraban a su alrededor, vacilantes; suspiraban, bostezaban antes de decidirse a

poner manos a la obra. ¿Dónde estaba la verdad?, parecían preguntarse. Esas escapadas fascinantes y misteriosas que les abrían los ojos y les permitían ver tantas cosas las envejecían, les robaban la frescura, la fuerza, la fe. Cuando trabajaban se sentían indiferentes, distraídas, dejaban vagar el pensamiento por lugares lejanos, y los clientes tenían que repetirles cada palabra para hacerse entender, esas mismas palabras que siempre habían comprendido antes de que fueran pronunciadas. Rechazaban los encargos demasiado fatigosos y tenían en cuenta solamente la utilidad, la mayor utilidad posible, pues su necesidad de dinero era grande y urgente. También la clientela iba cambiando poco a poco: ya no era la de otras épocas, y ellas aceptaban trabajos de segunda categoría —encargos de gente corriente— y elegían los que representaban una mayor ganancia en menor tiempo, aprovechándose de la incompetencia y del gusto dudoso de una clase social menos refinada y entendida. A través de unos lentes cada vez más gruesos, sus ojos de antes buscaban que se los dispensara de las grandes aventuras de la aguja. Habían tomado aprendizas para que las ayudaran y así poder sacar adelante un mayor volumen de encargos. Ahora trataban el trabajo con frialdad al darse cuenta de su peso, similar al del yugo; lo contemplaban como fuente indispensable de ganancias. En el pasado se habrían rebelado ante una labor que no consideraran perfecta en todos sus detalles, digna de su nombre; habrían considerado que representaba para ellas una mancha indeleble; ahora se encogían de hombros y llegaban a la conclusión de que todavía hacían demasiado y parecían disfrutar comprobando que los demás no reparaban en los trucos, en los repliegues, en las faltas, comprobando cuán fácil resultaba engañar y hacer pasar por auténtica una belleza que sólo era aparente. Contaban con el concurso de manos mediocres o inexpertas y trataban el trabajo como a una persona a la que se amó demasiado, con toda el alma, pero por la que en un momento determinado se dejó de sentir amor; esa persona en la que no era posible descubrir ni un aspecto ni una acción que no fueran hermosos, perfectos; esa persona sobre la que era imposible alimentar duda alguna, ni incertidumbre, ni sospecha, ni crítica, y a la que no se podía tolerar tampoco que otros criticaran, mostraba ahora numerosos flancos débiles, se podía ser escéptico acerca de ella, aparecían a la vista sus arrugas, sus recovecos, y en esa constatación había un placer acre, se hablaba de ello con todo descaro. Qué lejanos quedaban los días en que Carolina había trasfundido su propia sangre a las heridas de Cristo sobre la cruz, en que había liberado su propia alma en el incorpóreo candor de la hostia que adornaba la estola del Santo Padre.

Tampoco el vecindario era el mismo que entonces, cuando las hermanas salían a la ventana para disfrutar el paseo dominical o corrían desordenadamente y a toda prisa para ver desde la verja el

paso de los soldados que marchaban al son de las trompetas y de los tambores, cantando canciones patrióticas o nostálgicas, estremeciendo la casa con el paso de su armamento pesado. Hacía varios años que ni siquiera iban a Fiesole para la feria del 4 de octubre. Nadie se aventuraba ahora a traspasar la verja sin tener para ello una poderosa razón que lo justificara; no había lugar para chismes sin importancia, puesto que tanto la acogida que dispensaban las hermanas como la actitud de los visitantes habían cambiado mucho. Ya no se ocupaban de enterarse de lo que ocurría fuera de su hogar, que las tenía totalmente absorbidas. Los vecinos se apostaban a la puerta de sus casas sólo para verlas salir en coche, pues la distancia se había hecho demasiado grande: desde la llegada de Remo, había aumentado de manera considerable.

En la zona nadie quería a Remo, pero, como ocurre con todos los fuertes, todos lo respetaban. «¡Pobres Materassi! ¡Pobres Materassi!», decían al hablar de él, preguntándose de dónde sacaba el dinero para darse la gran vida, ya que de trabajar no se hablaba para nada. En cada palabra, y a través del aburrimiento y la envidia, dejaban escapar la admiración. Las chicas lo comparaban con los divos del cinematógrafo más en boga, y quién sabe cuántas veces ocupaba el lugar del príncipe azul en sus sueños. Su cuerpo era de una plasticidad encantadora. «¡Pobres Materassi!», no se cansaban de repetir. Y cuando las veían salir en automóvil: «¡Se han entregado al buen vivir! ¡Son como su abuelo!», decían reprochando su debilidad para con el sobrino; «¡Son como su padre!», decían reprochando la suya propia. Una hora de olvido y de despreocupación cancelaba sin piedad sesenta años de dolor y de renuncias. Si por casualidad Remo intercambiaba unas palabras con alguno, éste lo consideraba un honor personal, y refería a los demás la conversación que había tenido, añadiéndole detalles de su propia cosecha, se entiende, jactándose de conocerlo, de poder hablar con él, de ser su amigo, de gozar de su trato, de ser depositario de sus confidencias.

Desde hacía algunos días se cernía sobre la casa algo oscuro que se materializaba misteriosamente, de forma invisible, y fue Niobe quien tuvo el privilegio de semejante revelación, cuya custodia pasó, con infinitas reticencias y circunspección, a sus señoras. Por primera vez Niobe se había puesto meditabunda y seria ante los acontecimientos de la vida.

Hasta que un día, aprovechando una ausencia de Remo y después de haber enviado a Giselda a Florencia con una lista interminable de encargos, se dio paso por la puerta que daba al campo a una joven a la que se introdujo en el comedor a través de la cocina.

¿Una emboscada? ¿Un rapto? ¿Un complot? ¿Una fuga?

La atmósfera que se había creado en torno a esa aparición era tan fantástica como para justificar todas las posibilidades de que fuera un romance o un drama. Y lo que más excitaba la fantasía era la prodigiosa belleza de la joven: un cuerpo soberbio, alta y rubia, con enormes ojos de un azul intenso, los labios rojos y las mejillas apenas sonrosadas, colores para los que no resultaba exagerado recurrir, como se hace en determinados casos, a los esplendores de todos los jardines terrestres y celestes. Por la donosura de su porte y la expresión dolorida de su rostro parecía una princesa obligada a huir vestida de mendiga a causa de un acontecimiento desgraciado.

La hicieron sentarse a la mesa y enfrente, una al lado de la otra, tomaron asiento las hermanas juntando mucho sus cuerpos entumecidos, como si quisieran recuperar mediante el contacto físico el calor que les sustraía un estado de ánimo glacial y protegerse mutuamente. No sabían cómo dar comienzo a una conversación que, como era lógico, no podía empezar la muchacha. Resultaba imposible imaginar qué palabras podrían salir de aquella boca hermosísima recorrida por un ligero temblor casi febril.

Sin embargo, fue ella misma quien dio comienzo sin decir ni una sola palabra, bajando todavía más la cabeza hasta tocar el pecho con el mentón, escondiéndola instintivamente, y sin tener la fuerza para ocultarla tras las manos, se echó a llorar de manera contenida, esforzándose por amortiguar el rumor del llanto, demostrando que no era capaz de contener durante más tiempo las lágrimas que había retenido hasta ese momento.

—¿Así que es cierto?

Abandonándose a un llanto más fuerte e inclinando todavía más la frente, la muchacha respondió sin hablar y su silencio fue una confesión.

Teresa se rascó repetidamente la frente a la altura del nacimiento del pelo, gesto que la devolvió a la realidad que debía afrontar. Carolina se arrebujó a su lado mientras le apretaba el brazo como el niño que, presa del miedo, se pega al cuerpo de su madre.

«Mal… mal…, eso es…, mal. Sí, muy mal.» En el fondo, Teresa no sabía qué decir, pues en su ánimo bullían unos sentimientos encontrados que, atenazándole la garganta a modo de nudo, le provocaban una confusión de la que sólo podían salir palabras necias, truncadas, sin lógica y sin pizca de eficacia con respecto a la evidente gravedad de la situación: «Muy mal…, muy mal…». Y Carolina, al verla deshacerse en lágrimas, tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no echarse a llorar ella también.

«También nosotras somos señoritas…», decía, y el hecho de que este comienzo no provocara ni la más leve sombra de hilaridad demuestra claramente la importancia del caso. «Somos dos señoritas y

también nosotras hemos sido jóvenes, pero nadie puede criticar nuestra conducta. Pregunta a quien quieras: nadie sabe nada, nada en absoluto, nadie puede decir nada. Pregúntalo, pregúntalo si te parece…»

De hecho, sus neutras palabras sólo servían para enmascarar el silencio, para no permanecer calladas: representaban el rumor indispensable para evitar un mutismo tan peligroso como insostenible. «Jamás nos vieron embarazadas, jamás…» Esa palabra que no acababa de salir, tan pronto como saltó, fuera de tiempo y de lugar como ocurre siempre en semejantes casos, restableció el contacto con la lógica. «El mal ya está hecho… ¡Menudo embrollo! Hay que ponerle remedio. Ponerle remedio es… cómo decirlo… una manera de hablar: ponerle remedio… ¿Cómo? Antes te lo pregunto a ti: ¿cómo? Dilo si tienes ánimo. ¿Qué hacemos? Dilo tú, porque yo no sé realmente qué es lo que hay que hacer.»

La creciente acrimonia procuraba un contenido a las frases inconexas. «Cada uno es responsable de lo que hace. ¡Se empieza con chanzas y se termina con lloros! ¿Y desde cuándo tenéis relaciones amorosas?» Bien porque le era imposible, bien porque lo juzgaba conveniente para su propio interés, la muchacha no respondía de ningún modo a los requerimientos cada vez mayores de Teresa: «Meterse con un joven que no tiene posición alguna… Tendrías que saber cómo son las cosas: tienes dieciocho años y ya no eres una niña… Tendrías que haberlo pensado… ¡ni más ni menos! ¡Menudo problema!… Cada uno es responsable de lo que hace». Una vez encontrado el punto de equilibrio, parecía querer parapetarse detrás de esta máxima tan poco evangélica: «Ni más ni menos, ¿entendiste? No hay más. Te mandaremos llamar cuando te necesitemos. Yo no soy nadie —decía alzando la voz imperiosamente—. No sé nada, no quiero saber nada. No quiero conocer determinados detalles.»

Por el momento, la muchacha mostraba solamente voluntad de no reaccionar y de plegarse cuanto la obligaran a plegarse.

Durante algunos meses había acudido a la casa de las hermanas para aprender a bordar o, mejor dicho, había sido la primera aprendiza que habían tenido cuando decidieron tomar ayuda de afuera. Era la chica más lozana y hermosa de los contornos, y la fama de su belleza se había extendido por toda la comarca. Ahora realizaba en su casa algunos trabajitos por su cuenta. Era hija de un hortelano, de un pobre hombre que había arrendado un pedazo de tierra al borde de la carretera de Settignano y que, además de trabajar en las labores del campo, lo hacía como jardinero en unos pequeños y rudimentarios invernaderos que había construido. Se trataba de gente muy pobre que se las tenía que ingeniar de mil maneras para poder vivir. Durante el verano Remo solía detenerse por la mañana ante el portón donde vivía

la muchacha y, después de tocar la bocina tres veces, aparecía el padre o un hermano, pero más a menudo la chica. «Flores», decía Palle riendo, pues él, que había nacido y vivía en campo abierto, donde las flores son un elemento tan familiar, no conocía sus nombres y las denominaba *flores* en general, o *rosas*, del mismo modo en que llamaba *perlas* a cualquier ornamento que podían ponerse las mujeres, ya fueran perlas o piedras preciosas, cristales o porcelanas de cualquier tipo o color. «Flores», decía Palle, y el jardinero o la chica le llevaban a Remo una gardenia, que éste prendía en el ojal antes de volver su atención hacia el volante. Ése era el único contacto evidente que Remo tenía con aquella familia: nada habría permitido suponer un caso semejante. Ni uno solo de los habitantes de la zona había advertido que los dos se entendían, que hacían el amor: nadie los había sorprendido juntos. Y conste que a los lugareños no se les escapaban ciertos intríngulis, pues siempre estaban ávidos de arrancarle el pellejo a alguien. Y no sólo eso, sino que durante el tiempo que la muchacha había acudido a trabajar con sus tías, Remo demostró por ella un desinterés absoluto que a las hermanas no les había pasado inadvertido; antes bien, les agradaba infinito. Lo atribuían a la virtud excepcional del sobrino, dada la provocativa belleza de la aprendiza, y al respeto que él tenía por sí y por su casa, pero sobre todo por las tías: virtudes cívicas que todos podían tomar como ejemplo. Pero el lector debe conocer una costumbre que, a buen seguro, lo dejará atónito en relación con ese intercambio tan espontáneo y simple. Se trata de que, mientras la gente de la ciudad anhela el campo con toda su alma y procura ir allí cuanto puede para colmarse de su poesía —por eso acuden en manadas, en enjambres, en tropel, en bandadas y sobre todo en parejas, para perderse entre los amenos bosquecillos, a lo largo de los torrentes, en la cima de algún montecillo inspirador o en acogedoras cavidades—, la gente del campo, saturada de poesía, con toda esa amenidad ante su puerta, con la posibilidad de gozarla hasta la náusea, va a la ciudad a desfogarse intramuros, a esconderse en sus barrios más céntricos para hacer el amor.

Cuando Remo regresó a casa, lo llamaron al comedor y lo hicieron sentarse en el mismo lugar donde se había sentado la muchacha, a aquella mesa que se había convertido en la de un tribunal.

También en el mismo lugar, pero con una actitud mucho más desenvuelta, se sentaron las tías; estaban dispuestas a atacar sin vacilaciones.

Pese a lo inesperado de la situación, Remo comprendió al vuelo de qué tema se iba a tratar. Aun así, permaneció con la frente admirablemente alta.

—Sabrás que estuvo aquí Laurina —dijo Teresa, sin concesiones,

con el semblante contraído, adoptando una expresión cruel, la misma que sabía adoptar cuando había de por medio una mujer y que, en el fondo, había estado ausente de su rostro cuando estaba delante de su sobrino.

—¿Y bien? —respondió Remo para abreviar el asunto.

—¿Tú sabes lo que dice?

—Sí, lo sé… Es decir, no: lo supongo.

—¿Es verdad?…

—Sí.

Pronunció esta sílaba con seguridad y confirmó así su responsabilidad en lo sucedido.

Ante aquel *sí*, ante aquella decidida respuesta, Teresa pareció quedarse helada. Y lo mejor del caso era que unos días antes la que se había quedado de piedra había sido la pobre Laurina, que después de haberle dicho entre sollozos que estaba encinta, por toda respuesta había recibido un «y yo no». A la tía de Remo se le habían estancado las lágrimas en los ojos y se le había quedado la misma cara que a la muchacha.

—¿Y qué piensas hacer? —le espetó Teresa con voz amenazadora.

—Lo que haría cualquier joven honorable en mi lugar —dijo Remo con la solemne sencillez de las resoluciones supremas.

Poco faltó para que le preguntaran cuál era ese deber. ¿Acaso no lo sabían? ¿Lo habían olvidado? ¿O no lo querían creer? Pero se detuvieron a tiempo y, si bien con retraso, se limitaron a replicar, distraídas y cortadas:

—Ya.

—Ya.

—Es cierto.

—Naturalmente.

«Es un muchacho íntegro», pensaba Carolina, como si quisiera decir: «No hay nada que hacer». Entretanto, Teresa parecía romperse la cabeza contra el escollo de esta rectitud.

Hay que destacar el hecho de que había puesto en su expresión una buena dosis de sinceridad. En el fondo, la vida era para él un juego de azar, y él, diestro tahúr, se sentía con fuerza para vencer cualquiera que fuese la disposición de las piezas.

—Ya, ya…

—Cierto.

—Naturalmente.

Al día siguiente entregaron a Giselda una nueva lista de encargos, larguísima, para realizar en Florencia.

En casa de las Materassi se esperaba la visita del párroco de Santa

Maria. Éste era muy joven, no pasaba de los veinticinco años, de cabellos rubios y ojos claros, poseedor de una dulzura y docilidad evangélicas que podían convertirse en rigidez inflexible a la hora de cumplir con su deber. Entre dos señoras de una villa próxima se habían cruzado estas palabras a propósito de él: «¡Misionero, menudo misionero!», había dicho una al verlo por primera vez, y la otra, que tampoco lo había visto antes, había preguntado en tono suplicante: «¿Y tanta belleza, para qué?».

Remo lo conocía bien y, cuando por la mañana lo encontraba esperando el tranvía en la calle, le pedía que se subiera al coche con él y lo llevaba adonde quisiera. Ambos jóvenes, el asceta y el mundano, se sentaban uno al lado del otro y hablaban con simpatía. Se producía entre los dos un intercambio amable y surgía un deseo de cordialidad, de comprensión, diríamos. Por más que sus espíritus estuvieran alejados, lograban encontrarse, permanecer juntos sin turbación, sin desagrado por parte de ninguno de los dos, como si fueran dos peregrinos que saben llegar a la misma meta recorriendo caminos muy diferentes. «El cura», decía Palle, cuando lo veía a lo lejos. Del mismo modo en que todas las flores eran rosas y todas las gemas eran perlas, todos eran curas, desde el párroco más modesto hasta el Papa. En cambio, Remo decía: «Venga, venga, señor prior. Venga, suba», recibiéndolo afectuosamente en el automóvil. «¿Adónde va? ¿Adónde lo acompaño?»

Lo más importante de todo, y lo más difícil también, era no dar a conocer el asunto, pues una vez que el escándalo saliera a la luz todo intento de arreglo resultaría inútil.

Luego de haber escuchado el relato de Teresa, el joven sacerdote no supo reprimir una sonrisa ingenua que atestiguaba la profunda pureza de su corazón y la sencillez de la solución. Teniendo pendientes de sus labios a las dos mujeres, se quedó pensativo unos instantes, si bien dio a entender que su titubeo se debía a la simple cortesía, a lo especialmente delicado del tema, y que no podía influir de ningún modo en la respuesta. Así pues, concluyó remitiéndose con serena complacencia a la noble respuesta del sobrino, por considerar que ésa era la verdadera y única salida, al tiempo que se mostraba muy dispuesto a hablar con ambos jóvenes por separado.

Las Materassi, que habían acompañado el discurso con algunos «ya», «sí, es verdad, se entiende, es un joven íntegro»…, escondiendo una desilusión que ante todo se querían ocultar a sí mismas, cuando el párroco se ofreció a hablar con los jóvenes se revolvieron inquietas a la vez:

—Poco a poco, poco a poco con eso de hablarles. De momento, queremos guardar una absoluta reserva acerca de un asunto tan espinoso, el máximo secreto. Ya habrá tiempo para hablar, no es

urgente.

—Si usted supiera… si usted supiera, señor prior. Sólo nos faltaba esto. Era lo único que nos faltaba…

Pero el señor prior lo sabía todo y lo comprendía todo, si bien permanecía sonriente e inamovible, en tanto las mujeres seguían preguntando y preguntándose un porqué al que nadie sabía responder y al que ni siquiera ellas se atrevían a hacerlo.

También Niobe se preguntaba por qué sin conseguir reírse de un hecho tan simple y natural que ella conocía por su propia experiencia y que resultaba tan fácilmente reparable.

Al día siguiente llamaron al médico.

Giselda estaba menos en Santa Maria que en Florencia. La pobre no daba una en el clavo: ahora que sería el momento de agotar el repertorio, pues se olía algo muy gordo detrás de tantas visitas, la mandaban a Florencia a buscar cosas absurdas.

El médico era un hombre metido en carnes y alegre de poco más de cincuenta años, pacífico, al que solamente la terquedad de los campesinos hacía perder los estribos y le provocaba una furia cuya violencia tenía el único fin de agotarla rápidamente, y tan pronto como lo hacía, el facultativo volvía a aparecer límpido, gozoso, feliz. Ése era el momento en el que se habría dejado arrebatar el corazón: tal era la serenidad y la bonhomía con que cumplía su deber, hasta el punto de olvidarse de sí mismo y de sus intereses.

Apenas terminaron de informarlo, empezó a reírse, a reírse con su hermosa carota rosada y rotunda, que se iluminaba al pensar en la muchacha que tan bien conocía. Las chicas hermosas ejercían aún, como es fácil comprender, una enorme fascinación sobre su lozana madurez. Conocía a Remo y sabía que sus tías tenían una posición acomodada y que lo querían mucho, y no veía nada más natural que los dos enmendaran con el matrimonio ese pecado de anticipación, que lo hacía sonreír al llenar su ánimo de ternura paternal.

—Son gente muy pobre, usted lo sabe, pobrísimos. Pueden ir tirando de puro milagro y no tienen más que para comer. Ella es una chica que no tiene ni camisa, puede decirse…

—Pero se la pueden hacer ustedes, que hacen tantas…

—Estuvo con nosotras dos o tres meses para aprender a bordar. Ahora hace algunas cosillas por su cuenta, pero en fin… Se necesita algo más, no tiene un verdadero talento… Son naderías lo que hace, trabajitos para comprarse un vestidito o unos zapatos… Remo no tiene una posición… Por el momento no hace nada, está metido con los autos…

—Pero ustedes son ricas.

—No tanto como se cree —remarcó Teresa contrariada.

—En fin, tienen una buena posición.

—No tanto como se dice —rebatió la mujer, cada vez más disgustada por esa fama de riqueza que ahora se volvía en su contra —. En los últimos tiempos hemos tenido muchos, muchísimos gastos, ¿sabe usted, señor doctor?… Muchos reveses. ¡Si usted supiera!… Hemos tenido que hacer frente a tantas necesidades… Este muchacho nos ha costado mucho mucho… ¿comprende?

Carolina, con la cabeza baja y los ojos cerrados, dando a entender que aprobaba todo, que lo que decía su hermana era el Evangelio, palabra santa, no hacía más que asentir ostensiblemente con la cabeza, sin abrir los ojos, para demostrar que las palabras eran dos veces santas y, por tanto, tenían su peso. «Las ganancias ya no son las de antes. La gente está perdiendo el gusto por las cosas finas, por las cosas hermosas. De un tiempo a esta parte, no se sabe cómo, se conforman fácilmente con tal de gastar poco. Y nosotras ya no somos niñas: día a día nuestras fuerzas se debilitan, no podemos trabajar como antes, necesitamos reposo, estamos cansadas…»

Resultaba incomprensible que Teresa se diera a tantas confidencias que nada tenían que ver con el meollo de la cuestión. Parecía querer desviarlo, darle la vuelta, evadirlo para cumplir un designio recóndito y luego retornar a él habiendo cambiado el ánimo del doctor. Su acento era tan convincente que movía a compasión.

Sin embargo, el médico se limitaba a admitir, asintiendo con la cabeza, cuanto se le decía sin que ello alterara su parecer ni un ápice. La muchacha, aunque pobre, era muy honrada y buena, además de hermosísima, y Remo, con un arrebato digno de alabanza, se empeñaba en desposarla. Respecto a eso las tías cerraban la boca con hermetismo, pues no se atrevían a sostener lo contrario, pero se guardaban sus opiniones: la chica había accedido con facilidad a los embates del varón; de eso no había duda.

—Mire, querido doctor, nosotras también somos señoritas y hemos sido jóvenes, como las demás. En nuestra época también había hombres, y lo mismo que ahora buscaban su propio interés si encontraban buena disposición. Sin embargo…, nadie puede decir nada de nosotras; a nosotras no podían sucedemos determinadas cosas.

—El hombre es un cazador —intervino Carolina alzando la cabeza para expresar por primera vez su opinión. —El doctor, tomando la cosa por el lado gracioso, respondió:

—Y muy a menudo caza liebres de dos piernas. —Se notaba que el elemento humorístico resultaba de su íntimo agrado.

—Integridad… integridad… —repetía Teresa—. Ya sé que Remo es un muchacho íntegro: soy la primera en alabarlo y me da un gran placer que sea así. Me disgustaría que fuera de otro modo. Pero

tampoco hay que exagerar con la bendita integridad.

Llegadas a este punto, las hermanas no quisieron provocar la declaración explícita del médico, al que dieron las gracias muy reconocidas después de haberle ofrecido algo de beber. Prefirieron dejarla en suspenso, sobreentendida y sepultada en la última parte del discurso por muchos «ya…, sí…, veremos, cierto, naturalmente», con suspiros intercalados. Por su cuenta siguieron dando largas al asunto, buscando, tomándose su tiempo para buscar.

Del mismo modo en que el presidente del tribunal escucha los testimonios durante un proceso, ellas parecían andar a la busca de algo mientras escuchaban las distintas opiniones. Pero ¿qué buscaban? ¿Y Niobe? Sí, también Niobe buscaba continuamente, sin exteriorizar su parecer como el párroco y el médico; buscaba como lo hacían sus señoras o, mejor, más que ellas. Y, cuando le decían que Remo tenía que casarse con Laurina, lo cual le decían para provocar su incertidumbre, para asegurarse bien de ella, Niobe escuchaba distraída y respondía «ya…», «sí», con el pensamiento quién sabe dónde.

Teresa tomó una decisión extrema que le debió de costar un esfuerzo nada despreciable: consultar a Giselda. ¿Cómo podía ocurrírsele semejante idea? Poner en conocimiento de su hermana el secreto familiar, pedirle un consejo. Ella sabía por experiencia propia lo que eran los matrimonios nacidos bajo mala estrella y podía expresar una opinión más digna de tenerse en cuenta que la del párroco y la del médico.

Después de las repetidas y dilatadas estancias en Florencia, también Giselda se sentó a la mesa en el comedor frente a sus hermanas, que le referían los hechos como si fueran secretos de confesión.

A medida que se enteraba de lo acaecido, se le iluminaban las pupilas de un placer maligno, amargo: estaba profundamente contenta de que sucediera algo irreparable en la casa, de que Remo hubiera dejado embarazada a una chica. Y, a pesar de estar absolutamente convencida de que un matrimonio nacido bajo aquellos auspicios no podía ser feliz, y de que tal vez la muchacha sería más desgraciada que ella —por lo que era preferible cualquier otra cosa menos un matrimonio forzado con aquella clase de joven—, empezó preguntando:

—¿Y qué piensa Remo?

—Como bien sabes, Remo es un joven íntegro, tal vez demasiado en este caso. Pero nosotras no podemos reprocharle semejante exceso de integridad: está bien que sea así. Sin dudarlo un instante ha afirmado que su deber es uno solo: casarse, casarse en el menor tiempo posible.

—¡Ah!… ¿Casarse?

—En el menor tiempo posible —repitió Teresa cortante.

—Vaya, vaya… —Giselda se quedó desorientada ante una noticia semejante, y dudaba al igual que el caminante que se encuentra en una encrucijada y debe elegir un camino tratando de no equivocarse.

—¡Vaya! Casarse… Bien, bien… —repetía para orientarse—, y en el menor tiempo posible.

—Hazte cargo: un joven íntegro no puede hablar de otro modo; somos nosotras quienes han de juzgarlo. En el fondo es un muchacho, un incauto, inexperto en lo que a la vida se refiere. Se ha dejado cautivar por la belleza, es comprensible, se ha dejado arrebatar por la pasión. Pero a nosotras nos corresponde delimitar las responsabilidades.

—Ya, ya…

Giselda sentía que de sus labios pendía una víctima. Pero, como leía claramente en los ojos de sus hermanas la espera ante su veredicto, también se daba cuenta de que era el momento justo para vengarse de Remo y de ellas. Por eso, con gran dignidad, dijo:

—Pues que se case, que se case. ¡Qué caramba! Si ha hecho un mal, es lógico que lo repare. Debe casarse…, y cuanto antes, no hay tiempo que perder. ¿De cuántos meses está?

—Me parece que de dos.

—No hay tiempo que perder.

Las dos hermanas, advirtiendo que Giselda mentía para desairarlas, se quedaron calladas. Cuando abandonó el comedor, hermética y dura, Carolina dijo soliviantada:

—Habría sido mejor no haberle dicho nada.

—No va a hablar, tenlo por seguro: no tendrá el coraje de hacerlo.

Sólo faltaba el veredicto de ellas dos, que ya estaba listo, después de que todos los consultados hubieran coincidido en sus juicios. No quedaba más que preparar, en un santiamén, la boda de Remo con la hija del hortelano, a la que tendrían que coserle un ajuar de novia por su cuenta, ya que la familia no estaba en condiciones de hacerlo. Teresa se debatía entre la inquietud y el dolor de quien, sobrepasado por la lucha, está a punto de rendirse.

«Qué arte se dio para engatusarlo… —dijo Carolina desolada, llena de rabia—. Qué desvergonzada…» Parecía estar soñando. De repente su hermana levantó la cabeza como quien encuentra en el fondo de su ser la energía última necesaria: «Ya veremos quién se sale con la suya», afirmó ceñuda y amenazadora.

Por lo que se refiere a Remo, luego de la noble respuesta dada a sus tías, sólo pudimos coger al vuelo una frase dirigida a Palle, pero cuyo verdadero destinatario era él, mientras iban camino de Florencia: «Así es, querido Palle, en este mundo no todas son viejas, ¡qué

diantres!».

Palle se quedó mirándolo y se rio de la manera rápida y escurridiza que era habitual en él. ¿Sabía acaso que en el mundo no sólo hay viejas? Al mirarlo parecía que lo supiera perfectamente, que lo hubiera sabido antes de nacer, y sin embargo no sabía ni siquiera esa verdad elemental. «—Claro que… —añadió Remo hablándose siempre a sí mismo, mientras aumentaba la velocidad del auto— es preciso reconocer que incluso las viejas cumplen bien con su parte con tal de que se las sepa manejar.» Fue lo único que dijo, y Palle volvió a reírse, ahora con mayor picardía, aunque el pícaro no era él, como se puede comprender.

Las Materassi estaban taciturnas, sombrías y meditabundas. A veces se desanimaban, fatigadas por la tensión que les provocaba el pensamiento dominante. En algunos momentos de alivio parecían esperar una intervención sobrenatural.

No había tiempo que perder: cada día que pasaba agravaba más la situación. De un momento a otro podía intervenir la familia de la muchacha si, por la angustia de la espera, ésta acababa por confesar. Tenía dos hermanos mayores que podían enfrentarse con el culpable. La inquietud que todos esos pensamientos desencadenaban en las mujeres se tornaba agitación, congoja. Incluso Niobe andaba meditabunda y encerrada en sí misma, sin una sonrisa. Aparecía y desaparecía de manera misteriosa, como a punto de decir algo en todo momento, pero se daba media vuelta sin abrir la boca. Sus señoras se cuidaban muy bien de preguntarle por dónde andaba metida, de dónde venía. No acertaban a seguir sus movimientos, que siempre habían sido de una claridad meridiana, y se negaban a interpretarlos, a adivinarlos. Miraba al suelo como quien busca algo cuya pérdida siente mucho. Esa mujer tan valiente también había perdido el coraje: era otra mujer.

Cuando, irguiendo la cabeza, recobró su vivaz aspecto, los vecinos la vieron en la calle vestida de seda, con un traje que no era suyo, como puede suponerse, bien lavada y peinada, esperando el tranvía con un maletín en la mano.

¿Adónde iba Niobe?

—¡Hasta pronto! ¡Hasta pronto! —les respondía a quienes se acercaban a saludarla.

—¡Hasta pronto! Vuelvo dentro de dos o tres días. Voy a mi casa, a vendimiar.

Incluso sus señoras, que permanecían junto a la verja, contemplaban su partida y la saludaban: «Va a vendimiar», repetían haciendo toda clase de esfuerzos para reír y mostrarse alegres. «Va a su casa, a la vendimia.» Y la veían partir como si supieran de pe a pa las razones exactas de su viaje, lo cual no era cierto, aunque ellas se

comportaban como si verdaderamente la mujer se marchara a vendimiar. «¡Hasta pronto! ¡Hasta la vuelta!»

No bien había dicho «voy» y había pedido un vestido, las hermanas se precipitaron al armario sin preguntarle siquiera adónde y por qué, pues tanta era la fe y la esperanza que depositaban en ella. Lo entendieron todo en un abrir y cerrar de ojos. Así las cosas, mientras decían con los demás «va a la vendimia» y mientras hacían toda clase de esfuerzos por sonreír, conocían del viaje tanto como los demás y, a decir verdad, no sabían de qué se reían. De lo que sí estaban seguras en su fuero interno era de que no tenían gana alguna de reír, por más que continuaran haciéndolo. Los vecinos, acostumbrados ya a todas las cosas extrañas que desde hacía algún tiempo venían sucediendo en aquella familia, repetían que Niobe se había ido a su casa, se había ido a vendimiar, como si fuera algo acostumbrado, algo que ocurría todos los años por aquella época, sin reparar siquiera en que, durante treinta años, jamás había mencionado que tuviera una casa ni se hubiera ausentado del pueblo una sola vez.

Fueron siete días de ansiedad, de opresivos silencios, de desasosiegos y de mudas esperanzas, en cuyo fondo se percibía un rayo de luz.

Cuando reapareció en Santa Maria, una tarde casi al anochecer, estaba henchida de algo que se le quería escapar por los ojos, por la boca, por toda su persona, pero que resultaba obligado que se guardara para sí. A los que corrían a su encuentro rodeándola, al no poder ofrecerles los frutos que llevaba dentro, un verdadero tesoro de otra clase, les daba de los que traía por fuera. Llegaba cargada de uvas como si fuera una bacante: sarmientos y racimos, en medio de los cuales reía con su boca desdentada, dejándose desgranar, coger, pellizcar y tratando de dar algo a cada uno, un racimo o varios. Aquéllas eran uvas de primera calidad, jugosas y dulces, uvas de las colinas, no como las de Santa Maria, que resultaban ásperas y eran puro pellejo. Era tanta la alegría que la colina acabó triunfando por los resquicios.

Pocos días después se corrió, como reguero de pólvora, la noticia de que Laurina se iba a casar. Lo haría con un joven *de arriba*. Conviene aclarar que los habitantes de los contornos más inmediatos a la ciudad, los que ocupan las primeras colinas, los puestos privilegiados dentro del gran anfiteatro, suelen decir «de arriba» cuando se refieren a los que se encuentran más atrás, encima, mucho más altos, los que ocupan la galería alta y *el gallinero*. Dicen «de arriba» con un tono vago de desprecio, tal como lo hacen las damas de la primera fila al referirse a la muchedumbre amontonada en la última galería, y como ellas arrugan la naricita tanto más cuanto más *arriba* hay que internarse. Arriba, donde la gente usa zuecos rústicos, pero

tiene la mente despierta. Se trataba de un joven no del todo mal parecido, fuerte, de buenas maneras y de familia no demasiado zafia. Su padre era jardinero en una villa de muy arriba, muy arriba…, una villa que a veces tomaba el aspecto de los castillos de hadas. La boda se celebraría enseguida, pues el prometido acababa de abrir una floristería en el mismo centro de Florencia y necesitaba de manera indispensable la ayuda de su mujer.

Fue un casamiento opulento y muy alegre al que acudió toda la gente de Santa Maria, menos las Materassi, Remo y Niobe, como era de esperar. Claro que a las Materassi y a Remo se los consideraba de otra clase y no se esperaba de ellos que participaran en bodas plebeyas: eran la aristocracia de la villa. Por lo que se refiere a Niobe, todos sabían muy bien que no abandonaba la casa por razón alguna. Se habían olvidado ya de que dos meses atrás la había abandonado durante una semana para ir a vendimiar.

La sirvienta y sus señoras compartieron por aquellos días la angustia de tener que firmar ciertos papeles: una hipoteca de cincuenta mil liras sobre las casas. Sin embargo, se encontraban felices y contentas por haber vencido en una batalla.

Parece ser que una tarde, pocos días antes de casarse, Laurina detuvo a Remo en la carretera para tener una última conversación; pero de ese brevísimo diálogo sólo conocemos las últimas frases que trajo hasta nosotros un golpe de viento: «¿Vendrás alguna vez a buscar la gardenia junto a mí?». Sin darse por enterado, él le respondió exactamente como le había respondido a la condesa cuando aquélla le preguntó si había encontrado mujeres de las que lo dan todo por nada: «Y… quién sabe…, a lo mejor».

«¡GISELDA! ¡NIOBE!»

«Igualito, igualito que su abuelo», decían los viejos evocando la debilidad del padre por su hijo. «Pobre viejo, no veía por otros ojos que por los de su hijo. Se habría dejado matar por él. ¡Qué desgracia de casa! ¡Qué calamidad! ¡Pobres Materassi!»

Los maledicentes se sumaban a esos comentarios cuando las veían salir en automóvil camino de Florencia o hacia los lugares de veraneo que estaban de moda: «¡Qué aires! ¡Parece que a ellas también les gusta la buena vida! Lo bueno gusta a todo el mundo, ya se sabe. Igualito que su padre. ¡Vaya desvarío! ¡No hacen más que divertirse! Han perdido la cabeza».

Todos tenían conocimiento de las condiciones críticas en que las Materassi se debatían desde hacía algún tiempo y estaban al corriente de las nuevas hipotecas sobre las casas: «Son bienes malditos, se escapan de las manos, se esfuman». Así pues, al saberse que no eran dueñas y señoras de todo aquello, se fueron derrumbando el respeto y la autoridad que hasta entonces habían ejercido. Los inquilinos comenzaban ya a tratarlas con toda familiaridad en tanto que ellas redoblaban su altanería. Sin embargo, cuando llegaba o salía Remo con su fiel Palle, se quedaban admirados, con la boca abierta, y los labios de las muchachas musitaban los nombres de los divos del cine: Rodolfo Valentino, Charles Farrell, Ramón Novarro o Gary Cooper… Y solamente cuando los dos se perdían triunfantes carretera adelante volvía la gente con sus comentarios: «En esta casa es carnaval todo el año… Pero pronto llegará la cuaresma, no os quepa duda». Una cosa que no acertaban a encajar era la buena suerte de Palle, el hecho de que también él gozara de semejante fortuna; él, que era totalmente ajeno a la casa. «Con buena teta se fue a topar. Dios dé abundancia y me ponga en medio de ella», terminaban diciendo. A medida que se hacían más raras las visitas de los clientes, menudeaban las de los acreedores, que, al no poder encontrar a Remo en la ciudad, iban a buscarlo a su casa, a Santa Maria, donde las tías los recibían y los contentaban con anticipos a cuenta o con promesas.

Un día cualquiera, apenas hubieron terminado de comer, se produjo la escena que estoy a punto de describir.

Como es costumbre en todas las familias, ésa es la hora en que se encienden y se desarrollan las grandes polémicas, las discusiones, se desahogan los malos humores, los rencores, las rivalidades, los celos, y las miserias domésticas se ponen encima de la mesa como plato final. A nadie se le ocurriría dar comienzo a un ejercicio semejante al principio de la comida; pero, si por puro azar sucede tal cosa, sin que exista una intención deliberada, bastará la aparición del primer plato para interrumpir el curso de la disputa que da paso al silencio propio de un rito. Sin embargo, cuando el cuerpo se encuentra satisfecho, con el estómago lleno, pareciera que el espíritu deseara desprenderse de su peor parte, de su lastre. Produce una enorme felicidad poder intercambiarse insolencias tras haber comido y bebido a placer, sin tasa, en el momento en que no hay ninguna otra cosa indispensable que hacer; sienta bien echarse en cara alguna que otra cosita, poner al descubierto los defectos de los demás y contemplar cómo quedan al aire los propios, las vanidades, las debilidades; compararse sin mesura, vencer, dominar en algún aspecto, hacer sentir a los demás su peso. Puesto que se hallan todos reunidos y están llenos de vigor, ése es el mejor momento.

Giselda se había ausentado. Giselda presentía en el aire las tormentas gracias a una agudísima sensibilidad comparable a la de los cerdos, que olfatean las trufas bajo la tierra. Le producía una gran felicidad desaparecer dejando el campo libre para una acción cuyo natural desarrollo no quería truncar ni perturbar. Gustaba de dejar a sus hermanas enzarzadas con el sobrino y tal vez con la sirvienta, limitándose ella a cantar desde el primer piso una melodía sentimental, patética, nostálgica, heroica o cómica, según las ocasiones, justo en el momento en que los de la planta baja mostraban una disposición de espíritu menos propicia para apreciar el *bel canto*. De este modo las situaciones más graves de la familia contaban con acompañamiento musical lo mismo que los melodramas.

También Palle se había marchado. Como Giselda, también él sabía cuál era el momento justo para escabullirse en dirección al garaje, donde se dedicaba a limpiar y preparar el automóvil.

Siempre que se originaban peleas, discusiones o escenas violentas, Remo conservaba una apariencia serena y sonriente que reflejaba en su ánimo una profunda sensación de frialdad y desinterés, independientemente de cuáles fueran los resultados y las causas, sin sustraerse nunca a las consecuencias de sus propios actos y sin insistir en lograr los objetivos que se había prefijado; antes bien, se alejaba de ellos para conseguirlos. Ese día su semblante era ceñudo, su cara mostraba un gesto duro y de abierta determinación. Por primera vez se delineaba un surco vertical entre sus cejas que le borraba cualquier rastro de pureza adolescente. Se lo presentía decidido, incluso antes de

que abriera la boca, a imponer sus deseos con dureza, con violencia y con crueldad.

La discusión giraba alrededor de cierta cuenta que había que pagar; una deuda muy importante, para cuyo cobro habían recibido insistentes requerimientos, y que, por si fuera poco, venía a sumarse a muchas otras, cada día más, a las que había que hacer frente. Remo parecía contrariado, como si de pronto sintiera sobre sus espaldas el peso de una situación que se había tornado intolerable.

—Hay que terminar con este asunto de la gente que viene con reclamaciones. —Teresa, enérgica y resuelta a enfrentarlo, le replicó:

—Vienen a reclamar lo que es suyo —dijo con tranquilidad, disimulando sus intenciones y poniéndose firme—. Hay que dejar de gastar de esa manera desproporcionada, dejar de contraer deudas que no podemos pagar.

El sobrino la observaba midiendo su resistencia con sus intenciones.

—¿Y quiénes son los acreedores? —soltó con una desenvoltura entre infantil y maliciosa.

—Sean los que sean, hay que pagarles antes o después; de otro modo buscarán ellos el medio de cobrar.

—No.

—No, ¿qué?

—Hay que pagarles a todos de una vez; no existe otra solución. —Marcando bien las sílabas, repitió—: A todos de una vez.

Teresa rio amargamente.

—¿A todos de una vez?… —Fingía no entender a la primera—. ¡Ah! A todos de una vez, ya comprendo. Pero ¿con qué?

—Hay que acabar con la historia de las deudas: ha durado demasiado. No quiero oír hablar más del asunto.

Teresa lo miraba con ironía, escondiendo tras ella la ira.

—¡Ah!, sí. Claro…, sí… Ha durado demasiado. Eso es justamente lo que yo te quería decir. Sí, ya ha durado tiempo de sobra. Lo sé, yo también sé que ha durado demasiado, claro… —Lo miraba amenazante, con amargura y con perversidad.

—Todos al mismo tiempo… ¿Y con qué? ¿Acaso no sabes que no tenemos ni un céntimo, que sólo tenemos deudas y que todas las casas están hipotecadas?

—Precisamente por eso es necesario pagarles a todos al mismo tiempo.

—¿Con qué? —gritó furiosa.

—Con letras —respondió con toda calma el sobrino.

—¿Con letras?

Se sintió ofendida y alterada por esa terrible palabra que a lo largo

de cuarenta años no se había pronunciado bajo aquel techo, palabra que, sin embargo, había ocupado miserablemente su primera juventud y que ella consideraba desterrada para siempre. La letra de cambio que había que pagar, la miseria de la casa bajo su amenaza, los ojos de la madre rojos de tanto llorar. Cuántas veces se había cernido esa palabra triste sobre la casa cuando ella era niña. El padre enfermo, el vencimiento de la letra. La madre se vestía secándose las lágrimas y tomaba el camino a Florencia tras haber ido de puerta en puerta por todo el pueblo, donde visitaba a amigos y conocidos, a los usureros, las casas de empeño, a fin de evitar el protesto. Muchas veces, sin embargo, la letra se protestaba por haber sido imposible reunir el dinero necesario, y entonces la angustia y la impotencia embargaban a todos los componentes de la familia, a la madre y a las pobres niñas. Mientras tanto el padre, desde su sillón de enfermo, lanzaba imprecaciones y decía barbaridades. Fue de aquel sufrimiento del que las niñas habían sacado tanta fuerza para enfrentarse a la vida. Los fantasmas de la niñez volvían a presentarse: las hipotecas, las letras, el protesto, el empeño, los acreedores y los usureros reaparecían en las puertas, en las ventanas, volvían a ocupar la casa, tomaban cuerpo por una fatalidad inexorable.

—En los cuarenta años que llevo en mi profesión, nunca he firmado una letra —concluyó resueltamente y con desesperación, atrincherándose en esa afirmación como si estuviera al borde del abismo—. No firmaré letras.

—Sin embargo, es el único remedio, el mejor que nos queda en este momento difícil. Después nos sentiremos aliviados y podremos respirar. Habremos terminado con el asunto de las deudas… y no nos endeudaremos más. Yo tendré ya mi empleo, al fin…

Hablaba con tranquilidad para hacer notar su voluntad inquebrantable de arreglar el asunto.

Lo que llamó poderosamente la atención de Teresa, más que el próximo e hipotético empleo del sobrino, que a diario estaba a punto de presentarse pero que no acababa de suceder, fue la frase «no nos endeudaremos más…». Eso quería decir que él consideraba las deudas un asunto conjunto, por lo que cargaba a las tías con parte de la culpa, de la responsabilidad, es decir, las hacía responsables junto con él de su propia ruina, y eso lo afirmaba impunemente. Se trataba de una acusación velada con la que sólo pretendía insinuar, sugerir, pero que después proclamaría a voz en cuello sin reticencias.

A pesar de la turbación que le produjo aquella frase reveladora, Teresa todavía tuvo fuerza para resistirse: «Me niego rotundamente; se trata de una cuestión de principios. Antes me dejaría cortar el cuello que firmar una letra». Mientras se desarrollaba esta escena, Carolina, presintiendo que la oposición de su hermana era transitoria, clavaba la

mirada en Remo y trataba de adivinar cuánto duraría esa resistencia. Ora lo miraba suplicante, ora haciendo muecas con la boca que parecían anunciar una cascada de rabiosas injurias; o bien lo contemplaba con una avidez que sugería un asalto inminente con el fin de arañarlo y morderlo, y finalmente se abandonaba en actitud suplicante.

En ese preciso instante, Remo sacó del bolsillo un rectángulo de papel, una letra en blanco, al mismo tiempo que Niobe aparecía en el dintel de la puerta del salón, donde se quedó inmóvil con las manos apoyadas sobre las caderas con gesto de estar meditando acerca de la situación en su punto culminante. Costaba discernir si su intervención tendía a favorecer al sobrino o venía a reforzar la débil negativa de las tías.

Todo empezaba a revestirse de la solemnidad y la automaticidad propias de una escena de teatro, a la vez que dejaba de ser una escena de la vida ruda y simple, de la que dependía la felicidad y la existencia real de una familia.

«¡No firmo nada!», gritó Teresa poniéndose en pie y elevando el tono de la voz cada vez más, mientras rehusaba el trozo de papel que habría debido pasar de las manos de Remo a las suyas. «No voy a firmar nada», repitió dando un puñetazo en la mesa e irguiéndose aún más para dar fuerza a sus palabras y demostrar firmemente que su decisión era irrevocable. «Pagaremos lo que nos parezca que debemos pagar, y lo pagaremos cuando y como podamos, faltaría más, no tenemos la obligación de hacerlo. Además, en el futuro pondremos una advertencia en el periódico. Hemos gastado todo cuanto teníamos, hemos hipotecado las casas y la heredad, y no estamos dispuestas a tener que mendigar por tu culpa: sería un pecado mortal, algo imperdonable.»

Hizo intención de abandonar el comedor.

Carolina, que en ningún momento había apartado la mirada del sobrino, se levantó sin dejar de mirarlo y, como si quisiera volcar sobre Remo todo lo que sentía por él y en contra de él, se le arrojó encima abrazándolo, apretándolo con todas sus fuerzas al tiempo que rompía en sollozos.

Remo no intentó en ningún momento rechazarla: se dejó abrazar. No le daban miedo ni los embates fuertes ni los abandonos débiles de las mujeres, pues se consideraba en posesión de los argumentos apropiados para hacer frente a esos dos estilos opuestos y era impermeable a los desfallecimientos y a las lágrimas. Se dejó abrazar, se dejó estrechar. Carolina lo apretaba con la fuerza que da la desesperación. Lo arañó y él se dejó arañar; y, cuando buscando su boca atrajo hacia sí la cabeza del sobrino, éste entregó los labios como había hecho diez años atrás en el tren, o en los primeros días de su

llegada a Santa Maria. La boca del hombre seguía abandonándose con la misma frialdad que cuando adolescente, y eso la turbaba, la trastornaba. Y en lugar de dejarlo, en aquel profundo desconcierto de todo el ser, se ceñía a él con más fuerza.

«¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!», chillaba Teresa poseída por un irrefrenable furia. «¡Vamos! ¡Vamos!», y apartaba a su hermana del cuerpo del joven. «¡Vamos!», chillaba, gritaba, aullaba. Su voz había perdido cualquier característica humana, y no era fácil saber cuánto había en sus gritos de energía desbordada y cuánto de ese resentimiento instintivo, oscuro, ignorado se podría decir, que le había hecho patear el suelo del vagón mientras el tren pasaba por un túnel y Carolina besaba al adolescente Remo delante de los porquerizos de Romaña. «¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!»

Finalmente consiguió despegarla del cuerpo del sobrino y la arrastró con violencia hacia la puerta para salir ambas desfallecidas, una por su total abandono, la otra a causa de su furor. Pero Remo las alcanzó. Después de permanecer pasivo ante aquella acometida sentimental, reasumió su actitud de crueldad gritándoles: «¡Hay que firmar!». Estas palabras cayeron como un golpe de látigo.

Teresa, queriendo abalanzarse sobre él para golpearlo, miró a su alrededor con los ojos abiertos de par en par en busca de un objeto cualquiera para arrojárselo. Sentía un rabioso impulso de golpearlo, y no de abrazarlo como su hermana; su desesperación la llevaba a actuar, hasta el punto de que el joven tenía que desdoblarse para hacer frente a los sentimientos opuestos de las dos mujeres. En ese momento, sin embargo, Carolina sostenía a su hermana, trataba a toda costa de cogerle las manos para que no pudiera alcanzar a Remo. En eso el joven se puso en pie y se abalanzó sobre ella demostrándole que a la violencia respondía con la violencia, del mismo modo en que a los arrebatos del corazón respondía con el abandono sentimental. Las cogió a ambas e, inmovilizándolas entre sus brazos, les impidió actuar, lo cual sin duda evidenciaba la fuerza de sus bíceps. De este modo las sacó del comedor y las llevó hasta la cocina, mientras una quería golpearlo y la otra luchaba por evitarlo. Entretanto, Niobe, que se había unido al grupo, acudía tan pronto por un lado como por el otro, con gran celeridad, como si las hermanas fueran un mueble pronto a caerse durante un transporte difícil. No estaba claro si lo que pretendía era ayudar a las tías a que se libraran de la fuerza del sobrino, que las hacía caminar en contra de su legítima voluntad, o a éste, que se empeñaba en imponer la suya. Remo llevó de esta manera a sus tías hasta el cuarto de debajo de las escaleras, que servía de despensa, abrió la puerta y las forzó a entrar en él.

Cuando comprendieron de qué se trataba se quedaron de piedra. Las había encerrado en aquel cuchitril repugnante: a eso habían

llegado. Se desvaneció en una el deseo de golpear y en la otra la necesidad de abandonarse. Las había hecho prisioneras y las dejaría morir, tal vez como a las heroínas de las canciones, de los relatos, de los melodramas, de las tragedias. Ante ese hecho inconmensurable quedaron inconscientes, aniquiladas. Tras encender la bombilla y despejar la mesa de vasos y de botellas, el sobrino dejó ante ellas la letra y a su lado la pluma estilográfica. Ellas observaron atónitas los preparativos hasta que, sin decir palabra ni dirigirles siquiera una mirada, él salió del cuarto echando la llave, que después se guardó en un bolsillo.

Niobe, que se había sumado a la revuelta sin tener una idea clara de lo que estaba pasando, no se apartaba de la puerta tras la cual se encontraban sus señoras, que no daban señal de vida desde el momento en que habían oído girar la llave en la cerradura.

¿Qué hacían debajo de la escalera?

La sirvienta, con perplejidad infantil, ya fijaba la vista en la puerta, ya observaba a Remo esbozando una sonrisa a fin de que éste le respondiera con otra que la tranquilizara, que le permitiera adivinar el juego, puesto que tal medida no podía ser otra cosa sino eso. Ella había permitido que aquello ocurriera: no se había interpuesto con decisión porque tenía la certeza de que todo se arreglaría de la mejor manera. Le costaba admitir que algo malo les estuviera pasando a sus señoras. Sin embargo, empezaba a sentirse invadida por un malestar pueril. No había tomado parte activa en los hechos porque pensaba que, si se habían contraído deudas había que pagarlas y no cabía protestar, pues eso no remediaba nada: la única salida era pagarlas, es decir, firmar aquel documento. Por eso se había limitado a ser una mera espectadora de la disputa. Su instinto le decía que no era conveniente poner obstáculos a aquellas escenas domésticas, que, dadas las circunstancias, no podían desarrollarse sino de aquel modo preciso, y que eran menos trágicas de lo que podía parecer. En esta convicción la reafirmaba el hecho de que Remo, una vez que hubo llevado a las dos mujeres a rastras a la despensa, con un gesto duro y una energía en los brazos que no era posible vencer ni resistir, de repente se había tornado sereno y calmado, sonriente, había encendido un cigarrillo y paseaba por la cocina deteniéndose con las manos en los bolsillos y las piernas abiertas, balanceándose en el vano de la puertecilla que daba al campo y desde donde escrutaba el horizonte al tiempo que exhalaba graciosas espirales de humo azulado.

«Era lo que yo decía», repetía Niobe para sus adentros con el fin de calmar la inquietud que poco a poco se iba apoderando de ella al mirar hacia la puerta de la despensa. «Son como dos niñas: hay que tratarlas así, no queda otra. No son mujeres serias, demonios. Las

deudas son las deudas y, cuando se contraen, o se permite que los demás lo hagan, ¡maldita sea, hay que pagarlas!, ¡qué diablos! Esas cosas hay que pensarlas antes. Son como dos niñas.»

Remo, que no hacía más que dar vueltas por la cocina, resignado, parecía responder: «Lo sé, lo sé: es una cosa pueril, ridícula, desagradable, repugnante, todo lo que se quiera, pero qué se le va a hacer. Con determinadas personas no se puede obrar de otro modo. En este mundo es preciso hacer un poco de todo para salir adelante, para vivir». Era como si todos aquellos contratiempos fueran propios de su profesión, que él trataba de desempeñar de la mejor manera posible, algo que él hacía más por servir a los demás que pensando en su propio beneficio, y de lo cual recibía únicamente la compensación debida a un trabajo desagradable.

Niobe lo miraba al tiempo que señalaba hacia la puerta de la despensa, intentando, a duras penas, guiñar un ojo al joven para darse ánimo en medio de la duda que la angustiaba: «Firmarán, firmarán, no cabe la menor duda, vaya si firmarán. Son como dos niñas, ni más ni menos. Se ponen caprichosas; hay que comprenderlas». Trataba de congraciarse, hacía señas con los ojos, pero no tenía fuerza para sonreír, no lo conseguía; por más que lo intentaba, no lograba abrir los labios: le dolían demasiado, sus músculos se lo impedían. Y no digamos el aspecto equívoco que adoptaba su cara seria haciendo un guiño: «Firmarán, firmarán, y de ahora en adelante Remo reducirá sus gastos, sentará cabeza, se pondrá a trabajar de una buena vez después de esa vida disipada tan propia de la primera juventud». La mujer sentía en su corazón una enorme indulgencia por él, por el desenfrenado deseo de vivir que tienen los jóvenes, por su vitalidad incontenible, por sus errores, por sus locuras. Sentía que lo hermoso de la vida se encuentra en eso, y es necesario saber tomarlo a su debido tiempo: «Sólo se es joven una vez, ¡qué diablos! Después no queda más que recordar». En su interior se compadecía infinitamente de sus señoras, que no podían recordar nada que no fueran penas y fatigas.

Pero ¿qué hacían las dos hermanas dentro de la despensa donde una mañana, diez años atrás, habían permanecido media hora para sorprender el descenso, esa vez por la ventana en lugar de por la escalera, que todos los días hacía su sobrino? ¿También ese día lo acechaban escondidas tras el ventanuco para verlo bajar?

Igualmente, ese día pasó media hora antes de que se oyera algún ruido procedente del interior.

Por fin se pudo percibir un bisbiseo, un rumor, debajo de la escalera, alguna que otra palabra entrecortada, después un llanto, un llanto casi infantil. Carolina estaba llorando. Era el suyo un llorar que disminuía gradualmente para alzarse de nuevo en ondulaciones

imperceptibles. Cuando se acalló y se restableció el silencio, surgió una voz débil, suplicante, que parecía salir de debajo de la tierra: «¡Giselda! ¡Giselda!», alargando interminablemente la E. Giselda comenzó a cantar desde la ventana del primer piso, a la que estaba asomada:

Una voce poco fa
qui nel cor mi risuonò;
il mio cor ferito è già,
e Lindor fu che il piagò
Si, Lindoro mio sarà,
lo giurai, la vincerò.

«¡Giselda!», repitió la voz cada vez más débil. Pero Giselda no podía oír por lo atenta que estaba a modular su canto a la manera de los ruiseñores —sin duda parecía un ruiseñor en aquel silencio campestre—, le pasaba inadvertida la tenue llamada de su hermana mayor.

Il tutor ricuserà,
io l'ingegno aguzzerò;
alta fin s'accheterà
e contenta io resterò.

«¡Giselda!», se repitió la llamada, pero con tan poca fuerza que habría que preguntarse si quien gritaba tenía la pretensión de que se la oyera realmente, y de que la oyera en especial la persona que estaba cantando a viva voz.

Io sono docile — sono rispettosa,
sono obbediente — dolce, amorosa,
mi lascio reggere — mi fo guidar.

En la voz de Carolina, ¿moría la esperanza de ser oída o se escondía el temor de que captaran su voz?

Ma se mi toccano — dov'è el mio debole
sarò una vipera — e cento trappole
prima di cedere — farò giocar.

A continuación, surgió del interior de la despensa una voz igualmente lastimera, pero más fuerte: «¡Niobe!».

Niobe no podía mantenerse al margen por más tiempo: su señora la llamaba y tenía que responder. Miraba a Remo con miedo, y él hizo

además de retenerla si se movía, de cerrarle el camino si acaso se le ocurría tomar alguna iniciativa.

«¡Niobe!», repitió una voz muy tenue, con una I tan alargada y sutil que parecía un hilo de vidrio.

Y la más fuerte, con un tono que seguía siendo suplicante por más que quisiera ser imperativo, repitió: «¡Niobe!».

¿Qué debía hacer? ¿Debía responder?

«No me puedo mover», respondió como quien se encuentra todavía vivo entre los escombros después de un terremoto, o inmovilizado en una casa donde los asaltantes, antes de robar, han atado y amordazado a todos sus habitantes. «No puedo abrir: no tengo la llave.»

Siguió luego un largo silencio, durante el cual se podía notar la tensión en Remo.

Cesaron los sollozos, los rumores, las llamadas débiles.

Por otra parte, dentro de la despensa no faltaba nada de cuanto es necesario para vivir: había ventilación y luz, e incluso había posibilidad de sentarse. También había vino y pan, huevos, jamón y salami, además de fruta. No obstante el desarrollo de los hechos, el sobrino concedía a sus tías un tratamiento honorable.

De ese modo pasó la segunda media hora. Remo no hacía más que pasear por la cocina mientras prendía, uno tras otro, un buen número de cigarrillos. Tenía el talante inflexivo y tranquilo de quien está cumpliendo con su deber.

Poco después se oyeron rumores en la despensa, como de acomodamiento de cuerpos y ropas, y enseguida dos golpes secos y fuertes, resueltos, casi arrogantes, que hicieron vibrar la puerta. El joven olfateó el aire durante una fracción de segundo, sacó la llave del bolsillo, decidido y sin perder el tiempo, abrió y, después de haber considerado la situación con ojo de experto, se hizo a un lado respetuosamente para permitir que pasaran sus tías.

Las mujeres, que esperaban en pie detrás de la puerta, salieron una detrás de la otra. Teresa, con la cabeza levantada, respondía con el máximo desdén a la cortesía más exquisita. Era como una reina caída en manos de la plebe que se prepara a juzgarla: rígida, ausente, plena de noble orgullo, de dignidad, contraída la boca en una mueca de supremo desagrado, dispuesta a no conceder ni un adarme de sí misma a la turba que ya la posee materialmente. Iba delante con la letra firmada en la mano, el único y frágil vínculo, apenas sujeto con la punta de los dedos, que aún la unía a la tierra, como permanece unida a la rama la hoja seca que caerá al soplo más tenue de viento. En cambio, Carolina, con la cabeza baja, los cabellos revueltos, los brazos caídos, primero llorosa y después con los ojos enrojecidos por

haber derramado ya todas sus lágrimas, parecía la Magdalena dispuesta a seguir al Señor hasta la cima del Calvario.

Ni que decir tiene que Remo, entre tanto dolor, tenía ya segura la letra, que conservaba intacta su cifra, y en la parte inferior llevaba estampadas dos firmas muy breves: «Teresa y Carolina, hermanas Materassi». Intentó cogerla de manos de su tía, pero el rectángulo de papel cayó, tal como lo hace la hoja muerta al desprenderse de la rama, antes de que la tocara aquella mano indigna. Ni tan siquiera se produjo este contacto mínimo entre la tía y el sobrino: él tuvo que agacharse a recoger la letra.

«¡Eso es!… ¡Muy bien!… ¡Ahora sí, ahora sí!… ¡Todo está bien, muy bien, perfectamente!», dijo, y, asaltado por la prisa de quien ha de atender a obligaciones muy urgentes y no tiene tiempo que perder, metió la letra en la billetera, echó una mirada al reloj de pulsera y se dirigió a las tías: «¡Estupendo!», exclamó sin preocuparse lo más mínimo por la disposición trágica de las mujeres, tan fuera de lo común, como si fuera de lo más normal, y tan alejado de su apremio y de su actitud práctica.

«Bueno, son exactamente las cuatro: no puedo perder ni un minuto. Me voy a toda prisa a Florencia. Me queda todavía media hora. A las cinco en punto, ni un minuto más, estaré aquí de vuelta para recogeros, así que apuraos», y repitió, con toda claridad para que no hubiera malentendidos, «a las cinco en punto», pues sabía muy bien que las mujeres siempre se hacen esperar. «Vamos a tomar el aperitivo en Narciso de Cascine, después cenaremos en Fiesole y terminaremos la noche en el Follie Estive, donde ya tengo palco.»

Pareció que las mujeres no hubieran oído ni la invitación ni todas aquellas palabras frívolas que sonaban a ofensa en un momento tan grave; una detrás de la otra, unidas en el sentimiento que ya hemos descrito antes, emprendieron el camino con aire fúnebre hacia las escaleras. Iban con la idea de encerrarse en su habitación, como en los momentos supremos de su vida, después de que las hubieran librado de su prisión.

«A las cinco en punto —repitió el sobrino saliendo aprisa—. Os lo ruego: no me hagáis esperar.»

Frente a la verja se encontraba Palle con el automóvil a punto.

Sin embargo, en esa ocasión ni siquiera Niobe consideraba que fuera oportuna una invitación como aquélla, y la enfadaba la insistencia de la cita para las cinco: «¡Qué cinco, ni qué cinco!», rumiaba Niobe para sus adentros con gran sofoco. «¡Qué Narciso, ni qué Cascine, ni qué Follie Estive!», exclamaba sin saber que las pobrecillas habían firmado una letra de cien mil liras.

Ni siquiera Giselda, con todo su resquemor, se atrevía a añadir una sola gota más de veneno al corazón de sus hermanas: se callaba

dignamente, juzgando con severidad la desvergüenza sin límites del sobrino. Aquella invitación era tan ofensiva como inútil: una muestra de cinismo, lisa y llanamente. Esa vez el joven había ido más allá de todo lo permisible. Pobres mujeres. Ahora sí que tendrían que preocuparse por sí mismas después de haberse desplomado en el abismo tras el decisivo golpe de la letra: «¡Qué Fiesole! ¡Qué Cascine! ¡Qué aperitivos ni qué cenas! ¡Qué Follie Estive!».

Por otro lado, la pobre Niobe se había quedado contrariada por no haber hecho lo posible para evitar la repugnante escena del encierro. Con su pasividad se había convertido en cómplice del sobrino y se arrepentía de ello con toda el alma. La voz de sus señoras encerradas en la despensa —«¡Giselda! ¡Niobe!»— le atravesaba el corazón. Había sido tan cruel como la hermana, incluso más, ya que en su calidad de sirvienta las había traicionado, las había vendido. Ahora que el joven ya no estaba presente, tomaba conciencia de que su deber habría sido oponerse por todos los medios al plan criminal: tendría que haber peleado, haber tenido una lucha cuerpo a cuerpo, haber gritado, haber logrado que acudiera gente. Su afición por él y la fascinación que sobre ella ejercía le parecían un pecado, un verdadero pecado hacia sus señoras, que habían caído en poder de aquel disoluto, de aquel prepotente. Inadvertidamente, se había trastornado sin que le diera tiempo a valorar la situación, pero caía en la cuenta demasiado tarde: tendría que haberse hecho abrir las entrañas antes que ceder ante tamaña injusticia, ante algo que consideraba de todo punto indigno, cualquier cosa antes que permitir que firmaran la letra en aquella forma ilícita, desagradable, violenta. Todo su ser le gritaba: «Ve; sube junto a tus señoras, justifícate ante ellas. Diles que no has cumplido con tu deber, que te quedaste más pasiva que nunca en el momento en que más te necesitaban. Diles que no has reaccionado frente al abuso, frente a los excesos de un depravado lleno de malas intenciones. Ve a juntar tu corazón a sus corazones como en los momentos de mayor dicha y de mayor desgracia». Pero se sentía culpable y vil. Era la primera vez que le faltaba valor para presentarse con la cabeza erguida delante de ellas. Se sentía despreciable y esperaba a que la llamaran, como el perro que no se atreve a traspasar el umbral de la puerta de casa por miedo a una paliza y permanece expectante hasta que oye una voz amiga, una llamada cariñosa. Sin embargo, las dos hermanas no pensaban en eso ni por asomo.

Empezó a poner orden en la cocina, revuelta todavía desde la hora del almuerzo. Tenía que lavar y acomodar todos los cacharros. Debido a las discusiones primero y al asunto del encierro después, le habían dado las cuatro de la tarde. En el hogar se había agotado inútilmente el carbón, y el agua de la cacerola hacía bastante tiempo que había dejado de hervir. De cuando en cuando, se acercaba de puntillas a la

escalera y pegaba la oreja a la puerta para escuchar, pero sus señoras no la llamaban. Sabe Dios en qué estado de ánimo se encontraban las pobrecillas, que no daban señales de vida. Como un puñal afilado, aquel «¡Giselda! ¡Niobe!», aquella débil voz salida de la despensa que aún la estremecía, se le clavaba cada vez más hondo en el corazón. Nadie había dado un paso para socorrerlas. Por su parte, había sido tan pérfida como la hermana, a la que detestaba por su malignidad, e incluso todavía más. Se le caían las lágrimas mientras fregaba: «¡Giselda! ¡Niobe!». Había actuado como esa mujer infernal que se ponía a cantar en la ventana cuando sus hermanas atravesaban por uno de los momentos más angustiosos de su existencia. Habían pasado una hora de agonía encerradas en aquel cuartucho, víctimas de una extorsión abominable. Giselda no había respondido debido al odio que les profesaba a todos los de la casa, y ella había fingido no poder acudir en su ayuda: ella, que habría dado la vida por sus señoras, se había dejado cautivar por la enorme simpatía que tenía por aquel miserable, que no se detenía ante nada con tal de sacar provecho. «¡Giselda! ¡Niobe!» ¿De dónde iba a sacar fuerzas para presentarse ante ellas? ¿Cómo iba a soportar sus miradas? Seguía llorando gruesas lágrimas. Se detenía, se enjugaba las manos con el delantal y los ojos con el antebrazo, afinaba el oído junto a la puerta, se acercaba hasta las escaleras, pero no tenía valor para subir y volvía a la cocina para continuar con su tarea. ¿Por qué no la llamaban? Y repetidas veces, mientras secaba un plato o un tenedor, se paraba súbitamente conteniendo la respiración… Le parecía haber oído «Niobe», pero ¡qué va!, pura ilusión. Aquella voz había salido de su tormento, que se agravaba cada vez más. Ponía mayor atención. Nada, no era nada, solamente la voz del corazón, que no hacía más que sobresaltarla.

En el primer piso el silencio era sepulcral.

Giselda se había encerrado en su habitación para no participar en las vicisitudes de la familia, y las hermanas, en la suya, sin mediar palabra.

Habían dado ya las cinco. Remo no aparecía. Era comprensible. Lo más probable era que no fuera a recogerlas. Se habría dado cuenta de que era inútil hacerlo: habría sido el colmo de la desvergüenza ir a buscarlas. Aquello había sido una exhibición de habilidad, una galantería inútil que sin duda escondía el verdadero sentimiento, que era muy diferente. Claro que sí: su intención era restarle importancia a la afrenta, empezando él mismo por no darle demasiado valor para que los demás tampoco se lo dieran. Ésa era la jugada que solía hacer: cuando reparaba en la gravedad de un asunto, lo trataba con ligereza. Mejor así, mejor dejarlas tranquilas, pobrecillas, mejor dejarlas con su dolor, con la preocupación que les causaba haber firmado la letra. De ese modo, demostraría un mayor respeto por ellas, una comprensión

más cabal después del daño que les había provocado, y aumentaría su credibilidad para el futuro. Más que las locuras estivales del Follie Estive, se requería sensatez, mucha sensatez, y no sólo para el verano, sino también para el invierno, para la primavera, para el otoño, para todas las estaciones del año. Ésa sería la última trastada del muchacho, que empezaría a ver la vida de una manera diferente. Mejor, mejor así. Por lo que se refería al pasado, todo acabaría por arreglarse: el pasado se arregla siempre. Lo que interesa es sentar cabeza para el porvenir.

Cuando terminó de fregar y de secar, una vez colocado cada utensilio en su sitio, barrida la cocina y entornada la ventana con todo cuidado para evitar la entrada de las moscas, tomó la decisión de subir hasta la habitación de sus señoras para ver si querían algo, si necesitaban que las atendiera en caso de que se encontraran mal, si pedían alguna cosa. Estaba dispuesta a soportar los reproches y las reconvenciones, de las que se sabía merecedora, y a justificarse tal como se lo pedía el corazón por no haber evitado que se llevara a cabo el atropello de acuerdo con los designios ilícitos del culpable. Pero se detuvo en el primer escalón: «Después de tantas emociones, necesitarán dormir. Dejemos que descansen. No es bueno molestarlas». Esa premura tenía en el fondo el único fin de tranquilizarse a sí misma y de vencer el enorme desasosiego de volver a verlas. Se acercó a la puerta por si se oía el ruido del automóvil: «Nada. Mejor, mejor así. Todo vuelve a su lugar, como es natural». Pareciera que la prudencia manifestada en la casa después de la última prueba empezaba a dejar sentir sus efectos: ¡Qué diversiones ni qué nada! Era justo lo que faltaba. Por más que fueran incapaces de conciliar el sueño, seguramente estarían con los ojos cerrados en su cama como si fueran dos niñas enfermas que entornan los ojos para no ver, para no saber, que fingen dormir para calmar su aturdimiento. Después, poco a poco y sin darse cuenta, el sueño acabaría venciéndolas, un sueñecito reparador que iniciaría la curación y sería la salvación de las dos mujeres. Cuando se despertaran, ya habría comenzado a alejarse el recuerdo del sórdido acontecimiento. El resto vendría solo. Ése era el motivo de que no la llamaran. Lo mejor era dejarlas tranquilas. Por lo que se refería a Remo, las indudables muestras de seriedad que ahora estaba dando eran la prueba más consoladora de que las cosas no desembocarían de nuevo en problemas. Ya eran suficientes los que había causado hasta ese momento. Él mismo estaría empezando a comprender que eran demasiados y que había llegado el momento de frenar. Habría tomado conciencia de ello y quizá estuviera arrepentido: no podía ser de otro modo. A pesar de su inconsciencia y rebeldía, los jóvenes tienen siempre en su corazón una enorme generosidad. Mientras se entregaba a estos pensamientos

consoladores, se sobresaltó con el estruendo del automóvil del joven, ruido que reconocía entre mil: quería decir que venía a toda velocidad. «Es él. El mismo. Hay que tener mucha osadía para venir. Pero ¿a santo de qué aparece por aquí ahora? ¿Acaso preparará otra escena? No no: seguramente él también viene a descansar. Subirá a su habitación a echarse en la cama. Necesita dormir. No hay duda de que viene para echar una siesta. Muy desvergonzado tendría que ser para presentarse aquí y preguntarles si tienen deseos de salir, de ir de paseo, estando en las condiciones en las que están. ¡Ni más ni menos que de paseo! Pero ¡qué paseo ni qué paseo!» Se dirigió a la puerta de la verja dispuesta a informarlo de cómo se sentían las pobrecitas, decidida a hacerle comprender lo inoportuno de su invitación en el caso de que tuviera la idea de insistir en ella. Iba dispuesta a todo, a luchar lo necesario para que se hiciera justicia y para proteger a sus señoras, a no dejarse desarmar o manejar por segunda vez: «Ya es hora de terminar con esto». Se puso en pie, estiró sus miembros y su insólito paso balanceó todas sus carnes. Esa vez los acontecimientos no la encontrarían indecisa, ni pasiva, ni inerme: no había más que verla.

«¡Tí Te, tí Ca!», gritó Remo desde la calle mientras salía del automóvil bajo la ventana de las tías pero sin mirar hacia arriba. «¡Tí Te, tí Ca!…» Su voz surgía con absoluta naturalidad, adornada apenas por un seductor canto.

«¡Tí Te, tí Ca!», repitió entrando por la cancela sin levantar la cabeza, con tono impaciente.

Al tropezarse con Niobe, le pidió una jarra de agua fresca porque estaba sediento. Mientras tanto, Palle realizaba ruidosamente en la calle la maniobra de poner el automóvil de cara a Florencia. La mujer, que había corrido a su encuentro para que dejara de dar voces, para decirle que no era oportuno llamar a aquellas dos desventuradas, que no daban señales de vida y que quién sabe en qué estado de ánimo se encontrarían, pero que no era conveniente despertarlas, que era mejor dejarlas dormir en paz, porque lo más probable era que estuviesen durmiendo o, si no dormían, fingían hacerlo para no ver, para no saber, para olvidar lo que había sucedido, porque no deseaban que nadie las molestase, porque no tenían ganas de hablar ni de ver a nadie: por eso se habían metido en su habitación… En cuanto Remo le pidió el vaso de agua, experimentó una contramarcha instintiva en su condición servil: el señor ardía de sed y era preciso darle de beber. Atrapada entre ambos movimientos —el que la impulsaba a enfrentarlo para abrirle los ojos a sus tías y el que la instaba a darle prontamente de beber porque estaba muerto de sed—, venció el segundo.

Corrió a la cocina en busca de un vaso: «Pero esto es el colmo de la

audacia: llamarlas de ese modo después de lo que ha sucedido, como si no hubiera pasado nada. Hay que tener cara dura para actuar así», pensaba mientras llenaba una botella. «Pero ¿acaso los hombres no son todos así?» Y seguía diciendo para sus adentros: «O, por lo menos, son así todos los que más le gustan a una. De los que son buenas personas una ya ni se ocupa, a decir verdad, la hacen sentirse apática. Las mujeres preferimos rompernos la cabeza contra esos obstáculos: es nuestro destino. Son ésos los que nos traen a maltraer y después nos adornan para los días de fiesta. Sin embargo, esta vez has ido demasiado lejos, querido mío, has calculado mal tus fuerzas, así que te vas a quedar esperando en tu automóvil.» Le llevó el vaso de agua hasta la puerta y se quedó inmóvil mirándolo, con la botella preparada, a la espera de que terminara de beber para empezar ella.

Remo apuró el contenido del vaso con un placer que daba gusto. La limpidez de la acción era semejante a la del líquido que vertía en la boca. «¿Quieres beber también tú, Palle? ¿Acaso no tienes sed?» Palle, que había realizado ya la maniobra y estaba inspeccionando el motor con el capó levantado, volvió la cabeza, asintió y, tras haber cerrado el coche, se acercó con ademán de coger el vaso de manos de la sirvienta, que se lo estaba llenando. Bebió con avidez semejante a la de su amigo, pero el agua pareció esconderse y desapareció humildemente por su corta garganta, para no poner de relieve un movimiento torpe que toda su persona trataba de ocultar, con la timidez que le hacía aflorar una palabra que resultaba más bien una excusa que un agradecimiento.

Niobe no sabía por qué parte hincar el diente, pero quería atacar a toda costa. Quería tomar partido ante aquella espera, tan intempestiva como inútil. «Sabe… Se encerraron en la habitación y ni siquiera me llamaron. Ya se puede figurar… No responden, compréndalo… En ese estado… no les falta razón… Seguro que se habrán adormecido. Estaban tan cansadas las pobrecillas… También usted las ha visto, ha visto con sus propios ojos en qué estado se encontraban… Qué le va a hacer… ¿O es que no se dio cuenta?» Remo escuchaba y la miraba como si no entendiera el significado de sus palabras, como si hablara una lengua desconocida o estuviera desvariando. Por si fuera poco, no se mostraba ni siquiera mínimamente contrariado. En esa situación Niobe, para hacerse entender, cargaba las tintas: «Compréndalo… En ese estado no pueden tener ganas de divertirse, de andar dando vueltas por ahí, de ir a cenar fuera. No hace falta mucho esfuerzo para comprenderlo… Otra vez será, cuando estén mejor, cuando se les haya expandido la bilis. Esta tarde será mejor que vaya a divertirse usted solo».

Era la primera vez que le hablaba al joven en este tono.

Remo la miró y después lo hizo a su alrededor, el campo, el

horizonte y el aire inflamado por el calor en aquellos últimos días de un espléndido mes de mayo, ebrio de luz y de perfumes. Miró a la mujer sin concederle ni siquiera la respuesta de un gesto. Parecía no otorgar a su discurso la menor importancia. Sin embargo, no repitió la llamada ni intentó subir hasta la habitación de sus tías: permanecía allí, en el último escalón de la puerta de entrada, con las manos en los bolsillos, equilibrando el cuerpo con una actitud de espera sobre sus piernas un poco abiertas.

Desde la habitación en silencio llegó un primer rumor y luego uno más fuerte, de la apertura de una puerta, de voces y de crujidos en las escaleras. Niobe contuvo la respiración: «Señor, ¿qué está pasando? ¿Vuelven otra vez las tragedias?». Temblaba ante la idea de enfrentarse con sus señoras; temblaba por ellas, por el sobrino, por ella misma; temblaba por un estado de cosas imposible, y se daba ánimos para no dejarse coger por sorpresa una segunda vez y estar preparada para defenderlas. Ahora les tocaría rendir cuentas tanto al sobrino como a ella. Después de una madura reflexión, las hermanas tomarían una decisión inapelable. Se habían consultado, habrían tenido tiempo para elaborar su plan de ataque, les tocaba ahora actuar, intervendrían con toda su energía, sin piedad, tomarían las provisiones del caso y bajarían la escalera como dos furias, llenas de ferocidad. Echarían de la casa a la sirvienta y al muchacho, cosa que estaban en todo su derecho de hacer… y tenían toda la razón. Los ruidos provenientes de las escaleras aumentaban cada vez más de volumen. Los denunciarían a la justicia a los dos, también a ella como cómplice, pues se trataba de una extorsión en toda regla, con un auténtico secuestro de las personas. Era algo muy grave. Habrían de someterse a los rigores de la ley. Esos rumores y esas voces por las escaleras le hacían volver la cabeza, temblar las piernas, justo en el momento en que deseaba ser fuerte, en que debía serlo… Tan pronto como las dos hermanas aparecieron juntas en el salón, por poco se cae. Nunca habían estado tan graciosas y favorecidas con sus atavíos de fiesta. Teresa vestía de violeta con guarniciones verdes y plumas amarillas, y Carolina, totalmente de celeste, con plumas rosa. Jamás se habían adornado tanto, con tantas baratijas; jamás habían salido tan clamorosas, relucientes y empolvadas. Aun así, debajo del maquillaje se adivinaban en una las huellas del desprecio y en la otra la de las lágrimas. Con brazaletes y collares, provistas de abanico, bolso y sombrilla, se disponían a asistir a la puesta del sol en Cascine o en Fiesole. La sirvienta las miraba tratando de serenarse.

—¡Oh, Niobe!

—¿Se puede saber dónde te has metido?

Le sonrieron al mismo tiempo.

La buena mujer no tuvo aliento para responder. Hizo un intento de

sonreír, pero la risa le producía un estremecimiento simultáneo en el vientre y en los labios que se lo impedía. No le habría resultado muy difícil echarse a llorar aprovechando los mismos movimientos, aunque no habría conseguido hacerlo, del mismo modo en que no conseguía reírse. Tenía algo ante los ojos que le paralizaba todo acto vital. No creía lo que veían sus ojos. ¿Eran realmente sus señoras?

—Estaba en la cocina…, saben…, bueno…, estaba limpiando…, lavando los cacharros… —balbuceaba sin saber hacia dónde tirar—. Muy bien, muy bien… Hacen muy bien. Hacen bien en distraerse un poco… Tuvieron una buena idea… Es una tarde… tan hermosa…

—Remo.

—Remo —gorjeaban las tías—. ¿Adónde nos llevas? ¿Adónde vamos?

—Ya os lo he dicho, queridas —decía Remo con voz insinuante y acariciadora mientras las empujaba hacia el coche—. A Narciso, en Cascine, a tomar el aperitivo, y después a cenar a Fiesole. Alrededor de las diez iremos al Follie Estive, donde tengo un palco, ése del proscenio que os gusta a vosotras.

—A Narciso, en Cascine…, a cenar en Fiesole… y al Follie Estive —repetían las tías subiendo al automóvil y fingiendo memorizar lo que ya sabían.

—¿Y qué hay en el Follie Estive?

—¿Qué dan?

—Hay una revista nueva: «Mujeres, siempre mujeres, en el cielo en la tierra y en el mar».

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Se había arremolinado mucha gente para verlas partir. Se veían mujeres y jovencitas, gran cantidad de niños, el grupo acostumbrado al que los viajeros saludaban siempre con toda dignidad. También estaban los que hacían comentarios por detrás: «¡Como el abuelo! ¡Como el padre! ¡Están enloquecidas!». Pero también se quedaban boquiabiertos de admiración. En el momento de suspenso que precedió a la puesta en marcha del automóvil, después de que las dos hermanas hubieran dicho «¡Adiós, adiós, Niobe! ¡Adiós, hijitos! ¡Adiós a todos!», de la ventana de su habitación partió una voz semejante al graznido de un ave rapaz: «¡Rufián!».

En ese difícil momento, las damas supieron conservar un talante tan noble que no dejaron traslucir que la habían oído, y la persona a la que iba dirigida, tras girar el volante, arrancó el coche a modo de rápida respuesta. Palle fue el único que no pudo contener una sonrisa apenas perceptible y un gesto infantil que traía a la memoria esa situación en la que un niño le lanza con rabia una piedra a un

compañero y éste le responde con un gesto burlón tras haberla esquivado hábilmente.

Niobe, puesta en jarras, se quedó paralizada y perpleja en el portillo de la verja. Aquella criatura solar empezaba a ver sombras ante sí, a dejar de ver bien, con la prodigiosa claridad con que había visto siempre y que le venía del corazón. Y, aunque no sabía bien lo que era ninguna de esas dos cosas, se preguntaba: ¿es ésta la vida o están representando una comedia? Ni una cosa ni otra, sino ambas a la vez.

PEGGY

Hacía tiempo que Remo no escribía, que sólo mandaba postales con palabras afectuosas, con saludos amables para las tías: «Estoy bien. ¿Cómo estáis vosotras?». Había viajado por Bolonia y por Milán, y en ese momento se encontraba en Venecia con la idea de pasar allí el verano.

Las tías les daban vueltas y más vueltas a las tarjetas postales. Las observaban atentamente en todos sus detalles, fijándose en todos los signos, en todos los puntos, en todas las manchas, en el sello de Correos… No había manera de quitárselas de las manos. Y por más que en todas venía escrito en una esquina «Saludos a Palle», eso era lo único que no acertaban a ver; no se sabe cómo hacían. Les ocurría como a las personas que se cruzan en la calle con alguien a quien no quieren saludar, que fingen no haberlo visto aunque lo hayan visto perfectamente. A todo le otorgaban su valor menos a esa nota, cuyo significado fingían desconocer. Tenían las tarjetas sobre la mesa o sobre el bastidor y, mientras trabajaban, observaban las ilustraciones.

¿Se habría puesto a trabajar, habría logrado ordenarse finalmente? ¿Tendría futuro ese pobre muchacho? También ellas habían respondido con tarjetas postales que le dirigían a los distintos domicilios que él les indicaba. Le pedían que les escribiera con mayor extensión, que les diera noticias suyas, que las informara de sus planes, de sus esperanzas y de la vida que hacía. Pero no era difícil darse cuenta de que si no escribía más era porque lo poco que tenía que contar no sería muy consolador para las tías. Habían estado ávidas de noticias, sobre todo durante su estancia en Milán. Sabían que ésa era una ciudad comercial, con grandes industrias, donde era posible encontrar trabajo, abrirse camino. Pero, cuando se enteraron de que de Milán había pasado a Venecia, se preguntaron qué había ido a hacer allí. ¿Qué trabajo podría haber encontrado en un lugar al que la gente solamente va a gastar, a vivir, a disfrutar? Se había marchado a finales de mayo, dos días después de la escena del encierro, y hasta mediados de septiembre no tuvieron carta de él. Empalidecieron al verla y la abrieron con tanta emoción que hasta rasgaron el sobre mientras se la disputaban entre sí, pues ambas sentían más la

necesidad de tocarla, de apretarla, que impaciencia por leerla. Incluso Niobe temblaba durante la espera.

Mis queridísimas tías:

Perdonadme por no haberos escrito largo y tendido durante todo este tiempo, pero no tenía noticias importantes que comunicaros. Lo único que me apremiaba era haceros saber que estaba bien y enterarme yo de que vosotras también lo estabais.

Hoy os escribo para anunciaros mi matrimonio. Estoy comprometido con una joven norteamericana que he conocido aquí, en Venecia, y a la que pronto llevaré a Florencia para presentárosla. Nos quedaremos allí sólo algunos días, el tiempo indispensable para la celebración de nuestra boda, y partiremos seguidamente hacia Nueva York, donde reside mi prometida, con el fin de que yo conozca a su padre, un industrial de aquella ciudad.

Peggy, que conoce muy bien Florencia y sus pintorescos alrededores, os manda un afectuoso saludo, al que yo añado un abrazo muy especial.

Vuestro sobrino,

REMO

La desilusión provocada por las primeras esperanzas desvanecidas; las angustias de las primeras esperas, cuando el jovencito, aventurero y precoz, rebelde al estudio, decidido a conservar su independencia, se hacía esperar durante horas tanto de día como de noche; los gravísimos errores sentimentales, cuyo remedio tuvo un precio alto y penoso; las deudas por pagar, que aumentaban continuamente, ni el drama de la letra firmada dentro de la despensa, nada de todo eso las había herido tan profundamente como las palabras de esa breve carta. Se diría que hubieran comprendido en ese momento que todas las peripecias pasadas con el sobrino, todas las luchas y tragedias, no habían sido dolores propiamente dichos, y que por primera vez estaban experimentando el dolor desnudo y real. En todos esos avatares, cuanto había hecho e incluso cuanto hiciera ahora que estaba lejos era algo que ellas lamentaban, pero ese puñado de frías y medidas palabras les hizo ser conscientes de que su sobrino había pasado a manos de otra persona. Comprometido… Lograban comprender a ese Remo que les hacía faenas de todo tipo; siempre acababan aceptándolo después de escenas coléricas y llenas de furia cuyo único fin era madurar la intervención que lo salvaría, y que, sin que se dieran cuenta, consolidaban el lazo que las unía a él. Al Remo comprometido no lo podían admitir ni comprender: algo se rebelaba en su sangre misma, en el fondo de su ser; algo las penetraba como un hierro cortante. Comprometido… Habrían preferido cualquier cosa a

esa palabra. Leían y releían la carta: «Una joven norteamericana que he conocido aquí, en Venecia, y a la que llevaré a Florencia pronto para presentárosla». Interrumpían la lectura con la mirada perdida, traspuestas, y de repente se rebelaban ante un pensamiento molesto que traspasaba su dolor: no tenían interés alguno en conocerla, absolutamente ninguno. Les daba exactamente lo mismo conocer a una señorita norteamericana. La primera vez que Remo había llevado a ocho o diez muchachotes a Santa Maria —eran las dos de la madrugada, despertaron a toda la casa, vaciaron la despensa y dejaron tanto el comedor como la cocina hechos un campo de batalla—, no había levantado tanto desconcierto como esta visita, que se desarrollaría, como puede suponerse, de la manera más tranquila y cortés.

—¿Son guapas las norteamericanas? —preguntó ansiosamente Carolina llena de desolación.

—Son como las demás mujeres —respondió Teresa (al decir *mujeres* parecía estar nombrando una mercancía al por mayor, comestibles de primera necesidad)—. Las hay guapas y las hay feas, pero éstas son más numerosas que aquéllas, puedes estar segura; en todas partes cuecen habas.

Si a continuación le hubieran preguntado cómo eran, una por una, todas las mujeres de la Tierra, habría respondido que a las hermosas había que buscarlas con lupa. «Suelen ser poco agraciadas.»

Carolina empezó a contorsionarse para poner de relieve sus propios encantos en comparación con la falta de garbo de las norteamericanas.

Hicieron un repaso de las clientas de esa nacionalidad que habían tenido y de las que habían vivido en los contornos o de aquellas de las que habían oído hablar. Pero el examen no las alentó, sino todo lo contrario.

—Son mujeres modernas —concluyó Carolina.

—¿Y qué significa eso?

—No son como nosotras, que estamos siempre en casa trabajando o atendiendo a las tareas domésticas. Son mujeres emancipadas: hacen gimnasia, deportes, andan en motocicleta y conducen coches. Hacen las mismas cosas que los hombres y, cuando un marido deja de gustarles, le dicen «adiós, muy buenas» y se van con otro.

—Menuda gente.

—Las estúpidas somos nosotras.

—Quién sabe… En este mundo nunca se puede decir de qué parte está la razón. Además, esas señoritas norteamericanas, si no son ricas y quieren comer, tendrán que hacer como nosotras. Y, si no tienen sirvienta, limpiarán la casa ellas mismas, a menos que quieran vivir en

la inmundicia —dijo haciendo un gesto grosero.

—«Nos quedaremos en Florencia sólo algunos días, el tiempo indispensable para la celebración de nuestra boda».

—Vienen a casarse aquí.

Ante esta idea Carolina sentía que se le hacía un nudo en la garganta, que se le cortaba la respiración.

—Vaya, vaya.

—«Y partiremos seguidamente hacia Nueva York».

—Nueva York…

Para las dos pobres hermanas el nombre de esta ciudad se tragaba a las personas como el de la muerte.

No tenían coraje para preguntarse si la prometida sería rica. No querían confirmarse recíprocamente ese pensamiento que las hacía sufrir. Intuían que esa vez ni siquiera la insuperable Niobe habría podido encontrar el remedio: la cosa debía ser verdadera e inminente.

Estaban tan atontadas como si hubieran recibido un mazazo en la cabeza.

En la mesa no pudieron por menos que comunicar a Giselda aquella noticia que los labios eran incapaces de contener.

—Sabrás que Remo se ha comprometido. Se casa —dijo Teresa con una calma que ocultaba su desasosiego interior.

—¿Con quién? ¿Con una pelandusca?

—Sí, como tú.

Giselda no dijo nada más y, en cuanto hubo terminado de comer, se levantó y se ausentó del comedor.

Algunos días después recibieron una tarjeta postal:

Queridísimas tías:

Al comienzo de la semana próxima estaremos en Florencia y nos acercaremos enseguida a saludaros: tengo muchas ganas de veros. Entretanto, recibid los saludos de Peggy y un abrazo de mi parte.

REMO

En una esquina estaba escrito «Palle».

—Pero ¿qué significa este nombre? Peggy…, Peggy… ¿Qué quiere decir?

—Qué nombre más ridículo.

—Si cree que le vamos a preparar un recibimiento en toda regla está lista. Pobrecilla, yo no le daría ni un vaso de agua. Por mí podría reventar.

—Yo bajo en chancletas.

Efectivamente, al cabo de tres días, Remo apareció solo en Santa Maria y revolucionó la villa entera.

—Viene solo.

—No la quiere enseñar por ahí.

—Se avergüenza.

—Quién sabe cómo será de fea.

—Será una vieja.

—Se amarra con alguna ricachona vieja y loca.

—Y en poco tiempo acaba con ella.

—¿Pero será cierto que está prometido?

—Sabe Dios lo que se trae entre manos.

Ni siquiera estaba Palle para tirarle de la manga. Se comprendía que Remo no tenía tiempo que perder.

—Norteamericana.

—Ahora que les ha chupado hasta los tuétanos las deja. Se va a Estados Unidos a buscar fortuna.

—Pobres desgraciadas.

—Qué mala sombra tuvieron con ese sobrino.

—Han quedado bien servidas.

—Les lució el pelo.

—Sarna con gusto no pica.

Al verlo aparecer de improviso, las tías no pudieron contener la emoción: lloraron, lo besaron sin temor, sin turbaciones, lo abrazaron y juntas se asieron a la frescura de su cuerpo.

Él se entregó por entero para permitir que se desfogara aquella profunda exaltación. Solamente cuando empezó a agotarse lo dejaron para observarlo. Estaba cada vez más guapo, lozano y elegante, con la piel tostada por el sol.

Con mucha desenvoltura, empezó a hablar de su matrimonio.

Tenían que llegar los papeles de Estados Unidos, y eso todavía tardaría unos cuantos días más. Por lo demás, todo estaba listo, y el matrimonio se celebraría en Santa Maria por voluntad de la novia, que deseaba casarse en el campo. Peggy, nacida y criada en el tumulto de las grandes ciudades, amante de la vida turbulenta, soñaba con una hora de misticismo y de poesía para su matrimonio. En Santa Maria veía un lugar recóndito, un refugio ascético, casi celestial, que aportaría una atractiva diversidad a su vida de mujer moderna, deportiva. Remo, por su parte, pronunciaba la palabra *matrimonio* con la misma solemnidad y naturalidad con que se nombra una taberna famosa donde se ha decidido almorzar o cenar.

Las tías lo observaban estupefactas al oírlo pronunciar de ese modo una palabra grandiosa y terrible, velada por el misterio, que se había cernido como una nube cargada sobre sus cabezas.

—¿En Santa Maria? —palidecieron las tías.

—¿Aquí?…

—Justamente —repitió Remo con una sonrisa encantadora—. Y vosotras acompañaréis a Peggy al altar.

—No.

—No.

—Yo, no.

—Ni yo tampoco.

—¿A ti qué te parece?

—¡Ni hablar!

Dijeron las mujeres hechas un lío.

—No podemos. No podemos. De ningún modo… Una norteamericana… Además…, seguramente se trate de una señorita… muy rica…, me imagino.

—Sí…, quizá, bastante rica. No lo sé. Es hija única de un industrial de Nueva York. Su padre ha inventado una cacerola…

—¿Una cacerola? —preguntaron al unísono, escandalizadas. Incluso Niobe, que estaba en la puerta, farfulló:

—¿Es que en América ni siquiera tenían cacerolas?

—Es una cacerola mecánica, especial, enteramente de metal, que en siete minutos guisa la carne y hace un caldo excelente.

—Hijos de la gran… Y pensar que yo me paso dos horas de pie en la cocina.

—Parece que con esa cacerola ha hecho dinero a espuertas.

—Entonces será una señorita muy acaudalada…

—Peggy recibe periódicamente cheques de su padre. Antes le mandaba uno de mil dólares todos los meses. Pero, cuando supo que se había comprometido y que éramos dos, empezó a mandárselos de dos mil, doble ración, eso sin que Peggy le dijera nada. Y para el casamiento ha anunciado un cheque extraordinario.

Así era, en efecto. Remo no sabía nada más de su prometida ni había hecho nada por saberlo. En él no se había dado la sórdida avidez de cazar una dote ni había un cálculo astuto: el futuro nunca había sido para él un pensamiento agobiante, y el pasado quedaba sepultado en una trampilla oscura cuya tapa jamás se le había ocurrido levantar. Lo que contaba era el presente, el instante huidizo, y había nacido muy bien dotado para saber atraparlo, para vivirlo con esplendor. Apenas algo caía en la trampilla oscura, dejaba de existir. Peggy recibía cheques y, de momento, Remo no deseaba saber nada más. No necesitaba hacer cálculos egoístas ni insistir en preguntas desagradables, odiosas, con vistas al porvenir, ni tampoco imponer tratos innobles, ¡qué va! Remo se sentía dueño del presente. «La vida es fácil» era su lema, y le bastaba con esto para hacerla facilísima, primitiva, elemental. El suyo no era un matrimonio por interés, pues

ni siquiera pensaba en el interés: los cheques no se podían devolver, pues venían por sí solos.

—¿Es huérfana de madre?

—No. Su padre se divorció hace muchos años.

—¡Ah!

Teresa pareció retraerse al oír esa noticia como quien se tuerce un dedo o un pie y no quiere exteriorizar su dolor.

Carolina la miró con inteligencia para recordarle su conversación: «Ya te lo decía yo, lo sabía. Todas las norteamericanas hacen así: cuando se cansan de un marido, adiós, muy buenas, lo mandan a paseo y se buscan otro. Las estúpidas somos nosotras; a ellas les gusta cambiar».

Los ojos de Niobe chispeaban desde la puerta como los ojos de los gatos en la oscuridad. Parecía aprobar la conducta de las norteamericanas: ella también estaba a favor del cambio cuando las cosas no iban bien. Además, si había una abundancia tan grande de mieses, ¿por qué conformarse con una mínima parte?

—¿Y es… joven?

—Tiene veinticuatro años, como yo.

—¿Y siendo tan joven ya viaja sola?

—Empezó a viajar cuando tenía dieciocho. Conoce todo el mundo. Ha estado tres veces en Italia. Adora Italia. Su padre se dice romano de espíritu y de origen.

—Y tú…, naturalmente… —no se atrevía a formular esta pregunta —, te enamoraste… y… la amas…, es de suponer.

—¡Enamorado!… ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —Remo dejó escapar esa carcajada y se contuvo—. Bueno…, es cierto. Es cierto que la amo, no cabe duda. —Jamás había reído con tanta fuerza. En aquella carcajada vivía toda su alma. Esa palabra, *amor*, tenía significados muy diferentes para él y para ellas, hasta el punto de provocarle risa cuando la pronunciaban a la vez, y no podía evitar reírse de ella con toda sinceridad—. Sí, es cierto… ¡Ja! ¡Ja! —Jamás había reído con tantas ganas y tan bien, jamás había estado tan guapo al reírse.

Los ojos de las tres mujeres centelleaban. Se contuvieron para no echarse encima de él y abrazarlo por segunda vez. Les había vuelto el alma al cuerpo gracias a esa chispa candente que les recorrió enteramente el ser. Empezaron a hablar con franqueza, aligeradas y sin ninguna pena.

—Peggy y yo somos dos buenos amigos que se gustan y se comprenden, nada más. Vivimos bien juntos y podemos llevar una vida agradable, placentera, al menos por ahora. Amamos las mismas cosas, tenemos las mismas simpatías y antipatías.

—Iremos, sí. Iremos al casamiento.

—Sí sí —apoyaba Carolina.

También Niobe decía sí desde la puerta:

—Eso está mejor, estupendo. Hacen bien en ir. Así se hace, ¡qué demonios!

—Sí sí —repetían las tías—. Sí. Ya nos dirás para cuándo es, porque no hay tiempo que perder. Iremos, claro que iremos.

—¿Cuándo va a ser? —Ahora ambas querían acompañar a aquella esposa al altar.

—Creo que dentro de quince días. En cuanto estén listos los papeles.

—Está bien, está bien… Quince días… Ya, sí… —Teresa hablaba con cautela y Carolina respondía:

—Quince días… Bueno…

Acompañaron al sobrino hasta el coche y se quedaron en la puerta viéndolo partir, alejarse…, desaparecer. Cuando entraron en la casa no podían disimular una carcajada de felicidad.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—Es rica y no la ama.

—Se veía venir.

—Ya te lo decía yo.

—Se arrima a ella por interés.

—Hacía falta poco para darse cuenta.

—¿Te fijaste cómo se reía?

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—«Somos dos buenos amigos…» Sí sí.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—«Nos gustan las mismas cosas…»

—¡Menudo amor!, ¿eh?

—«Vivimos bien juntos…»

—«Al menos por ahora.»

—Cómo no.

—Justo me lo viene a contar a mí.

—Ahora nos va a engañar a nosotras.

—«Tenemos las mismas simpatías…»

—La cacerola del padre.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—¡Menudo amor!

—Se arrima a ella por interés.

—No había más que verlo.

—No es difícil darse cuenta.

—Es una cosa muy natural…

—¿Cómo será?

—¿Cómo será?

Las tías no eran las únicas que se preguntaban cómo sería la señorita que Remo había elegido como esposa o por la cual se había dejado elegir como marido, ya que incluso los incrédulos habían terminado creyendo. Era cosa de ver cómo sería esta mujer, sobre la que había tantas dudas, tantas reservas, tantas fantasías. A partir del mediodía, en cuanto se corrió la voz de que Remo llegaría con ella al día siguiente por la tarde, la calle se convirtió en un aparecer y desaparecer de gente, de improvisados centinelas, de señas, de avisos, de cabezas asomándose a las puertas o a las ventanas. Curiosidad e impaciencia brotaban de todos los rincones.

¿Cómo podría ser la prometida de ese joven que desde hacía diez años llenaba la villa con sus aventuras y cuya persona había sido el espectáculo más apasionante?

Poco hacía falta para darse cuenta de que no podía ser una criatura cualquiera. Remo no habría aparecido en compañía de una muchachita tímida y torpe que bajaría la mirada cuando se hablara de ella o le dirigieran la palabra, y a la cual le temblarían las piernas a medida que se aproximara el momento de conocer a las futuras tías. La curiosidad estaba justificada: en todos los casos habría algo digno de verse. Y la sorpresa habría sido aún mayor si aquel hombre que había mostrado tantas pretensiones, tanta seguridad y tanta pompa, tanta vanidad, se hubiera conformado con cualquier cosita modesta y común. ¿Y si fuera fea y desgarbada? ¿Habría hecho como los moscones, que, después de mucho zumbar, acababan posándose sobre algo cuyo nombre no es educado pronunciar? ¿Y si fuera vieja? ¿Habría aceptado un trasto viejo por el dinero?, ¿se habría arrimado a una pelandusca ahora que ya no contaba con el capital de las tías? Bien es cierto que todos sabían de sobra que la esposa tenía veinticuatro años, pero podía ser una de esas viejas locas que siguen diciendo que tienen veinte años cuando ya tienen sesenta. ¿Y si fuera torpe, bruta, jorobada, gorda, sorda, negra, amarilla…? Cuesta comprender por qué nadie se imaginaba a aquella mujer en condiciones normales. Solamente las chicas esperaban sin decir nada: en su corazón había una fe que no podía ser falsa.

—¡Es Greta Garbo! ¡Es Greta Garbo! —exclamaron con un grito reprimido al ver bajar del automóvil a una mujer muy joven, alta, delgada, con un vestido negro de lana, ceñido, que revelaba la agilidad de un cuerpo ejercitado en la danza, en los juegos juveniles, en los deportes. Iba tocada con un sombrerito de fieltro rojo vivo que

realzaba la magnificencia de una melena de oro muy ondulada y cuidada. La suya era una agilidad que se alejaba mucho de las estériles y patéticas contorsiones de la pobre Carolina.

La joven se detuvo en mitad de la carretera para contemplar el paisaje sonriendo, comprensiva y satisfecha. Iba dándose la vuelta lentamente a medida que observaba el lugar y las personas que, según fueran más abiertas o más tímidas, la contemplaban desde una distancia que juzgaban prudente. Tenía apoyada sobre una cadera la palma de una mano, cuyos dedos, ligeramente separados de la cintura, sostenían el cigarrillo. «¡Es Greta Garbo! ¡Es Greta Garbo!» El corazón de las jovencitas no podía equivocarse: Rodolfo Valentino, Ramón Novarro, Charles Farrell o Gary Cooper sólo podían casarse con Greta Garbo.

Los demás se quedaron mudos al no conseguir encontrar por el momento un punto débil, la resquebrajadura por la que atacar aquella imponente primera impresión. Y, puesto que no lograban atacar sus cualidades externas, ponían en entredicho las morales:

—¿Será una buena chica?

—Hummm…

—¿Será tan rica como dicen?

—¿No será una de ésas…?

—¿De dónde le vendrá el dinero? —Y pensar que ellos lo habrían aceptado viniera de donde viniera.

—Fuma: no es buena señal, no me gusta.

En cambio, las jóvenes habrían deseado ser ella, comoquiera que fuera, y tratando de alcanzar su gracia al fumar, un instinto secreto las llevaba a imitarla.

Las tías no aparecieron en la verja ni tampoco en la puerta de la casa. No demostraron demasiada prisa por correr al encuentro de la futura sobrina ni tampoco quisieron dar la menor solemnidad a su visita. Cuando aparecieron los jóvenes, ellas levantaron la cabeza del trabajo, se quitaron los lentes con calma y la saludaron sin un asomo de emoción ni de entusiasmo, como si se tratara de una clienta. Solamente el trabajo, que ya no amaban y que sólo representaba una dura exigencia de la vida, podía seguir brindándoles tanta fuerza, tanta seguridad, tanta hermosura. Lo sentían de una manera inconsciente: eran como un rey sobre su trono y, en la hora de las desgracias, se aferraban a él porque no hay odio ni rivalidad que lo puedan alcanzar. Se levantaron al mismo tiempo con movimientos armoniosos y con cierta lentitud, sin dar un paso y apenas esbozando una sonrisa, olfateando el aire como si estuvieran esperando un encargo.

—Tí Te, tí Ca —dijo Remo con deferente cortesía, satisfecho, al

tiempo que presentaba a su prometida a las tías. Cualquier clase de bienvenida lo habría cogido del mismo humor, inalterable: habría sido lo mismo que le dieran con la puerta en las narices, que le hubieran echado una jarra de agua por la cabeza, que lo hubieran apedreado o que hubieran organizado un baile en su honor. En ese momento se había asomado alguien por la puerta del fondo, en la penumbra, sustrayendo a las mujeres de un saludo demasiado frío.

«Niní», añadió Remo con una explosión de jovialidad mientras corría para ponerse al lado de Niobe, que se resistía a avanzar un paso más. «Mi vieja Niní», repitió abrazándola con gran afecto.

Con una rápida sonrisa y dos leves inclinaciones de cabeza, Peggy saludó también a la sirvienta: «*Oh, yes, all right*». Continuó observando a su alrededor el taller de las tías como antes había hecho en la calle al bajar del automóvil, dejando traslucir perfectamente que la atraían más los lugares y los objetos que las personas. Asaltada por un golpe de ternura, exclamó:

—¡Oh! ¡Monas… encantadas!

—No, querida mía, no —corrigió Remo alegre y dulce—. Domesticadas, solamente domesticadas.

Parecía otro. Se había vuelto atento, gentil, locuaz y, puesto que era consciente de lo difícil que era amalgamar aquellas fuerzas heterogéneas, intervenía constantemente para llenar las lagunas y evitar las curvas peligrosas. Explicaba a Peggy el funcionamiento de la casa, la profesión de las tías, que se intercambiaban algunas miradas maliciosas, algunas risitas venenosas: «Ahora te ha llegado a ti el turno de que te domestiquen, y tal vez resulte un éxito». La presencia de la joven ni las conmovía ni las asustaba: únicamente las ponía en guardia, las hacía obrar con cautela, pues querían ocultar su sentimiento hostil. Más bien se mostraban ligeramente irónicas y mundanas como jamás lo habían estado entre las camisas y las bragas. En diez años habían aprendido muchas cosas. En su corazón estaba la respuesta de Remo a su trascendental pregunta: «No la ama, no la ama, no la ama». Esas palabras les saltaban en el corazón como si se tratara del mecanismo de un reloj y las custodiaban celosamente: «No la ama: se casa con ella por interés». Ni él ni ella debían advertir esa fuerza interior que iluminaba sus almas, su dolor: «No la ama». La presencia de la víctima les daba un profundo y ácido placer. Además, tenían la doble alegría de esconderlo, de guardarlo para sí mostrando una total indiferencia, como la que se demuestra por la gente que nada tiene que ver con uno. Le daba por decir que eran papagayos o monas, sin saber siquiera lo que eso significaba. Pobre chiflada, el verdadero papagayo era ella, que ni siquiera sabía hablar, la verdadera mona que había que domesticar o que probablemente ya estaba domesticada. Eso las hacía reír, reír, reír, reír a carcajada

limpia, cosa que no exteriorizaban para que nadie sospechara nada. Se guardaban muy bien de reírse para así poder hacerlo doblemente en el fondo de su corazón, para no despertar sus sospechas, para que se metiera bien dentro del saco, en la trampa abierta. Reían, pues, para sus adentros y solamente para sus adentros: «Esperamos que a ti te haga por lo menos el doble de lo que nos ha hecho a nosotras», decían sus sonrisas mesuradas e indiferentes. Y pensar que ellas estarían dispuestas a dejarse hacer otro tanto: «Si hiciera de ti una salchicha, todavía no tendrías tu merecido».

Remo mostró a su prometida toda la casa —el comedor, el recibidor—, la hizo subir a su antigua habitación, donde pasaron largo tiempo y en silencio. Pero, cuando se asomaron a la ventana que daba al campo, Peggy, a la vista de la cadena montañosa, no pudo contener una exclamación: «¡Oh!, encantador». Remo habló con voz cálida de las habilidades de sus tías, famosas en toda la ciudad, de las costumbres sencillas de su familia de adopción, todo ello con seguridad, sin sentir el deseo de esconder nada ni de adornar nada, diciendo franca y escuetamente cómo era cada cosa, mientras Peggy respondía a todo ello con un «*Oh yes*, ya», contemplando cuanto había a su alrededor con asombro y con una feliz disposición al idilio campestre: «Verdaderamente, *all right*».

Las tías los seguían con sus sonrisitas, «Ya, sí, así es. Qué le parece… Ya comprenderá… Justo, no cabe duda…», que ocultaban muy bien la luz que brillaba en su interior: «No la ama: se casa con ella por interés».

Tampoco el convite podía ser más frugal. Niobe llevó una bandeja pequeña con vasos y un platito con algunos bizcochos. Era un tratamiento muy diferente al que, una tarde muy lejana, se dispensó a la directora Squilloni, cuando Remo necesitaba sacar el certificado elemental.

—La señorita estará habituada a tomar el té a esta hora, pero a nosotras no nos gusta esa agua sucia. Jamás lo tomamos… Nos repugna.

—¡Uf! ¡Es una lavativa!

—No estamos acostumbradas a eso. Tenemos vino de estas colinas, que es muy bueno —incluso la rivalidad cultural se diluía ante la rivalidad sentimental—, y lo preferimos al té. —A esto respondió Peggy dividiendo sus gustos perfectamente:

—*Lavetivo, yes.*

Tampoco ella amaba el té, sino que prefería el buen vino, que bebió con enorme satisfacción.

Las hermanas se miraron asombradas: «Debe de ser una borrachona. Tal vez por eso viaja por estos pagos, para poder tomar

todo lo que le plazca. Por allá arriba no los dejan beber. No cabe duda de que es borracha. Qué pecado no haberle preparado una tacita de té».

Peggy aceptó con entusiasmo un segundo vaso que le ofrecieron, sin espontaneidad y por pura educación, y se lo bebió diciendo:

—Estupendo, *yes*.

—¡Uh! —Carolina no pudo contener una exclamación mientras ella y su hermana continuaban aquel diálogo sin palabras: —¿Qué te decía yo? Es una alcohólica, bebe y fuma. No hay nada más que decir.

A decir verdad, Peggy no había dejado de fumar ni un solo instante, encendía un cigarrillo tras otro. Lo sacaba de una pitillera del tamaño de un misal que guardaba en un bolsillito de su gracioso vestido, muy parecido a los bolsillos de los delantales.

En un momento determinado ofreció uno a las tías.

—¡Eh! ¿Cómo? —preguntó Teresa irguiéndose ofendida, como si le costara creer lo que veía—: ¿Cómo? ¿Fumar yo? —Mientras, Carolina tartamudeaba:

—Bueno…, no… Qué le parece a usted. No estamos habituadas a ello. Ni siquiera sabemos lo que quiere decir eso…

Remo y Niobe reían al mismo tiempo.

—Además, qué le parece, nosotras somos pobres: no podemos permitirnos determinados lujos. Somos obreras…, como usted puede ver.

—*Oh, yes* —repetía Peggy preocupada sólo por su sensación arcádica, que le hacía encontrar el idilio incluso en aquellas dos mujeres que, de muy buena gana, le habrían clavado las uñas sin tener en cuenta para nada su estado real.

—Somos pobres, somos obreras —repetían remarcando las sílabas, dando realce a la frase, seguras de causar desagrado a la señorita, cosa que, en cambio, les procuraba placer: no había nada mejor.

Por lo que respecta a Remo, habría sonreído igualmente si le hubieran dicho que por las noches se dedicaban a andar por ahí con la palanqueta y las ganzúas.

Peggy confesó que también su padre, cuando era joven, no era más que un simple obrero, tenaz, inteligente, que había hecho fortuna gracias a su trabajo y a su ingenio.

—Con la cacerola —dijo Teresa maliciosamente.

—Cacerola, *yes*. Grandísima fábrica de cacerolas.

De las camisas y de las bragas, Remo había ido a parar a las cacerolas. Hay que reconocer que el muchacho siempre caía en buenas manos. Sin embargo, decidió cortar por lo sano en aquella visita: «Peggy, ya es hora: tenemos que marcharnos. Tenemos todavía muchas cosas por hacer».

La señorita quiso ver la iglesia donde al cabo de unos días se desposaría y, cuando una nube de curiosos la precedió, la siguió y la rodeó a una distancia prudente, quedó entusiasmada y conmovida, y dijo que deseaba hacer un casamiento como los que se hacen en el campo en los alrededores de Florencia.

Remo, que había hablado ya con el párroco, le contestó:

—En cuanto recibamos los papeles, querida. No dudes que así será.

—Ciertamente, *yes*.

En las proximidades del coche todos apremiaban a Palle para que hablara: «¡Palle! ¡Palle!». Querían saber qué hacían, adónde iban, en qué parte de Florencia vivían y si era verdad que ella tenía tanto dinero. El muchacho se libraba a codazos de aquella manía indagadora que le resultaba inaguantable.

Peggy volvía la mirada a un lado y a otro deteniéndose a menudo, lentamente, con la mano en una cadera y el cigarrillo encendido entre los dedos, para respirar el perfume de paraíso que la alimentaba en aquellos días de finales de septiembre.

—¡Es Greta Garbo! ¡Es Greta Garbo! —repetían los curiosos en voz baja.

—¡Es Greta Garbo!

—¿Te gusta? —se preguntaron las tías apenas se encontraron solas.

—A mí, no. ¿Y a ti?

—Tiene una boca horrenda.

—Tiene una fea manera de hablar.

—Y de reír.

—¡Menuda boca!

—Calladita estaría más guapa.

Los movimientos, demasiado marcados y poco armoniosos, de la boca era lo único que se le podía reprochar a aquella bellísima criatura, movimientos que revelaban claramente, más que un origen plebeyo, una vulgaridad original y que desentonaban con el conjunto admirable de su persona. No cabe duda de que las Materassi se habían dado cuenta de eso.

—Además, ¿qué manera de hablar es ésa?

—Es para que a una le den palpitaciones.

—Buey y mujer de tu país han de ser —concluyó Teresa con toda decisión. Niobe puso las cosas en su lugar:

—Vamos, que no se diga… Hacen una hermosa pareja: él moreno y ella rubia. Tiene un gran encanto, no es una muchacha fea: seamos justas. ¿Y los cabellos? Yo sabía que le gustaban las rubias.

Las tres pensaron que la única persona en Santa Maria que no habría querido ver a la prometida de Remo era Giselda. Sin embargo, no era así. A la pobrecilla, encerrada en su habitación, la

sorprendieron de golpe mientras asomaba cautelosamente la cabeza por una esquina de la ventana con el fin de observarla. Remo, alzando la cabeza en el momento justo y con su proverbial destreza, tac, la había hecho desaparecer.

Como ya hemos dicho, Peggy quería un matrimonio lo más florentino posible, para decirlo a su modo, o sea: según todos los usos y las costumbres, con todos los aditamentos y peculiaridades de la zona. Entendía por *florentino* un matrimonio campestre y al no poder hacerse una idea, ni siquiera aproximada, de las proporciones reales de dicho matrimonio ni de su espíritu, confundía ambos términos. Por esa razón resultó tan florentino y campestre que jamás nadie de los contornos había visto algo semejante.

Por lo que a Remo se refiere, no ponía limitación alguna: cualquier adjetivo le habría parecido bueno. Estaba claro que la cuestión de los cheques era para él la única sobre la que no se podía transigir y todas las demás discusiones le parecían superfluas.

Cuando a la modista le preguntaron por la longitud de cola que solían tener los vestidos de las novias florentinas, ésta respondió que «un máximo de cuatro metros, pero no más», a lo que Peggy contestó secamente: «Ocho metros». Sus respuestas eran de un talante que no admitía réplica. La modista se limitó a observar que dos niños no bastarían para llevarla, a lo que la muchacha dijo: «¡Cuatro niños!», y lo hizo pronunciando *cuatro* con tanta fuerza que hacía suponer que cuarenta o cuatrocientos no habrían representado la menor dificultad.

Se cubrió la iglesia con flores blancas, con ramos de nardos de vara larga que formaban fuentes soberbias entre cientos y cientos de velas.

El perfume era tan intenso que podía provocar vértigo en el humilde y embelesado espectador.

Entre los ríos Africo y Mensola se habían repartido con profusión bolsitas llenas de confites, graciosísimas copas de cristal, de porcelana o de plata. También se había puesto en manos del párroco una determinada cantidad de dinero para que incluso los más pobres pudieran festejar dignamente ese memorable día.

El cheque fuera de serie llegado de Estados Unidos tenía que resultar también ajeno a toda distinción de clases.

Remo tenía toda la razón cuando decía que la vida es fácil. Podríamos responderle que facilísima, siempre que el dinero no deje de llover del cielo. Él jamás hablaba de intereses, de cálculos ni de cantidades; nada de sórdidos, brutales ni viles intereses, en nombre de los cuales el hombre sacrifica lo mejor de sí, y contra los cuales se habría rebelado su espíritu desinteresado, refractario a los cálculos y a las cifras. Al fin y al cabo los cheques seguían llegando igualmente.

La mayor dificultad fue obtener buena música. Excluidas de entrada las orquestas de la ciudad por su modernismo y refinamiento, poco apropiados al estilo agreste que se quería lograr, resultó poco menos que imposible encontrar en los villorrios vecinos algo que mereciera la pena. Settignano, que en otros tiempos había contado con una magnífica banda, se conformaba en la actualidad con una charanguita formada por algunos jóvenes arrogantes capaces de desfilar en la plaza con paso marcial. Tampoco era el caso de recurrir a la soberbia Fiesole: las rivalidades milenarias de esta ciudad con las villas que la circundan, debidas a su autonomía, han creado susceptibilidades que no se desvanecen, rivalidades que ni siquiera Norteamérica puede conciliar y que llegan al punto de que, aun estando en peligro de muerte en Fiesole, los de Settignano no se dignan pedir siquiera los santos óleos. Solamente en Compiobbi encontraron una banda auténtica, que aceptó el encargo, junto con la fanfarria de Settignano, comprometida de antemano.

En las aldeas vecinas enclavadas entre el Africo y el Mensola se había corrido la voz de aquella excepcional boda. Remo era muy conocido en aquellos contornos, tanto como la ruda a lo largo de la carretera de Settignano. Lo conocían todos lo mismo que a sus tías, cuya historia sabían en todos sus pormenores, sin dejar de lado las vicisitudes de la casa. Por eso aquella mañana la gente acudió en masa a Santa Maria.

La ceremonia religiosa estaba señalada para las once, y ya a las nueve empezaron a afluir los lugareños, que estaban a sus anchas hablando de aquel singular acontecimiento que no tenía antecedentes en la memoria de los habitantes de la comarca. Había personas congregadas en la plaza y a lo largo de la carretera, en las proximidades de la iglesia, todavía cerrada, y de cuya puerta salía una alfombra roja que se extendía hasta donde se detendrían los coches, y que nadie osaba pisar, como si se tratara de agua o de fuego.

A las diez y media llegó a bordo de un autobús la charanga de Settignano y, poco después, en otro más grande, la banda de Compiobbi. El párroco había abierto la portezuela del huerto por la que entraban y salían los componentes de los respectivos conjuntos musicales, que, mientras esperaban, habían dejado en tierra sus instrumentos. Entretanto, la multitud crecía y tomaba posiciones delante de la iglesia fijando la atención en la puerta y en la alfombra roja que partía de aquélla. La casa de las Materassi se había convertido para los curiosos en el palacio de la Signoria, y así hablaban de ellas y de su sobrino. Había preparadas dos máquinas fotográficas montadas sobre unos altos trípodes. Faltaban solamente los puestos de las rosquilleras y las sonámbulas, con lo que se habría podido decir que ese día era la feria de Santa Maria.

En ese preciso instante realizaba sus maniobras en la carretera un enorme automóvil cerrado, resplandeciente y lujosísimo, con un lacayo sentado al lado del conductor, que hacía que la multitud se dispersara formando un abanico. Se detuvo ante la portezuela blanca comida por la herrumbre, siempre a medio abrir cuando tenían que pasar las condesas, las marquesas y las duquesas, los canónigos mitrados y las mantenidas, pero que ese día estaba abierta de par en par para un doble cruce extraordinario.

Tan pronto como se detuvo el enorme automóvil, descendiendo el lacayo, que se apostó en la verja a la espera, un enjambre de personas se acercó a la casa para ver salir a las tías, que partían rumbo a Florencia, donde se formaría el cortejo.

Era el primer número de la jornada, y no fue el menos sorprendente, pues apenas cinco minutos después —durante los cuales todos fantaseaban acerca de los vestidos y sombreros que llevarían las hermanas, sobre su forma y color, o sobre las posibles guarniciones—, el gentío, que se apartaba asombrado, prorrumpió en exclamaciones de todos los tonos, incontenibles o mal contenidas, o directamente insolentes. Por la puerta habían salido dos viejas vestidas de novia que avanzaban hacia la verja lentamente, con solemnidad. Las Materassi llevaban puesto el ritual vestido de raso blanco, cubiertas enteramente por un largo velo sujeto en la cabeza y una cola muy larga que, moviéndose a sus espaldas como el perro que quiere granjearse la atención de varias personas a la vez, Niobe no conseguía extender, razón por la que corría de la una a la otra para que no se les enredara en los pies al caminar. Adornaban sus cabellos con ramilletes de flores de azahar y lucían otras tantas prendidas en la cintura, sobre el pecho y en los faldones del vestido.

—¡Ah!

—¡Oh!

—¡Uh!

Era difícil reprimir el sentimiento que desataba una apariencia semejante. Se aproximaron al automóvil conservando en todo momento una cuidadísima compostura pese a que a ambas les temblaban las piernas como si fueran a caerse. Subieron enseguida, y sus caras se veían verdes, espectrales, lívidas más que pálidas. Se subieron al coche tratando de responder con sonrisas de gran nobleza a las burlas de la multitud, a sus carcajadas y exclamaciones; cambiando después las sonrisas por miradas desdeñosas que, aun siendo más nobles todavía, no tenían eficacia alguna. Apenas se acomodaron en el interior del vehículo, a Carolina se le velaron los ojos por efecto de las lágrimas, en tanto que Teresa, endureciendo todavía más su semblante, se asomó a la ventanilla y, enfrentándose a los curiosos que alborotaban, amagó una pedorreta. Los músculos de

su rostro, contraídos hasta el punto de producir dolor, le impidieron completar aquel gesto indecente, que, sin embargo, sirvió para rebajar el tono de las burlas. De ese modo pareció responder a los groseros lo mismo que había respondido a su hermana para poner fin a la polémica de algunos días atrás: «Nosotras sí que podemos llevar flores de azahar e ir con la cabeza muy alta; en cambio, la esposa, quién sabe…». Y, para convencerla del todo, había añadido: «Y lo mismo ocurre con las mocosas de los alrededores, que el día del matrimonio ya están encintas».

El caso era que, en el fondo, Peggy no sabía ni lo que vestía ni lo que vestían los demás, y lo que para las dos solteronas representaba el drama de toda su existencia, para ella no era sino un detalle insignificante que apenas duraba una hora. Le bastaba con llevar la mayor cantidad de cosas, con caprichosa frescura, y que los demás hicieran lo mismo, pues no era mujer de andar con cicaterías en lo tocante a la libertad. Su única exigencia era un matrimonio florentino y campestre. Es obligado reconocer que, con vistas a ese fin, todo estaba saliendo a las mil maravillas.

Por lo que se refiere a Remo, ya podrían haber ido sus tías vestidas de payaso o a la usanza de Eva, nuestra primera madre, estilo ajeno a las modistas, que él no habría hecho el menor gesto aprobatorio o desaprobatorio de su vestimenta.

Es preciso añadir que, tras ese primer movimiento espontáneo de sorpresa, había tomado cuerpo entre la concurrencia un comentario que mitigó en parte la hilaridad. Se decía que, en los matrimonios de las clases pudientes, también las damas del séquito visten de blanco con un velo que les cubre la cabeza, como a la esposa, y lo mismo ocurre en las esferas más altas, entre las princesas y las reinas. Algunos aseguraban haberlo comprobado en la *Domenica del Corriere*. Y, en cierto sentido, se tragaban las exclamaciones festivas poco respetuosas que habían provocado una respuesta de Teresa no precisamente principesca y mucho menos regia.

Después de la partida de las Materassi, la muchedumbre afluyó a la iglesia con el fin de conseguir lugar y formó dos apretadas filas que flanqueaban la alfombra roja, sobre la que nadie osaba poner un pie, a la espera de que dieran las once, que parecían no llegar nunca por más que estuvieran muy próximas. También se encontraban por allí, en posición elevada con sus cámaras, los fotógrafos, dispuestos a retirar los paños negros de prestidigitador que las cubrían. De pronto pudo adivinarse la presencia del cortejo gracias a los movimientos de quienes estaban en las ventanas o a las puertas de sus casas o de sus negocios, que no habían podido abandonar o que, haciéndolo en el último instante, corrían presurosos para llegar a tiempo. A la vez que aparecía en la vuelta del camino el primer automóvil, la charanga de

Settignano atacó:

O bersagliere, stai fermo con le mani
sennò la mamma si desterà.
Se la si desta noi la farem dormire
che questa è l'ora di far l'amor.

Los coches iban en fila guardando todos la misma distancia entre sí, encadenados, aproximándose muy lentamente a paso de desfile.

A quattro mesi la luna era crescente
perché è l'amore di un bersaglier.

En el primer automóvil, de dos plazas, conducía Remo con su prometida al lado; acurrucado detrás de ellos, como si fuera una lechuza sobre un soporte, iba el fiel Palle luciendo un traje nuevo de color azul, con la gorrita gris calada hasta los ojos, como era costumbre.

Detrás iban tres grandes automóviles iguales entre sí, cerrados y con un lacayo sentado al lado del conductor, en los que habían tomado asiento los personajes oficiales del cortejo. En el primero, los cuatro niños que sujetaban la cola; en el segundo, las tías, sin más compañía, y en el tercero, los cuatro testigos, elegidos entre los amigos de Remo. A continuación, se alineaban ocho o diez vehículos de diferente factura, grandes y pequeños, cerrados y descapotados, en los que iban los amigos del novio, que sumaban hasta cuatro o cinco por coche. Todos vestían chaqué y sombrero de copa, como convenía a la categoría de la ceremonia. Aquella mañana casi se habían vaciado las puertas de las pastelerías más conocidas del centro de Florencia.

Los fotógrafos seguían con sus juegos de prestidigitación, apareciendo y desapareciendo bajo los lienzos negros.

Las únicas mujeres eran la esposa y las tías o, para ser más exactos, las tres esposas, una joven y dos viejas, todas ellas animadas por un sentimiento nuevo que las ayudaba a representar su papel. Dentro de sí llevaban una palabra que era el sostén y la fuerza que las dominaba y las movía a caminar. Su candor de vírgenes escondía una palabra de sangre que era como un revólver o un puñal: «No la ama: se casa con ella por interés». Estaban dispuestas a seguir a la otra y a sonreírle hasta el final, hasta donde fuese necesario. Sin ser consciente, la verdadera mona encantada era ella. Eso les daba a las dos mujeres fuerza para subir y bajar del automóvil, para pasar con la cabeza alta entre la multitud, que, al verlas, no podía aguantarse la risa. Arrastraban solemnemente tres metros de cola blanca bajo el velo y diciendo a todo el mundo con sus maliciosas miradas: «No es verdad.

No os lo creáis: no se trata de una cosa seria, no es un matrimonio como Dios manda. Son todo apariencias: es un matrimonio por interés. No la ama; nos lo ha dicho a nosotras, lo ha dado a entender. Ella es rica, y por eso se casa con ella. Ni siquiera sabemos quién es».

Al bajar del coche, Peggy arrojó al suelo un cigarrillo recién encendido que un golfillo no tardó en recoger metiéndose entre las piernas de los congregados. El gesto causó un estremecimiento en la multitud, que jamás había visto a una joven esposa, envuelta en velos blancos y rodeada de cándidas flores, tirar un cigarrillo antes de dirigirse hacia el altar.

—Es lo que pasa: son esposas modernas —insinuó uno en voz baja. —Y las chicas repetían con fascinación:

—¡Es Greta Garbo! ¡Es Greta Garbo! Greta Garbo, que puede fumar donde le parezca.

Y, volviéndose hacia el novio, musitaban el nombre de todos los divos que poblaban sus sueños.

Los ocho metros de cola presentaron un problema serio a la hora de salir del automóvil para desenrollarlos y para emprender una marcha regular acompañada de los cuatro niños que flanqueaban, dos a cada lado, el largo apéndice. La esbeltez y agilidad de la portadora salieron a la luz, hasta el punto de que sus rápidos movimientos se convirtieron en exhibiciones propiamente dichas a la vista de los atónitos espectadores. Iba, además, rodeada de una cuarentena de jóvenes que, saltando de sus automóviles, se le habían acercado para colmarla de atenciones formando a su alrededor un auténtico caleidoscopio con sus lucidísimos sombreros de copa mientras se movían ante la imposibilidad de frenar su exuberante alegría y su vigor. Cuando, a los sones del órgano y en medio del estupor gélido que habría producido la visión de un astro desconocido en el cielo, Peggy alcanzó el reclinatorio frente al altar, su cola estaba llegando a la puerta de la iglesita, que era poco más larga que aquélla.

Se permitió entrar a la gente, que irrumpió con un ciego ímpetu para agenciarse un agujero desde donde verlo todo.

Si bien es cierto que aquélla no era una boda florentina y campestre, como aspiraba la novia, no cabe duda alguna de que, cuando menos, era original. Sobre todo aquello flotaba algo que incluso el espíritu crítico más embotado podría captar.

Bajo aquellas ropas angélicas, Peggy conservaba demasiado ostensiblemente su figura de mujer deportista y de bailarina experta en las danzas más modernas. Su recogimiento, algo excesivo, estaba atravesado de relámpagos que revelaban una total superficialidad, la superficialidad de quien representa un papel con un empeño desaforado. La cara de Palle, tan ceñuda y severa que casi se diría amenazadora, y la de las tías, lívida, contraída, con una sonrisa

dolorosa que las hacía parecer más viejas vestidas de novia. Además, la presencia de tantos muchachos cuyos cuerpos reflejaban sobremanera sus costumbres y actividades, con los que era imposible lograr la seriedad y el silencio que las circunstancias requerían, y que, aun cuando estaban quietos y callados, producían igualmente una explosión. En efecto, se hallaba presente al completo la bulliciosa pandilla de devoradores nocturnos de las magníficas tortillas doradas que Niobe sabía preparar por milagro, y su presencia, sumada a todo lo demás, parecía denunciar no sólo que no se trataba de una cosa seria, sino, más aún, que no era algo verdadero, diríamos, y sin embargo era algo muy auténtico. Lo florentino y lo campestre organizados por quien no era ni florentino ni campestre había desembocado en ese final. Parecía como si, debajo de los trajes de ceremonia, todos llevaran puestos los de gimnasia, incluso la esposa y las tías, y que, de un momento a otro, desvistiéndose rápidamente, se pondrían a dar saltos, a hacer cabriolas, ejercicios de fuerza y pruebas de habilidad. Era algo que estaba entre la opereta y el circo ecuestre.

La banda municipal de Compiobbi entonó la marcha triunfal de *Aida* y acto seguido pasó al místico coro de *Norma*, que marcó el comienzo de la misa. Tanto la banda como la charanga prestaban sus servicios en la plaza sin coordinación alguna con la función religiosa, a lo largo de la cual sonaban sin orden ni concierto. Los prestidigitadores fotográficos habían trasladado sus trastos a los laterales del altar y, uno tras otro, no cesaban de producir fogonazos que aturdían y causaban sobresalto: «¡Pflam! ¡Pflam!».

Entre tantas sorpresas y estampidos, sólo una persona había sabido comportarse de un modo irreprochable: Remo. Desenvuelto, correcto, elegante con su hermoso frac, que realzaba su figura en todo su esplendor, no dejaba entrever la menor torpeza ni inseguridad, ni tampoco se veía en él superchería ni vulgaridad. Atento y cortés, caminaba al lado de la novia conduciéndola hasta el altar y permaneciendo a su lado con enorme dignidad. En el acto supremo de la celebración estaba dulcemente transido de la santidad del rito sin exteriorizar su turbación. A diferencia de los demás, toda su figura se hallaba en perfecta armonía con el momento y con el ambiente.

El joven párroco, mientras oficiaba para consagrar aquel vínculo sagrado e indisoluble, contemplaba a Remo atraído por su persona y por su porte, de suerte que parecía atenderlo sólo a él y que el resto le resultaba ajeno. En dos vidas tan diferentes, tanto por los hechos como por el espíritu que las animaba, se había establecido entre ambos jóvenes una corriente de simpatía tácita o apenas expresada, tímida, recíproca e invencible que se consolidaba en aquella hora austera y dulce. La actitud del joven lo conmovía extraña y noblemente mucho más que la de todos los congregados que llenaban

la iglesia estrujándose para poder ver.

Justo detrás de donde se arrodillaban los esposos, estaban los dos sillones dorados donde se encontraban las tías, que tan pronto se ponían en pie como se sentaban según lo exigiera la misa. No había la menor huella de emoción en sus rostros. Como si estuvieran bajo los efectos de un narcótico que continuaba actuando, sonreían en lugar de llorar, con una sonrisa venenosa que era un estigma sobre sus caras. Parecían esperar que en cualquier momento se produjera algo entre la multitud, la cual, mirándolas fijamente, parecía esperar a su vez algo de ellas. «¡No os lo creáis! ¡Es una bufonada del peor gusto! Es un matrimonio sin amor: ¡se casa con ella por interés! El amor…, sí…, se lo comió el gato.»

Antes del alzamiento del cáliz y la hostia, la orquesta de la plaza atacó este fragmento de Rigoletto:

Tutte le feste al tempio
mentre pregava Iddio,
bello e fatale un giovane
s'offerse al guardo mio…

Para ser precisos, habría que decir que el apuesto y fatal joven se había ofrecido a la vista de Peggy durante varios días consecutivos al entrar o salir de la recepción, de estilo oriental, del albergue Danieli, de Venecia. Pero es éste un detalle que podemos obviar.

La muchedumbre de curiosos se inquietaba cada vez más por la angustia que se respiraba dentro de la iglesia y, a pesar de que la mayor parte de ellos había tenido que quedarse fuera, desde el interior del templo les llegaba un rumor similar al de la marea. En uno de los altares laterales cayeron algunas velas que produjeron una confusión momentánea.

Entre aquella multitud desasosegada y heterogénea, cuyos ánimos se debatían, por un lado, entre la belleza y el encanto de la ceremonia, y, por el otro, la vaga sospecha de un escándalo, la única persona que había sabido conservar una gran dignidad, la única que había podido abandonarse a sus mejores sentimientos, era Niobe. Habiéndose introducido por la casa del párroco y escondida detrás del altar, se deshizo en lágrimas con un llanto tan genuino como bestial. Su corazón ávido de vida y sus ojos ávidos de belleza lloraban diez años de felicidad, aquella segunda juventud que el joven le había brindado con su sola presencia en la casa, juventud que había terminado para siempre.

Concluida la ceremonia, cuando ya todos salían de la iglesia, la banda de Compiobbi, pensando tal vez en las copas que esperaban a ser llenadas, se puso a tocar el brindis de *La traviata*. Y los fotógrafos

prestidigitadores, desde lo alto de sus trípodes, alternativamente asomaban y ocultaban las cabezas debajo de los lienzos negros:

Libiam nei lieti calici,
che la bellezza infiora,
e la fuggevol'ora
s' innebrî a voluttà.

Y la charanga de Settignano, pese a contar con un repertorio más restringido, lo desarrollaba con un ardor fuera de lo común:

A sette mesi lo fece un bel bambino
con il cappello da bersaglier.

El trombón daba muestras de una descomunal fatiga. Mientras se rehacía el cortejo y los invitados subían a los coches:

A nove mesi andava in bicicletta
perché era figlio di un bersaglier.

Por su parte, Peggy, habituada a la impetuosidad del jazz, encontró que aquellas melodías estaban perfectamente entonadas y que se había logrado el idilio campestre. En todas las cosas veía una flor. Sentía que había caído en lo patético, algo de lo que se alegraba, y también porque se sentía dispuesta a dar el salto y salir de ese estado tan pronto como se aburriera. Claro que no se daba cuenta de que nada de aquello era verdad. Tenía unas ganas locas de abrazar a todo el mundo y de decirles a todos una palabra dulce, una de esas que su prometido le había hecho aprender para la ocasión: *delicioso, encantador, paisano, agreste, aldehuela* o *bravío*, todas ellas pronunciadas muy toscamente. La invadía un deseo incontenible de abrazarlos a todos y de besarlos, o por lo menos de darles confites, incluso a los que la miraban con la boca cerrada, incluso a las tías, que escondían un puñal bajo el candor y el veneno en su sonrisa verde: «No la ama: se casa con ella por interés». Palabras incomprensibles para ella e intraducibles a todos los idiomas; palabras que, si hubiera podido comprender en su exacto significado, la habrían hecho reír en lo más profundo de su ser. Lo que para ellas representaba un drama en el que habían empeñado hasta la última gota de su sangre, habría sido para ella un nuevo motivo de risa.

Al cortejo, que avanzaba lentamente emprendiendo la vuelta a Florencia, se unieron dos autobuses con la banda y la charanga, cuyos músicos iban de pie con sus instrumentos y sus gorras de cobradores de tranvía. Durante todo el camino, hasta las primeras casas de la ciudad, alternaron la marcha de *Aida* y el brindis de *La traviata* (hay

que pensar que las copas estaban realmente cerca):

Libiam ne' dolci fremiti
che suscita l'amore,
poiché quell'occhio al core
onnipotente va.

Y la charanga de Settignano:

O bersagliere stai fermo con le mani
sennò la mamma si desterà.

Siempre la misma pieza, pero cada vez con mayor fuerza y colorido. Al aproximarse a la población, el cortejo guardó silencio y desfiló solamente al son de los rumores y de la incontenible alegría juvenil. Hacía detenerse a la gente y llamaba la atención de otros que se acercaban presos de una vivísima curiosidad. La mayoría pensaba que se trataba del casamiento de una princesa; otros, en cambio, creyeron que se había elegido la reina de las fiestas, y otros más, que se estaba rodando una película, una película con Greta Garbo. «¡Es Greta Garbo! ¡Es Greta Garbo!», decían en Florencia quienes ni siquiera sabían qué era todo aquello.

La comida de esponsales se celebró en dos grandes salones del hotel donde se alojaban los esposos. En la primera de las salas estaban éstos en compañía de los amigos y familiares, y en la segunda, los músicos y muchas otras personas. Más que alegre y cordial, el almuerzo resultó una algarabía descomunal: clamoroso, dinámico, deportivo. El idilio se había quedado en el campo y ya nadie se acordaba de él. La alegría de esos jóvenes, a duras penas contenida —y no del todo— durante el servicio religioso, se reprimió naturalmente en los primeros bocados, pero empezó a explotar después de algunos tragos de champán en un *crescendo* de ebriedad feliz, en un grito apoteósico que, saliendo de todos aquellos pechos veinteañeros, saludaba al amigo con el que habían compartido tantos días hermosos.

Los esposos ocupaban la cabecera de la mesa ovalada y, a la izquierda de Remo, estaban las tías. Teresa se sentaba al lado de su sobrino con bastante desenvoltura, si bien su cara de dolorosa era una máscara de cera a punto de derretirse. Espantada, Carolina se le arrimaba como si tratara de esconderse y de refugiarse, atravesada por el frío que reflejaba en su cara su blanco y brillante vestido. Podría decirse que Remo se encontraba en medio de tres esposas y, sin embargo, no daba la sensación de que le parecieran demasiadas y de una naturaleza harto discutible, ¡qué va!; las atendía a todas de la manera más exquisita y natural, hasta el punto de hacer creer que

habría podido hacer frente a muchas más y del tipo que fueran.

De la mesa principal partían dos largas mesas colmadas de jóvenes, alrededor de unos cuarenta, veinte en cada una. Algunos que no tenían frac ni sombrero de copa habían acudido directamente al almuerzo. En la otra cabecera de mesa, que también se podría llamar *cola*, estaba Palle, solo, serio y callado, casi ceñudo, consciente de la magnificencia que tenía en su plato y en su copa, decidido a no dejar pasar de largo ni la variedad ni el sabor de todo aquello y demostrando que su ponderación era pareja al empeño de consumir aquellos manjares.

En cambio, las tías sufrían esforzándose en comer algún que otro bocado. Al llevarse la comida a la boca, las manos les temblaban ostensiblemente y, cuando acercaban la copa a los labios, la apartaban enseguida, como si temieran tragar algunas gotas del líquido que tal vez contuviera un veneno o un filtro. Sus caras tenían una palidez fúnebre. Tenían los ojos fijos y la boca contraída, incapaces de sonreír y de responderle por ningún medio a Remo, que sabía dividirse de manera habilísima entre sus acompañantes. La fuerza que las había sostenido hasta ese momento las había abandonado en cuanto se sentaron a aquella mesa. Un poco más, y volverían solas a Santa Maria con sus trajes de novia. Ese pensamiento despertaba en ellas el deseo de desaparecer, de que se abriera el suelo a sus pies y se las tragara la tierra. Algún tiempo más, y tendrían que despedirse de Remo, que partía rumbo a Génova con su esposa. Corría a embarcarse; se marchaba a Estados Unidos tal vez para siempre. Daban gracias al Señor por estar sentadas, pues sentían que su cuerpo era incapaz de tenerse en pie ante esa última prueba. En su alma no quedaba ni una sombra de odio por nadie, ya no distinguían las figuras, notaban en el pecho una piedra en lugar de corazón y sus cabezas no coordinaban bien. Teresa miraba fijamente a Palle, sentado en el otro extremo de la mesa. Lo veía lejano, muy lejano, envuelto en una neblina, y se aferraba a su figura como el náufrago a un tronco que encuentra, por más que sea incapaz de sostenerlo. Nadie había hablado de él; no se había oído nada que hiciese referencia a él: pareciera que la fiesta se había terminado y que, de ahí en adelante, tendría que regresar a los carriles de su verdadera existencia. La unión entre los dos jóvenes había terminado, lo mismo que su amistad. Palle tendría que buscarse un puesto de trabajo en alguna empresa de alquiler de automóviles para colocarse de mecánico o de chófer; habría de plegarse al yugo del trabajo como los demás hombres buscándose una ocupación dura y normal. En el vecindario le preguntaban qué iba a hacer, pero, resignándose a su suerte, no daba respuesta alguna. Teresa lo observaba comer, enternecida, volviendo a tomar contacto con la realidad de la cual se sentía alejada, ausente. Volverían a Santa Maria

con él, que durante diez años había sido el compañero inseparable de su sobrino: era cuanto les iba a quedar de Remo y de aquellos años. La sola visión de aquel joven poco locuaz iluminaría sus días, que ya presentían sumergidos en las tinieblas. Lo verían a menudo y lo forzarían a hablar, a recordar, y también a él le resultaría agradable rememorar su propia adolescencia, despreocupada y feliz.

Efectivamente, Remo y Palle no habían cruzado ni una sola palabra al respecto; no habían acordado ni discutido nada; los dos amigos no se habían comunicado ni sus proyectos ni sus intenciones, ni tampoco habían hablado de las posibilidades. Palle no era persona de pedir, y Remo sabía que el otro habría aceptado todo sin discutir. Nadie le había solicitado que se ocupara del papeleo de la partida: se daba por sobreentendido que Palle se quedaba en Florencia, así lo indicaban todas las señales, y era lógico y justo que pusiera tanto empeño al comer por última vez a una excepcional mesa que durante mucho tiempo le había deparado la suerte. Ese muchacho era el tronco de salvación que aún sostenía la mente de Teresa, en tanto que Carolina se encontraba próxima a ceder: un sopor doloroso invadía su cabeza y el vértigo le hacía ver todo revuelto en una nebulosa, mientras los sonidos que llegaban a sus oídos le parecían muy lejanos.

Ya no miraban con celos a la esposa, ni estaban llenas de rencor ni eran capaces de escarnecerla basándose en su certidumbre íntima: el arma mortífera había caído por su propio peso. La veían muy lejana, debajo de un vidrio; lo veían todo bajo una campana de vidrio, incluso los ruidos estaban amortiguados por un cristal, y únicamente los reflejos gélidos de sus vestidos las hacían temblar de frío y de miedo; frío y miedo de sus propias personas.

Dieron comienzo los brindis, y los hubo divertidos y hasta procaces, que rayaban con simpatía en el libertinaje, y que, más allá de exaltar la belleza y la gracia de la novia, que no sabía responder más que «*oh, yes, all right*» sin entender nada, lo que ponían de relieve era la buena estrella que parecía acompañar en su camino al joven esposo, su queridísimo amigo. En cambio, a veces se daba el caso de que retenía alguna de esas palabras que suelen requerir una explicación embarazosa, y entonces era difícil hacerla callar, pues, al igual que los niños, una vez que la había captado, la repetía con insistencia y en voz muy alta.

Incluso las Materassi tuvieron que chocar sus copas una y otra vez con los jóvenes, que no hacían más que dar vueltas a la mesa como si fueran un carrusel. Al mismo tiempo, las dos mujeres tenían la sensación de que las olas estuvieran batiendo sus cuerpos y por eso trataban de aferrarse todo lo posible a la figura de Palle. Tampoco éste reía ni participaba en la fiesta ni en los brindis, a menos que se viera obligado a hacerlo.

En un momento dado, Remo, levantándose de su asiento con la copa en la mano y acercándose hasta el otro extremo de la mesa, dijo «Salud, Palle» mientras le tendía su copa llena. Palle echó mano de la suya y la chocó levemente con la del amigo, agachando la cabeza y sin sonreír. Entonces Remo metió la mano en el bolsillo y sacó de él un librito azul que echó sobre el mantel delante de Palle: era el pasaporte para Estados Unidos. La sala prorrumpió en un grito unánime: «¡Palle se va a Estados Unidos!». Pero Palle no hizo ningún movimiento que revelara sus sentimientos de sorpresa, de alegría, de emoción. Cogió el pasaporte y se lo metió en el bolsillo tal como se hace con la caja de cerillas después de habérsela prestado al de al lado para que encienda un cigarrillo.

«*Emposible sine Palle*!», dijo Peggy imponiéndose al estruendo, mientras el grupo de amigos se volvía hacia el afortunado, lo abrazaba y lo paseaba en triunfo por toda la sala: «¡Palle se va a Estados Unidos!». «Claro que sí —repetía Peggy en el colmo de la felicidad—. Nosotros sin Palle *no poder* hacer nada.»

De la sala contigua, donde había aumentado el alboroto a medida que se vaciaban las botellas, la charanga de Settignano reanudó su trabajo:

> *O bersagliere stai fermo con le mani*
> *sennò la mamma si desterà.*

Buen trabajo el del trombón.

En un abrir y cerrar de ojos se levantó la mesa y se despejó el salón arrimando las sillas a las paredes formando un círculo. Remo abrió el baile con la novia, que, cual Minos vestido de ángel, supo envolverse alrededor del cuerpo ocho metros de cola con una agilidad portentosa. Seguidamente se puso a bailar foxtrots, tangos y rumbas. Y, como nunca les falta nada a aquellos a quienes la vida resulta fácil, en esa reunión de tantos hombres, entre los que había una sola mujer capaz de bailar, aparecieron, no se sabe de dónde, como si hubieran salido del pavimento, diez o doce chicas que se pusieron a bailar. Ocurría como con los romanos antiguos, que, después de sus prodigiosas conquistas, al no ver más que hombres, se miraban melancólicos y deprimidos, por lo que de inmediato corrían a raptar mujeres, sin las cuales no les parecía haber conquistado nada. Los amigos de Remo trataban de competir con la novia, que bailaba como sólo saben bailar las americanas de Nueva York.

Las Materassi se encontraron de pronto sentadas en un rincón de la sala, incapaces de discernir lo que estaba pasando. Se arrebujaban en los velos de vírgenes, que habían salido bastante mal parados en aquella confusión, buscando protección en ellos, tratando de

esconderse detrás. Sus pobres ojos no distinguían claramente nada en aquel remolino de danzas. Estaban sumergidas en un caos de voces y de gestos, una auténtica vorágine, después de habérseles escapado su último asidero. También Palle partía rumbo a América. Ahora veían sombras, sombras que se agitaban; sentían un zumbido indistinto en los oídos y las personas se les aparecían borrosas. Al igual que el náufrago después de un último esfuerzo, tenían la sensación de zozobrar, de hundirse. Si les hubieran dicho que se levantaran para salir, no lo habrían logrado. Algunos jóvenes se acercaban a hablar con ellas y las invitaban a bailar, a participar de la alegría. Ellas no podían siquiera responder, pues no comprendían lo que les pedían ni sus palabras. Lo único que percibían en aquella niebla eran las bocas que reían, y en su imaginación se hacía presente la visión macabra de dos cadáveres que bailan vestidos de novia.

Remo, a quien no se le escapaba nada por más que tuviera que atender a tantas cosas al mismo tiempo, se hizo cargo de su estado y, tras decir algo al oído a Peggy, que bailaba sin descanso, aprovechando la confusión, que aumentaba por momentos, se acercó rápidamente a las tías y se inclinó para hablarles al oído con el fin de que pudieran oírlo en medio de aquel estrépito. La cercanía del sobrino y su aliento rozándoles las mejillas sacaron, como por encanto, a las dos mujeres de su doloroso sopor: «Ya son las cuatro. Es mejor que os vayáis marchando; si no, se hará demasiado tarde. Yo os acompaño. Venid».

Peggy, sin dejar de bailar, saludó diciendo «*Good bye! Good bye*!» al tiempo que agitaba una mano dirigiéndose a las tías. «*Good bye! Good bye*!»

Ellas no pudieron responderle porque no la veían.

Las dos sombras blancas desaparecieron entre la densa humareda sin que nadie se percatara. Salieron pegadas a la pared, dejando atrás a aquellos jóvenes exultantes que tantas veces por la noche se habían sentado a su mesa para devorar el jamón y el salami, las doradas tortillas que Niobe improvisaba, la esplendorosa lechuga que Palle diligentemente cortaba en la oscuridad de la huerta: «Corrado, Franco, Bruno, Massimo, Renzo, Gastone, Alfredo, Sergio, Jim…».

También en esa ocasión Remo había salvado la situación: nadie les habría dado la fuerza necesaria para despedirlo allí; hubieran caído al suelo.

El coche aguardaba listo en la calle, y Palle dentro de él. Salieron como quien va huyendo, y Remo condujo a una velocidad que no condecía con la vestimenta de las mujeres que se sentaban en él, las cuales no veían ya más que sombras y neblinas: sombras negras de cuerpos danzantes y sombras blancas de esposas que se perdían en esas brumas.

La partida estaba fijada para las cinco, y ya eran las cuatro: no había tiempo que perder.

En pocos minutos atravesaron Florencia y entraron en la carretera de Settignano a una velocidad prohibida. Remo había salvado la situación, y se sentían fuertemente unidas a él pese al sopor que las embargaba y a los tumbos del auto, que las hacía desplazarse de un lado a otro del asiento en las curvas. Le dirían adiós en su casa: allí no les daría miedo desfallecer ni mostrar su dolor como les habría ocurrido entre tanta gente. «Ve a despedirte de tu madre —le dijo Remo a Palle bajando del coche—. Yo subo a mi habitación a buscar algo que he olvidado. Pero ojo, que no tenemos más que diez minutos.»

Ya dentro de la casa dejó la chistera sobre la mesa y voló escaleras arriba mientras las tías se quedaban en pie en medio de la sala, inmóviles y mirando la luz del día a través de la ventana.

Remo había subido a su habitación a coger una cosa que se había olvidado. Pero ¿qué? Era imposible que hubiera olvidado nada. Días atrás se habían llevado todas sus pertenencias al hotel donde se hospedaba, Niobe y sus tías asimismo habían hecho una minuciosa inspección de los muebles y cajones.

Se entretuvo exactamente diez minutos, como le había dicho a Palle, que se había acercado raudamente al instituto para despedirse de su madre.

Se podrían imaginar muchas cosas acerca de los diez minutos que el joven pasó en aquella habitación que, con mucho amor, le había dado cobijo durante diez años. Si aceptamos que no tenía nada que recoger ni hacer en ella, debemos concluir que esos diez minutos los dedicó a pensar. Pero no siempre es fácil decir lo que pueden llegar a pensar los hombres en determinados casos. Sí diremos, en cambio, que los hombres de acción, los nacidos para una vida tumultuosa, febril, aquellos cuyas horas están siempre colmadas de acontecimientos, de tanto en tanto dejan sobre su camino algunos claros, algún pequeño vacío para que los demás puedan llenarlo en el momento justo. Quienes por sí solos saben colmar su tiempo de una manera excelente saben también que los escasos instantes que conceden a los demás pueden valer mucho más que si los hubieran llenado por sí mismos. Los otros, mostrando su agradecimiento por el regalo, lo guardarán al menos durante diez años. Por eso produce un interés fabuloso ese regalo.

Cuando volvió a bajar apuradamente, se acercó a las dos mujeres, que seguían aún en la misma pose, las atrajo hacia sí y las abrazó al mismo tiempo y con fuerza. Ellas se dejaron estrechar, ceñir en un solo abrazo y apretar como si fueran dos muñecas. Las besó a las dos en las mejillas dos veces: «Hasta siempre. Nos veremos pronto.

Volveremos a Florencia. A Peggy le encantan Italia y Florencia. Además…, quién sabe…». En ese *quién sabe* se hallaba el espíritu de su vida sin programa, sin planes, y el tono de su voz era en ese momento de auténtica complacencia y de sumisión a ellas. «Así es la vida —concluyó, y volviendo rápidamente a sus propios pensamientos—: ¿No es cierto, Niobe?»

También abrazó y besó a Niobe. La mujer, que se encontraba en la entrada, parecía un saco de trapos en sus brazos. Se quedó inmóvil en la penumbra y escondió el rostro entre las manos. Remo cogió la chistera de encima de la mesa y corrió hacia el coche. «Hasta pronto, señoras», dijo Palle asomando media cara por la puerta al tiempo que se llevaba los dedos a la punta de la visera de la gorra.

Tampoco esa vez oyeron ni tampoco pudieron responder.

Por salir tan impetuosamente, como había hecho antes al entrar, Remo no se dio cuenta de que los albañiles habían derribado el muro bajo que había enfrente de la casa y rehacían los cimientos para construir un muro más alto.

Los dos jóvenes subieron rápidamente al auto, y Remo, girando el volante y lanzándose por última vez a una velocidad vertiginosa por la carretera de Settignano, parecía decir: «No se podía hacer más ni mejor». Y puede que tuviera razón.

Las dos mujeres, después de que Remo las abrazara y las estrechara, se desplomaron en sus respectivas sillas al lado de sus bastidores. Permanecieron inertes, rígidas, sin llorar, observando fijamente el vacío, en el que se perdían sus miradas. A partir de ese momento, no harían otra cosa que volver la vista atrás para poder vivir. Desde la penumbra de la puerta, con la cara entre las manos, Niobe hacía llegar sus sollozos entrecortados y enormes: ése era el único sonido.

Tiempo después se decidieron a levantarse y a subir despacio, con movimientos de autómata, a su habitación para desnudarse por fin, para estar en libertad y reposar tras un día que había superado con mucho sus fuerzas. Iban arrastrando la larga cola blanca, que, convertida en un despojo, seguía a sus figuras en la oscuridad de las escaleras, por donde desaparecieron como fantasmas.

Una vez en la habitación, cada una tendida en su lado de la cama, no se sentían con ánimo para quitarse aquellos vestidos. Tenían la impresión de que sus cuerpos eran de madera y de que sus trajes se habían convertido en una pez blanca que las cubría, en un barniz. Casi no los tocaban, apenas los rozaban con la punta de los dedos, pues tenían la certeza de no poder librarse de ellos. Se sentían a la vez dos cosas y una sola con aquello. De esa guisa se tumbaron en el lecho. Ya era casi de noche. Sobre el tejado de la iglesia y sobre el pequeño campanario, desde la ventana se distinguía el destellar de las candelas

de la luminaria que coronaba el día de fiesta.

ENTERRADAS VIVAS

Pastacaldi, el carnicero de Ponte a Mensola, que les había hecho la primera hipoteca, se había convertido en propietario de las casas, y el propietario de la heredad era… ¿A que no saben quién se había quedado con las fincas? Fellino, sí. El mismísimo Fellino, el campesino de las Materassi.

Sobre el trazado del muro bajo que sostenía las macetas con plantas raquíticas, se levantaba ahora una tapia de dos metros y medio de altura que, partiendo de la cancela de la verja, corría a lo largo del frente de la casa, encajonándola, dejando un estrecho corredor, restándole aire y luz a toda la planta baja, que ahora, con sus rejas herrumbrosas, parecía realmente un monasterio, por no decir una prisión.

Incluso habían cegado el ventanuco de la cocina que daba al campo.

A Teresa y a Carolina sólo se las veía media hora los domingos cuando acudían a oír la primera misa. Pasaban a toda prisa, embozadas, con la cabeza baja o mirando al frente con ostentación, fingiendo no ver a nadie, no conocer a nadie, para no verse obligadas a saludar a sus antiguos inquilinos, que las miraban con altanería al verlas arruinadas.

Pero éstos no ahorraban a su paso algún carraspeo o risitas insolentes para hacerse notar, para que se enteraran de que velaban por sus vidas, por sus intereses, por sus desgracias y por sus miserias; y algunos, a causa de un viejo rencor, se reían abiertamente y a propósito con carcajadas estentóreas, obscenas, ofensivas. Habían tenido que oír tantas cosas, tantos comentarios en voz alta acerca de los acontecimientos pasados y de su estado actual, que era muy triste. Ahora nadie las temía, pues no eran dueñas de nada; no eran objeto de envidia ni de admiración para nadie, sino de piedad. Y todo esto especialmente de noche, debajo de la ventana de su habitación cuando se iban a dormir, para que las pobrecillas no tuvieran más remedio que oír, cosa que lograban perfectamente haciéndoles sentir escalofríos debajo de las sábanas y obligándolas a taparse los oídos en un arranque de ira, llenas de vergüenza, mientras se encomendaban a

Dios.

Y todavía algo peor: algún sucio canalla que permanecía en el anonimato había tenido la desvergüenza de hacer sus necesidades en la puerta de la verja, justo por donde tenían que pasar y, para mayor mofa y befa, había embadurnado también los barrotes de hierro de manera ostensible. Una mañana, la pobre Niobe había tenido que lavar las piedras y la misma cancela con humildad cristiana y resignación, sin fuerzas para lanzar una imprecación contra quien se permitía tales porquerías, únicamente alzando los ojos al cielo para pedirle a Dios que pusiera coto a tanta maldad inútil. Al entrar en casa, humillada y ofendida, había murmurado para sus adentros: «No lo he visto, pero para mí esto es obra de mujeres». Aquí no vamos a hacer indagaciones acerca de las adivinaciones de Niobe.

Las habían escarnecido y ofendido de todas las maneras, y no tanto porque habían posibilitado el disfrute de los demás ni por lo que creían que ellas mismas habían disfrutado, sino más que nada porque ahora estaban derrotadas, vencidas, para vengarse de cuando habían estado en la cima, victoriosas.

No había pretexto capaz de hacerlas aparecer por la verja ni reclamo que pudiera hacerlas asomar a la ventana de su habitación, que siempre permanecía cerrada. Únicamente se las veía salir corriendo para asistir a la primera misa los domingos por la mañana, y aun eso las hacía sufrir. Habrían preferido que jamás las volviera a ver un alma viviente; pero, debido a un principio moral muy arraigado, no lograban sustraerse a ese deber del espíritu que representaba una elevación por medio del tormento.

Salían caminando a paso ligero en las mañanas grises de invierno, apretándose una contra la otra, y permanecían de rodillas todo el tiempo que duraba la misa, en un rezo continuo con la cara escondida entre las manos o implorantes con la mirada fija en el altar, allí donde algunos meses atrás, magníficamente vestidas de seda blanca, adornadas con velos y flores de azahar, habían desafiado al mundo sobre dos sillones dorados tapizados de damasco celeste.

Sorprendidas en ese momento pareciera que expiaran aquella culpa implorando su perdón. En su sala de trabajo no hacían más que dar vueltas yendo y viniendo de una mesa a otra, de un mueble a otro, como si estuvieran ordenando o buscando objetos con el pensamiento en otra parte. Del armario grande y del arcón sacaban piezas de tela que envolvían después de haberlas desplegado y considerado con mirada fría para devolverlas a su lugar con desinterés. Cintas, cordoncillos, restos de puntillas con los que hacían pequeños rollos. Buscaban sabiendo de antemano que no había nada que encontrar. Tenían el aire de estar hurgando entre las pertenencias de un familiar difunto y pobre cuyos despojos se someten a revisión por puro

formalismo, con respeto y desapego, así como con una vaga repugnancia, sin que medie ni el menor atractivo, pues se sabe por adelantado que no se va a encontrar nada importante ni agradable.

Se veía bien que cuanto hacían no respondía a necesidad alguna y, por decirlo así, carecía de sentido.

Algunas veces hacían un alto en ese tejemaneje mirando a su alrededor desoladas, viéndose en aquella sala que habían sentido siempre colmada de sus personas hasta reventar y que ahora estaba vacía, vacía e inútilmente grande. Se sentaban sin encontrar una posición adecuada para las manos. Hundiendo uno o varios dedos en la cabellera, se rascaban la cabeza y después se quedaban quietas con las manos muertas sobre el regazo.

Niobe se asomaba a la puerta con los brazos colgando, aquellos brazos que, entre una tarea y otra, activos y dispuestos se apoyaban en las caderas, ahora también colgaban.

Viéndolas así, parecían tres medios limones exprimidos y tirados al cubo de la basura.

Vendidas las casas y las fincas, agotada hasta la última lira de sus reservas, también habían desaparecido hasta el último de todos sus clientes.

Giselda había hecho varios viajes a Florencia con pequeños objetos de oro y de plata, e incluso con utensilios domésticos, de los cuales no había recabado muchas liras.

Ahora ya no quedaba nada que vender, aparte de los muebles y de aquellos muros a los que se sentían aferradas igual que ostras. Separadas de ellos, si es que alguien era capaz de separarlas, sabían que vendría la mendicidad más lúgubre, pero ni siquiera se atrevían a pensar en ello. Por el contrario, tenían la impresión de que caerían muertas en la misma puerta de la verja antes de poderla cruzar.

A la muerte de su padre, treinta años atrás, las condiciones de la familia no eran tan tristes. Había muchas deudas que pagar, pero sobre las casas y las fincas había sólo hipotecas, y ellas eran jóvenes, estaban llenas de ardor y de fe para rescatarlas. Ambicionaban ver triunfar su propia fuerza, que brotaba como una fiebre. Por lo demás, el trabajo les llovía de todas partes y tenían que rechazarlo continuamente.

Ahora, adondequiera que miraran, no veían más que cenizas, cenizas, cenizas… Y, sobre éstas, lejanos e inaprehensibles fantasmas: trepidantes coches de caballos, relucientes automóviles que en otro tiempo se detenían delante de su puerta atraídos como por un misterio, y que habían significado prestigio y orgullo, gracias a los cuales esa humilde casa de campo se había convertido durante varias décadas en un santuario del trabajo y de la virtud, y así era

considerada por todo el mundo. Ahora todo aquello pasaba de largo, corría por otros caminos, y el pensamiento casi no lograba distinguirlos, seguirlos.

Esos recuerdos las enojaban, las volvían agrias y perversas. Todas esas acaudaladas mujeres a las que habían servido con fidelidad y pasión a lo largo de cuarenta años se habían ido alejando poco a poco, las habían abandonado, porque eran viejas, porque sus ojos fatigados ya no les permitían hacer maravillas y porque en los últimos años el trabajo no había sido el centro exclusivo de sus pensamientos, no había sido su única razón de vivir, pues estaban cansadas y distraídas a causa de las vicisitudes de su vida. Esas mujeres egoístas sólo habían ido a su casa a sacar algo, a aprovecharse de las maravillas que podían obtener sin sacrificio alguno por ser ricas. Ahora que no podían repetir aquellos prodigios las dejaban morir de hambre. Tenían arrebatos de indignación y de odio contra ellas, y de cuando en cuando aguzaban el oído para escuchar, pero todo era inútil. Fantasmas que aparecían y desaparecían sobre las cenizas. Pero, sobre todo, el eco de una voz —«Tí Te, tí Ca»— que, como el tañido de una campana fúnebre, les oprimía la garganta y les laceraba el corazón. Paulatinamente aquella acre punzada se transformaba en una dulzura que humedecía sus pestañas y las hacía suspirar hondamente.

Habían visto a Niobe volver a casa con media rosca de pan escondida bajo el delantal, con un poco de verdura, portando con todo cuidado en el seno algún huevo que trataba de no romper o llevando valientemente un pequeño haz de leña que había recogido en el bosque de Vincigliata. En casa ni siquiera había carbón.

Los antiguos inquilinos saboreaban las etapas de su gradual caída con un placer mal disimulado, del mismo modo en que en otra época las habían seguido en la ascensión, pero ahora de mala gana.

Al pie del muro levantado ante sus ventanas, en aquella franja de tierra orientada al mediodía y protegida de los vientos del norte, Fellino, tras abatir los viejos tilos que los ojos de las mujeres habían visto con las primeras luces, habiéndoles resonado en el corazón los hachazos como si con aquella madera les hubieran construido su ataúd, preparaba el terreno para los productos tempraneros —los guisantes tiernos, la achicoria y los primeros calabacines—, terreno que abonaba continuamente para fertilizarlo. Las desgraciadas, tan soberbias y quisquillosas cuando fueron dueñas, debían ahora tener cerradas todas las ventanas para no percibir el hedor, pero lo sentían igualmente, como si fuera una pena a la que no debían sustraerse por un decreto supremo, ya que el mal olor penetraba por las rendijas.

Pero por nada de este mundo habrían protestado contra el nuevo y legítimo propietario, al que odiaban encarnizadamente, y se habrían muerto de hambre antes de pedirles un pedazo de pan a él o a sus

antiguos inquilinos.

Las enterradas en vida no tenían derecho a hacer oír su voz.

En esa situación misérrima y en actitud de inútil espera se encontraban una mañana, cuando, a pesar de las idas y vueltas de Niobe, no quedó nada de comida en la casa.

Las señoras miraban interrogantes a la sirvienta de la misma manera en que el niño enfermo mira a su madre sin poder entender que ésta, omnipotente para él, no haga algo para sanarlo: la mira sin que su fe vacile, pero preguntándose por qué no actúa.

La sirvienta, mortificada, anulada, asustada, observaba a las señoras con prometedora dulzura, justamente del mismo modo en que la madre sabedora de que lo último que está en su poder es ocultar su propia impotencia para no causar más desaliento.

Teresa contemplaba a Niobe aguardando que saliera una palabra de sus labios, sin lograr comprender por qué no brotaba espontáneamente, por qué no la había pronunciado ya en tales circunstancias. Aun lejos de dudar de la generosidad de su espíritu y de su total dedicación, no lograba comprender: buscaba un porqué.

Con enorme trabajo reunió fuerzas y rompió el hielo: «Niobe, escucha. Niobe, ven aquí». Consciente de cuanto iba a salir de la boca de su señora, la sirvienta no hacía intención de acercarse a causa de lo embarazoso de la respuesta. A Teresa le temblaba la voz al tener que declarar demasiado abiertamente la realidad de su situación: «Qué se le va a hacer. Éste es un mal momento para nosotras. Estamos sin trabajo, tú lo ves, pero lo habrá de nuevo, estoy segura de ello. Iremos a Florencia, buscaremos a nuestras antiguas clientas, nos anunciaremos, ofreceremos condiciones muy ventajosas, nos conformaremos con ganar poco, es decir…, para vivir solamente, pero en este momento en verdad no sabemos qué hacer. Perdóname que te pida un favor. Te lo pido porque, en primer lugar, estoy segura de tu buen corazón; pero, sobre todo, porque tengo la certeza de poderte restituir cuanto me des ahora. En este momento no veo más salida que tú… Ya ves cómo estamos…».

La mujer, valiente, franca y segura, no se atrevía a sostenerle la mirada a su sirvienta. Hablaba retorciendo las manos y bajando continuamente la cabeza. La criada, pobrecilla, inclinaba cada vez más la suya, a la manera de quien, hallado en culpa, siente que lo reprenden con razón. También Carolina tenía la cabeza baja en un momento de máxima postración.

En el fondo de todas las desventuras y de todas las luchas, las había sostenido una fuerza gigantesca: la consideración de sus manos prodigiosas, invencibles, que nadie podía quitarles. Ahora esa fuerza

se debilitaba cada vez más. Sus manos colgaban de unos cuerpos inertes, y ni siquiera sabían qué hacer con ellas: he aquí la realidad que no podían aceptar; el resto era tolerable.

Careciendo del valor para dar un paso adelante y faltándole también el aliento para pronunciar una sola sílaba, como a Cristo en el momento de dejarse crucificar, sin siquiera levantar la cabeza, la vieja sirvienta abrió los brazos aceptando la cruz.

Avivada por un relámpago, por una chispa iluminadora, Teresa se estremeció y, echándose las manos a la frente, gritó: «¡Se lo has dado a él! ¡Ya no te queda nada!…». Se calló el resto de su pensamiento, que se le extinguió en los labios: «Y yo que me preguntaba por qué no me habías ofrecido ya tu ayuda». Pareció perderse en este pensamiento, y reencontrándose, lentamente, con dulzura, con una sonrisa vaga bajo la piel, le dijo: «También tú te has quedado… sin un céntimo. Pobre Niobe… Por eso no decías nada… Y yo que no era capaz de comprenderlo… ¡Qué bruta!».

Miraba a su alrededor desolada y traspuesta. Se pasó la mano dos veces por la frente como cuando, vencida por la fatiga, levantaba la cabeza durante unos segundos para retomar el control de sí… Después se sentó.

Carolina había permanecido con la cabeza baja y las manos sobre el regazo, como si fuera ajena a la escena y sin haber dado señal alguna de comprender.

Pero Niobe se fue acercando pausadamente a las dos hermanas, que ahora ya conocían la verdad, y, para sentirse más cercana, para hablar con mayor eficacia, se sentó en medio de ellas.

—Ustedes saben bien que yo de mi sueldo no gastaba casi nada. Tenía diez mil liras en una cartilla de la Caja Postal, adonde iba a depositar de cuando en cuando, ¿no se acuerdan? Todo mi sueldo lo metía allí, se puede decir, menos una pequeña cantidad que dejaba para hacerme algunas camisas, para comprarme zapatos o algún delantal, y también para no quedarme sin un céntimo en el bolsillo. Las primeras cinco mil liras se las di hace más o menos seis años para que comprara la motocicleta.

—¡Ah!

—¡Ah!

Las hermanas despertaron al mismo tiempo de su sopor.

—¡Ahí está! Se las habías dado tú.

—Compréndanlo: ustedes no quisieron ceder, se empeñaron en decir que no, que no, hasta el final… ¿Y qué debía hacer yo?…

Teresa miraba a Carolina con un rayo de luz en las pupilas, y Carolina miraba a su hermana, recuperada, palpitante.

—Siempre creímos que se las había dado una pelandusca

cualquiera.

—Se las habías dado tú.

—Sí, cinco mil liras.

—Pero la moto costaba diez mil.

—El resto tenía que pagarlo en cuotas. En aquella ocasión a mí no me pidió nada más. Y, dos años después, como recordarán, la vendió para comprarse su primer coche.

—Ya te lo decía yo. Habría preferido que lo mataran antes que tomar dinero de las mujeres.

Al hablar las tres se sentían invadidas por un vigor nuevo; acercaban las sillas, se aproximaban entre sí.

—Y las otras cinco mil se las tuve que dar hace dos años, cuando volvió repentinamente de Viareggio. Me dijo que se trataba de un negocio del que dependía todo su porvenir, de un asunto que le permitiría tener trabajo al instante. Ustedes sabrán comprenderlo… No quería tener ciertos remordimientos en la conciencia, pobre muchacho… Además, hacía muchos años que yo no llevaba nada a la Caja Postal, qué quieren… Los gastos eran muchos. Habría sido necesario tener la fábrica en la bodega, mucho más que mis miserias, e ir a buscar el dinero igual que se va a sacar el vino de los barriles.

—La motocicleta se la pagaste tú…

—Y a mí que no se me había ocurrido nunca… Llegué a hacer tantas conjeturas… Era un asunto que me había dejado muy mal, a decir verdad, y cuando se presentó lo del automóvil nuevo no me pude resistir.

El asunto de la motocicleta había sido el único punto oscuro en su vida con el sobrino, y ahora se esclarecía como por encanto. Una vez resuelta la duda, Teresa respiraba. La motocicleta que el apuesto joven de dieciocho años había llevado a casa con tanta desenvoltura se había quedado como una nube oscura en su horizonte; ahora respiraban bajo un cielo inundado de sol.

—Lo mismo que con el coche, que teníamos miedo de que se lo hubiera regalado esa de allá arriba, la condesa de Lenin.

—Y eso que… —respondió Niobe recobrando su tono de voz—, y eso que ustedes no conocen a esas mujeres. A la condesa le gustaba recibir, pero no dar. Sin embargo, el joven le daba mil vueltas a ella, y hacía bien: también a él le gustaban las cosas frescas y no las antiguallas, con todas sus mañas.

—Esa pelandusca…

—Con aquélla no había equivocación.

—Pero él comprendió enseguida que la condesa andaba a la caza de marido.

—¿Y por qué entonces la entretenía durante horas delante de la

puerta?

—Pues… sus razones tendría para hacerlo.

—Imagínate. Ver a un joven de bien con esa vieja escandalosa no es cosa que pueda gustarle a ninguna familia. Por eso decidí cortar por lo sano y comprarle el coche.

—Además, había tantos gastos, imagínese. Todo el que sale necesita infinidad de cosas para no desmerecer de los demás.

A medida que Niobe hablaba a las hermanas éstas iban recobrando sus ánimos y la sirvienta recuperaba su aire pacato, sonriente: «Qué quieren… Las sábanas de esta casa son un poco ásperas. Están bien para nosotras, que dormimos con camisón. Si él también hubiera dormido con camisón, no habría dicha nada, pero totalmente desnudo como se acostaba… Era cosa de no mirarlo siquiera. Yo le compré de las buenas, de lino, livianas y frescas. Me daba mucha pena imaginarlo entre aquellas sábanas bastas. Además, no tenía necesidad alguna de rascarse la roña: su piel era un marfil. ¡Y qué contento se puso cuando se dio cuenta! Porque él no se habría quejado, qué va, ni siquiera pensaba en ello. Fui yo quien se dio cuenta de que eso no podía ser. Vamos, seamos justas: aquello no estaba nada bien…».

Las dos hermanas estaban pendientes de sus labios, la miraban magnetizadas; y ni siquiera habían reparado en que hablando había llegado el mediodía. No oían las campanas ni sentían los avisos del hambre.

—Era tan bueno, y le agradaban tanto ciertas finezas. Cómo sabía captarlas, apreciarlas. Sin duda había nacido para ser un señor. De cuando en cuando me regalaba alguna fotografía; incluso me mandó una desde Viareggio.

—Ah, ¿sí? ¿También a ti? ¿Y por qué no nos la enseñaste?

—Sabía que ustedes tenían tantas…

Era costumbre de Remo enviar instantáneas a las tías cuando se encontraba de viaje, y a Niobe le había mandado también alguna, o se la había regalado directamente. Pero, en tanto que las tías se las habían mostrado a todo el mundo hasta el cansancio, Niobe había ocultado las suyas. Parecía esconder algo y sonreía con malicia: «Además, las tengo en la cómoda. Si quieren puedo ir a buscarlas».

Mientras las hermanas se miraban sonrientes y en estado de ensoñación, Niobe retornó con las fotografías, que se fueron pasando la una a la otra al tiempo que iba aumentando su curiosidad. Y Carolina, no pudiendo contenerse, subió a su habitación a buscar las suyas, treinta por lo menos, para compararlas con las de Niobe, que no pasaban de diez en total. Las extendieron sobre la mesa. Cada una evocaba un hecho, un lugar, un día, un instante. La conversación se puso al rojo vivo, salpicada de exclamaciones y de carcajadas, como

en los tiempos felices, como si se hubieran solucionado las angustiosas dificultades en las que se hallaban inmersas. Hablar del sobrino al tiempo que contemplaban su figura en las fotografías vigorizaba sus corazones, aclaraba sus mentes; daba la sensación de que él estuviera allí todavía o de que llegaría de un momento a otro. Lo primero que llamaba la atención después de haberlas visto todas era que, mientras en las fotos de las tías Remo estaba siempre vestido con toda corrección, en las de Niobe aparecía en traje de baño o con vestimenta de remero, con camiseta y pantaloncitos, en grupo con otros compañeros o con amigos, y también con chicas; en lancha de pedales con Palle o sobre una roca. Las hermanas no se cansaban de mirarlo y las comparaban con las suyas, si bien atraídas por las nuevas, de cuya existencia no sospechaban nada, alabando su hermosura, la anchura de su espalda, la esbeltez de sus piernas, las proporciones de su cuerpo y de su cabeza en los que la fuerza jamás alteraba, respectivamente, la elegancia ni la armonía señoriales.

—Pero ¿por qué no nos las enseñaste?

—Yo…

Niobe vacilaba y escondía algo: no era difícil darse cuenta. Miraba a sus señoras casi a punto de echarse a reír.

—Bueno, a decir verdad…, tengo otra… Si la quieren ver…

—¿Dónde está?

Parecía que la mujer titubeaba o que quisiera tensar todavía más el hilo de aquella curiosidad. Tenía una mano debajo del delantal.

—Vamos, enséñala.

—No le des más vueltas, vamos.

—¿Por qué no la enseñas?

—¿Por qué no nos la enseñaste antes?

—¿Es algo malo?

Niobe sacó la mano de debajo del delantal y puso sobre la mesa una fotografía de mayor tamaño. «Ésta me la mandó dentro de un sobre». En ella, bastante más grande que una tarjeta postal, Remo aparecía solo y con un sucinto traje de baño, de manera que todos los pormenores de su cuerpo se veían en todo su esplendor. La fotografía se había tomado al borde del agua. El joven se encontraba con la cabeza erguida de frente al sol, cuya vívida luz no lograba turbar la serenidad de su rostro, sino que le producía un ligerísimo fruncimiento de cejas, una leve arruga que le sentaba muy bien. De fondo tenía el mar.

Teresa se quedó deslumbrada, como si hubiera sido ella la que había mirado al sol. Y Carolina, después de una mirada con la que pareció devorarlo, se puso en pie como si quisiera huir, lanzó un grito y se volvió a sentar.

Tuvieron que pasar unos minutos de recogimiento antes de que pudieran enfrentarse de nuevo con aquel pedazo de cartulina. «Era exactamente así, no hay nada que añadirle, tal cual», decía Niobe en un estado de duermevela, mientras sus señoras, turbadísimas, observaban el retrato. Se volvieron hacia ella. «Yo sabía muy bien cuáles eran sus perfecciones.» Las dos mujeres la miraban todavía con mayor avidez. «Imagínense. Todas las mañanas tenía que entrar en su habitación tres o cuatro veces, cuando se bañaba y al llevarle el desayuno. Además, qué quieren, cuando se desnudaba ni siquiera había tiempo de escapar ni tampoco de volverse hacia otro lado diría yo. No daba tiempo siquiera de decir amén. Había que ver aunque no se quisiera. En un abrir y cerrar de ojos ya estaba como el Señor lo trajo al mundo. No sé cómo lo hizo, pero hay que reconocer que lo creó muy completo, bueno…», concluyó, remitiéndose al retrato.

Mientras Carolina se perdía en aquellas declaraciones, Teresa esbozó ante la sirvienta una sonrisa que le salió del corazón, una oleada de intensa felicidad como hacía tiempo que no experimentaba.

Cada vez más atónitas, las dos hermanas seguían mirando las fotografías, pasando de una a otra. De las de Niobe pasaban a las suyas, para volver de nuevo a las otras, donde el joven aparecía en traje de baño o de remero, hasta dar con la última, la más grande, aquella donde su desnudez se presentaba con una claridad fascinante. Allí terminaban el recorrido y volvían a empezar.

—Pero ¿por que no nos las enseñaste?

—Bueno… Ni siquiera yo lo sé, qué quieren que les diga… Quizá porque me gustaban demasiado, lo confieso. Por otro lado, creía que, si ustedes las veían, se escandalizarían, a pesar de que no tienen nada de malo. ¿Qué hay de malo en ellas? Pero, como sé que son tan tímidas para ciertas cosas, tan meticulosas… También era consciente de que las que me mandaba a mí eran diferentes de las de ustedes.

En ese momento se oyeron ruidos en la escalera: Giselda estaba bajando.

Conviene adelantar que Giselda, pese a que no le hubieran hecho confesiones ni comentarios precisos, se había dado cuenta exacta de las circunstancias desesperadas en las que se debatían sus hermanas tras la pérdida de toda su fortuna, y de que su mesa se surtía, desde hacía más de un mes, con alimentos tomados a crédito o en préstamo, reunidos o mendigados por Niobe en los contornos más alejados, ya que, como hemos dicho al principio, las señoras rechazaban cualquier tipo de ayuda que pudiera venir de quienes habían sido sus inquilinos o habían trabajado para ellas, beneficiados en otra época y que ahora estaban en condiciones de ayudarlas.

Sintiendo que la desdicha se abatía cada vez más rápido sobre las hermanas, Giselda bajaba con nobles y generosas intenciones: se

ofrecía, ofrecía ayuda a las hermanas envejecidas y reducidas a la pobreza, y, por más que las considerara culpables de su propia ruina, comprendía que era inútil odiar y recriminar, de manera que había llegado el momento de actuar sin discusiones. Ella era quince años más joven y no se encontraba extenuada por la fatiga como ellas. Sentía en su corazón, profundamente noble y únicamente amargado por la adversidad, un deber y una necesidad imperiosa de devolver, al menos en parte, con su intervención y con su interés los beneficios que había recibido de ellas durante tantos años olvidando en ese momento todo lo que había ocurrido de áspero y desagradable en la vida en común. Su cara estaba iluminada por una paz insólita, distendida, casi dulce, dispuesta a hablar con serenidad, a hacer proyectos, a aceptar consejos y a dar los suyos para resolver un estado de cosas intolerable. Pero, por la escena que se le presentó a los ojos en cuanto entró en la sala, comprendió al vuelo que las tres mujeres estaban completamente enfrascadas en la contemplación de las fotografías que cubrían la mesa. Le dio un vuelco el corazón, un relámpago de ira y de desprecio se le subió a la cabeza poniéndola en un estado de delirio y echando por tierra los buenos propósitos. Fue un movimiento superior a sus fuerzas, a su misma razón. Después de todo lo que había sucedido, después de la catástrofe irremediable, causada exclusivamente por su imperdonable debilidad, que las había arrastrado de una situación de bienestar a la indigencia más absoluta; después de tantos días de penurias y casi de hambre, con el fuego apagado, vacía la despensa y sin una sola lira en los bolsillos, las tres necias se extasiaban con la contemplación de aquel sinvergüenza que con tanta desfachatez las había reducido a un estado tal, sentadas a la mesa con más alegría que si tuvieran delante un opíparo yantar…

—¿Qué pasa? —preguntó con los dientes apretados, blanca de furor. Las tres mujeres levantaron la cabeza en actitud de ataque al sentirse agredidas por aquella voz dura y cruel—. Pero ¿qué estáis haciendo? ¿Se puede saber?

—Lo que nos da la gana.

—¿O es que tenemos que rendirte cuentas a ti?

—Pero ¿no es la hora de almorzar?

Intercambiaron una mirada que era una hoja de puñal. Se habían olvidado de la hora y del hambre. Había sonado la una, y no sabían qué responder. Las fotografías habían tenido el poder de transportarlas a una ensoñación feliz de la que no habrían querido salir. La voz cruel de su hermana las devolvió a la realidad más triste. Las poseía un sentimiento de odio por ella, que había adoptado una actitud de juez.

—No tenemos hambre —dijo Teresa con tono irónico y con mucha desenvoltura, casi con alegría.

—No tenemos hambre —repitió Carolina con afectación.

—Pero yo, sí.

—Pues busca.

Giselda ya no sabía qué responder, por dónde empezar. Lo que tenía que echar fuera era demasiado y se le agolpaba en la garganta, a punto de estallar a menos que le diera salida. «Busca…, busca… Claro que buscaré, pero para mí, sólo para mí, podéis estar seguras de ello. Pero no aquí, por supuesto, no aquí, donde no queda ni un mendrugo con que matar el hambre de un perro… Claro que busco, y de qué manera, y enseguida os hago ver cómo busco, podéis estar seguras.»

Hablaba a golpes, bruscamente alterada y anhelante. «Me iré de sirvienta tal como lo he sido aquí hasta ahora de estas frescas señoritas —les hizo una reverencia para burlarse de ellas—; de estas señoritas y de su digno sobrino —hizo una segunda reverencia muy rápida destilando hiel—. Pero, por lo menos, me darán de comer y un sueldo a fin de mes. Aquí, en cambio, una trabaja por la hermosura de las señoras —sonrió abiertamente e hizo una profunda reverencia—. Estar de sirvienta y no ganar nada, únicamente malas caras, mientras se pasa hambre: eso no, queridas, no. Buscaos otra que os limpie los mocos: yo me voy, si Dios quiere. Si lo hubiera hecho antes, no tendría que soportar esta calamidad. ¡Puf!» Pareció que fuera a abalanzarse sobre las hermanas para morderlas, pero este movimiento se resolvió en un grito de asco: «Puf», repitió, vomitándoles encima su rencor.

Las tres mujeres, rabiosas contra ella, parecieron querer echársele encima para golpearla, pero un temblor convulso las retenía haciéndoles aspear los brazos descontroladamente.

—¡Fuera!

—¡Fuera!

—¡Fuera!

No conseguían encontrar otra palabra mientras le señalaban la salida con los brazos rígidos.

—¡Fuera!

—¡Fuera!

En lugar de aumentar su furor, aquella rabia y aquellas amenazas hacían adoptar a Giselda el tono sarcástico de una burla venenosa y, lejos de retirarse, la hermana se entregaba al asalto de las intimidaciones de sus hermanas.

—Claro que me voy, vaya si me voy, y no pienso repetirlo. Quédense tranquilas mis señoras. Hacen bien en echarme, porque ya no les hace falta una criada, pues esta camarera también necesita llenarse el estómago cuando llega el mediodía, necesita llenarse la panza, y las señoras no piensan en probar bocado por más que hayan sonado ya la una o las dos de la tarde.

—¡Fuera de nuestra casa!

—¡Fuera!

—¡Vamos!

—Por mí, que les parta un rayo.

Faltaba poco para que se atacaran a dentelladas cuando Giselda, presa de la ira, salió escaleras arriba como un huracán.

Las tres mujeres se quedaron temblando, palpitantes de rabia, al rojo vivo, mientras arriba, en la habitación de Giselda, se oían carreras desenfrenadas de un lado a otro, desplazamiento de objetos, caída de sillas, un fragoroso abrir y cerrar de cajones.

Calmada la cólera, ahora que no tenían delante a la hermana envenenada, las tres mujeres se miraban jadeando todavía, respirando a grandes bocanadas, recomponiéndose los cabellos revueltos en la nuca y en las sienes.

Contemplaban las fotografías, pero sin intención, hasta que la de Remo en bañador en la playa de Viareggio, con el sol dándole de lleno en la cara y con el mar de fondo, tuvo fuerza suficiente para llamar su atención. Entonces, sí, después de aquel intervalo violento, tuvieron ánimo para mirarla valientemente, sin esa timidez natural de la que hablaba Niobe y las había asaltado al descubrirla. «Pero ¿por qué no nos la has enseñado antes?» Absorta en aquella confusión intrincada hasta lo inverosímil, la sirvienta apenas sonrió.

Así pasó media hora de torvo e incómodo silencio, atravesado por interrupciones de molesta espera, con el oído siempre atento a los ruidos de la habitación de encima, por más que no lo quisieran demostrar. Ese silencio que precede a los hechos graves e inevitables, que se prevén sólo en parte, se prolongó hasta que de pronto se oyó un gran estrépito por las escaleras. Giselda bajaba precipitadamente con capa y sombrero; en una mano la maleta, y, en la otra, atado con una cuerda, un grueso envoltorio.

Atravesó la sala tan sumamente excitada que la ira la hacía agitarse, le producía espasmos, y ni siquiera se volvió hacia las tres mujeres, como si no las hubiera visto. Pero, cuando llegó a la puerta, la asaltó un nuevo ímpetu que no pudo contener: dejó la maleta en el suelo como si se hubiera olvidado algo y se apresurara a volver, se dio la vuelta y caminó tres pasos con intención de echarse sobre ellas: «¡Estúpidas!», gritó. Y su voz fue como un escupitajo.

En el parto de los montes había nacido un ratón. El arrepentimiento del que fue presa en la puerta y la estampida consiguiente no hacían prever el final de ese modesto insulto. Sin embargo, Niobe, al observar una arremetida tan violenta, se había abalanzado contra ella con los puños crispados en alto para defender a sus señoras. «¡Ramera! ¡Escoria!», le escupió Giselda volviéndose dos

veces y, cogiendo la maleta, salió a toda prisa.

Las tres mujeres la persiguieron hasta la calle gritándole:

—¡Fuera!

—¡Vete!

—¡Largo!

—¡Fuera de nuestra casa!

—¡Por Dios, que ya era hora de que te fueras! —gritaba Niobe con ferocidad.

—¡Fuera!

Los gritos, primero dentro de la casa, después fuera, habían hecho acudir a gran cantidad de gente loca por saber y por ver lo que ocurría en aquella casa, que se había convertido en una caja de sorpresas. Pero Niobe había cerrado la cancela con gran violencia tras la salida de Giselda. «¡Quédense aquí, quietas! Aguanten aquí, háganme el favor», gritaba a sus señoras mientras sujetaba la cancela para que no se abriera y poder ir corriendo a la casa para coger las llaves.

Las dos hermanas empujaban la cancela con tal violencia que cuatro hombres no habrían sido capaces de sacarlas de allí. No sabían en realidad por qué apretaban tanto las barras: la excitación de sus nervios había llegado al paroxismo y desfogaban sus fuerzas de una manera inconsciente en aquellos hierros mientras Niobe había desaparecido en la casa en busca de la llave. En ese ínterin hacían muecas y sacaban la lengua a los que se habían acercado, que, incapaces de moverse ni de respirar, amedrentados y vencidos, las contemplaban guardando la distancia, como si se tratara de dos fieras intentando doblar los hierros de la jaula para correr a devorarlos.

Los niños se cogían de las faldas de sus madres.

—¿Adelantáis algo?

—¿Se os pierde algo aquí?

—¿Qué queréis? ¿Se puede saber?

—¡Metomentodos!

—¿No nos habéis visto nunca? Miradnos ahora.

—¿Qué venís a ver?

—Meteos en vuestros asuntos.

—Mirad bien por vuestras hijas.

—¡Faramalleros!

—¡Picoteros!

—A barrer vuestras puertas, que están todas cochambrosas.

—¡Trapalones!

—¡Mugrientos!

—¡Asquerosos!

—No podéis decir nada de nosotras: somos mujeres de bien. Ya

quisieran muchas ser como nosotras… Harían falta dos en todas las casas, claro que sí… ¡Puf!

Después de un gruñido, Teresa hizo intención de escupir a los reunidos, que aumentaban a cada minuto, y Carolina les hacía un corte de mangas sacando un brazo fuera de la cancela, aferrándose de nuevo a las barras. Cada vez había más gente congregada, pero se quedaba a una distancia respetuosa, sin ceder, eso sí, en su manía de ver. «Nos podéis mirar. Sí, miradnos bien, porque somos mujeres que rompimos el molde cuando nos hicieron, no como las mujeres de este pueblo, que son un hatajo de zorras.» Nadie osaba decir palabra ni mover un dedo. «¡Caras de burro!» A decir verdad, el estupor había demudado tanto aquellos semblantes que habían perdido toda su expresión humana.

Niobe llegó corriendo; pero, en lugar de la llave, que hacía por lo menos medio siglo que debía de haberse perdido, trajo una cadena con candado.

Separó a la fuerza a sus señoras, que, aferradas como dos serpientes enfurecidas, seguían echando pestes. Después de darle tres o cuatro vueltas a la cadena alrededor de los hierros de la puerta, introdujo el candado y lo cerró con llave antes de dedicarles también ella una última palabra a los espectadores. «¡Apestosos!», dijo al mismo tiempo que con el brazo les hacía un gesto sumamente plebeyo y procaz, tras lo cual comenzó a empujar a las hermanas hacia el interior de la casa.

Dando un portazo tan impetuoso que pareció que hasta el último de los cristales se haría añicos, se encerraron y, respirando hondo, a grandes pasos, se pusieron a caminar de un lado a otro. Mientras recorrían la sala, tenían el aire de sentirse señoras de ella como no lo habían sido hasta ese trepidante momento. «¡Ah! ¡Ah! ¡Ahora, sí! ¡Ah! ¡Oh!», exclamaban expandiendo y dilatando su persona al mismo tiempo que expandían los pulmones. «¡Ah! ¡Oh!»

Al igual que después de un naufragio, paralizadas, inmóviles, con los ojos todavía desorbitados por el terror, teniéndose la cabeza con las manos, las hermanas se colocaron alrededor de la mesa sobre la que estaban esparcidas las instantáneas de Remo con ropas tan diferentes y en tantas poses. De entre todas ellas, sobresalía la de la playa de Viareggio. Con los ojos abiertos de par en par y sin pestañear, miraban hacia un punto sin ver nada en un momento de colapso.

Niobe era la heroína que no sabe de reposo porque no conoce el cansancio. Ya dentro de la casa, desde el marco de la puerta, observaba a sus señoras con un rayo de luz en la mirada, esa luz vívida que nunca la abandonaba, ni siquiera en los momentos de desesperación. Las contemplaba con una naciente confianza cuyo reflejo aumentaba en sus pupilas como la luz del sol en la aurora. La

poseía una avidez de hablar: se veía que una palabra le quemaba en los labios y que ya no era capaz de contenerla.

Tras un momento de embarazoso silencio, Carolina, que no había dejado de mirar hacia la mesa, como si se despertara de la acción de un narcótico, exhaló un hilo de voz:

—¿Por qué no nos la enseñaste?

—Y… —respondió Niobe absorta en sus pensamientos, pero, por decir algo, añadió—: Ni yo misma sé por qué.

—Ésta es la más grande de todas.

—Ya.

—No tenemos un retrato grande de Remo: únicamente estas instantáneas.

Hablaba extenuada, ausente, lejana, dulce.

—Por lo demás, se puede sacar una ampliación de estas pequeñas —dijo Niobe para zanjar un tema que no le interesaba.

—Sí, es cierto. Tienes razón —prosiguió Carolina en tono evanescente.

Teresa seguía el diálogo y observaba las fotografías con igual desinterés, abismada en sus pensamientos, urgentes y agobiantes, hasta que, haciéndose fuerte, los interrumpió:

—Pero ¿se puede saber qué hora es?

—Son exactamente las tres… —respondió Niobe sin más.

Las hermanas se miraron perdidas. Sentían su ánimo invadido por una sensación de miedo, por un principio de desesperación ante la idea de que no había nada para comer en la casa, a pesar de que no experimentaban ni el menor atisbo de hambre. Niobe comprendió que ése era el momento exacto para intervenir poniendo en juego desde la penumbra de la puerta esa palabra que le brillaba en los ojos como si fuera una piedra preciosa, y de la cual esperaba un resultado reconfortante: «Escuche —empezó acercándose a Teresa—, escuche. Tengo que decirle algo… No se lo he querido decir hasta hoy, pero ahora no puedo dejar de hacerlo. Después hará usted lo que crea conveniente, se entiende, pero estoy segura de que no me hará ningún reproche por más que me haya equivocado».

Teresa la observaba con un creciente interés, mientras Carolina asentía débilmente a las palabras de la mujer, en la cual no había perdido la fe.

«Rosina de *Bucce* casa a su hija en abril. Ya tienen listo el ajuar. Lo hicieron en casa, con sus propias manos. Pero, al parecer, les gustaría tener, para completarlo, por lo menos seis camisas de lujo, de esas que parecen hechas de aire, y tal vez alguna cosita más si pudiera ser. La hija se casa con un hombre que tiene buenos posibles: es dueño de un horno en Florencia. Se enamoraron cuando ella iba a trabajar a casa

de una modista que está al lado del horno. Entra en una familia acaudalada, pero también a ella le gustaría ponerse a su altura. Tiene razón: no le gusta desmerecer. Además, tiene algo de dinero ahorrado. Le dije que haría de mediadora, pero que, por mi parte, ni ponía ni quitaba: "Pregunte, pregunte a ver si hay posibilidad". Son campesinos, ya se sabe. Pero, al fin y al cabo, su dinero vale tanto como el de las señoronas. Ya sé que ustedes no trabajan para los paisanos: se lo dije a Rosina, y ella lo sabe. "Hijita —le dije yo—, no te voy a decir ahora quiénes son los clientes ni qué trabajos hacen mis señoras, porque tú lo sabes mejor que yo. Cosen ropa para las grandes damas, no para la gente baja." Fue ella quien todo este tiempo me ha estado dando los huevos y el pan, incluso una botella de vino y un frasco de aceite, pero sin empeño alguno, se entiende, gratuitamente. Siempre que voy por allí me repite: "¿Y de eso qué?". Y yo le respondo: "Y de eso, ¿qué quieres, muchacha?". Algo tengo que decirle. Yo se lo transmito porque es mi deber. Sé que son gente acomodada y hasta pueden dar el dinero por adelantado.»

Al principio, Teresa arrugó el ceño al escuchar ese inesperado discurso, y Carolina se desinteresó prontamente, como era su estilo, para huir de algo que sentía que la aferraba molestamente. Pero después de esos desaires, tan naturales y justificados, la primera levantó la cabeza reencontrando su antiguo orgullo de mujer habituada a trabajar: «Ve, Niobe. Ve a casa de Rosina. Dile que le haremos las camisas. Dile que le hacemos también el resto, que le hacemos todo lo que desee».

Para no dar lugar a un posible arrepentimiento o una reculada de aquella franca adhesión, Niobe escapó como el niño que finalmente tiene en sus manos el objeto durante mucho tiempo deseado, y las hermanas la oyeron desencadenar y abrir la cancela en el mismo instante que habían dicho «sí».

La siguieron por la calle principal y por una travesía hasta la casa de *Bucce*, que tenía la finca casi en Ponte Mensola, a la orilla del riachuelo, y la oyeron pronunciar la respuesta esperada jadeando de emoción: «Aquí está. Aquí la tienen», dijo Niobe presentándoles la campesina a las hermanas.

Y, mientras ellas empezaban a discutir, a buscar y a hojear modelos, diseños y figurines, en la cocina ya se oía el rumor de la vida donde antes se había ido instalando el silencio de la muerte. Cuando Rosina se marchó, después de haber decidido con las Materassi lo que había que hacer, Niobe se presentó sonriente llamándolas a la mesa, donde las esperaba una hermosa tortilla de embutido.

La noticia se corrió con la rapidez de lo inaudito: las Materassi le cosían las camisas a la hija de *Bucce*. Alrededor de la casa empezó a producirse un hormigueo de mujeres mayores y más jóvenes, de

muchachas; empezó a oírse un parloteo en voz baja, un murmullo, una cháchara interminable acerca de los colores, de los modelos, de los bordados, sobre las pretensiones; la gente se preguntaba cómo habrían aceptado a la nueva clienta aquellas mujeres habituadas a tratar con las grandes damas. Rosina de *Stoppa*, Maria de *Gozzo*, Regina de *Mezzanotte*, Luisina de *Stoppa*, Maria de *Mela*, Assuntina de *Fringuello*, Cesira de la *Casanova*, Armida de *Gocciolina*, Margarita de *Montesole*, la *Pantera* o la *Bullegia*, la *Fracassa*, una auténtica procesión que poco a poco desde la casa de *Bucce* se dirigió hacia la de las Materassi, primero con timidez y después desenvueltamente. Todas las madres que tenían hijas a punto de casarse y todas las chicas que tenían que preparar el ajuar iban a verlas. Teresa y Carolina se vieron asediadas, asaltadas. Habríase dicho que todas aquellas mujeres, como un ejército guardado hábilmente por un bravo general, estaban pendientes solamente de una señal para agredirlas. Y no se crea que se conformaban con trabajos en consonancia con su posición humilde, ni hablar: lo querían todo como lo que pedían las damas, o por lo menos había que darles la ilusión de que lo era. Ése era su triunfo y su mayor placer: el punto de honor. Exigían que cada prenda llevara la etiqueta «Hermanas Materassi», como las demás, y solicitaban facturas extendidas a sus nombres de pila, y no a los sobrenombres que corrían de boca en boca: nada de *Bucce, Gozzo, Cicche, Filze, Stoppa, Mezzanotte*, mediodía o las tres, sino «la señorita Rosa Cerotti, la señora Lucrezia Porciani, la señora Regina Ganbacciani, la señora Argia Bracaloni». Se marchaban de allí con las cuentas bien especificadas y seguidas de cifras que ingenuamente leían en voz alta mientras caminaban y, si no sabían leer, al menos las miraban y se perdían golosamente en aquellos arabescos. Teresa, que en otros tiempos había sabido tratar con arte a la clientela ilustre, sabía tratar a esa otra con igual maestría alentando su vanidad sin exagerar: «Entendéis las finezas mejor que las señoras. Es más fácil darles gato por liebre a ellas que a vosotras». No era verdad, pero la mentira hacía mucho bien y ningún mal. Había que decirles que lo único que las distinguía de aquellas damas eran los bienes de fortuna, y que por lo demás no existían diferencias. Y eso lo sabía decir muy bien Teresa: «A ver qué os creéis: las señoras son todo apariencias. Lavadles la cara, despojadlas de la preciosa ropa que visten y después ya me diréis».

Se conformaban con unos escuetos ingresos, adecuados a su nueva clientela y también a sus posibilidades, tan disminuidas y que disminuían cada vez más: «Ahora… sólo para vivir».

Solamente en una ocasión, en un momento de malestar y de cansancio, Carolina se puso hecha un basilisco y dejó el trabajo a un lado: «¡Uf! Yo ya no puedo más entre todas estas pindongas».

Pero eran las últimas convulsiones de una época que ya no volvería jamás. Teresa no respondió y siguió cosiendo sin levantar la cabeza.

También las campesinas hacían regalos a la iglesia por las fiestas de la Virgen, en el mes de octubre, así como a los sacristanes y a los priores: una sabanilla para el altar, un sobrepelliz para el cura, una casulla, una capa pluvial.

Una vez acostumbradas al cambio, las hermanas pusieron amor al nuevo estilo.

«Pobrecillas —decía Teresa—. Vienen aquí con el dinero contado, y todo lo que les hacemos les parece bien. A menudo las señoras se hacían de rogar a la hora del pago después de habernos hecho sufrir como en un parto para conformarlas.»

Y hay que añadir que, del mismo modo en que habían recuperado sus fuerzas cosiendo la ropa blanca para las campesinas y las obreras de una zona que, al contar con una población cada vez mayor, estaba alcanzando unas proporciones alarmantes, también habían conseguido restablecer una superioridad real en el vecindario inmediato. Habrían preferido la muerte antes que coserles una camisa a sus antiguas inquilinas; y no se puede decir lo que habrían respondido si la mujer de Fellino, a la que ya habían sometido, les hubiera hecho una proposición semejante. Podéis creer que esta parcialidad disgustaba profundamente a los excluidos, que se sentían desfavorecidos frente al resto de la población. Fellino se sentiría muy orgulloso de restituirles, por medio de las camisas y de las bragas, un dinero que realmente tendría que haber ido a parar a los bolsillos de las Materassi en el pasado.

—¿Acaso nuestro dinero no vale como el de los demás?

—¿Qué les hemos hecho nosotras a esas quisquillosas?

—¿Acaso es culpa nuestra que hayan terminado mal?

—Deberían ser menos cretinas.

Se desesperaban con la rabia de no poder llevar encima una de aquellas etiquetas fabulosas: «Hermanas Materassi». Y sobre todo ellos, que sabían por larga experiencia cotidiana lo que quería decir ese nombre cosido a alguna prenda.

—¿Qué les pasa con nosotros a esas dos zarrapastrosas, a esas presumidas, a esos pingajos, a esas legañosas? —decían, a lo que las hermanas contestaban:

—Preferiría que me arrancaran los ojos antes que coserle una camisa a una de ésas.

—No se la cosería ni por mil liras.

—Mendigaría, arrancaría la hierba con los dientes, moriría de hambre antes que dar una puntada para ellas.

Tan pronto como el cajón empezó a tintinear sin demasiado

estrépito, llamaron a Niobe: «Mira, Niobe, no te podemos dar tu paga como antes, somos demasiado pobres. Pero, cuando necesites algo, aquí está el dinero: no te prives. Es de las tres, pues ésta es la casa común». Niobe salió escandalizada y, dándose la vuelta en la puerta antes de desaparecer en la cocina, respondió: «Yo no quiero nada de nada, no necesito nada, no tengo por qué tener nada; pues no estaría mal; me daría la sensación de estarlos sacando de encima del altar».

En la reconquistada tranquilidad y en el nuevo bienestar se hizo presente un primer deseo.

—No tenemos un retrato grande de Remo —repetía suspirante Carolina sin cesar.

—Se puede mandar ampliar uno de los pequeños, cuesta poco —replicaba Niobe—. El que esté mejor, el que nos guste más.

Pero, después de haberlos pasado y repasado una y otra vez, parecían incapaces de decidirse por uno de ellos, hasta que Niobe cortó por lo sano en la polémica, y también esa vez, como el buen asno que ofrece el lomo para llevar la carga, puso la suya para quitárselo de encima a sus señoras: «Éste —dijo expresando el deseo común—. Éste es el más bonito, el más grande, el que mejor se presta».

En un principio las dos hermanas dijeron que no; pero era un no inseguro, remolón. Su oposición se basaba en que, en una casa donde vivían sólo mujeres, no estaba bien tener a la vista la ampliación del retrato de un joven en pantaloncitos de baño, y además tan sucintos.

—¡Qué va! ¡Qué va!… —rebatía Niobe—. Ésas son ideas pasadas de moda. Ustedes no están al día en ciertas cosas. Los niños de ahora están siempre en paños menores, eso les da salud. Hacen bien en educarlos así: crecen sanos, hermosos y fuertes, y de buen corazón. Cuando están siempre metidos en la cuna o pegados a las faldas de la madre, se hacen débiles, se ponen amarillentos, son malévolos, hipócritas, torpes y nunca se sabe lo que esconden en su interior. —También echó mano de un argumento decisivo para convencerlas—: ¿O es que no está el David en la plaza de la Signoria?

—Sí, también yo lo había pensado. Y fíjate, Niobe, que, mirando al David, se ve todo… y no se sabe nada. Tal vez haga menos efecto porque es de mármol.

—¿Y acaso éste no es de cartón?

—Sí, pero el David no es de nuestra familia. Además, una se atreve cuando va con un grupo y todos lo miran al mismo tiempo.

—Pero déjense de cosas…, háganme el favor… —concluyó—. Déjenme a mí. También ustedes saben que es éste el que quieren.

Carolina añadió que Niobe tenía razón, y que, de las otras, por ser demasiado pequeñas, no saldría bien la ampliación.

La propia Niobe fue a Florencia y encargó una ampliación aproximadamente dos tercios mayor que el original a un fotógrafo de Piazza Santa Croce, ampliación que colgaron en la pared medianera de la sala de trabajo con un hermoso marco y protegido por un vidrio. Así pues, al entrar, el joven aparecía en posición elevada en medio de las dos hermanas. A ambos lados de ese retrato, dos cuadros más pequeños que contenían, hábilmente dispuestas, todas las instantáneas de Remo en diferentes lugares y con distintas ropas, entre muchos amigos diferentes: Franco, Sergio, Massimo, Corrado, Renato, Piero, Bruno, Ettore, Alfredo o Jim, también ellos muy lejanos en un horizonte perdido, pero tan cercanos al corazón. Al colocarlas y recolocarlas tres o cuatro veces más, como si la disposición así lo requiriera, habían logrado, superponiéndolas con un poco de malicia, que donde aparecía Remo al lado de Palle, éste quedara oculto: «¡Ese maldito Palle!».

Las campesinas admiraban el retrato sin reservas y querían ver desde cerca y a la luz las fotos pequeñas, para lo cual sacaban los cuadros laterales de la pared y pedían explicaciones de lo que representaban, de los lugares y de las personas: Viareggio, Montecatini, Venecia, Roma, Bolonia, Milán…

—¡Caramba!

—¡Qué bien formado está!

—Muy bien pero que muy bien —intervenía Niobe en el momento justo.

—¡Qué impostura! —*impostura* quería decir «imponencia».

—¡Qué muchacho tan distinguido!

—¡Qué aire tan señorial!

—Un señor se ve incluso en calzoncillos, queridas mías —seguía Niobe.

Teresa y Carolina se contenían para no abrazarlas y su gratitud se volcaba totalmente sobre las camisas y las bragas.

Hacían comparaciones con sus propios hijos: «El militar, el soldado, el quinto, el futbolista, el corredor, el boxeador…». También ellos estaban siempre en calzoncillos: «También el mío, como el mío; también el mío está formado así. ¡Tiene unas espaldas! ¡Si vierais qué piernas! No es capaz de tenerlas quietas. Tampoco el mío cuando va a correr. Y el mío cuando pelea. Al mío hay que tenerlo en una cama aparte porque incluso de noche tira puñetazos y los hermanos no quieren dormir con él. El mío ganó cuatro medallas. ¡Tendríais que verlo en uniforme!».

Las hermanas sonreían concediendo a la clientela todas las comparaciones, pero de la garganta para fuera: cuando se quedaban solas ponían las cosas en su lugar:

—Pobrecillas, son sus hijos: qué les vas a decir. No se las puede contrariar.

—¿Tendrían el valor de hacer comparaciones incluso con las fotos en las que está vestido?

—¡Qué quieres! No dejan de ser hijos de gente tosca, de gente baja. ¿Qué otra cosa les vas a pedir?

Por más que sus hijos pudieran ser fuertes y hermosos, éste era excepcional, fuera de toda discusión.

Y nadie se asombraba de encontrar en aquella sala el retrato de un jovencito en traje de baño.

—¿Se dan cuenta? —decía Niobe—. ¿Tenía yo razón o no? Y ustedes, que tenían miedo de que no estuviera bien. Siempre les dije que no están al corriente de ciertas cosas.

—Si continuaran viniendo las señoras, quién sabe —respondía Teresa—. Quién sabe si lo podríamos tener ahí. Probablemente arrugarían la nariz y torcerían un poco la boca.

—Sí —añadía Niobe—. Pero después de haber abierto bien los ojos.

—¡Ja! ¡Ja!

—¡Ja! ¡Ja!